



RACER

KATY EVANS

CHIC



SAGA REAL

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

1. El mejor
2. Problemas con el coche
3. Ronroneo
4. Maldito Racer Tate
5. Sala de trofeos
6. Familia
7. El vuelo
8. Prohibido
9. Primer día en el circuito
10. Clasificación
11. Motivado
12. Carrera
13. Sin aliento

14. Flores
15. Caída
16. La guerra acaba de empezar
17. Su habitación
18. Inquieto
19. Trofeo
20. Viaje
21. Cagada
22. Frustraciones
23. Radio
24. Sincero
25. No es perfecto
26. Vuelta en coche
27. Pista
28. Charla con papá
29. Morro contra difusor
30. Movimientos
31. Péndulo
32. Agujero negro
33. Italia
34. Nota
35. Medicina
36. Por la mañana
37. Bueno
38. Mío
39. Libertad
40. Gran Premio de Estados Unidos
41. Preparándome
42. Él
43. Vale, número 38
44. Primero
45. Haciendo las maletas para volver a casa
46. La mejor piloto del mundo

47. Él
48. Ella

Canciones de Racer
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre la autora

RACER

Katy Evans

Serie Real

Traducción de Azahara Martín para

Principal Chic



RACER

V.1: enero, 2019

Título original: *Racer*

© Katy Evans, 2017

© de la traducción, Azahara Martín, 2019

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2019

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Corrección: Ana Navalón

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragó, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-54-6

IBIC: FP

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

RACER

«Dice que soy la mujer de su vida. Pero también que me romperá el corazón»

Racer Tate es un piloto de Fórmula 1 *sexy* y misterioso.

Y él es la última oportunidad para la escudería de la familia de Lana de continuar en competición.

La joven tiene que acompañar a Racer para evitar que se meta en problemas y que se concentre en el campeonato, pero pronto las chispas saltarán entre la pareja y la pasión dará paso a un nuevo sentimiento sin límites.

Descubre una nueva historia de la saga *Real*, best seller del *New York Times*

«¡Racer Tate es increíble! ¡Totalmente recomendado!»

Tijan, autora *best seller* del *New York Times*

«Una novela dulce, ardiente y sumamente adictiva.»

Louise Bay, autora *best seller* del *USA Today*

A nuestro fuego interior, que arda eternamente

1. El mejor

Lana

Ser la benjamina y, además, la única hija tiene su no sé qué. Soy la más pequeña de la familia, la cuarta después de tres hermanos. Se han pasado la vida mimándome, protegiéndome, metiéndose conmigo y sobornándome. Todo eso está bien, porque quiero a mis hermanos, a mi familia, pero a veces me gustaría ser la primogénita para que nadie me subestimara. Me llamo Lana, pero tanto para mis hermanos como para mi padre soy *peque Lainie*, aunque tenga veintidós años.

Mis hermanos y mi padre se encuentran junto a la carpa, a un lado del circuito, por donde pasan zumbando un gran número de coches de color azul, negro y amarillo, así como cascos con viseras de efecto arcoíris, logos de patrocinadores y mucha testosterona. Aparte de que son coches de Fórmula 1, tienen algo en común: ninguno es nuestro. Ninguno lo conduce uno de nuestros pilotos.

Suspiro y, a continuación, me dirijo a la carpa con los vasos de limonada. La helada brisa otoñal me atraviesa las mejillas y me pasa por debajo de la coleta hasta que me hiela la nuca. Este otoño, mientras probamos a posibles pilotos, se me han enrojecido las mejillas a causa del viento helado combinado con la luz del sol. Y a juzgar por cómo me pica la cara ahora, seguro que la rojez se me está extendiendo por las orejas y la nariz.

Escucho un silbido cuando paso por la carpa de al lado.

—Lainei, ¿eso es para mí? —dice uno de los mecánicos.

—Lo siento, solo tengo dos manos y ellos me lo han pedido. —Ni siquiera le dedico una mirada.

Es cierto que todos son amables conmigo, pero trato de no ser demasiado amistosa con los demás equipos. Después de todo, somos contrincantes. Seamos realistas.

Cuando llego a la carpa, lo primero que veo es nuestro logo, escudería hw racing, con el fondo negro y las letras rojas y blancas.

Oigo el estruendo de los coches al pasar mientras realizan los libres; ya sabemos que esta será nuestra última y peor temporada. Antes éramos la escudería con la carpa más pequeña y el presupuesto más bajo, pero con el mayor talento. Ahora tenemos una carpa pequeña, bajo presupuesto y nada de talento. Y el próximo año, cuando mi padre ya no esté... Echo un vistazo a papá, que está en una silla plegable, cubriéndose el rostro con las manos y suspirando profundamente.

A un lado de la carpa, el único piloto de tres que aún pretendía participar está vomitando. El coche está destrozado. El chico está temblando, pálido y enojado consigo mismo. Ha salido ileso, pero todos sabemos que cuando destrozas el coche en una prueba, no consigues el trabajo.

Le ofrezco una de las limonadas.

—Azúcar —lo persuado—. Te ayudará.

El piloto no deja de mirarse las botas de carrera, con los hombros caídos, derrotado.

—La única oportunidad que tengo para correr en una prueba y la echo a perder.

Coloco el vaso a su lado y le ofrezco la sonrisa más reconfortante que tengo, aunque mis tres hermanos y mi padre lo quieren matar.

—Arreglar esta mierda costará cientos de miles de dólares —gruñe mi hermano, el mayor, mientras me dirijo hacia mi padre.

—Cientos de miles de dólares que apenas tenemos —gruñe también Clay.

Acaricio el costado del coche destrozado. Papá tiene tres vehículos. Mi favorito es Kelsey, y me alivia que no estuviera aquí. Aun así, estoy triste por Moira.

El día en el que veas a un coche como a un amigo...

—Puede que sea hora de admitir que estoy esperando algo que no va a

sucedier. —Escucho a mi padre decir.

Me dirijo a él con otro vaso de limonada.

—Sucedirá, papá, ya lo verás.

Soy la encargada de las relaciones públicas de la escudería. Les sirvo la comida, organizo las estancias en los hoteles y las entrevistas a los pilotos — aunque, últimamente, esto no supone una parte importante del trabajo—, llevo la ropa a lavar y la recojo de la tintorería. Básicamente, les construyo un hogar al otro lado del océano y a más de mil seiscientos kilómetros de donde crecimos, en Ohio.

Cuando mamá nos abandonó, nos marchamos. Papá invirtió todos sus ahorros en la creación de una escudería de Fórmula 1. Es su sueño. El sueño que dejó por mi madre y que nunca superó. Y ahora que sé que es su última oportunidad de conseguirlo, también es el mío.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Ahora no, Lainie.

Están jodidos. Necesitan que les levanten la moral, pero creo que mi padre ya está cansado de eso. Parece derrotado.

—No es el único chico con talento —les digo a mis hermanos.

—Ya no tenemos dinero para contratar a nadie con talento. Todos llevan preparándose desde los seis años en carreras de *karts*. Para cuando llegan a la adolescencia, ya tienen patrocinadores o escuderías —comenta Drake.

—Conseguiré a uno.

Estoy aterrorizada. Nunca los he visto tan desanimados y frustrados. ¿Cuándo dejó esto de ser divertido? Cuando perdimos la esperanza de ganar.

—Clay, Drake, Adrian, chist. Lo haré. Vosotros preparad los coches, papá que dirija al equipo y yo me encargaré de traer al talento.

Es el sueño de mi padre y ahora también el mío.

—Lo haré —repito.

Mis hermanos siguen hablando, al igual que mi padre.

Me quito un zapato y se lo lanzo. Le da en el hombro a Drake, que se gira con el ceño fruncido.

—He dicho que lo haré.

—¿Me acabas de tirar un zapato?

Me quito el otro y se lo tiro también.

—No, te he tirado dos.

—Lainie...

—Ni Lainie, ni leches. Papá, dirige este equipo y, vosotros, arreglad los coches. Dejad que yo me encargue del talento.

—Mira, Lane, solo porque papá te haya dado el puesto de relaciones públicas no significa que tengas la capacidad de determinar si alguien tiene talento —dice Drake.

—No es tan difícil de detectar. Dame una oportunidad. Esta es nuestra vida. Lo dejamos... todo por esto. No quiero que nos demos por vencidos. — Doy un paso adelante—. No quiero que papá renuncie a su sueño.

Me mira.

No menciono que me da miedo que mi padre se rinda si nos damos por vencidos, que abandonar esto le ofrezca algún tipo de permiso para marcharse ahora que no tiene ningún sueño por el que vivir.

—Drake, es su sueño.

—Es el sueño de todos nosotros, pero tenemos que ser realistas. No tenemos el dinero con el que papá empezó: no ganar significa que todo son gastos, Lainie. Es una apuesta arriesgada, y papá está cansado, muy cansado. Bien podríamos pasar el tiempo en algún lugar tranquilo donde pueda tomarse las cosas con calma...

—No —contesto con firmeza.

—Lainie... —empieza a decir.

—No. Esto le dará vida. Lo hará feliz.

Me mira con pena, el tipo de pena reservado a los hermanos mayores que son más maduros, que han lidiado con las noticias de tu padre. ¿Y yo qué? Yo me he centrado en cada uno de sus sueños durante los últimos cuatro años porque mañana podríamos estar muertos. Lo que me importa es el presente porque hoy mi padre está aquí, en esta carpa, respirando, viviendo y decepcionado, y yo soy la que lo arregla todo.

—Estáis siendo demasiado realistas, dejadme que sueñe por los cinco. Dadme una oportunidad. Solo una prueba. Traeré a un piloto.

Silencio.

—Papá, he dicho que puedo hacerlo.

Mi padre mira a mis hermanos y gimo.

—¿A quién tienes en mente? —pregunta Drake al final.

—Ya lo verás —miento.

—¿Crees que puedes convencer así como así a quienquiera que sea para que venga a una escudería que está en las últimas?

—No será tan difícil. Después de todo, es un hombre, ¿no?

Les lanzo una mirada elocuente; luego le doy un beso en la mejilla a mi padre y le digo:

—Voy a tener que viajar. Aguanta, papá. No voy a volver hasta que lo encuentre. No voy a conformarme con nada menos que el mejor, alguien a quien le apasione correr y que no tenga coche.

Esa misma noche, cojo un vuelo nocturno de Australia a Atlanta y, luego, otro de Atlanta a San Petersburgo, Florida. Mi plan es llegar a los libres de los pilotos de Indy antes de que comience la temporada y sé que ahora mismo están entrenando en San Petersburgo. Así que echo un vistazo a la lista de pilotos durante el vuelo y busco sus pros y sus contras.

Estoy incómoda en el asiento; me muevo mientras intento no molestar a las dos personas que hay a mis lados. Reservé el vuelo en el último minuto y, por eso, me tocó el magnífico (modo ironía activado) asiento central.

Para cuando aterrizo en Florida es por la tarde, prácticamente no he dormido, estoy deshidratada por el vuelo y completamente exhausta. Tengo tres días no solo para encontrar un piloto, sino para tomar el largo vuelo de regreso a Australia para llegar a tiempo para la primera carrera de Fórmula 1 de la temporada. Ya se debe de estar especulando sobre que nuestra escudería no va a participar en la carrera, y aunque no pueda controlar lo que los demás piensen, me moriría antes de permitir que mi padre se retirase con nada menos que una estrella de oro. Así que incluso sin dormir, deshidratada, famélica y preocupada, me aferro a toda mi determinación para demostrar a mi familia mi valía mientras conduzco el coche de alquiler por la carretera. Me ruge el estómago cada vez que paso por un restaurante, pero sé que la comida tiene que esperar.

Doy un rodeo al circuito donde los pilotos están entrenando antes del día de la carrera. Estoy buscando aparcamiento, con dificultad, pues las calles

están cortadas por el circuito que se ha realizado de forma temporal para la carrera de IndyCar de San Petersburgo.

Atisbo un lugar libre, pero tengo que pisar el freno cuando un coche rojo gira delante de mí con un chirrido.

Frunzo el ceño, molesta, y vuelvo a pisar el acelerador en dirección a uno de los dos espacios vacíos. El Mustang que hay frente a mí se abalanza y me quita el primer aparcamiento y, aterrorizada por que alguien aparezca de la nada y me arrebatte la única plaza que queda cerca de mí, me lanzo a por ella. El coche se detiene con una sacudida.

Oh, ¡mierda!

Acabo de chocar contra el chico.

—*Ups, mea culpa* —digo mientras doy marcha atrás y vuelvo a moverme, maniobrando para aparcar.

La puerta del Mustang se abre y un hombre vestido de negro sale del vehículo. Me apeo del coche nerviosa, me dirijo hacia el chico y me detengo a su lado.

Inspecciona los daños.

Yo hago lo mismo.

—Necesitas ir a la autoescuela —gruñe con una voz muy profunda.

Horrorizada por el insulto, le grito:

—Y tú necesitas buenos modales. —Levanto la cabeza para mirarlo y se me corta la respiración al hacerlo.

Porque...

Nadie.

De este mundo.

Debería tener esa cara.

Tan masculina, *sexy* y terriblemente hermosa.

El brillo de sus ojos me hace sentir que quiere devorarme. Son irresistibles, salvajes, intensos y desafiantes, completamente fieros y ardientes. Solo puedo describir el resto de su físico con una palabra: hermoso. El suelo que piso se hunde un poco cuando sonrío y le veo un hoyuelo solitario. Dios, los hoyuelos me vuelven loca.

—¿En serio? —contesta el chico con una sonrisa divertida dibujada en el rostro mientras nos miramos.

—Sí, en serio. No estoy de humor para esto. Me has quitado mi plaza de aparcamiento. —Frunzo el ceño cuando la ira que siento por su forma de conducir se mezcla con la ira que me provoca su belleza. Empiezan a brillarle los ojos.

Trato de contener mi reacción al brillo de esos ojos; pero la verdad es que creo que jamás he visto un azul de ese tono en la vida real, ni en ningún sitio, a excepción de en fotos de hermosos océanos en algún lugar lejano como Fiji.

—No he comido en horas, ni tampoco he dormido nada. De verdad que no estoy de humor —digo, y cuando solo se limita a mirarme, algo dentro de mí empieza a calentarse bajo su intensa mirada.

No aparta los ojos de mí.

Creo que nadie me ha mirado nunca de forma tan concienzuda.

No solo con molestia e interés, sino casi con... diversión y... ¿confusión?

Eso es exactamente lo que siento yo al mirarlo.

Se le oscurecen ligeramente los ojos mientras me observa. No sé lo que es, pero me provoca un cosquilleo en ciertas partes del cuerpo.

—La próxima vez ten más cuidado —comenta entonces, después de un largo instante, con voz más suave, mientras desliza su mirada famélica por todo mi cuerpo y da un paso atrás, agarra una gorra del interior del coche y cierra la puerta, que emite un leve sonido al bloquearse.

Observo el arañazo y la pequeña abolladura del coche y me doy cuenta de que acaba de ahorrarme llamar a la compañía de seguro al no insistir en ello.

—Lo siento —me disculpo de forma tardía.

Gira la cabeza para mirarme, aprieta la mandíbula y vuelve para colocarse frente a mí, con la mirada penetrante. Es mucho más alto que yo.

—¿Cómo te llamas?

—Eh... Alana —miento. Se parece a Lana, pero no es igual. Estoy demasiado nerviosa.

—Alana. Has chocado contra mi coche —gruñe, y dirige la mirada al precioso Mustang de color rojo cereza.

—Lo... ¿Lo siento? Acabo de aterrizar después de dieciséis horas de vuelo y ha sido un día interminable.

Se ríe para sí mismo, como si no se creyera mi excusa.

Me lanza una mirada penetrante y observo su cabello negro como la

noche mientras se aleja, resistiendo la tentación de abanicarme un poco.

Guau.

Observo su trasero enfundado en los vaqueros y la camiseta negra que se le pega al pecho. Mi irritación se evapora al mismo tiempo que me golpea una oleada abrumadora de lujuria.

De forma discreta, me froto los pechos con las manos para tratar de que los pezones vuelvan a su estado normal.

Salir con chicos con cuatro hombres en mi vida no es nada fácil. Nadie es lo bastante bueno para mí y todos los hombres que conozco son pilotos. Lo último que quiero es liarme con un piloto. Tuve novio a los diecisiete años, pero murió. David lo era todo para mí. No quiero salir con alguien que pone su vida en riesgo, como los pilotos de carreras. Pero, joder, de verdad que necesito un polvo.

Accedo de forma apresurada a las gradas y me alegra encontrar que, como es día de pruebas, no de carrera, están despejadas.

En el extremo de una tanda de gradas, hay un hombre en vaqueros y camisa blanca con el cabello oscuro salpicado de canas en las sienes. Me dirijo hacia allí, me siento dos filas por delante de él y el corazón deja de latirme cuando el hombre que hay detrás de mí grita: «¡Hijo!» y veo subir los escalones al chico con el que me he estrellado.

El corazón me empieza a latir tan fuerte cuando lo vuelvo a ver que agacho la cabeza e, incluso a través del ruido de los motores de los coches, lo observo de reojo mientras se coloca junto a su padre.

Me aclaro la garganta y saco la lista de pilotos y el rotulador. Tengo ocho pilotos en la lista que quiero observar, pero también tengo los nombres del resto de pilotos de la Indy Car Series al final de la lista. Por si acaso.

—No has ido al gimnasio hoy —dice el hombre detrás de mí.

—No me atrae la idea de que me destrocen la cara. Dios, papá.

Uno de ellos se ríe en voz baja y, de nuevo, escucho la voz del chico con el que me he estampado. Tiene una voz muy profunda.

—¿Dónde está Iris?

—Ha ido a por agua.

Una chica de unos dieciocho años sube los escalones de las gradas en dirección a ellos. Echo un vistazo hacia atrás y se me hace un nudo en el

estómago cuando abraza al tío bueno gruñón y este le devuelve el abrazo. Luego, se sienta junto a él.

Parece diminuta en comparación con él.

Es muy grande y musculoso, y me faltan las palabras para describir lo hermoso que es.

Vale, así que tiene novia. Vaya cosa. Es terriblemente guapo, y ella también. Los dos tienen el cabello oscuro y parecen modelos. Pero ¿y qué más da? Bien por ellos. No estoy aquí para tener una aventura. He venido a trabajar.

Pero, de repente, la idea de tener un rollo antes de volver empieza a atraerme. Nada serio. No quiero nada de eso. Pero tal vez algo... para relajarme, centrarme en el campeonato y olvidarme del hambre carnal.

Sin embargo, no puedo evitar sentir curiosidad por él. De alguna manera, siento sus ojos en la nuca, perforándome el cráneo como si fueran láseres mientras estudio la lista.

Tomo aire de forma nerviosa y miro de soslayo por encima del hombro.

El joven se mete las manos en los bolsillos mientras me mira a los ojos con las cejas arqueadas y los labios curvados cuando me pilla mirándolo.

Ahora también lo observa su padre. Y lo hace con el ceño fruncido.

Le comenta algo, pero el hijo no responde. Me sonrío.

No le devuelvo la sonrisa; no puedo pensar con claridad.

El hijo se levanta y baja los escalones hacia mí.

Oh, mierda.

Vuelvo a la lista. Se acerca y se inclina a mi espalda. De repente, siento su cálido cuerpo demasiado cerca y empieza a leer la lista.

Huele a jabón, no a colonia.

Solo huele a limpio, a jabón y a hombre.

Ese aroma natural tiene algo que hace que se me haga la boca agua y trago saliva con nerviosismo.

—Es demasiado lento en las rectas. —Señala el primer nombre de la lista. Trato de esconder la hoja debajo del bolso, pero una parte de ella sobresale.

—Sabes mucho de coches, ¿no?

Frunzo el ceño y trato de reprimir la forma en que mi cuerpo se calienta bajo el efecto de su sonrisa mientras se acerca para sentarse a mi lado.

—Lástima que no tengas modales —añado.

Su sonrisa se ensancha mientras se sienta a mi lado, todo esbelto y natural, y vuelve a echarle un vistazo al papel.

—¿Lista de deseos?

¿Eh?

—¡No! —Me río—. Es... no. —niego, al darme cuenta de lo que trata de decir.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

—Sí, pero eso no significa que vaya a hacerte caso.

Alcanza la lista y la saca de debajo de mi bolso. Luego, me arranca el boli de la mano y dibuja una línea debajo de la lista de nombres. Entonces, se coloca la hoja en el muslo enfundado en los vaqueros, un muslo que parece muy duro, y escribe una palabra. Racer.

—¿Esto es...? ¿Qué significa esto? —pregunto confundida.

Guiña un ojo mientras me devuelve la hoja.

—Sé lista y ponlo el primero en esa lista de ligues.

Me río y me ruborizo. Dios mío, ¿me está pidiendo que lo haga con él? ¿Es ese su nombre? Ni de coña, no puede ser.

—No es una lista de ligues. Estoy buscando un piloto —comento.

—De hecho, conozco al mejor piloto del mundo.

—¿En serio?

—Sí.

—Me gustaría conocerlo y luego, verlo conducir para ver si opino lo mismo.

—Así será, de verdad. —Me mira. Ahora parece muy engreído. Curva los labios—. Te diré algo. Si estás de acuerdo en que es el mejor piloto del mundo, me arreglas el coche —dice entonces.

—¿Y si no lo estoy? —contesto con actitud desafiante.

—Te compraré uno nuevo.

—Oh, vaya, qué seguro estás.

Se limita a sonreír, con ese brillo de nuevo en sus malditos ojos preciosos. Me río. El cansancio se está evaporando.

—Dime, ¿quién es Racer? ¿Tú? ¿O acaso es este piloto?

Se le desvanece la sonrisa y sus ojos vuelven a embeber mi rostro.

Cuando habla, lo hace en voz baja. Ronca.

—Ven a cenar conmigo y hablaremos cuanto quieras de ello.

Oh, Dios. ¿Me está mirando la boca?

¿Le estoy mirando la suya?

—No puedo. Bueno, quizá sí podría, pero... Estoy aquí por trabajo. No tengo tiempo para ir de cena. Aunque me muero de hambre.

Lo observo mientras baja por las gradas y una parte de mí odia verlo marcharse, ya que probablemente no volveré a verlo jamás. No sé por qué tiene este efecto en mí. Tal vez he estado rodeada de mis hermanos y mi padre demasiado tiempo. Puede que realmente necesite echar un polvo antes de regresar.

Unos diez minutos más tarde, el tío bueno de ojos azules aparece con el perrito caliente más apetitoso que he visto en mi vida, una ración de patatas fritas y una botella de agua.

Por un momento, contemplo boquiabierta la comida que me ofrece y me sonrío con las cejas bajas sobre esos brillantes ojos sin mediar palabra.

—Yo...

Normalmente soy yo la que lleva comida y bebida a todo el mundo. No estoy acostumbrada a esto, por lo que no sé qué decir.

Como mantiene el brazo extendido, me veo obligada a aceptar la comida.

Le rozo los dedos con los míos y una corriente eléctrica me recorre de la cabeza a los pies.

Trato de esconder mi reacción colocando la comida en mi regazo y me llevo de inmediato el perrito caliente a la boca. Doy un gran bocado y luego me doy cuenta de que está sentado junto a mí, observándome.

—Gracias —digo mientras engullo la comida.

—De nada. —Sus ojos vuelven a brillar al tiempo que mueve la pierna. Tiene un cuerpo esbelto y grande y, sin embargo, sus movimientos son muy ágiles y sigilosos—. Antes dijiste que no habías comido ni dormido. Era esto o una almohada —añade con un destello de diversión en la mirada.

Me muerdo la parte interna de la mejilla para no sonreír.

—Deja que te pague. —Cojo la cartera. Tengo el perrito en una mano y con la otra trato de abrir el monedero—. ¿Cuánto te ha costado?

—No te preocupes, aquí la comida me sale gratis —contesta.

Creo que está de broma porque sus ojos hacen esa cosa traviesa tan característica, pero no estoy segura de por qué no sonrío.

Cedo porque necesito vigilar los gastos de este viaje y parece bastante cabezota, por lo que seguro que no servirá de nada que insista. Me como el perrito lentamente, consciente de que está mirando hacia el circuito mientras lo hago. Escucho a su padre y a su novia bajar los escalones.

—Nos vamos a casa —dice su padre.

El chico no deja de mirarme y asiente con la cabeza de forma ausente mientras me observa pensativamente.

Veo que su padre le frunce el ceño y su novia también parece confundida cuando se van arrastrando los pies.

—Tu novia parecía preocupada por que estés sentado aquí —comento cuando se van.

Suelta un sonido bajo y grave, y niega con la cabeza.

—¿No lo sabes? Conduzco de malos modos, pero no le deseo a nadie que esté conmigo. —Sonríe cuando me quedo mirándolo—. No tengo novia. —Se inclina y me quita una miguita de pan de los labios—. Pero eres guapa.

—Gracias.

Dirijo la vista al circuito, con la comida casi atascada en la garganta mientras él levanta el pulgar y se lame la miguita de pan de la piel.

Dios mío.

Por poco tengo un orgasmo.

Se hace el silencio. Sus ojos son tan azules que parece que son los de un ángel o un demonio disfrazado.

—Yo tampoco.

—¿Tú tampoco tienes novia? —Me guiña un ojo y sonrío. Es irresistible.

Me río.

—¡No! No tengo tiempo para novias. Tuve... bueno, tuve un novio pero... —Niego con la cabeza y bajo la mirada al perrito caliente, que se encuentra en mi regazo—. No quiero pasar por eso de nuevo.

Después de David, no me ha tocado nadie. Supongo que esa es la razón por la que siento que me fallan las rodillas, que me arde el pecho cuando me roza el cabello con el dedo y que mirarlo a los ojos me deja sin respiración.

Imagino que no esperaba... esa cara.

Hablo en serio.

¿Quién esperaría encontrarse ese rostro devolviéndole la mirada?

Está cincelado a la perfección: nariz perfecta, pómulos altos, mandíbula fuerte, cejas rectas y esos ojos entrecerrados de color azul eléctrico enmarcados por las pestañas más oscuras que he visto en mi vida.

Casi me atraganto después de tragarme el último bocado de perrito caliente.

—¿Tengo más restos de comida en la boca? Tu mirada me está poniendo nerviosa.

Por su suave risa, parece más divertido que arrepentido mientras niega con la cabeza.

—¿Sabes eso de que los ojos son el espejo del alma?

—Sí.

—Tu alma se refleja en tu mirada.

Abro mucho los ojos. Me observa atentamente, con una sonrisa en los labios.

—¿En serio? ¿Sabes lo que siento ahora mismo? —Me río al pronunciar esas palabras, nerviosa, mientras agarro el perrito caliente.

—¿Ahora? ¿O antes de que preguntaras?

—Ahora.

—Estás contenta.

—¿De verdad? —pregunto, y es cierto que me siento despreocupada, feliz y también un poco coqueta.

—Es por el perrito caliente —comenta, aunque noto por su mirada traviesa que sabe que no es cierto.

—Oh, seguro. No tienes ni idea del tiempo que hace que no me comía uno —digo, y doy otro bocado, uno grande para demostrarlo.

Su sonrisa se ensancha por un segundo y luego se desvanece. Entonces, nos quedamos sentados en silencio, observando la pista mientras los coches pasan zumbando.

Ahora me siento cohibida.

Por culpa de mis estúpidos ojos expresivos.

—¿Viajas sola? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —vuelve a preguntar, con un tono que denota mucha curiosidad.

—No mucho. —Tomo aliento, inquieta por su mirada implacable—. ¿Y tú? ¿Vives aquí?

—Sí. Pero mi familia no. Ellos están de visita. —Sonríe ligeramente y aparece un hoyuelo.

—Oh.

Justo entonces, se inclina hacia delante, me coge el perrito caliente de la mano y me lo levanta hacia la boca.

Abro la boca para protestar y se acerca más. Al final termino dando un mordisco. Se me hace un nudo en el estómago mientras lo baja y observa cómo me lo como, con esos ojos tan azules, tan observadores, tan inquietantes, y tan, pero tan cerca.

—¿Qué tal ese? —pregunto, señalando al chico que ahora se encuentra en la pista.

—Torpe en la curva cuatro —contesta, evitando una segunda ojeada.

Presto atención y me doy cuenta de que tiene razón; pierde velocidad en la curva cuatro.

—¿Es cierto que conoces al mejor piloto del mundo?

Soy consciente de que sueno dubitativa, pero también sé que no existe tal cosa. Todos tienen cualidades y defectos, todos dependen del coche, la climatología y, joder, también de su suerte.

Se le oscurece la mirada. Asiente con la cabeza.

Tiene un cuerpo delicioso. Me veo obligada a luchar contra mis ojos para evitar bajar la vista hasta sus gruesos muslos con esos vaqueros negros y la camiseta pegada a esos músculos.

—¿Me lo vas a presentar?

Extiende la mano y vuelve a quitarme el rotulador para garabatear una dirección en la parte trasera de la lista. Mientras se inclina para escribir, observo su perfil y su boca; me pregunto qué aspecto tendría esa boca después de besarla. Después de besarme.

Levanta la cabeza, me sorprende mirándolo y también me mira los labios. Aparto la mirada y sonrío mientras agarro el papel que me extiende.

—21:00. Esta noche. Preséntate allí —dice, con un tono casi de

advertencia.

Me doy cuenta de que ha escrito otra palabra después de Racer. «Tate».

Recojo mis cosas y comento:

—Será mejor que no seas un asesino en serie —digo también en tono de advertencia.

—Todavía no. Pero... deberías alejarte de mí. —Me lanza una mirada expresiva que me hace estremecer.

Me alejo rápidamente en dirección al coche sin saber qué diantres estoy haciendo. Me he perdido la sesión de libres de los pilotos de la Indy Car Series comiéndome con los ojos a este tío y ahora literalmente sigo sin piloto y solo tengo una dirección y la palabra Racer en mi lista «de ligues».

Y aunque debería estar preocupada por esta situación, sonrío mientras arranco el coche y siento que todo mi cuerpo está deshecho. Tal vez por la perspectiva de que esté en lo cierto. Tal vez por la perspectiva de que esté allí.

Ni siquiera debería querer que tuviera razón porque le debería la reparación de un coche muy caro. Pero una parte de mí desea que así sea.

Llego a la habitación de hotel y me acomodo antes de darme un baño para cambiarme para esta noche. Llamo al conserje para pedirle la contraseña de la conexión Wi-Fi gratuita. Entonces, decido escribir *Racer Tate* en la barra de búsqueda de Google.

Alucino con los resultados que obtengo.

EL FAMOSO PILOTO DE CARRERAS ILEGALES DE SEATTLE, RACER TATE, HA DICHO QUE ESTÁ CALENTANDO LAS CALLES DE SAN PETERSBURGO...

2. Problemas con el coche

Lana

Lo malo de mentir es que, una vez empiezas, es muy difícil dejar de hacerlo, porque una mentira lleva a otra y así hasta el infinito. Se me ha pinchado una rueda, estoy a las afueras de San Petersburgo, en dirección a lo que supongo que es una carrera callejera y no puedo decir que todo vaya precisamente «viento en popa» si tengo que recorrer a pie el resto del camino.

Mis hermanos no saben que estoy aquí. Creen que estoy buscando un piloto con talento. No les he contado que no he conseguido nada en la sesión de libres de hoy, solo conocer de forma casual al piloto de carreras callejeras más famoso de todo el maldito mundo. Es una verdadera leyenda en todos esos foros oscuros y secretos a los que he accedido, donde solo hablaban de Tate y de que nunca pierde. Debería haber cerrado el ordenador y tomado un vuelo directo a casa. ¿Quién en su sano juicio colocaría a un maldito piloto de carreras callejeras ilegales al volante de un coche de Fórmula 1 de un millón de dólares? ¿En el coche de Fórmula 1 de mi padre?

Pero aquí estoy, de camino al lugar que él mismo escribió en la hoja.

Deberías alejarte de mí...

¿Por qué hacemos lo contrario de lo que nos dicen?

Y ¿por qué es cierto que cuando el río suena, agua lleva? Recibo una llamada de Drake para interesarse por mí e informarme de que papá está en el hospital.

—Pero ¿está bien? ¿Estás seguro?

Echo un vistazo hacia delante, a los lejanos coches.

—Sí, han dicho que ha sufrido una deshidratación. Espera. Estás en manos libres.

—Papá, por favor, ¡cuídate!

—Tú me cuidas mejor —contesta mi padre al otro lado de la línea con una voz suave y divertida pero un poco cansada. Se me saltan las lágrimas.

—Bueno, sí, pero estoy haciendo otras cosas para ti. Por favor, cuídate, hazlo por mí.

Advierto la sonrisa en su voz cuando responde:

—Solo porque me lo has pedido de forma amable y no me has tirado un zapato.

—¿Ves? Eres mi padre favorito —bromeo.

No me responde. Escucho la voz de Drake más cerca del altavoz y sé que ha desconectado el manos libres.

—Entonces, ¿cómo va la cosa?

—Te dije que confiaras en mí. Prometí que lo haría y eso haré —contesto, mientras vuelvo a comprobar la rueda que acabo de cambiar para asegurarme de que está bien.

—Yo también dije que no confío en ti.

—Gilipollas. —No estoy demasiado enfadada porque si acabo de cambiar yo sola la rueda es gracias a mis hermanos mecánicos.

—Lainie... —Suspira con exasperación—. Vuelve a Australia. Nosotros...

—Estaré allí a tiempo para el comienzo de la temporada. Con el mejor piloto del mundo —digo, tirándome un farol. Acto seguido, cuelgo. Dios, joder.

Miro hacia delante; los coches pasan uno tras otro, probablemente todos se dirigen a la carrera. Vuelvo a colocar las herramientas en el maletero del coche, me siento al volante, arranco el coche, me incorporo al tráfico y accedo al aparcamiento que hay enfrente.

Unas doce personas ya han aparcado aquí y esperan junto a una pequeña colina en un lateral del aparcamiento.

Hay un Camaro azul cerca de lo que asumo que es la línea de salida y el otro aparcamiento está vacío. Cierro el coche y me dirijo hacia donde se

encuentra la gente.

La multitud es ensordecedora y huele a sudor.

Por un segundo, se me revuelve el estómago mientras me pregunto si realmente estoy tan desesperada.

Si de verdad no me quedan más opciones.

Investigué durante el vuelo. He buscado en la Daytona, la IndyCar, e incluso hoy he estado en el circuito, y no he encontrado nada que me fascine.

Ahora parece que lo único que puedo hacer es ver esta carrera y volver al hotel para enfurruñarme por lo caro que me ha salido atravesar el mundo en avión hasta llegar a Estados Unidos en avión para regresar con el rabo entre las piernas y demostrar a mis hermanos que soy tan inútil como pensaban que era.

Me duele la idea de volver con las manos vacías.

Y eso explica por qué estoy aquí todavía.

¿Acaso tengo alternativa?

No es que crea de verdad que voy a llevarme a uno de estos tíos a casa, aunque supongo que la pequeña chispa de esperanza que arde en mi interior no se ha extinguido por completo. Quizá todavía no esté preparada para regresar a casa como una perdedora. Si voy a fracasar, necesito una noche más para prepararme para la humillación familiar que estoy segura que tendré que soportar.

Me intriga el tal Racer Tate. No voy a mentir.

Según los comentarios de cientos de fans, es el mejor piloto de carreras callejeras de toda la historia. No lo asusta nada. Se fusiona con el coche, como si fuera una parte de sí mismo. Así que aquí estoy, sentada, esperando que empiece una carrera callejera ilegal. Faltan dos minutos y no se le ve el pelo.

Guau. Qué imbécil.

—Voy a follármelo esta noche —dice en voz baja una mujer, emocionada, detrás de mí.

—¿Qué dices? —pregunta su amiga.

—Los chicos me pidieron que lo tratara como un ganador.

Vaya. Por lo visto también es un poquito mujeriego.

Se me hace un nudo en el estómago.

La multitud aplaude.

Su competidor mueve el coche, de color negro brillante y con dibujos de llamas y todo.

Luego, señala el espacio vacío y hace un gesto con el pulgar hacia abajo.

La gente aplaude más aún y eso parece que hace que el chico se disguste un poco, porque niega con la cabeza.

Me levanto para marcharme. Ni siquiera tendría que estar aquí, ni cerca de aquí.

Se hace el silencio cuando aparece un Mustang de color cereza.

—Dios mío, es él —susurra alguien mientras el Mustang ruge en el aparcamiento y chirría hasta detenerse justo en la línea de salida.

Se me detiene el corazón y vuelvo a sentarme.

Y ahí está.

El chico salta del coche por la ventana abierta y otro tío lo saluda con una palmada en la espalda. Se ha cambiado los pantalones; ahora lleva unos vaqueros azules. Con esos vaqueros y con la camisa blanca de manga larga, parece que tiene una tonelada de músculos.

Racer se pasa una mano por el cabello negro y despeinado, como si se acabara de levantar. Sonríe y luego comienza a escudriñar la multitud.

Tengo ganas de esconderme, pero no actúo lo bastante rápido y, antes de darme cuenta, sus ojos azules me encuentran entre la muchedumbre.

Me mira fijamente, con las manos a los lados.

Parece muy interesado en verme aquí y, mientras me observa, entrecierra los ojos y curva los labios ligeramente, como si estuviera encantado de que esté aquí.

Todos corean su nombre:

—Racer.

Las chicas disfrutan tocándole el pecho y cierro los puños a los lados; no me gusta ni un pelo, y no sé por qué. Me pregunto qué haría si le dijera quién soy.

No parece que le guste ninguna de ellas. Pero el apetito que muestran por él me molesta. Todavía estoy sufriendo el desfase horario y estoy impaciente y un poco celosa de que esas mujeres parezcan no tener problemas en lanzarse hacia él para tocarlo.

Se mete las manos en los bolsillos y me mira sutilmente con los ojos bordeados de oscuras pestañas entrecerrados, tan sutilmente que no puedo creer lo abrumada que estoy al sentir sus ojos en mí.

La duda me invade cuando me pregunto si este chico es lo que realmente necesito. Voy a tener que supervisar su dieta; es puro músculo, pero no podrá ganar ni un gramo más si quiero que entre en nuestro Kelsey.

Empieza a abrirse camino hacia mí.

Me tiro un poco de la camiseta, ya que me siento desnuda y necesito algo que me recuerde que llevo una cantidad de tela bastante decente encima.

Su intensa mirada baja por mi estómago y de allí salen un montón de mariposas. *Esto no es nada apropiado, Lana...*

Emana tanta testosterona que, si hubiéramos estado en un espacio cerrado, nos habrían crecido músculos a todos.

Empieza a sonreír cuando se aproxima.

—¿Qué es esto? ¿Hoy toca juego de rol? Maestra de escuela putilla... — contesta alguien acerca de mi falda larga y mi *crop top*.

—No es ninguna puta —dice en voz baja, enfadado.

Se detiene ante mí con el ceño fruncido debido al comentario, pero me devora con los ojos.

Me devora completamente con una sola mirada.

Doy un paso vacilante hacia delante.

—¿Estás preparada para la carrera de tu vida, Alana? —pregunta. Con una voz ronca y sumamente masculina.

Su mirada... Siento el impulso de apartar la vista, pero no puedo. Es como si su mirada hubiera atrapado la mía. Sus ojos tienen una especie de remolino de colores azul y gris y están moteados de negro, pero predomina el azul, un azul eléctrico. Sigo igual de incómoda que hace un nanosegundo. Solo es una conexión visual, no significa nada en realidad. Miro hacia otro lado y él retrocede, así que yo también. Se inclina hacia atrás y me observa.

—Llegas tarde. —Es lo único que puedo decir, ya que si trabaja en mi escudería, no toleraré el retraso.

Me mira sin decir nada, luego sonrío divertido y se dirige al coche. Me lanza una mirada antes de meterse dentro y cerrar la puerta.

Casi me quedo sin respiración y, obviamente, también padezco de falta de

riego cerebral, ya que reacciono de forma realmente extraña con este chico, que es un mujeriego y un delincuente. Pero aquí estoy. Todavía.

Oigo que pone en marcha el coche y me pregunto qué está haciendo para ponerme en marcha a mí.

3. Ronroneo

Racer

Cinco minutos antes...

Escucho la sirena mucho antes de ver por el espejo retrovisor las luces rojas y azules del coche de policía.

Soy un maldito idiota por pensar que no me pararía esta vez.

Suelto una bocanada de aire con un gruñido y detengo el coche en el arcén a las afueras de San Petersburgo. Apago la música y tamborileo con los dedos mientras observo por el retrovisor que el policía se endereza el cinturón y se acerca. *Cabronazo, acércate de una vez.*

El tío probablemente sabe que tengo prisa (pista: iba a unos 47 km/h por encima del límite de velocidad) y se está tomando su maldito tiempo. Irritado y con la intención de irritarlo a él también, me tomo mi tiempo mientras espera junto a la ventanilla. Entonces, después de un rato, pulso el botón lentamente y bajo la ventanilla. Supongo que dedicarle una sonrisa no es la mejor manera de saludar a un policía, pero no puedo evitarlo cuando me para cada maldita vez que me ve por aquí.

—Permiso de conducir y de circulación, Tate —dice.

—Ya sabes que los tengo.

—Sí, bueno, quiero verlos otra vez.

—¿Por enésima vez? Sí que salgo guapo en la foto del permiso.

—No te hagas el listo, Tate —gruñe.

Retiro las manos del volante, abro la guantera, luego la cartera, y le paso la documentación.

—¿Estás haciendo travesuras de nuevo, Tate?

—No especialmente. —Sonrío de forma burlona.

Lleva a cabo el mismo ritual de siempre: comprueba la documentación y hace un chasquido con la lengua mientras niega con la cabeza.

Saco un billete de cien dólares, lo coloco entre el dedo índice y corazón y se lo paso por la ventana.

—Puede que quieras tomarte una cerveza durante la próxima media hora. De hecho, que sea una hora. Invita a tus colegas de mi parte.

—Tío... estás tensando demasiado la cuerda. —Acepta el dinero—. No estés tan ansioso por irte a la tumba.

—*Nah*, soy inmortal. —Sonrío.

Se ríe y luego me frunce el ceño y se aleja. Arranco el coche y salgo con un chirrido de neumáticos. Cambio de marcha a medida que salgo a la estrecha carretera, golpeándola con fuerza mientras echo un vistazo a la hora. Faltan dos minutos para la carrera y todavía estoy a más de tres kilómetros de allí.

Acelero; nunca he deseado tanto participar en una carrera en toda mi vida. Porque ella está allí. Lo siento en los huesos y quiero que sepa quién es el mejor piloto del mundo.

Soy yo, joder.

Accedo al aparcamiento donde la muchedumbre habitual se encuentra esperando atentamente ver mi coche entrar.

Chillan y saludan.

El coche de Preston ya está en la línea de salida, preparado.

Aparco el mío y salgo por la ventana.

La adrenalina me recorre las venas.

Anhelo esta mierda. Forma parte de mi ADN, de mis malditos huesos. Lo necesito como el aire que respiro. Lo necesito al igual que necesito un corazón.

—¿Tate?

Escudriño la multitud en su busca. Joder, no podía dejar de pensar en ella. Deseaba que estuviese aquí tanto como participar en la carrera. ¿Dónde coño

está?

Escucho a Henley acercarse.

—¿Tate? ¿Estás listo?

Veo a Preston al otro lado de la calle, rodeado de chicas, bebiendo.

—Es la tercera que se bebe —me dice Henley.

Sigo buscándola con la mirada y, de repente, atisbo una mancha de cabello castaño claro y unos ojos verdes.

Me observa boquiabierta.

Eso me gusta.

Siento unas manos femeninas recorriéndome el abdomen, acariciándome, deseándome y ronroneándome al oído.

—¿Quieres liberar un poco de tensión antes de la carrera, Tate? —susurra una de las chicas.

Siento que esbozo una sonrisa. Sí, no respondo. Mi mente está centrada en la carrera.

Pero mi mirada...

La mirada la tengo puesta en ella.

Cabello color miel, ojos verdes claros: un puto sueño húmedo. Se me tensan los músculos; estoy listo. Pero no puedo evitar acercarme. El corazón me late cada vez más fuerte mientras me imagino reclamándola como premio, sintiéndola derretirse bajo mi cuerpo, saboreando su boca bajo la mía, dejando que me muestre los rincones favoritos de su cuerpo mientras mi boca los acaricia y lame al estilo Racer.

—¿Qué es esto? ¿Hoy toca juego de rol? Maestra de escuela putilla... — Escucho a algún gilipollas decir.

—No es ninguna puta —gruño, enfadado, mientras me abro paso hasta ella y Alana me mira con los ojos de hito en hito, parece interesada y preocupada.

Le advertí que se alejara, debería haberlo hecho. Pero ahora está aquí y estoy tan listo para volverla loca que ya la saboreo en mis labios. Sentirla con mis malditas manos.

—¿Estás lista para la carrera de tu vida, Alana? —pregunto con voz ronca.

Se me ha puesto dura y es por ella.

Me empalmo con facilidad; sí, se me pone dura cuando participo en una carrera, pero nunca así.

Entorna los ojos mientras piensa en ello.

—Llegas tarde —dice en un tono mandón, como de princesa, que de algún modo me excita.

Me limito a sonreír y me doy la vuelta para que me observe mientras me dirijo al coche.

Cada vez que voy a competir me siento cargado de testosterona y excitado, y cuando finalizo la carrera estoy colocado de mi propio poder.

Esta noche voy a follármela como nadie se la ha follado.

En silencio, me dirijo al Mustang, que tiene un bollo gracias a ella; supongo que la razón por la que se ha librado de la reparación es que tendrá mil abolladuras más cuando haya terminado la carrera. Y porque parecía cansada; cansada, vapuleada y tan hermosa como un pajarillo con un ala rota.

Un grupo de personas me sigue de camino al Mustang.

—¡Ahhh! —gritan las chicas.

—Trae la cámara —dicen los chicos.

Sí, están entusiasmados.

Porque soy bueno. Porque no hay nadie tan bueno.

Abro la puerta, accedo al interior y tomo asiento, esperando que me estimule, que llene el vacío que sigue creciendo en mi interior sin importar lo que haga... Me jode muchísimo. Nada me sacia, nada me llena, esa es la maldición de ser un Tate; la he heredado de mi padre.

Pero tengo esto.

Y, de repente, estoy tenso porque esta noche, voy a tenerla a ella.

Preston arranca el vehículo y calentamos motores.

Observo mi coche no solo porque es bonito, sino por lo que puede hacer.

Es de color rojo, con los asientos negros. Cuatrocientos caballos; realicé algunas modificaciones para llevarlo a ese nivel. Una belleza. Está ansioso por empezar.

Meto primera y avanzo unos centímetros para aproximarme a la línea de salida, para alinearme junto a él.

Siento que me mira, le devuelvo la mirada y le ofrezco mi mejor sonrisa de «te vas a comer una mierda». *Diez...* Empieza la cuenta atrás.

Nueve...

Ocho...

Siete...

Seis...

Cinco...

Cuatro...

Tres...

Dos...

¡Uno!

Oigo el chirrido de los neumáticos sobre el asfalto, el pedal hasta el fondo y la vibración del asiento bajo mi cuerpo mientras lo piso. Salgo no demasiado rápido, con el coche ronroneando. Cambio de marcha, me dirijo hacia la estrecha carretera y acelero, pisando fuerte mientras vuelvo a cambiar de marcha.

Vamos igualados.

Acelero de 160 a 190 y, luego, alcanzo 240 km/h.

Vamos muy rápido. Veo los árboles pasar volando por la ventanilla. Preston me golpea por un lateral. Viro ligeramente y junto mis ruedas con las suyas. Lo saco de la carretera. Desestabilizado, vuelvo a dar un volantazo y enderezo el coche con un chirrido. Él pierde unos segundos.

Más adelante, veo unos faros que parecen unos ojos rojos y brillantes que se me acercan.

Mantengo el pie en el pedal y giro a la derecha mientras pasa el camión, que deja una nube de polvo detrás de mí. El corazón me late a mil por hora y ansío que lata más rápido.

Preston aparece con la intención de adelantarme. Da un volantazo y me golpea el lateral, lo que provoca que haga un trompo.

—Cabronazo. —Suelto el volante y dejo que gire antes de agarrarlo de nuevo para recuperar el control.

Ahora estoy cabreadísimo.

Me coloco detrás de él y le doy un golpe a su parachoques. Nos miramos a través del espejo retrovisor de su coche y sonrío de forma amenazante. Luego, piso a fondo el pedal para chocar más fuerte contra el cabronazo.

Da un volantazo, y yo también lo doy, pero hacia el otro lado. Entonces,

lo adelanto hasta que se come todo el polvo que levanto. Piso más fuerte para sacar ventaja y que no pueda utilizar mi rebufo, con la vista hacia delante, y entonces levanto el freno de mano y giro para dar la vuelta.

Lo libero y vuelvo a toda velocidad al aparcamiento, con la mente en la línea de meta... y en Alana, la chica *supersexy* que se estampó contra mi Mustang de color cereza y que está esperando entre la multitud.

¿Será como las *fans* que me miran? ¿Esas que se mojan de la excitación y a las que se les ponen los pezones durísimos cuando me bajo del coche y les lanzo una mirada?

Me vuelvo a empalmar. Me lleva pasando desde que la conocí y se está intensificando con cada segundo que respira cerca de mí.

Sí, mi padre es un hombre que va tras lo que quiere. Se puede decir que estoy cortado con las mismas tijeras.

La quiero debajo de mí esta noche.

Me detengo, apago el motor y salgo del coche entre jadeos. Oigo la agitación de los pasos de las chicas que se apresuran para acercarse, mientras los chicos se abren paso también, incluido Henley.

—¿Qué locura! ¡Eres una bestia! —grita mi amigo.

Levanto el brazo y le choco la mano. Él me pasa el dinero de las apuestas, un fajo de billetes que suman 30 000 dólares.

Sí, sienta bien llenarse el bolsillo trasero con todo ese dinero por haber ganado, pero no tanto como participar.

Pisar el pedal me hace sentir vivo.

Y esta noche estoy embriagado de ello.

Escudriño la multitud en su busca. La encuentro como la dejé, con la boca abierta. No creo que jamás haya deseado algo tanto como besar esa boca, joder. Esta noche, mi premio es ella.

Le clavo la mirada, con hambre en las entrañas. Le sonrío. Abre mucho los ojos y luego parpadea.

—Tenemos un premio para ti... Enséñale lo que los campeones... —escucho a Henley decir.

Empiezo a caminar hacia delante y me siento más enloquecido que nunca. Los ojos, las manos, la mente e incluso la sangre laten a causa de la adrenalina que me recorre las venas, por ella.

4. Maldito Racer Tate

Lana

Todavía estoy conmocionada. Mientras la gente se le aproxima, él se abre paso hacia mí, con esa mirada fulminante que me provoca el deseo de salir corriendo.

Tiene los labios ligeramente curvados hacia arriba, de esa forma que lo hace tan *sexy*, y, por un segundo, me siento mareada.

Trago saliva y me enfado conmigo misma por actuar como una idiota mientras el maldito y endiablado Racer Tate se me acerca, se deja caer en el asiento que hay a mi lado y se gira para mirarme con expectación y con la sonrisa más bonita pintada en la cara.

No sé qué decir.

Este chico me ha dejado sin palabras.

—Así que... —digo, observando primero el Mustang destartado en la distancia y, luego, a él.

—Así que... —repite con su profunda voz y una sonrisa un poco más traviesa que hace dos segundos. Me mira la boca.

Dios.

¿Por qué estoy pasándome la lengua por los labios?

Eso solo provoca que entrecierre los ojos y se le oscurezca la mirada.

Abro la boca para hablar, pero no doy con las palabras. Su olor es una mezcla de sudor, jabón y champú, y siento que mis traicioneros pezones vuelven a endurecerse contra el top. ¿Por qué hacen eso cuando está cerca?

—Esto es ilegal —declaro.

Tiene la voz ronca por el esfuerzo y un brillo de alegría en los ojos.

—Por eso es divertido.

Aparto la mirada de sus ojos, tratando de centrarme y aclarar las ideas. Se inclina y me mira a la cara, con el rostro ensombrecido por la luz de la luna en el que se le aprecia una barba ligeramente descuidada.

—¿Entonces, estamos de acuerdo? —insiste.

—No. —Dirijo la mirada a sus arrogantes ojos y niego con la cabeza—. Eres un imprudente, Racer.

—Y tú también, Alana.

—Me llamo... Lana.

Arquea las cejas en señal de sorpresa.

—Además de un poco mentirosa.

Frunzo los labios, todavía mirándolo, y luego le echo un vistazo al coche. Las chicas se restriegan contra él, como si fuera Racer, algo que encuentro asqueroso. ¿Por qué las mujeres siempre actúan de una forma tan inapropiada con los pilotos de carreras y los malotes?

—Has abollado el coche —digo de forma frívola.

—Tú has abollado mi coche —me contradice, divertido.

Me río y luego le frunzo el ceño.

—Lo has abollado más. No puedo creerme que montaras un espectáculo por haber chocado contigo cuando fue solo un besito...

Se inclina para darme un beso en los labios, rápido pero con firmeza.

—Eso es un beso.

Me quedo sin respiración.

Abro los ojos de par en par.

Se echa para atrás y sonrío mientras se pone de pie y extiende la mano para tomarme del codo y ayudarme a levantarme.

—Vámonos de aquí. —Empieza a caminar al tiempo que me guía.

—¿Y a dónde quieres ir?

—A cualquier sitio donde pueda ponerte las manos encima.

Habla en serio. Me desliza una mano por detrás del cuello y me siento pequeña mientras me guía hacia adelante por la nuca.

—No sé qué hacer contigo —respondo en voz baja, mirando de reojo su

perfil.

Él sonrío y me lanza una mirada de soslayo.

—Yo sé exactamente qué hacer contigo.

Trago saliva.

Me observa con una sonrisa creciente y una mirada fiera y salvaje mientras me acerca a él cada vez más con la mano. Me lleva al aparcamiento. A mi coche.

—¿Tienes las llaves? —pregunta.

Asiento con la cabeza como una tonta y abro el coche.

Me lleva a la parte trasera del coche. Acto seguido, entra y cierra la puerta. De repente, siento el olor a sudor y a chico excitado demasiado cerca.

Me acerca a su musculoso y duro costado y me recorre desde el cuello hasta la mandíbula con la mirada.

—He deseado saborearte desde el instante en que te vi —dice con voz ronca mientras me acaricia el brazo con la mano.

—¿Por qué...?

Inclina la oscura cabeza y siento su lengua en la boca.

Me acaricia los labios suavemente, moviéndolos y abriéndolos bajo los suyos. Voy a detenerlo en cualquier momento, pero... ¡Dios mío!

Me besa durante diez segundos y luego nos separamos para tomar aire. Intento respirar mientras puedo, de verdad que lo hago.

Tiene los ojos muy azules, muy oscuros y muy hermosos. Me observa como nadie lo ha hecho antes, arrastrando la mirada por todo mi rostro, y solo por un instante deseo fingir que soy una simple chica. No he ido a fiestas, ni he tenido rollos ni historias con chicos. Y, de repente, llega este tío que me atrae tanto que estoy temblando.

Tira de mí hasta ponerme en su regazo y la tiene tan dura que me estoy convirtiendo en plastilina en sus manos.

Se inclina. Balbuceo cuando extiende el brazo, me agarra un mechón de pelo y se inclina para darme...

El beso más feroz que me han dado en toda la vida.

—¿Quién diablos eres, eh?

Me coloca una mano en el rostro y me observa, sonriéndome contra la boca e inhalando profundamente.

—¿Quién diablos eres tú? —susurro.

¿Un sueño húmedo o mi peor pesadilla?

Me besa, esta vez con un poco más de delicadeza, y desliza los dedos por mi cabello. Comienza a besarme otra vez, penetrándome con la lengua ávidamente, como si me necesitara para vivir.

Siento que me derrito; todo mi cuerpo responde y vibra de la forma más agradable.

Tocan en la ventanilla.

—Tío. El premio está... ejem... fuera.

Cuando oímos al chico, Racer echa un vistazo por encima de mi hombro a la persona que ha tocado y, luego, me mira con una mueca en los labios.

—Tenemos espectadores. ¿Quieres ir a un sitio más tranquilo? —pregunta.

—¿Dónde? —pregunto a su vez sin aliento.

Excitada.

Totalmente fuera de mí.

—A algún lugar donde pueda ponerte las manos encima sin parar. —Es lo único que dice.

Parpadeo algo aturdida ante la idea.

Me acerca a él de un tirón y me planta un suave beso; nuestras hambrientas lenguas se vuelven a encontrar. Cierro los ojos y noto que floto en su cálido abrazo y su exigente boca. Después, abro los ojos y observo esos preciosos ojos azules.

Lo necesito tanto que no puedo ni respirar. Pero me las arreglo para susurrar:

—Tengo una habitación de hotel.

Su tono de voz también es bajo y ronco por la excitación y parece que le pesan los ojos, que tiene entreabiertos, cuando me mira.

—Me parece bien. Estoy deseando verte en la cama, temeraria. —Me envuelve la nuca con las manos y me acaricia el rostro con la nariz y la mandíbula antes de echarse atrás y mirarme con los ojos cargados de excitación.

Extiende el brazo para abrir la puerta.

Nos apeamos del coche y me protege de la multitud mientras toma mis

llaves, me acompaña a la puerta del copiloto y da la vuelta para colocarse al volante. Arranca el vehículo.

—Todavía tienes que arreglarme el coche —dice a modo de advertencia mientras dirige la mirada hacia delante y conduce hacia el hotel con una sonrisa en la boca.

—No. Aún no he admitido que seas el mejor piloto del mundo.

—Y también el que mejor besa.

—¿En serio?

—Nena... —Pone los ojos en blanco.

—Tampoco estoy de acuerdo con eso —miento mientras niego con la cabeza, todavía grogui.

Se ríe en silencio y, luego, avanzamos sin mediar palabra mientras mi mente va a mil por hora y me pregunto si voy a rechazar esto. ¿Por qué estoy haciendo esto? Sigo pensando en el Mustang de color rojo cereza y el maldito y demente demonio que va al volante.

Es el mejor piloto de carreras callejeras que he visto. Todavía siento que el corazón se me va a salir por la boca.

¿Cuánto hace que no veo a nadie conducir así?

¿Alguna vez, en mi vida, he visto a alguien conducir así? En las calles seguro que no. Y si este tío —el tío que encontré en internet—, Racer Tate, puede hacer lo que acaba de hacer con un Mustang, no me puedo ni imaginar lo que puede hacer con un motor de Fórmula 1.

Durante el vuelo no pude dormir por el miedo de no encontrar a nadie lo bastante bueno. Lo bastante prometedor.

Ahora dudo que pueda dormir esta noche; no pararé de preguntarme si lo he encontrado y si tengo los ovarios que hay que tener para conseguirlo.

Los turismos no son como los coches de Fórmula 1. La conducción es diferente, y aunque un tío pueda dominar un tipo de coche, puede que conducir otro se le dé estrepitosamente mal.

Y no solo eso, sino que...

Existe una extraña química entre ambos que no puedo negar. Sí, tal vez necesite echar un polvo, pero puede que trabajar con un chico por el que me siento tan atraída no sea la mejor idea.

Es tan bueno que no puedo imaginarme no pedirle que venga con

nosotros. Me siento nerviosa cuando me pregunta el nombre del hotel y me lleva allí, y sigo nerviosa cuando aparca el coche y se acerca para abrirme la puerta. Me froto las manos sudorosas mientras me bajo del coche, consciente de que me observa ávidamente de la cabeza a los pies.

—Ven aquí. —Extiende un brazo para cerrar la puerta y tira de mí con la mano libre—. Ven aquí —vuelve a decir con voz áspera y una intensa mirada tan hambrienta mientras me atrae hacia él que parece un león observando a su presa y hace que me tiemblen las rodillas—. Ponte de puntillas y bésame.

—¿Por qué? —susurro.

Sonríe brevemente.

—Porque te lo he pedido.

—Eres un arrogante y un egocéntrico.

—No has visto nada, nena. Vamos. Hazlo.

Vacilo.

Racer sonríe, me agarra del culo, me levanta y me coloca encima del capó del coche en el aparcamiento del hotel. A continuación, me come la boca con los ojos, se inclina, me roza los labios con los suyos y, luego, procede a devorarlos.

—Quería dejar que te lo tomaras con calma, a tu manera. Pero no has querido. Así que ahora lo haremos a la mía —comenta con voz áspera y amenazante, y vuelve a apoderarse de mi boca.

Me besa durante un minuto.

Con vehemencia.

Perfectamente.

Por completo.

Me gusta cómo lo hace más de lo que jamás admitiría en voz alta.

Su sonrisa se desvanece cuando se echa hacia atrás para tomar aliento y me recorre lentamente el rostro con una mirada ensombrecida, casi divertida, pero con un toque de seriedad.

—Joder, cómo me excitas. —Le brillan los ojos mientras me ayuda a bajar, me da la mano y me guía hacia el vestíbulo.

Se ríe para sí mismo y niega con la cabeza.

—Tenías que hospedarte precisamente en este hotel, ¿no? —me pregunta con el ceño ligeramente fruncido.

Yo hago lo mismo; no sé a qué se refiere.

Me aprieta la mano y me lleva hasta las puertas giratorias. Y siento el valor que demuestra cuando conduce por la manera en que me ordena, la seguridad de sus zancadas y la forma en que me agarra de la mano como si fuera suya.

Nos dirigimos a los ascensores cuando, por el rabillo del ojo, veo a la jovencita con la que estaba en el circuito de IndyCar.

Viene corriendo desde el extremo del vestíbulo, mientras que su padre (el padre de Racer) la sigue más tranquilo.

—¡Pensaba que nos veríamos después de que cenaras con ella! — comenta la chica con los ojos de par en par.

Racer la mira, luego dirige la vista a su padre y, por último, vuelve a detenerse en ella.

—Se nos ha hecho tarde.

Me mira y me doy cuenta de que su familia tal vez no sepa nada de la carrera ilegal de esta noche. ¿Le ha contado a su familia que iba a cenar conmigo?

—Iris, esta es Lana. Papá. Lana, mi hermana y mi padre —dice Racer con un tono de exasperación, como si supiera que no hay forma de evitarlo.

—Encantada de conoceros. —Sonríe a su hermana y luego, a su atractivo padre—. Aunque ya hemos terminado —añado rápidamente, sonriendo mientras libero la mano del agarre de Racer.

Lo que estaba a punto de hacer era una locura.

Al ver a su familia mirarlo con preocupación y a mí con interés, como si quisieran saber qué soy para él, me acuerdo de la mía.

—Gracias por la cena —le digo a Racer, y veo las sombras de sus ojos cuando entro en el ascensor sola y le sostengo la mirada mientras se cierra la puerta.

Una mirada enfadada, posesiva y cargada de lujuria.

Me apoyo en el espejo del ascensor y suspiro.

—Joder —digo entre gemidos.

He estado a punto de irme a la cama con él. Y luego, ¿qué? No he venido aquí para tener una aventura, sino en busca de un piloto, y Tate es uno buenísimo.

Saco la llave y me dirijo a la habitación. Una vez allí, me encierro dentro y doy vueltas y más vueltas.

¡Céntrate, Lana! Me riño a mí misma, tratando de calmar mi cuerpo.

Tras unos minutos, me siento más cuerda y repaso la información que encontré.

Racer Tate. Según los informes, empezó a participar en carreras callejeras a los dieciocho años..., su talento los supera a todos con creces. Pero era difícil y no jugaba limpio con los demás. Fuera de la pista, se peleó con uno de sus competidores cuando este sacó a Racer en la primera curva. No le hizo gracia. Salió en las noticias, lo detuvieron. Sus padres intervinieron, se mudó de Seattle a San Petersburgo y se «reformó». Hasta que lo vieron competir y comenzaron los rumores.

Por lo visto, ahora viaja por el país en busca de competiciones y mantiene las carreras de la zona en secreto.

Lo único que sé es que este tío no es solo una estrella, sino un cometa, una de esas personas con un talento excepcional que es casi imposible de encontrar. A veces hay pilotos que, cuando los ves conducir, sabes que están destinados al éxito. Este chico es uno de ellos. En ocasiones, algunas personas simplemente lo tienen y lo llevan colgado como si fuera un cartel luminoso que hace que todos los demás se detengan y se den cuenta.

Pero ¿tiene el talento necesario para brillar en la Fórmula 1?

Tiene agallas. Demasiadas, pero eso lo convierte en un buen piloto y es endemoniadamente listo y rápido. Si hacía eso con un Mustang... ¿Pero realmente estoy pensando en poner a este tío detrás de un volante de uno de los coches de mi padre?

Sí, así es.

Por un nanosegundo me pregunto si estoy pensando con el cerebro o con lo que me hormiguea entre las piernas.

Antes de contestarme, llamo a recepción y explico que la familia de mi amigo Racer Tate se hospeda aquí y que necesito devolverle el móvil. Me ofrecen el número de teléfono de la habitación y, muy nerviosa, marco el número con la esperanza de que esté allí.

Al otro lado de la línea escucho la voz de su hermana.

—¿Sí?

—¿Está... Racer disponible?

Gruñe y la escucho caminar por la habitación y sisear:

—Una de tus malditas grupis.

—¿Por qué cojones le has dicho que estaba aquí? Dios

—gruñe a modo de queja y agarra el teléfono—. ¿Sí? —Sueno exasperado.

—¿Racer?

Hay un silencio.

—¿Dónde estás? —pregunta con voz ronca.

—Yo... eh...

—Dame tu número de habitación —masculla en voz baja al teléfono.

—No. Si te lo doy, pasarás la noche aquí, y eso no puede ocurrir. He tenido tiempo para... recomponerme. —Suspiro.

Silencio. Poco después, contesta:

—Me llevará un segundo descomponerte, Lana.

Oh, Dios. Este hombre va a hacer que me exploten los ovarios.

—Por eso no te lo voy a decir, y aunque lo averigües, no voy a abrir la puerta, así que ni siquiera lo intentes —adviento, todavía sintiendo el calor en mi interior e incapaz de evitar la reacción de mis hormonas a su voz al otro lado de la línea.

—Quiero hablar contigo en serio —añado—. Hay un... He estado antes en esta ciudad. Conocí a alguien que vivió aquí. ¿Podemos vernos en el museo de Seth Rothschild mañana por la mañana?

—Allí estaré —gruñe.

5. Sala de trofeos

Lana

He dado vueltas y más vueltas por la cama, como un gusano, incapaz de dormirme. A la mañana siguiente, engullo dos tazas de café mientras me ducho y me visto, nerviosa por lo que voy a hacer.

Me enfundo un par de vaqueros y una camiseta azul marino, me recojo el pelo en una coleta y agarro el bolso. Allí, en su interior, está la lista de pilotos de la IndyCar. La saco y leo el nombre que escribió en él.

Racer Tate.

Suspiro, doblo la hoja en cuatro y la meto en el bolso.

¿De verdad voy a hacer esto?

Salgo de la habitación y cojo el ascensor. Una vez en el vestíbulo, echo un vistazo por si veo a la familia. Pero no hay señal de ellos.

Racer Tate puede ser un chico muy masculino y atractivo, pero las reacciones de lunática que tengo por él no tienen que interferir en mis negocios.

De hecho, no dejaré que eso ocurra.

El sueño de mi padre está por encima de todo. Lo ha estado desde hace mucho tiempo y, cuanto más tiempo pasa, más importante se vuelve.

Me dirijo con esta nueva determinación al salón Seth Rothschild. Es un museo pequeño que fue construido en honor a uno de nuestros pilotos. Ahí se venden recuerdos de Fórmula 1 y se ofrecen café y «coches», lo que significa que los sábados cualquiera puede llevar su coche al aparcamiento para lo que

parece ser una exposición para adultos.

Hay un montón de coches aparcados allí, pero ningún Mustang rojo abollado.

Me apresuro a entrar para dirigirme al baño de señoras y asegurarme de que tengo el mejor aspecto posible cuando veo a un chico alto de cabello oscuro en la exposición del salón principal. Está observando un trofeo. El trofeo que Seth ganó para nosotros, hace mucho tiempo.

Levanta la cabeza hacia mí, como si tuviese algún tipo de alarma integrada en su interior que lo avisara de que he llegado.

Estaba a unos metros de él, contemplándolo.

Nos miramos. Desvía los ojos desde los míos hasta la pared donde se encuentra el trofeo, en la que cuelga una fotografía del equipo de la escudería HW Racing. Está enmarcada en roble negro y en ella salimos mi padre, mis hermanos, Seth y yo junto al trofeo. Todos sonreímos. Por aquel entonces tenía unos dieciocho años... era nuestra primera carrera del año, la primera vez que sonreí desde la muerte de David.

Observo la expresión en la cara de Racer cuando parece darse cuenta de lo que ve y, entonces, arquea una de las cejas muy lentamente, mientras me lanza una mirada.

Me aproximo con el corazón acelerado y nerviosa perdida.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Se me pone la carne de gallina.

Es su maldita voz.

No puedo evitarlo.

Noto que tiemblo por dentro cuando empiezo a preguntarme: ¿qué pasa si no está interesado? ¿Qué pasa si no es la persona a la que necesitamos?

Señalo la imagen y el trofeo con dedos temblorosos. Mi voz es sorprendentemente serena; sueno tan firme como soy capaz.

—Ese es mi padre, ese es nuestro equipo y ese es el último trofeo que hemos ganado desde que empezamos a competir. El tercer puesto en la última carrera de la temporada. El sueño de mi familia es ganar el campeonato de Fórmula 1 y tú eres el único que puede ayudarnos a conseguirlo.

Racer apoya todo el peso sobre los talones, cruza los brazos y frunce el ceño mientras me escucha. Hoy lleva unos pantalones cortos que dejan a la

vista sus musculosas piernas y pantorrillas, una camiseta Under Armour que se le ciñe al robusto pecho y el pelo muy despeinado y de punta.

—No voy a mentir. Nuestra escudería está en las últimas, pero este es el sueño de mi padre. Y también el mío. Tú eres el único que puede hacerlo posible, el único que puede ayudarnos a ganar de nuevo.

Racer permanece en silencio.

—Los coches de carreras callejeras y los de Fórmula 1 son totalmente distintos —se queja, ligeramente desconcertado.

—Lo sé. Pero me encantaría que hicieras una prueba y si sale bien...

—¿Cuándo es la prueba? —me interrumpe.

—Ayer. —Sonrío—. Ahora. En cuanto sea posible. La temporada empieza en dos días.

Me mira y luego se ríe con suavidad mientras se retira de la pared y empezamos a caminar otra vez.

—Joder, la Fórmula 1, ¿en serio?

—Sí.

—Estás hablando de la Fórmula 1.

—Sí. —Me río y me siento mareada por la forma en que sus ojos azules empiezan a brillar.

Curva los labios de forma traviesa y se pasa una mano por el rostro antes de ponerse serio.

—¿Cuándo salimos?

Oh, Dios. ¿Ha aceptado?

Parece ansioso por empezar. De repente, tiene una mirada salvaje. Competitiva.

—¿Esta noche? ¿Te va bien?

—Sin problema —asegura.

Sonrío y extendiendo los brazos para abrazarlo. Él también me rodea con los brazos y siento que inhala profundamente por detrás de mi oreja antes de separarnos; el corazón me va a mil por hora.

En serio, es una obra de Dios. El proceso de selección natural de la evolución no pudo ser suficiente para crear algo como él. Es algo prohibido.

Su única norma es violar las normas. Un destello de inseguridad reptante por mi interior. ¿Tengo la habilidad de controlar a un tío como este?

Drake, Clay y Adrian... Cuando mis tres hermanos han tratado, de alguna forma u otra, de tramar algo contra mí nunca me han hecho sentir tan nerviosa como este tío solo.

Lo último que quiero es liarme con un piloto. No puedo seguir sintiéndome así cuando estoy con él.

—No será un problema con tu familia...

—Yo me encargaré de mi familia. —Se ríe al advertir mi preocupación, extiende una mano, me agarra la cara y me sonrío—. Eres demasiado hermosa para tu propio bien. —Me acaricia la boca con la suya, lo que provoca que todo mi cuerpo se despierte y hormiguee. Un destello le ilumina los ojos y se aleja—. Envíame la información del vuelo y nos veremos en el aeropuerto.

—Bien, pero si podemos mantener esto en el terreno profesional, te estaría realmente... agradecida.

Se detiene y se gira, con los ojos puestos en mí.

Acorto la distancia entre ambos, sin respiración.

—Anoche casi fuimos demasiado lejos.

—No voy a dejarte escapar. —Parece intransigente. Decidido.

Me retuerzo las manos.

—Esto es más complicado de lo que creía.

Me mira a la cara y me paso la lengua por los labios, me inclino y le doy un beso en la mejilla. Lo he encontrado. Es el único piloto en el que he decidido creer. Lo he elegido para que forme parte de nuestro equipo y lo pondremos a prueba, por lo que esto no puede ocurrir, especialmente con mi familia cerca.

Me echo hacia atrás, pero, como si algo se desatara, Racer gruñe, me agarra de las manos y me levanta, pegándome contra él.

—Tenemos un trato... —dice con un brillo creciente en los ojos mientras sus labios se curvan de forma maliciosa.

—¿Qué trato? —susurro.

Es evidente que tiene un ego enorme.

—Soy el mejor piloto del mundo.

Niego con la cabeza.

—No.

—No quieres arreglarme el coche; esa es la única razón por la que no lo vas a admitir.

—No. No estoy de acuerdo. No he visto mucho.

Respira con dificultad. Huele a limpio e irradia calor mientras trato de liberarme y nos dirigimos al exterior, caminando uno junto al otro.

—¿Qué consigues cuando ganas una carrera callejera?

—Un polvo.

—Oh. Consigues un polvo.

Niega con la cabeza.

—Mi premio se me escapó anoche.

—¿En serio? No era tu premio. Obviamente, tenías un premio de verdad en algún lugar y debe de sentirse muy rechazada.

—Se le paga para que esté contenta, me la folle o no.

Mi sonrisa se desvanece, me aclaro la garganta y decido que esto es demasiado íntimo. No tiene sentido que me sienta celosa. No es mío, ni yo soy suya. No somos nada el uno para el otro, excepto compañeros de equipo.

—Vale. Nos vamos esta noche. Comparé los billetes.

Entrecierra los ojos, como si estuviera confundido por haber cortado la conversación tan rápido.

—He dicho que estaré allí y así será. No miento.

Tensa la mandíbula y parece cuadrada cuando tensa un músculo de la parte de atrás. Parece frustrado cuando me limito a asentir con la cabeza y añado:

—Racer, mañana esto nunca habrá sucedido. Lo que casi ocurre entre nosotros... nunca ha pasado.

Sonríe, levanta una ceja y contesta sin más:

—Entendido.

Asiente con la cabeza y lo observo mientras se dirige a un Jeep Cherokee negro. Supongo que el Mustang lo están arreglando tras abollarlo cientos de veces.

Conducirá a Kelsey, pienso de forma lastimera, y rezo para que no le deje todas esas marcas. No tenemos dinero para reparaciones, no hay margen para el error.

Dios, por favor, que no me equivoque con él.

6. Familia

Racer

—Hoy no has ido al gimnasio.

Es lo primero que dice mi padre cuando nos vemos para almorzar en un restaurante junto al gimnasio al que suelo ir.

—No.

Observo su mirada cargada de irritación. Soy como una fotocopia suya, con la excepción de que él tiene dos hoyuelos y yo solo uno. Y de que él está metido en el mundo de las peleas y yo en el de los coches. Aunque él no lo sabe todavía.

Me inclino para darle un beso a mi madre en la mejilla y despeino a mi hermana de dieciocho años. Luego, miro a mi madre mientras sorbe el té.

—Dile a papá que no sea tan duro conmigo, ¿no?

—No seas tan duro con tu hijo, Remy.

Mi padre se ríe y se reclina en su asiento.

—Lo haré cuando deje de dar por saco.

—Me gusta la velocidad, ¿vale? ¿No fue esa la razón por la que me pusisteis este estúpido nombre?

Mi madre jadea.

—Tu nombre es hermoso. Es único.

Mi padre me lanza una mirada.

—¿Cómo te gustaría que te hubiésemos llamado? ¿John?

—Tate. Simplemente Tate.

Sonríe.

—Nena, dile a John que espero que mi hijo entrene a diario. Sin excusas.

—Me ofrece una mirada penetrante—. Tómame algo en serio por una vez en tu vida.

—Esta mañana he hecho pesas y he corrido once kilómetros antes de que te despertaras. Los padres de la mayoría de mis amigos estarían dando palmas si sus hijos hiciesen algo así.

—Yo estaría dando palmas si participaras en algún combate. Hazlo y te compraré el coche de tus sueños.

Enarco las cejas.

—No hablas en serio. ¿Un Aventador blanco?

Asiente con la cabeza.

Me empalmo solo de pensarlo.

—¿Lo estás sobornando? —pregunta mi madre, arqueando las cejas.

—Funciona. —Advierto la sonrisa en su voz.

Yo también sonrío.

Iris gime y deja la servilleta en la mesa.

—Tengo que ir al baño.

—Te acompaño —dice mi madre.

Mi padre me mira por un instante.

—Conozco esa mirada —comenta después de un largo rato.

—¿Cuál?

—Hay una mujer en tu vida, no una chica.

Doy un sorbo al vaso de agua que la camarera me sirve, consciente de que mi padre me está observando.

—Es la mujer de mi vida.

Papá me mira y se ríe con suavidad.

—Joder, no te rías de esto.

—Es divertido.

—Una mierda. —Frunzo el ceño, luego sonrío y me río, mientras niego con la cabeza—. La acabo de conocer y sé que parece una locura, pero siento algo aquí. —Me golpeo las entrañas.

—Cuando conocí a tu madre, lo supe desde donde estaba en el *ring*. Nunca es demasiado pronto para saberlo.

Me paso la mano por la nuca.

—Lo correcto sería mantenerme alejado, pero no voy a hacerlo. Acaba de ofrecerme una prueba para conducir un coche de Fórmula 1.

—¿Qué?

—Lo que oyes. —Le sostengo la incrédula mirada—. Quiero que estés de acuerdo en que participe en la Fórmula 1.

Iris y mi madre vuelven a tomar asiento y, al ver la expresión en los ojos de mi madre, soy consciente de que me ha oído a la perfección.

—Sabes que no quiero que compitas —dice mi padre.

—Quieres que pelee, pero yo no quiero hacerlo. —Me echo hacia atrás y paso un brazo por el respaldo de la silla, mirándolo en silencio—. Se llama Lana, es de la escudería HW Racing.

—¿Esa escudería todavía existe?

—A duras penas, por lo que dice.

—Racer... —interviene mamá—. Estarás lejos de casa, no conoces a nadie, pondrás tu vida en peligro...

—Voy a ir.

Mi madre abre los ojos como platos.

—¿Te vas porque quieres competir o por la chica? —pregunta mi padre.

—Por ambas cosas. Quiero competir y quiero a la chica. —Lo miro—. Dime que a mí también puede ocurrirme. Que puedo encontrar a alguien que me atrape. Que me pesque, tal cual, como te pasó a ti.

Iris parpadea al escuchar eso y simplemente me observa.

—¿Me he perdido algo? —pregunta en voz alta, pero sigo mirando a mi padre hasta que contesta.

—Es lo que más deseo.

Suspiro.

—Me casaré con ella; le arruinaré la vida por completo. —Me echo a reír y él también. A continuación, nos ponemos serios.

—Deja que te conozca y que pueda decidir qué es lo «correcto» —responde mi padre.

Respiro hondo mientras me levanto y dirijo la mirada a mi madre y a Iris.

—Tengo que hacer las maletas. —Fijo la vista en mi hermana—. ¿Vas a venir a una de mis carreras?

—No sé si podré mirar.

Frunzo el ceño, pero la despeino.

—Cobardica.

—Abusón.

Se levanta y me da un abrazo de despedida. Yo le correspondo sin decir nada más. Iris siempre me dice que soy emocionalmente inaccesible. Simplemente no estoy acostumbrado a expresar nada. Siempre le digo que ya debería saberlo. Así que con una sonrisa, un abrazo y una mirada de *no te metas en problemas*, me marcho, le doy un beso a mi madre, le digo que la quiero y escucho su susurro:

—Vuelve a casa de una pieza.

Asiento con la cabeza y mi padre me acompaña al exterior.

—Cuida a Iris por mí.

—Cuídate tú.

—Lo haré.

—Maldita sea, lo digo en serio —gruñe.

Tenso la mandíbula. Suspiro mientras extendiendo los dedos. Asiento con la cabeza.

Mi padre medio me agarra, medio me da un tortazo en la cara.

—Bien.

Me sonrío y noto el orgullo en sus ojos, el orgullo y la maldita preocupación que apareció en el momento en que me diagnosticaron trastorno de bipolaridad tipo 1.

Aparto ese pensamiento de la mente mientras arranco el Cherokee, salgo a la carretera y me dirijo al apartamento a hacer las maletas.

Voy a trabajar con ella. Tocarla no es una buena idea. Pero no sé si puedo contenerme. Joder, quiero hacerlo. Todavía siento su calidez en las manos. Aún tengo su sabor en la boca. El recuerdo hace que se me ponga más dura que una piedra.

Algo en mi interior grita su nombre. Como si la conociera de toda la vida. En el momento en que la vi, algo me susurró: *Te vas a casar con esta tía. Esta chica va a ser tuya, y tú serás suyo. Esa es la verdad.*

7. El vuelo

Lana

—**D**ebe de haber algún error. No he comprado billetes de primera clase. Nuestra escudería...

—No te preocupes. Lo pagaré de mi sueldo. —Sonríe mientras enseñamos las tarjetas de embarque en el aeropuerto.

—No te quedará mucho.

Meto el billete en el bolso y coloco un brazo delante del pecho en un esfuerzo por calmar mis hiperreactivos pezones. No tengo mucho pecho, pero los pezones se me endurecen como piedras. ¡Aj!

—Seguro que sí —gruñe suavemente—, porque voy a ganar el campeonato.

Dejo escapar una risa de sorpresa mientras sacamos las tarjetas de embarque de nuevo y nos dirigimos al puesto de seguridad.

—¿Un poco sobrado, no?

Este chico es como el Muhammad Ali de las carreras de coches; dice que es la hostia y, por lo visto, se le acerca bastante. Pero los coches de Fórmula 1 se pilotan de forma distinta. He visto muchos pilotos incapaces de controlar el coche, de dominarlo.

Me ayuda a sacar el portátil del bolso y luego parece observarme los pies mientras coloco los zapatos en la bandeja. He olvidado ponerme calcetines y llevaba sandalias. Tengo los dedos de los pies pequeños y las uñas pintadas de rosa.

Sonríe para sí mismo como si le pareciera divertido y me hace señas para que pase por el escáner de rayos X primero. Veo que me sigue y levanta los brazos mientras alguna operaria con suerte está probablemente comprobando lo que lleva debajo de la ropa. Niego con la cabeza por mis pensamientos lascivos.

Dios. Mi mente tiene que parar ya.

La puerta de embarque está a tope. Voy a sentarme junto a la ventana cuando él le pregunta a una mujer si el asiento de al lado, donde tiene el bolso, está ocupado. Ella le sonríe, nerviosa. Racer levanta la cabeza y guiña un ojo.

—Ven aquí, Lana.

Trago saliva con nerviosismo y, como no me apetece discutir, tomo asiento y le sostengo la mirada mientras él se sienta junto a la ventana y echa un vistazo al teléfono.

—¿Tu novio? —me pregunta la mujer sentada junto a mí con una expresión de «voy a desmayarme» en la cara.

—No.

Siento que me ruborizo porque, por alguna razón, el mero pensamiento me acalora y finjo estar ocupada con el móvil durante un rato.

Cuarenta minutos después, finalmente embarcamos y, como soy bastante baja, tengo problemas para subir el equipaje de mano. Racer me quita la maleta de la mano, desliza el bolso sobre mi hombro y los coloca junto a su mochila.

Lo miro con cautela porque no estoy acostumbrada a que nadie haga algo por mí, me dejo caer en el asiento y me abrocho el cinturón mientras él se sienta a mi lado.

Tiene los hombros tan anchos que casi rozan los míos. Me inunda una sensación de pánico y siento la necesidad de apartarme, pero no lo hago; sería demasiado evidente. Resulta un poco abrumador sentarse tan cerca de él, estar a su lado sin recordar que sus manos me acariciaron ayer, que sus labios probaron de forma maliciosa los míos y que me gustó mucho.

Nos ofrecen un refresco. Yo lo rechazo, pero él pide un zumo de manzana.

—Cuando lleguemos, te presentaré al equipo, te prepararé y, luego, tendremos que ajustarte el asiento. Deberás pasar un examen físico, pero

seguro que te irá bien.

Me observa fijamente durante un instante.

Cuando me mira a los ojos, siento que me está diseccionando, como si estuviera leyendo mi interior, como si estos estúpidos ojos expresivos que dice que tengo se comunicaran en algún tipo de lenguaje silencioso con él.

—Si dejaras de hacer eso, te lo agradecería.

—¿Qué estoy haciendo?

—Me estás mirando, Tate. Me estás poniendo de los nervios. —Trago saliva y me río cuando sonrío, confundido—. Mi padre... —Niego con la cabeza. En realidad no estoy aquí para ser su amiga—. Solo quiero demostrarle que soy capaz de llevar a alguien con verdadero talento al equipo. No me hagas quedar mal. —Frunzo el ceño.

—Parece que tenemos un plan.

—Gracias.

Respiro hondo mientras despegamos.

Coloca la mano en el reposabrazos mientras saca el teléfono, se coloca los auriculares y empieza a escuchar música. Me pregunto qué está escuchando. Espero que el botón del cinturón se apague, luego me levanto y me siento un poco cohibida porque prácticamente le pongo el culo en la cara mientras salgo a buscar los auriculares que están en mi bolso. No los encuentro.

Vuelvo a sentarme. Él arquea las cejas.

—¿No tienes auriculares?

Ruborizada debido a su intensa mirada azul, me dirijo hacia la azafata de vuelo.

—¿Puedo comprar unos auriculares?

—Se los traigo ahora mismo.

Se quita uno de los auriculares y me lo pasa.

—Toma.

—No, de verdad...

Extiende un brazo para ponérmelo en la oreja y escucho una canción totalmente desconocida. La sonrisa de Racer es irresistible, tanto que siento que una parte de mí se ahoga de forma muy, pero que muy profunda en sus ojos mientras sonrío y me observa.

—¿Cómo se llama la canción?

—*Believer*. Es de Imagine Dragons.

—Me gusta. Puedes aprender mucho de una persona por las canciones que escucha.

—¿Y que hay en tu lista de reproducción? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Lo típico. Algunos temas antiguos pero buenos.

—Vamos a echarle un vistazo. —Mira la pantalla del teléfono y observa el nombre de la canción: *Elastic Heart*, de Sia—. Joder, me encanta esta canción. —Da un golpecito a la pantalla del teléfono con una sonrisa de aprobación.

—¡Dios mío, a mí también! —digo, y simplemente me mira. Todavía suena *Believer* a todo trapo en mi oído.

—¿Alguna vez has escuchado esta? —Busco mi canción favorita del momento, *Favorite Record*, de Fall Out Boy, conecto los auriculares a mi teléfono y le doy al *play*—. ¿Lo haces a propósito?

—¿Qué?

—Mirarme así.

—¿Cómo te estoy mirando?

Empiezo a sentir que me falta el aire.

Me mira como un depredador, en silencio, al acecho.

Cada centímetro de mi cuerpo parece vibrar por la cercanía, plenamente consciente de cada centímetro de su cuerpo. Está tan cerca que casi lo estoy tocando.

—¿Así es como vamos a actuar? —me pregunta entonces.

—¿Eh?

—Esto. —Hace un gesto para señalarmos a ambos—. ¿Así es como vamos a actuar?

Trago saliva con dificultad y asiento con la cabeza. Me quito el auricular al ver que él también lo hace, a la espera de una respuesta.

—Lo que pasó en San Petersburgo se queda en San Petersburgo —digo—. Ahora vamos a trabajar codo con codo. Y la verdad es que... pienso que lo mejor es que no compliquemos las cosas.

—Me gustan las cosas complicadas.

—A mí no. —Frunzo el ceño en respuesta a su *sexy* sonrisa—.

Masoquista —acusó.

—Temeraria.

Jadeo.

—Le di un besito a tu coche con el mío, tú estampaste tu propio coche...

Se inclina rápido y vuelve a darme un beso.

Rápidamente y sin previo aviso.

Oigo que se me escapa un suave gemido, por lo que frunzo el ceño y él se ríe de forma diabólica.

—Deja de hacer eso.

—Entonces, cierra los ojos —comenta con expresividad.

—¿Qué?

—Tus ojos me provocan hacer de todo. Estoy hechizado.

Aparece su único hoyuelo.

Maldito sea, ese hoyuelo va a acabar conmigo.

Frunzo el ceño.

—No voy a discutir hasta que no duerma un rato —digo.

Acto seguido, levanta el reposabrazos que hay entre los dos asientos, desliza el brazo a mi alrededor y acerca mi mejilla a su pecho mientras me recorre los párpados con sus pulgares para cerrarme los ojos.

Por un segundo, me quedo rígida. Apoya la cabeza sobre la mía.

—Hueles bien —comenta con voz áspera.

—Tú hueles distinto a mis hermanos.

—Puede que sea porque no soy tu hermano. —Su voz me retumba en la oreja.

Le agarro la camisa con una mano, levanto la cabeza para mirarlo y, por un instante, solo quiero que desaparezca el avión, la ropa y todo lo demás, excepto él.

—Podría decirse que soy tu jefa, Racer. Será mejor que no juegues conmigo —susurro, y en vez de parecer amenazante, sueno suplicante.

Deja de sonreír, se inclina un poco hacia adelante y, con una voz profunda, susurra:

—Seré el hombre de tu vida. Mejor que no juegues conmigo —dice.

No puedo respirar.

Inclina la cabeza y, de una forma lenta y exquisita, me recorre los labios de lado a lado con los suyos.

Jadeo, inmóvil, y tiemblo cuando saca la lengua para deslizarla dentro de mi boca. Solo me da una caricia; luego se retira, sonriente.

Lo miro y sonrío y, de alguna manera, hasta que nos despertamos con el desayuno siete horas después, duermo con la mejilla contra su pecho y su brazo a mi alrededor. Debería haberme apartado, pero es la primera vez en días que puedo tomarme un respiro de verdad para comenzar a preocuparme realmente por mi padre y por su salud, y sentir su brazo alrededor de mí hace que deje de preocuparme por todo, excepto por ese brazo que me rodea.

Qué sensación tan maravillosa.

Qué posesivo es.

Probablemente no debería estar ahí, pero lo está.

¿Me he vuelto una inconsciente de la noche a la mañana?

No sé qué me pasa, pero estoy segura de que es el *jet lag* y que las aguas volverán a su cauce cuando regrese con mi familia y al trabajo.

Tomamos un taxi en el aeropuerto y Drake se reúne con nosotros en el vestíbulo del hotel. Me siento culpable por haberme dejado besar y tocar por este desconocido, nuestro piloto. Me da miedo que mis hermanos se den cuenta y que tenga que vivir para siempre con mi inconsciencia.

Quiero poner distancia entre Racer y yo mientras caminamos por los pasillos del aeropuerto, pero, al mismo tiempo, veo cómo lo miran las mujeres que pasan y no me gusta.

Me quedo donde estoy.

Drake me abraza y veo que Racer gira la cabeza para observarnos con los ojos ligeramente oscurecidos.

—Este es mi hermano, Drake. Drake, este es Racer...

Racer relaja la postura y le estrecha la mano.

—Tate —termina.

—¿Cómo está papá?

—Bien. Esperándoos —contesta Drake mientras le pasa a Racer la llave

de la habitación.

Accedemos a los ascensores y me topo con la mirada de Racer mientras nos dirigimos a la planta donde se aloja mi padre.

—Mi padre quiere conocerte.

Sonrío, pero en mi interior, estoy rezando para que esto funcione.

Salimos del ascensor y Drake desliza la llave de la habitación de papá por la ranura antes de dejarnos entrar.

—Papá, aquí están.

Mi padre está sentado en una gran silla en una esquina, al fondo de la habitación. Se le enciende el rostro cuando me ve y noto que sus ojos se apagan de inmediato al ver al gran chico de cabello oscuro que hay a mi lado.

—Racer Tate, mi padre —digo.

—Señor. —Se estrechan la mano.

—Conque carreras callejeras ilegales —contesta papá.

—Para mí son simples carreras.

—La ley no dice lo mismo. —Le clava la mirada y, aunque sus ojos parecen cansados, hay una chispa de travesura en ellos—. ¿Estás preparado para mañana?

—Nací preparado.

Se me cae la baba un poco al ser testigo de su seguridad y Drake me frunce el ceño.

—Ya veremos lo que tienes —añade mi padre.

—Será un placer mostrárselo. Buenas noches, señor.

Asiente con la cabeza a mi padre y me levanto del borde de la cama, donde me había dejado caer.

—Lo acompañaré...

—Yo lo acompañaré a su habitación —dice Drake—. Tú vete a dormir. Y procura que no se meta en problemas y que se centre en el trabajo, Lainie. Si es que se queda.

Drake sigue a Racer al exterior.

Con un suspiro, me siento al lado de mi padre y le doy la mano.

—¿Estás bien?

—Ahora que mi pequeña está de vuelta, sí.

Sonrío y lo abrazo, tratando de no pensar en que algún día no podré

hacerlo. Deseo que esté bien porque soy egoísta, porque él es el hombre en el que me apoyo y lo necesito demasiado.

8. Prohibido

Racer

—Te prohíbo que te acerques a mi hermana —me dice el hermano de Lana mientras me sigue a mi habitación.

—Y yo que te acerques a la mía. —Sonrío.

Drake sonrío y luego entrecierra los ojos.

—No sé qué puedes ofrecernos, no creo que sea mucho. La Fórmula 1 no es como las calles. Pero a mi hermana no le importó y te contrató, así que puede que también debamos darte una oportunidad.

Sé lo que intenta hacer: intimidar al novato, hacerle ir por el buen camino, señalarle los límites y establecer las normas.

Yo infrinjo las normas.

No respeto los límites.

No podría ir por el buen camino ni aunque lo intentara.

Y es imposible intimidarme.

Así que le digo lo siguiente:

—No veo una fila de tíos esperando para ocupar mi lugar.

Tensa la mandíbula, me lanza una mirada y se echa a reír. No puedo evitarlo, pero yo me río también y ambos nos relajamos.

—A mi hermana se le ha metido en la cabeza salvar esta escudería. Espero que te des cuenta de lo afortunado que eres. Te espero en la pista a las siete en punto. No llegues tarde.

Y así, sin más, se marcha, y yo me dirijo a mi habitación, dejo las bolsas de lona en el suelo, miro por la ventana y me crujo los nudillos. Estoy muy lejos de casa. La verdad es que antes me iba bien; las carreras me hacen feliz, pero ir de ciudad en ciudad en busca del siguiente subidón es algo muy agotador. Papá me dijo que no me tomaba nada en serio.

Tal vez sea verdad.

No me tomo nada en serio, excepto las carreras.

Y ahora, a ella.

No sé qué tiene, pero desde el momento en que la vi quise reclamarla, conquistarla, poseerla.

Joder, lo peor es que estoy mintiéndole. Voy a mentirle a toda su familia. No quiero que lo sepa.

La deseo demasiado.

Ansío competir.

Sigue así, hijo de puta, me maldigo. Han pasado meses desde el último episodio. Me siento bien, quiero estar mejor que bien. Quiero fingir que todo ha quedado atrás. Saco las medicinas y las vuelvo a meter en el fondo de la bolsa de lona.

9. Primer día en el circuito

Lana

Me he pasado la noche dando vueltas en la cama, demasiado excitada por hoy como para descansar bien. Anoche oí ruidos en la habitación de al lado, por lo que no es difícil suponer que nuestro nuevo talento tampoco ha dormido. A eso de las cuatro de la madrugada, oí que la puerta se cerraba y, desde entonces, no ha vuelto.

Me ducho y me pongo unos vaqueros y una camiseta con el logo de la escudería. Me recojo el pelo en una coleta y me unto protector solar en la cara. Normalmente no hago nada más; al fin y al cabo, es una carrera, no un pase de modelos. Pero por alguna razón, agarro el brillo labial y me lo paso por los labios antes de dirigirme al circuito.

Hace un buen día y oigo el sonido de los motores de los coches en la distancia.

Es el último día de entrenamiento, así que el circuito no está tan concurrido como el día de la carrera, y reduce la presión. Sin embargo, nunca he estado tan nerviosa como ahora. Acabo de meter a un tío en el equipo. Uno con mucho talento pero un poco demasiado imprudente, que va a conducir un coche en el que mi padre ha invertido millones de dólares.

Dinero que ya no tenemos.

Veo a mis hermanos en la carpa. Supongo que no es bueno estar ansiosa, así que respiro hondo, le doy un beso a mi padre en la mejilla y me dirijo a la autocaravana para prepararle un café. Leo mis mensajes mientras espero a

que se haga.

Clark: ¿Cena esta noche?

Vamos, di que sí

Estoy pensando en no contestarle —es el campeón de Fórmula 1 del año pasado y uno de nuestros rivales—, cuando la puerta de la sala se abre y se me corta un poco la respiración al ver a Racer.

Lleva puesto el mono de carreras hasta la cintura y las mangas le cuelgan a los lados. El pecho lo lleva cubierto por una camiseta interior blanca que le marca los músculos duros, sin una pizca de grasa.

Trago saliva.

—Buenos días.

—Buenos días —contesta con una leve sonrisa.

Le lanza una mirada a mi teléfono y yo lo guardo.

Vierto café en una taza mientras siento que pasa por detrás y sale por la puerta.

Respiro hondo, me tiemblan las manos.

Salgo al exterior y veo a mis hermanos inclinarse sobre el capó del coche reparado.

—Dejad que pilote el Kelsey —digo.

Drake niega con la cabeza.

—Es demasiado excitable.

—¿Para qué conseguimos talentos si luego no confiamos en ellos como para que piloten el mejor coche? Dejad que lo pilote. Puede hacerlo. —Le clavo la mirada a Racer con un claro mensaje: *Más vale que lo hagas.*

Parece divertirse mientras se sube el mono ignífugo y empieza a cerrar la cremallera. Drake maldice en voz baja e indica a los mecánicos, Clay y Adrian, que lo ayuden a ajustar el asiento.

—Es excitable y de ruedas ligeras. ¿Puedes manejarlo?

—¿Puede él manejarme a mí? —Guiña el ojo, se coloca el casco y me deja luchando por contrarrestar los efectos del brillo de sus ojos azules eléctricos.

¿Qué mosca me picó para que me trajera a este chico? ¿Para prometerle a

mis hermanos que puedo controlarlo? Apenas puedo mirarlo a los ojos durante un par de segundos sin sentir que me penetra con la mirada, que ve más allá de la barrera que he construido, a la niñita que solo quiere que todo salga bien.

Pero no puedo dejar que lo que siento por él se interponga. Estamos ante un nuevo comienzo, una nueva oportunidad, y ver la esperanza en la mirada de mi padre es razón suficiente para impedirlo.

Se sube al coche. Se acomoda en el asiento hasta que solo se le ve el brillante casco y la visera de color. El motor cobra vida con un rugido. Empieza a calentarlo. *Grrrrr, grrrrr, grrrrrr.*

Las vibraciones provocan que hasta mi cuerpo sienta el zumbido.

Observo como Kelsey, número 38, entra al circuito literalmente volando y trazando la línea más perfecta que se pueda pedir. Normalmente es difícil que los nuevos pilotos... circulen en línea recta.

Este tío es... bueno.

¡Más que *bueno!*

Me quedo sin palabras tras sus primeras vueltas mientras se retira a *boxes* y se dirige directamente al garaje del equipo. Salta del coche, se saca el casco y se lo quito de las manos mientras rodea el coche en dirección a Adrian, el jefe de mecánicos.

—El coche pesa cuando toma la curva. Aligera la carga aerodinámica.

—Si lo hacemos, saldrá volando y no podrás controlarlo —dice Adrian.

Racer se baja el mono ignífugo hasta la cintura de forma nerviosa y agarra el agua que le paso. Solo aguarda, como si esperara que lo hicieran.

—Gracias —murmura. Me observa durante un instante antes de volver la vista al coche con una mirada de concentración en el rostro.

Le echo un vistazo a la nuca; tiene el pelo de punta y un poco despeinado, no solo porque se acaba de quitar el casco, sino porque simplemente siempre parece que su cabello oscuro tiene vida.

Vislumbro los puntos más oscuros de sus pezones bajo la camiseta blanca y los duros músculos del pecho.

Trato de no mirarle los fuertes hombros y las estrechas caderas acentuadas por la pretina del traje ignífugo. Creo que mi retina jamás ha gozado de la visión de semejante tío bueno.

Advierto que mis hermanos están discutiendo y él todavía está allí, esperando...

Es tan alto como mis hermanos, pero tienen un cuerpo muy definido y una presencia que hace que te detengas, lo mires y te cueste apartar la mirada.

Tras trabajar en los cambios durante más de una hora, se vuelve a poner el mono y el casco, entra en el coche y sale al circuito con un rugido.

Tengo un millar de nudos en el estómago. Da una vuelta. La segunda la hace más rápido. Ya no puedo dejar de mirar. No ha perdido el control y Kelsey se siente completamente a gusto en sus manos. Hostia, hace que parezca fácil, aunque sé que es bastante complicado.

—¡Tiempo! —brama mi padre.

—Un minuto veintiséis coma nueve —dice Drake con el cronómetro en la mano y los ojos abiertos como platos.

Detrás de nosotros, Clay le habla por radio.

—Sigue así. A un milisegundo de la vuelta más rápida.

Cuando por fin vuelve a *boxes* y sale del coche, mis hermanos se quedan sin palabras. Los tres lo observan con una especie de reverencia divina.

Drake es el primero en hablar.

—Bienvenido a HW Racing. —Drake le estrecha la mano, me mira y sonrío.

Yo le devuelvo la sonrisa y cuando dirijo la vista a Racer, me doy cuenta de que se ha quitado el casco. Lo sostiene a un lado y me observa con una masculina mirada de orgullo en los ojos.

Empiezo a ruborizarme.

—Lo has clavado. Creo que nunca he visto a un novato tan rápido en un coche y un circuito nuevos —comenta Clay.

Se coloca el casco debajo del brazo, cierra la mano en un puño y se golpea la palma de la otra mano.

—Lo sabía.

—¿Cómo lo sabías? —pregunto.

Me sonrío y aparece ese hoyuelo suyo.

—Porque he venido para quedarme, temeraria.

Siento que se me crisan un poco los dedos de los pies debido a su sonrisa cuando entra corriendo en la autocaravana y me doy cuenta de que

tanto Drake como Clay me están mirando mientras Adrian está ocupado realizando unas correcciones al motor.

—Lainie, es un piloto de carreras ilegales, ¿vale? No te encariñes demasiado con él, ¿me oyes? —Drake empieza a divagar—. No es nada personal, y no es porque esté en nuestro equipo. En el momento en el que otras escuderías le pongan las manos encima, le ofrecerán más dinero del que jamás tendremos.

—No digas eso, Drake.

—Soy realista.

—Eres pesimista, y hoy estoy demasiado contenta como para que me agües la fiesta. Dame un respiro. Esto es bueno. Ha sido un buen día.

—Lainie...

Veo a Racer acercarse desde la autocaravana, bajando los escalones de dos en dos y pasándose las manos por la cabeza sudorosa. Me levanto de un salto y me siento ligeramente mareada, pues mi corazón también pega un brinco.

—¿Tienes sed?

Asiente con la cabeza y agarra la botella que saco de la nevera. Tarda menos de un minuto en bebérsela entera. Jadea cuando la termina, respira hondo y me mira. Se le dilatan los orificios nasales.

—Me he sentido muy bien en el coche.

Asiento con la cabeza, sin aliento.

—Lo has escuchado muy bien.

—¿Sí?

Asiento con la cabeza rápidamente.

—Sí.

Y me doy cuenta de que mis tres hermanos nos observan con el ceño fruncido. Aparto la vista y me dirijo a la autocaravana, consciente de que Racer me sigue al interior, donde hace menos viento y no entra el sol.

—¿Tus hermanos querían que lo hiciera mejor?

Se deja caer en uno de los sofás, con el ceño fruncido. Claramente desconcertado.

—No, están encantados con la clasificación.

Arquea las cejas como si estuviera confuso por la manera en que lo han

demostrado.

—De verdad. Están muy contestas. No saben que has venido para quedarte.

Saca los brazos del mono ignífugo y lo deja caer hasta la cintura. La camiseta blanca que lleva debajo del traje se le pega tanto al pecho que le veo los pezones marrones. Levanto la mirada y trago saliva cuando me doy cuenta de que me ha hecho una pregunta.

—¿A dónde creen que me iré? —ha preguntado.

—No quieren que pase tiempo contigo.

Se ríe al escuchar eso y luego me mira en silencio, con sus brillantes ojos azules.

—Porque sienten que no eres una buena influencia y quieren que seamos profesionales en todo momento.

Extiende un brazo para tocarme un mechón de pelo con un dedo.

—¿Qué tiene de malo pasárselo bien? —pregunta con una voz ligeramente gutural mientras me mira de forma intencionada.

—No les preocupa la diversión, sino que tú y yo nos lo pasemos bien, juntos.

Sonríe y yo me echo a reír. No puedo creerme que haya dicho eso.

Me inunda una oleada de calor cuando me clava los ojos en el pecho y lo veo echándome un vistazo a los pechos antes de levantar la mirada, con los labios curvados de forma burlona y ese hoyuelo en una sonrisa que refleja un tenue arrepentimiento.

Respiro hondo, absorbiendo su aroma, y me pregunto por qué lo encuentro tan adictivo, por qué lo deseo tanto. Quiero olerlo más de cerca, saborearlo, sentirlo y tocar todo ese cuerpo con aroma masculino.

Se escucha un golpe en la puerta antes de abrirse.

—Tate. Estamos trabajando rápido y podemos hacer otra sesión.

Ve el calor en sus ojos antes de ponerse en pie. Lo sigo al exterior y noto ese mismo fuego mientras nos miramos antes de ponerse el casco, bajarse la visera y volver al circuito.

Siento que las mejillas me arden y soy consciente de que mis hermanos todavía me observan.

Tarareo suavemente, como si no pasara nada, y tomo asiento junto a mi

padre, que sostiene el cronómetro.

Vale, obviamente mis hermanos están preocupados por Racer, y tal vez lo he mirado demasiado. Tengo que trabajar en ello.

Y tal vez no haya sido tan buena idea encargarme de que el chico no se meta en líos, porque claramente soy incapaz de controlarlo; Racer es de naturaleza apasionada, pero no puedo evitar que el corazón se me acelere cada vez que lo veo por el circuito.

No puedo evitar ponerme a sudar cuando escucho su voz en la carpa, no puedo evitar que se me ericen el vello de los brazos cuando siento que está cerca. No puedo evitar que se me haga un nudo en el estómago cuando se monta en el coche y no puedo evitar sentirme tan nerviosa cuando está en el circuito, mientras pasa zumbando en un coche que hasta hace dos días jamás había conducido.

Los vehículos más rápidos del mundo.

Esa noche, tras un entrenamiento satisfactorio, mis hermanos se quedan trabajando en el coche y, mientras mi padre se dirige a su habitación a descansar, yo me demoro abajo con Racer y le ofrezco una visita guiada por las instalaciones del hotel.

Me dirijo al exterior para enseñarle la piscina (está vacía a esta hora, ya que cierra a medianoche) cuando veo que se le ilumina el rostro con un interés perverso.

—No me importaría darme un chapuzón en esa piscina tan azul —dice con voz ronca.

El traje de carrera le confiere un aspecto muy viril, pero en vaqueros y con una camiseta azul marino y el pelo, despeinado como siempre, está terriblemente salvaje y masculino. Y cuando me dirige la mirada, se me hace un nudo en el estómago.

—No me importaría darme un chapuzón en esa piscina tan azul contigo, Lana.

Tiene la mirada clavada en mi rostro y, entonces, empieza a deslizarla por mi cuerpo lentamente. Se detiene en la cremosa piel de mi estómago expuesta por el top y tengo que respirar hondo.

Me veo obligada a luchar contra la abrumadora necesidad de acercarme más a él.

Sonríe con ese hoyuelo a la vista; tiro un poco del top, nerviosa.

Se acerca, se deshace de la camiseta y, antes de darme cuenta, tiene el pecho desnudo. El pecho desnudo y ya se está abriendo el botón de los vaqueros.

—¿Qué haces?

Racer levanta la cabeza.

—¿Qué crees que hago?

—Desnudarte.

—Es lo que hace la gente cuando quiere refrescarse. —Empieza a bajarse la cremallera.

—Voy adentro —grazno mientras me giro rápidamente para alejarme.

Extiende el fuerte brazo para agarrarme por el codo y girarme.

—Refréscate conmigo.

Me agarra de la barbilla y me mira con esos ojos azules que parece que ven en las profundidades de mi alma y no puedo evitar retorcerme por dentro.

—No tengo tanto calor —protesto.

—Pero si te mueres de calor —contradice con un perverso ronroneo mientras sus ojos emiten una chispa que refleja pura maldad—. Pero también estás muy nerviosa, Lainie —dice con un chasqueo suave y un brillo en los ojos—. ¿Qué quieres hacer al respecto?

Me bajo los vaqueros y me los quito, con las palabras «date la vuelta» de alguna manera atrapadas en mi garganta cuando comienzo a quitarme la camiseta.

Racer permanece en silencio, mirándome. Pero no como un perverso, sino... solo como un tío. Como un joven atractivo, muy grande y con el cabello oscuro.

Y como me siento temeraria, me saco la camiseta por la cabeza, mientras él, de una rigurosa e implacable pasada, me recorre con la mirada de la cabeza a los pies.

Por el odio que me provoca que los pezones respondan a su inspección casi al instante, frunzo los labios y comienzo a caminar en bragas y sujetador hacia la piscina, consciente de que los movimientos de mi culo, y, rápidamente, corro hacia el borde, doy un salto en el aire, flexiono las piernas, las rodeo con los brazos y caigo al agua en bomba.

Cuando salgo a la superficie, solo veo a Racer tirarse de cabeza en una

posición impecable, cortando el agua de forma perfecta al estilo olímpico y salir a la superficie a unos centímetros de distancia, con el cabello mojado mientras se lo echa hacia atrás y me mira.

—Una forma muy elegante de meterte en la piscina —dice refiriéndose a mí. Solo se ve piel bronceada bajo el agua, por lo que sé que está completamente desnudo en la piscina.

Me ruborizo y vadeo el agua mientras comienza a bucear. Cada vez está más cerca. No sé por qué saber que Racer está desnudo y nadando hacia mí lo hace más peligroso que si se me acercase el tiburón de aquella peli. Quiero que este tiburón me dé un mordisco, pero no puedo permitirme que mi padre pierda al único piloto con talento que ha tenido. Sería el principio del fin.

Además, me gustan los tíos que sepan un poco menos de sexo, tal vez como yo, y un poco menos atractivos, de lo contrario me volvería loca de celos cada vez que saliera. He estado rodeada de pilotos durante demasiado tiempo como para saber que el número de mujeres en torno a estos hombres es demasiado elevado. Competir contra eso sería agotador.

No tengo energía para hacerlo. Toda la energía que tengo es para centrarme en ganar.

—Relájate. No voy a ahogarte —ronronea.

—No creo que vayas a hacerlo —susurro. Me falta el aire.

—¿Qué crees que voy a hacer?

Me encojo de hombros.

—¿Qué quieres que haga? —Sonríe de forma perversa, con una mirada centelleante.

—Quiero que... —«... me vuelvas a besar. Quiero que me toques, que acabes lo que empezamos». Todo eso es una locura, así que me esfuerzo por encontrar una respuesta—... me traigas algo de picar.

Levanta las cejas y luego echa un vistazo a nuestro alrededor.

—Creo que la cafetería está abierta. Ahora vuelvo.

—Era broma.

—No, no lo era. No te muevas.

Sale de la piscina y me quedo con la boca abierta cuando veo su perfecto trasero masculino. Un trasero masculino perfecto con un tatuaje con las letras RT. Dios mío. Recorre la piscina en busca de una de las toallas que ofrecen a

los bañistas durante el día, se envuelve la cintura y luego regresa con dos tazas de café y una magdalena para mí.

—No puedo creerme que me hayas traído una magdalena y un café. Gracias —digo.

Lo escucho quitarse la toalla y sumergirse lentamente en la piscina; cada átomo de mi cuerpo parece electrificarse simplemente por compartir el agua con él.

—Parece que siempre me estás alimentando.

—Lo hago por puro egoísmo. Me empalmo cuando te veo hacer cualquier cosa con la boca.

Casi me atraganto.

—¡Racer!

Se echa a reír. Sus oscuros ojos brillan a la luz de la luna y las luces de la piscina se reflejan en el azul celeste.

—¿Cómo te has sentido en el circuito hoy? —pregunto mientras como.

—Bien. Estoy a tope.

Sonríe y, aunque no dice mucho más, sé que está emocionado, la energía que lo envuelve es tan fuerte y vibrante como el murmullo que emite una tormenta que se aproxima.

—Los Clark son los campeones actuales. Tienen los mejores coches, los mejores patrocinadores, el mejor presupuesto, el mejor piloto... —explico.

Levanta las cejas al oír el último comentario y me río.

—El mejor después de ti —bromeo.

Se echa a reír.

Después de tomarnos el café y vadear en la piscina durante un rato mientras charlamos sobre otras escuderías, nos dirigimos a nuestras habitaciones.

—Buenas noches —me despido, y Racer me desliza la mano por la nuca, se inclina y coloca la boca en mi frente.

—Invítame a entrar —susurra. Toma aire y gruñe suavemente antes de darme un beso en la frente.

—No... no puedo. No es que no quiera, pero estás en mi equipo y tengo que evitar que te metas en líos.

Tensa la mandíbula, pero asiente con la cabeza.

—Está bien —responde y me mira la boca antes de dejarme marchar.

Se dirige hacia su puerta y se cruje el cuello de forma nerviosa.

Entro en la habitación y me doy una ducha. Me meto en la cama. De alguna manera soy plenamente consciente de los sonidos de la habitación de al lado. Hay mucho ruido, como si estuviera haciendo ejercicio. Ojalá pudiera culparle por no dejarme dormir, pero es un sonido leve, realmente no es nada comparado con el caos que Racer ha provocado en mi cuerpo. Hoy no me ha tocado. No me ha besado. Ni siquiera está en la habitación conmigo. Pero está claro que provoca muchas sensaciones en mi interior.

10. Clasificación

Lana

Es el día de la clasificación, el primer día oficial del comienzo de la temporada. El campeonato del Gran Premio de Fórmula 1 cuenta con un número aproximado de veinte pilotos, que compiten cada ciertas semanas en un total de veinte grandes premios. En cada carrera, ganan puntos para el campeonato, y para ser buenos contrincantes este año, debemos tratar de acabar entre los cinco primeros en todas las carreras. Algo que no hemos conseguido nunca. No desde que Seth ganó el tercer puesto en el campeonato el primer año de la escudería. Además de tratar de finalizar cada carrera entre los cinco primeros puestos, necesitamos hacer una buena clasificación, razón por la que hoy es un día bastante importante.

Además, hoy también es un día decisivo porque nunca hemos hecho algo así antes.

Escudriño la pista otra vez, con la esperanza de ver a Racer. La decepción me inunda cuando no lo veo. Echo un vistazo a la hora y luego le pregunto a Clay:

—¿Sabes algo de Drake?

—No.

—¿Qué pasa si Racer no aparece? —pregunto.

—Sería una desgracia.

Respiro hondo.

—Cierto. Gracias.

Me da un vuelco el corazón cuando, de repente, veo una figura oscura caminando hacia delante, junto a Drake.

Racer Tate.

En todo su esplendor.

Sé que todos los que están en la pista lo observan. No solo porque es el novato, sino porque creo que los chicos saben que es de esos tíos que te quedas mirando. Su presencia, cómo se mueve, cómo camina, con cierta pereza, como un león que sabe que es el rey de la selva y no necesita pavonearse. La camiseta se le adhiere al pecho y los músculos del brazo. Sus hermosos ojos azules brillan cuando me mira. Me encuentro de pie frente a la carpa, casi boquiabierto. Un hoyuelo aparece cuando comienza a sonreír lentamente.

—Lainie.

—Racer. —Asiento con la cabeza, parpadeo y tomo aire tratando de calmar el tumulto de mi interior.

Siento mariposas en el estómago cuando esboza una sonrisa y nos sonreímos durante un excitante instante.

Entrecierra los ojos debido a la luz del sol y luego se inclina hacia mí y tira un poco de mi gorra hacia abajo de forma juguetona.

—Eso no lo hacen los caballeros —digo, y lo empujo en broma, aunque se me hace igual de imposible que empujar un muro y esperar que se mueva. No ocurre nada.

—No soy un caballero.

Le brillan los ojos mientras extiende el brazo para cubrirme las nalgas con las manos, sin apartar la mirada.

—¿Estás bien? —pregunta.

Me sorprende que se haya dado cuenta de que algo anda mal. Dios. ¿El maquillaje no me ha disimulado las ojeras?

Trato de mantener la voz firme.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque te veo. —Me da un toquecito en la barbilla y me estudia el rostro.

A veces, me pregunto si he deseado que alguien me lo pregunte para que, cuando ofrezca mi respuesta habitual de «estoy bien», sepa que no es cierto,

que no estoy bien.

Me lleva a la autocaravana.

Lo sigo, nerviosa.

Tiene un pronunciado ceño fruncido.

—¿No has dormido esta noche? —pregunta mientras saca el equipo.

—No —admito.

Me mira con gran intensidad y no sé cómo explicarlo, pero aunque Racer me ponga nerviosa, también me calma las heridas. Su presencia es tranquilizadora y excitante a partes iguales.

Anhelo eso.

No me había dado cuenta de lo mucho que anhelo algo así.

Algo personal.

Algo que solo sea mío y no tenga nada que ver con las carreras.

Una vez, mi padre me preguntó si estaba segura de que este era mi sueño, que no solo era el suyo.

Le contesté que sí.

Pero ¿hasta qué punto el hecho de que sea el sueño de mi familia ha hecho que se convierta también en el mismo?

Cuando pienso en mi padre, siento una presión en el pecho. Mi familia lo es todo para mí. Si tuviera que pedirle algo a Dios, sería que siempre estuviesen a mi lado. Cuando mi madre nos abandonó, todos nos quedamos destrozados, pero aquello hizo que nos uniéramos más, que nos valorásemos más. No hay nada en el mundo que me importe más que mi padre. Es mi héroe. Me enseñó a trabajar, a tener un sueño, una meta. Me enseñó a ser generosa y cómo superarme. Aguanta esto en silencio, sin decirme nada ni quejarse. Me preocupo porque está enfermo y no quiero que reprima lo que siente. Esta semana parece un poco más gastado y una parte de mí cree que la excitación, la mera posibilidad, de ganar es lo que lo mantiene bien por ahora.

No quiero hablar sobre esto con él en un día de clasificación, así que trato de actuar con calma.

—Racer, piden una entrevista después de los libres...

Desliza sus ojos por los míos, se quita la camiseta y se pone la interior. En cuanto atisbo su pecho desnudo, siento que me falta un poco el aire.

—¿Dónde? —pregunta.

—Pues... aquí mismo, en la carpa está bien.

Asiente con la cabeza y sonríe un poco mientras parece darse cuenta de que me pongo nerviosa. Veo que me escudriña con sus ojos azules; me hace ser muy consciente de mi ropa, mi media coleta y la ropa interior que he decidido llevar hoy. Nunca he sido de llevar ropa interior de encaje. Soy práctica, la de algodón me va bien. Pero una parte de mí a veces quiere llevar algo más *sexy*, esas cosas que le gustarían a un tío como este.

—¿Has comido algo? —pregunto mientras se dirige a la sala del fondo para terminar de ponerse el traje de carreras negro.

Asiente con la cabeza mientras desaparece y vuelve vestido con el mono ignífugo. Guapísimo y preparado para la carrera. De la bolsa de lona saca los guantes, las botas y los calcetines, luego los coloca a un lado, se acerca y me sostiene la cara.

—He estado pensando en ti.

—Eh... —susurro algo aterrorizada, porque su tacto me excita y me enloquece muchísimo.

No me he sentido así por un chico en años. Desde David. Y tal vez ni eso. David era mi mejor amigo. Este chico... no sé ni la mitad de lo que me gustaría conocer de él. Sé que es sensual, que compite en carreras de coches, que es temerario, que su padre era un luchador famoso y que tiene madre y una hermana, el hoyuelo más *sexy* del mundo y la mirada más cautivadora. Pero quiero saber más... Siento que debería saber más si va a trabajar con nosotros.

Si va a... hacerme estas cosas.

Tiene un rostro muy hermoso y arrogante. Los ojos le brillan de un modo que te hace sentir que quisiera comerte viva. Y cuando aparece ese solitario hoyuelo, me gustaría hacerle mil fotos mentales, como si, por alguna razón, una parte de mí necesitara memorizar todo lo que tiene que ver con este hombre. Este chico. Este chico *sexy* de veintidós años y de ojos azules que me acelera el pulso y hace que el corazón me golpee con fuerza el pecho.

Me siento desnuda cuando se empapa de mí, lentamente, al principio. Como si no hubiera prisa y tuviera todo el tiempo del mundo para contemplarme.

Tiene las manos a los lados y veo que poco a poco empieza a cerrar los

puños, dedo a dedo, mientras respira hondo.

—¿Qué tal si reanudamos lo que dejamos en San Petersburgo si consigo el primer puesto en la clasificación? —Sonríe ligeramente ante la idea.

El recuerdo de sus besos me provoca un escalofrío.

—¿Qué tal si dejas de flirtear y te pones a trabajar? —susurro.

Se ríe suavemente, con ojos brillantes.

—Deja de chocarme el coche, Lana —gruñe de forma juguetona, y tira de mi gorra hacia abajo—. Te queda muy bien —añade.

—Tú estás horrible con el traje de carreras —grito mientras se dirige al exterior.

Me doy cuenta de que tengo los pezones erectos y frunzo el ceño mientras me los froto con las manos para calmarlos y me dirijo hacia el lateral de la pista, nerviosa porque no estoy acostumbrada al coqueteo. Normalmente mis hermanos se bastan para mantener a raya a los pilotos y mecánicos, y es cierto que me hace sentir incómoda la forma en que Racer me mira. Pero, al mismo tiempo, nunca me ha gustado tanto sentir eso en mi vida.

Es como si quisiera que me viera hacer todo lo que hago... mientras que, al mismo tiempo, cada vez que lo hago, quiero esconderme de su penetrante mirada.

Es un sentimiento que me confunde y no sé cómo actuar cuando estoy cerca de él.

Trato de fingir con todas mis fuerzas que es uno de mis hermanos. Que es solo un tío. Estoy acostumbrada a la testosterona. Pero la testosterona de este chico me afecta de forma diferente. Bueno, me afecta. Punto.

Me siento, me levanto y me muevo por aquí fingiendo que es uno de mis hermanos, pero no huele como ellos. Su olor es muy masculino, muy limpio, muy cálido y muy bueno. No se parece a ellos tampoco. Es un poco más alto que los demás pilotos, un poco más grande que ellos y que mis hermanos, un poco más atlético y musculoso. Bueno, realmente está buenísimo. Podría ser boxeador; tiene ese tipo de cuerpo, con los brazos grandes y todas las partes del cuerpo definidas.

Siempre he preferido acostarme con un chico que conozca o, al menos, con el que esté saliendo. Siempre he pensado que así tiene más significado, pero a fin de cuentas, solo me he acostado con un tío en toda mi vida. Así que, ¿a quién quiero engañar pensando que el sexo es mejor entre personas

que se conocen? Tal vez no. Tal vez una noche de pasión con el tío más atractivo que he conocido en mi vida es justo lo que necesito.

Pero él no será un desconocido por mucho tiempo.

Está en mi equipo.

Sin embargo, no puedo evitar preguntarme que podría hacerme olvidar lo mucho que echo de menos a David. Sé que ha pasado tiempo y que necesito salir al mundo exterior, y que tal vez lo he hecho todo mal. Quizá en vez de intentar encontrar a alguien que reemplace a alguien que significaba mucho para mí, debería buscar lo contrario. No debería buscar un sustituto, solo aceptar mi soltería y acostarme con quien quiera, vivir la vida de soltera con orgullo, con el conocimiento de que ya he tenido la suerte de encontrar el amor y que siempre lo llevaré en el corazón.

No creo que nadie pueda ofrecerme algo como lo que tuve con David. Nos conocíamos desde que éramos niños. Me protegía, me cuidaba y me amaba. A veces lo echo tanto de menos que me duele el pecho y tengo que presionarlo con la mano para intentar calmar el dolor.

Trato de olvidarlo mientras bebo de una botella de agua y me bajo la visera de la gorra para protegerme del sol. Ya tengo demasiadas pecas y no quiero más.

—Los Clark están muy fuertes este año —murmura papá a modo de advertencia, cuando me acerco a él.

—¿No lo están siempre? —Pongo los ojos en blanco.

—¿Clark todavía está coladito por ti? —pregunta Drake por detrás de nosotros.

—¡No! —grito, mirándolo por encima del hombro—. Solo quiere información. No voy a dársela. —Frunzo el ceño y luego me doy la vuelta en dirección a *boxes* mientras observo a los pilotos que van hacia los coches.

Racer y yo nos miramos mientras limpia la visera y mis hermanos y el equipo ponen el coche a punto.

Sigo sirviendo bebidas a todos, incluso le ofrezco una a Racer, que la rechaza lanzándome una mirada y negando con la cabeza.

Por alguna razón, eso hace que me sonroje, pero sigo tratando de ayudar en todo lo que puedo. Supongo que necesito actividad para calmar los nervios.

Cuando tiene el casco puesto, la visera bajada y está sentado y sujeto al asiento del coche, me marcho de *boxes* y los motores se encienden.

¡¡¡Brrrrrrruuumm!!!

No puedo soportar mirar. Es la primera sesión de clasificación. La primera vez en un coche de Fórmula 1. Podría ser doloroso. No puedo mirar.

Me dirijo a tomar asiento cerca de mi padre, que me da unas palmaditas en la mano.

—Confía en tu instinto.

—Ahora tengo el instinto atrofiado.

Se ríe.

Veo la risa llegar a sus ojos y me relajo.

—¿Clayton se comunica por radio con él?

—Sí.

—Infórmame cuando acabe.

Escucho el giro de las ruedas, los coches salen rugiendo de *boxes* y no estoy segura de haber escuchado un sonido tan entusiasta e iracundo de Kelsey antes.

Cojo aire y luego oigo que mi padre también lo hace. Luego dice, mirando el cronómetro:

—Un tiempo decente de cojones.

Abro los ojos y miro a papá. Veo algo que reconozco como esperanza en su mirada y eso me provoca un nudo en el estómago aún más grande, que esta vez se une a algo similar a la excitación.

Giro la cabeza y observo a Kelsey correr por la pista como un demonio hasta arriba de Red Bull.

—Lo lleva en la sangre, peque Lainie —susurra mi padre, mirándome con orgullo.

—Es muy bueno, papá —admito con el corazón henchido de una forma en la que nunca ha estado cuando me felicito a mí misma—. De camino a Estados Unidos estuve rezando para encontrar a alguien como Seth. No lo hice. Encontré a alguien mejor. Tenía demasiado talento como para dejarlo marchar.

La gente no tiene ni idea de lo difícil que es conducir a 362 km/h con una tonelada de fuerza G empujándote por detrás. Necesitas estar muy en forma

para soportarlo durante horas.

Después de que los coches den vueltas en círculo y ajusten sus tiempos y los propios coches, la clasificación termina con Clark en primer lugar, el segundo piloto de Clark en segundo lugar,

—Y Racer Tate es el tercero —comentan los locutores—. Se califica en tercer puesto, un gran regreso de HW Racing este año.

Cuando Racer entra en *boxes* y salta sobre la báscula, tomo nota del peso y me doy cuenta de que ha perdido cuatro kilos y medio de agua corporal en sudor. Me doy prisa por llevarle una botella de Gatorade, agua de coco, limonada o agua y cargo con todo en los brazos para que él elija.

—Tercero. ¡Hostia, nada mal! —vitorean mis hermanos y se dan palmadas unos a otros. Me apresuro hacia allí mientras él se baja del coche para la entrevista.

Coge la primera bebida que le ofrezco, un Gatorade, y la prensa lo ataca antes de que lleguemos a la autocaravana.

—Racer Tate, eres el único novato del año y vas a por todas, ya has causado un revuelo en las redes con tu talento. ¿Cuál es la diferencia entre correr en las calles y en una pista como esta? —pregunta una atractiva reportera mientras le coloca el micrófono en la boca.

—Que me susurran al oído. —Sonríe y Clayton se ríe por detrás de nosotros.

—¿Es demasiada potencia...?

—No es demasiada. Me gusta la potencia. Con lo que tengo que tener cuidado es con los muros, no hay muchos fuera de la pista. Normalmente son árboles.

Más risas.

—Cuando pedimos esta entrevista y preguntamos cómo diablos te encontró la escudería HW Racing, Lana nos comentó que fue ella quien lo hizo... por accidente, literalmente...

Gimo en mi interior mientras la reportera continúa

—¿... es buena conductora?

—Vamos a trabajar en ello —dice Racer bruscamente, y le aparece el hoyuelo cuando me guiña el ojo y me agarra del codo de tal forma que siento un leve crujido de piel mientras me aleja.

—Ese es Racer Tate —dice la reportera a la cámara al tiempo que nos alejamos—, en directo desde el circuito de Fórmula 1 de Australia.

—No puedo creer que les dijera eso —jadeo mientras me paso los dedos por el lugar donde me ha tocado.

Me mira con vacilación; los ojos azules le brillan tanto bajo la luz del sol que no puedo apartar la mirada.

—Por suerte para ti, ahora tienes al mejor piloto del mundo a tu disposición —suelta con un gruñido.

Suena deshidratado. Y travieso.

—¡Ja! Yo seré yo quien juzgue eso. Además, no estoy segura de qué insinúas que haga con él. —Le lanzo una mirada con el ceño fruncido.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Lo que quieras. Gratis. Clases de conducción, clases de magreo...

—¿En serio? —Frunzo el ceño—. No te creo.

—Créeme, Alana. —Me detiene, con los ojos brillantes, mientras frunce el ceño y me mira la boca, como si quisiera tomar un bocado y le molestara no poder hacerlo. Baja la voz y añade—: Me pasaré esta noche a por un beso, por el tercer puesto.

De repente, los pulmones me pesan como piedras, pero trato de sonar seria cuando digo:

—Puedes tocar a la puerta, pero eso no significa que vaya a abrirte.

Veo que el hoyuelo se intensifica mientras me observa alejarme y siento un hormigueo en todo el estómago que no he sentido nunca, en toda mi puta vida.

11. Motivado

Racer

Estoy motivado y excitado, ni una pizca cansado después del día. Joder, tercer puesto.

Me conformaré.

No está mal para ser un novato. Trabajaré a partir de aquí, me familiarizaré con el coche, las ruedas y los giros.

Me acabo de duchar después de machacarme en el gimnasio del hotel durante una hora y, en lugar de desnudarme y echarme en la cama, me estoy poniendo un par de vaqueros y una camiseta limpia.

Uno de los Clark va detrás de ella.

No quiero que nadie la toque, ni que la mire, y mucho menos que la bese.

Quiero besarla otra vez, con intensidad. Averiguar el sabor de cada centímetro de su cuerpo, extraerlo y añadir un leve gemido o dos. Me estoy haciendo a la idea, y mi polla también: será rápido y duro, como a mí me gusta. Enseguida, tenso la mandíbula porque estoy siendo un capullo egoísta. Ninguna chica debería tener que lidiar con mis mierdas. Coño, hasta trato de evitárselo a mi madre; ya tiene bastante con mi padre.

Pero me dirijo hacia ella; necesito verla.

Toco a la puerta.

La abre vestida con un pijamita que me provoca una erección.

Parpadea.

—Hola.

Respira hondo, mirándome, y la observo. Veo sus pezones; quiero tocarlos, chuparlos, y no puedo sacármelos de la cabeza durante un largo rato. Sé que está preocupada porque trabajamos juntos y no debería besarla, pero no tengo ningún reparo al respecto.

Sin embargo, quiero tranquilizarla, así que me quedo allí y me conformo con su aroma. ¿Qué es eso?

Me está hablando.

Siento los ojos pesados cuando los muevo desde sus labios hasta sus ojos. Dice:

—Racer, por favor.

Abro la boca para corregirla, para decirle que me llame Tate. Lo prefiero. Pero la cierro de golpe y le frunzo el ceño.

Bueno, mierda, me gusta cómo suena mi nombre en su boca. Me gusta la idea de que lo pronuncie mientras se corre.

Soy rápido en todas las cosas, menos en esto. Joder, ni siquiera sé qué es. Extiendo el brazo. Abre los ojos ligeramente y advierto interés, lujuria y todas esas cosas. Llámalas como quieras.

La excito; sus ojos no mienten. Y me estoy quemando como el combustible de un coche a toda velocidad.

—¿Puedes decirlo otra vez? —Siento que curvo los labios en una sonrisa.

—¿Qué? ¿Racer? —pregunta, confundida.

—Todo.

—Racer..., por favor.

—Por favor ¿qué?

—Yo...

—Por favor ¿qué?

—Por favor, hazme quedar bien. No sigas con esto. —Empieza a negar con la cabeza y me inclino para darle un beso en los labios.

Como ella y yo sabíamos que haría.

—Te diré algo, Alana —espeto mientras le sostengo el rostro con las manos y le tomo el pelo con su nombre falso—. Dime que vas a arreglarme el coche porque sabes que soy el mejor piloto del mundo y volveré a mi habitación.

—Te diré algo, Racer —dice, empujándome por el brazo—. Ve a descansar. Sigue tratando de alcanzar tus sueños. Y cuando lo consigas, puede que lo admita. —Sonríe y, cuando comienza a cerrar la puerta, se besa la punta de dos dedos y lleva la mano a mi mejilla.

Me río y me paso la mano por la cara, donde acaba de plantarme el beso más dulce del mundo.

12. Carrera

Racer

Estoy a tope. Me machaqué en el gimnasio a medianoche. Hice ejercicios de resistencia y trabajé la parte superior del cuerpo, las piernas y los brazos.

Pillo un café a primera hora de la mañana, cojo uno para Lana y me dirijo al circuito.

La veo con sus hermanos. Abre los ojos de par en par cuando le ofrezco un café y veo que tiene un montón de cafés en la mesa que hay a su lado.

—Oh, yo también te he traído uno.

Asiento con la cabeza y la observo mientras toma el mío y se lo bebe en silencio antes de dirigirse a la reunión de pilotos.

El director de la carrera nos informa sobre lo básico.

—El coche de seguridad... —dice.

Indica qué curvas tienen refugios seguros, en caso de que un coche se averíe.

—Los refugios seguros están indicados con conos naranjas o marcas de curva.

Los Clark se ríen y susurran entre ellos.

Qué imbéciles.

Será un maldito placer darles una paliza este año.

Después de la reunión informativa con los pilotos, me dirijo de vuelta a la carpa para hablar de la estrategia con Adrian, el hermano más pequeño de

Lana. Además de los mecánicos que componen la escudería HW Racing, la familia de Lana ocupa los puestos más importantes. Adrian es el ingeniero de carreras. Clayton es el asesor del piloto, con quien normalmente discuto sobre las habilidades de conducción y con quien estoy en contacto por radio durante las carreras. El mayor, Drake, es el jefe de equipo. El padre de Lana es el dueño de la escudería: un hombre al que le apasiona vivir en el circuito y que rara vez se va hasta que todo el equipo lo hace.

Adrian y yo discutimos sobre cuántas paradas en *boxes* vamos a hacer y con qué neumáticos vamos a empezar.

Me siento extrañamente tranquilo. Se me da bien calmarme bajo presión. Saber que tu vida pende de un hilo te aclara la mente. Te agudiza todos los sentidos.

Me centro en la estrategia y dejo el cuerpo relajado y la mente centrada.

Enseguida llaman a los pilotos a *boxes*.

Me aproximo al número 38. El «Kelsey» de Lana.

Es un vehículo exótico, construido para la velocidad. Construido para las carreras.

Está listo y yo también.

Cojo los guantes y me subo la cremallera del mono. Luego, me pongo el casco. Antes de bajar la visera, escudriño a Lana, que me ha estado observando desde el lateral. Dejo que la testosterona que estimula en mi interior me recorra el cuerpo y le lanzo una mirada que dice: *Esto es por ti*.

Se me pone dura al ver esa mirada de adoración en sus expresivos ojos.

Su rubor solo es la guinda del pastel de mi tremendamente *sexy* Lana.

Para cuando me meto en el coche, me pongo el cinturón y enciendo el motor, ya estoy empalmadísimo.

Los coches de Fórmula 1 son mucho más salvajes que los normales. Más ruidosos, más rápidos, con más agarre y más difíciles de conducir. Es más difícil ganar con ellos. Esto no es una carrera de uno contra uno; compito contra otros dieciséis pilotos, todos con sed de victoria. Tanta como yo.

Seguimos al coche de seguridad cuando nos colocamos en posición y, entonces, sacan la bandera verde y hago una buena salida.

El truco está en liberar el embrague de forma relajada.

Lo he clavado y estoy acelerando, manteniendo la posición mientras

alcanzo los 370 km/h en la recta. Siento que el asiento tiembla debajo de mí. El volante lucha contra mí mientras tomo una curva rápido.

Supongo que ahora es cuando le doy las gracias a mi padre por enseñarme a hacer ejercicio.

Tengo el torso en tensión, al igual que el resto de los músculos; el corazón me late con fuerza y los pulmones trabajan a pleno rendimiento mientras alcanzo al número 8.

Me espero para adelantarlo, aguardando el momento.

«Tranquilo», oigo por los auriculares.

Es Clay.

«Sigues el tercero, alcanzando al segundo», dice la voz.

Piso el pedal, esperando la oportunidad para adelantarlo y luego tomo una curva lento y me dirijo a la siguiente.

La voz dice:

«Avanzando. 10 segundos por detrás del segundo y ganando tiempo».

Nos dirigimos hacia la recta y voy a toda velocidad. Utilizo su rebufo para acercarme. Hay que tener cuidado cuando te acercas demasiado porque puedes subvirar: el coche recibe un empuje del rebufo del otro coche y no gira.

Nos dirigimos a una curva rápida y a una zona de frenado fuerte, pero no freno cuando el número 8 empieza a hacerlo.

Mantengo el pie en el acelerador y freno en el último instante, con más fuerza y más tarde. En un segundo, lo adelanto.

Se dirige torpemente a la curva y me toca por detrás mientras lo hace. Estoy en la recta y oigo un tintineo.

«¡Segundo...!», oigo.

El número 8 muerde el polvo mientras cambio de marcha.

Las marchas de un coche de Fórmula 1 están en el volante. El volante es más que la dirección; es el puto cerebro del coche. Aumento la marcha con la mano derecha, la disminuyo con la izquierda e incluso compruebo el estado de la pista; la bandera amarilla o roja aparece en forma de luces intermitentes en el volante mientras conduzco.

La pista está limpia y voy a la caza de Clark. El puto número 9 está en mi radar y voy a por él.

—Ahora eres el segundo. El tercero te pisa los talones —dice Clay.

Siento su morro pegado a la parte trasera del coche. Sostengo el vehículo con firmeza, vuelvo a frenar y lo dejo atrás.

Aparece la bandera blanca y sé que ahora viene la de cuadros.

Alcanzo al número 9, pero no tengo tiempo suficiente para adelantarlo.

De todas formas, lo intento, tengo el morro del coche prácticamente a un pelo de su trasero.

«No te arriesgues, Tate», dice Clay, como si me leyera la mente.

Aprieto la mandíbula y decido escuchar. Una segunda posición es mejor que que me saquen de la pista en la última vuelta.

Estoy tan excitado por la adrenalina que me siento colocado. Cuando me bajo del coche, deseo besarla con todo mi ser.

Todas las células de mi cerebro se centran en la expresión de su rostro. En el deseo de besarla; un beso largo y apasionado. En el deseo de que me diga que soy el mejor piloto del mundo.

Es reacia a ceder ante mí, a admitir que me desea, que soy exactamente lo que ha estado buscando, pero seré paciente. Mi padre siempre me ha dicho que soy demasiado impaciente, pero que un día encontraría algo para lo que querría tener mucha paciencia.

Y ese algo es Lana, mi futura esposa.

13. Sin aliento

Lana

Apenas podía mirar. Pero oía a Racer cambiando de marchas y acelerando cada vez que pasaba el 38.

Brum, brum, brum, bruum, como bofetadas duras, rápidas y crueles en el motor mientras cambiaba de marcha sin esfuerzo.

Tengo tanta adrenalina en el cuerpo que me tiemblan las piernas.

—¡Segundo! ¡No me jodas! —gritan Clayton y Adrian.

—Kelsey nunca ha ido tan rápido.

—Dios —dice Drake con incredulidad.

Mi padre me da un abrazo y me aparto cuando llega Racer.

Pesan el coche y, luego, a él. Sé que pueden descalificarnos si el coche y el piloto pesan menos de lo esperado.

Cuando Racer se sube a la báscula, tomo nota de su peso y me doy cuenta de que ha perdido 3,6 kilos de agua corporal en sudor, algo que afortunadamente habíamos calculado cuando añadimos el peso apropiado al coche. Me apresuro a llevarle una botella de agua mineral, Gatorade de diferentes sabores y mi agua de coco favorita; me las coloco todas en los brazos para que elija lo que quiera.

Cuando termina, se baja de la báscula lleno de energía mientras se saca el casco y lo arroja sobre el asiento del coche y se marcha.

No sé qué ocurre, pero comienza a dirigirse hacia la autocaravana y tengo

que perseguirlo.

—¿Racer?

Lo sigo por los peldaños de la autocaravana y evito que la puerta se cierre para poder entrar detrás de él.

—¡Racer!

Entonces, una vez estoy dentro, la puerta se cierra.

Se da la vuelta y tira de mí contra su cuerpo, duro como el acero. En un momento, me encuentro de pie al lado de la puerta de la autocaravana y, al siguiente, estoy en el aire, estrechada contra su cálido y sudoroso cuerpo mientras sus labios presionan los míos.

Oigo el golpe de una de las botellas al caer al suelo. Movemos la boca en sincronía y, desesperadamente, me aferro al corazón mientras su húmeda lengua golpea la mía despacio.

Me besa con pasión.

Y besa tan bien que me cuesta respirar mientras sus manos se deslizan hacia abajo para agarrarme del culo y apretarme un poco más contra él. Al mismo tiempo, me vuelve a besar, pero esta vez es solo un beso.

Se echa hacia atrás y lo único que sé es que mi mundo es de color azul, el azul eléctrico más hermoso que he visto jamás. No hay palabras para describir cómo me siento cuando me mira así, con esa mirada azul brillante y excitada y los labios ligeramente curvados acompañados por un hoyuelo. Parece que tiene el cuerpo cargado de electricidad y que la mayor parte de esta se halla en sus ojos cuando me mira la boca y, luego, a mí con la sonrisa más maliciosa del mundo.

—¿Por qué... por qué has hecho eso? —susurro, primero sin aliento y luego ligeramente asustada y enojada.

Me cubre la coronilla con una mano y me empuja hacia él un poco antes de echarse hacia atrás. Me lleva unos segundos, tal vez un minuto, registrar la sensación de su cálida boca y calmar el fuego que, de repente, ha explotado en mi interior con una caricia de sus labios.

Estoy sin aliento; el pecho me sube y baja muy rápido.

—Sabes que tengo tres hermanos y un padre que resulta que es tu jefe. ¿Qué cojones haces?

—¿Y?

—Que no puedes ir por ahí haciendo eso.

—No he podido evitarlo. —Inhala mi aroma, gruñe y vuelve a inclinarse—. Joder, lo único que quiero hacer ahora mismo es besarte.

—No me beses aquí —protesto—. No en el circuito.

—¿Dónde? —espetta con impaciencia.

—En otro sitio —digo en voz baja, y me alejo antes de que mis hermanos nos vean.

¿Acabo de decir *en otro sitio*?

¿Como si quisiera que ocurriera, pero no aquí?

A juzgar por su mirada cuando echo un vistazo hacia atrás, creo que los dos pensamos que sí.

Nos marchamos a la cena, a celebrar.

Mis hermanos nos vigilan durante toda la noche y me supone un esfuerzo increíble no esconderme debajo del mantel. Me centro en la comida y me alegro al ver que mi padre tiene buen apetito mientras hablan de coches y estrategias en la mesa. Racer parece interesado en escuchar sugerencias del equipo y trato de mantener la atención en cualquier cosa menos en él.

Pero estoy totalmente maravillada con el radar interior que posee, algo que parece que lo hace consciente de mi persona, porque, cada vez que levanto la mirada para observarlo, él tiene los ojos puestos en mí.

14. Flores

Racer

Ya tengo hechas las maletas para el Gran Premio de Shanghái y, esta noche, llamo a casa. Sé por qué los hermanos de Lana están preocupados. Tengo una hermana pequeña. Sé lo que haría si alguien pensara en ella de ese modo. Lo pillo. Lo respeto. Pero no puedo acallar mi mente. El solo hecho de sentir que Lana está cerca me vuelve loco.

—Bueno, dime. Si tuvieras que elegir algo que te gusta de mí, ¿qué sería?

—¿Tengo que pensar en una cosa?

No me río.

—¿A quién tratas de impresionar? ¿A esa chica? —pregunta Iris.

—Solo dime que es lo que te gustaría que tuviera un chico que fuese detrás de ti. ¿Te gusta charlar, que te regalen flores...? ¿Qué querías?

—No sé. No está en mis planes casarme, ya te lo he dicho. Conmigo no funciona nada.

Suspiro de frustración.

—Iris, céntrate. Estamos hablando de ella.

Se ríe y luego suena seria.

—Guau. ¿En serio me estás haciendo estas preguntas? Pensaba que ibas a ser un piloto de carreras de éxito, vivir en una mansión como la de Iron Man, tener mayordomo, muchos coches y quedarte soltero.

—Gracias por la ayuda, hermanita.

Se ríe.

—Racer, ¡espera! —Vuelvo a llevarme el teléfono a la oreja—.
Simplemente muéstrale quién eres de verdad.

—No creo que las chicas quieran eso, no creo que pueda soportar a mi verdadero yo.

—Bueno, nunca lo sabrás si no lo intentas. Espera, no cuelgues. Papá dice que rosas. Un montón de rosas, o solo una.

—Gracias.

Los tiempos han cambiado mucho. Pero sería buena idea intentarlo.

A medianoche, toco en la puerta de Lana.

Abre la puerta vestida con ese pijama azul otra vez y los pezones erectos.

Me pican los dedos de la mano que tengo libre mientras extendiendo la que sostiene las doce rosas.

—Te he comprado unas flores.

—¿Para qué? —Parpadea y la miro, sonriendo.

—Para tu habitación. Joder, no sé. Tíralas si quieres.

—¡No! Yo... —Se sonroja y las agarro. Rápidamente las coloca a un lado.

Me paso la mano por la cara.

—Estoy acostumbrado al sexo, pero es la primera vez que hago esto.

—¿Qué es «esto»?

Me encojo de hombros y me apoyo en la puerta.

—Pienso en ti, Lana. En cómo caminas y hablas, cómo me miras, cómo estás ahí de pie, cómo hueles, hasta cómo vistes.

—No soy nada especial.

—A mí sí me lo parece.

—Eh..., Racer...

Respira hondo y me observa. Le devuelvo la mirada y luego bajo la vista hasta los pezones. Quiero acariciarlos, chuparlos, y no podré evitarlo mucho tiempo. Sé que le preocupa que trabajemos juntos y que piensa que no debería besarla, pero no tengo ningún reparo en ello. Extiendo el brazo.

—¿Vas a quedarte ahí, preciosa con ese pijama o vas a dejar que recorra con la lengua todos esos rincones que escondes debajo? —pregunto con voz áspera.

Le acaricio los labios de la forma en que me gustaría hacerlo con la boca y se sonroja de forma salvaje.

—Yo... alguien puede verte aquí. Pasa.

Está roja como una remolacha. Entro en la habitación, la escudriño y luego observo su precioso culo y sus piernas mientras camina. Me muevo y recoloco el pene, me miro las manos y me las froto antes de restregarlas por los vaqueros.

—No puedes seguir viniendo aquí para decirme cualquier cosa. Puedes enviarme un mensaje.

Se inclina sobre mí para agarrar el teléfono y la huelo, ya que su piel está a unos centímetros de distancia. Extiendo el brazo, la sujeto por la cintura y la coloco en mi regazo. Le busco la boca con la mía, la encuentro y me apodero de ella. La beso como he deseado hacerlo desde el momento en que la vi anoche.

—¿Qué haces?

—Esto —murmuro mientras le lamo la boca.

Le aparto el pelo hacia atrás al mismo tiempo que observo sus bonitos ojos, redondos por la sorpresa. Si nadie ha coqueteado con ella, estoy más que feliz de hacerlo, pero no voy a echarme atrás. La agarro por la nuca y la atraigo hacia mí. Necesito saborearla mejor, explorar esa boca cálida, húmeda y con sabor a menta.

Me lleno las manos con su trasero y la muevo para que mi polla esté justo contra su coño. Es una sensación maravillosa y ya me estoy empalmando.

—Te quiero ahora.

Gime, pero respira con dificultad, con las pupilas dilatadas.

—Quiero hacerlo. Tú y yo, ahora. Lo deseo ahora.

—¿Ahora mismo? —jadea.

Me río y la suelto. Me paso la mano por el pelo, con una sonrisa.

—Ahora mismo no, pero ahora.

—Mi padre... —Niega con la cabeza—. No podemos. Ni siquiera nos conocemos.

—Quiero saber más. Lo quiero saber todo sobre ti. Quiero conocerte tanto física como mentalmente, saber todo lo que te importa.

—¿Por qué?

—No sé. Dime qué tienes.

Le acaricio la mejilla con el pulgar y, para ser honestos, no me importa lo que pueda decirme. Solo sé que está aquí y que es ella.

—Créeme, no tengo nada de especial.

—Yo creo que sí, y mucho. No sé por dónde empezar.

—Por favor, vete a dormir, Racer. Mañana es la clasificación.

Me echo hacia atrás y sonrío.

—No estoy cansado.

—Pues, ¡cánsate!

Le agarro la mano antes de que se vaya.

—Un día de estos voy a llevarte conmigo a dar una vuelta en coche y nunca volverás a ser la misma.

—¿Por eso has alquilado un coche de lujo? —pregunta. Parece darse cuenta de que nunca se lo he contado, y se sonroja—. Os escuché a ti y a Clay hablar sobre cuál debías alquilar. Alguno rápido.

—Para tener unas orejas pequeñas, parece que funcionan bien.

Se ríe.

Joder, quiero que monte conmigo en el coche mientras el viento le azota el pelo. Quiero que ponga canciones y escucharla reírse de ellas. Alargar la mano para cambiar de marchas y, en vez de eso, colocarla en su muslo.

—Tal vez. Si me dejas conducir —sonríe.

—Ni lo sueñes. Yo soy el piloto —gruño entre risas.

Me pongo serio al instante.

—Lo quiero ahora, temeraria —repito.

De acuerdo, se podría decir que soy implacable. Podría decirse que soy el tipo de tío que sabe lo que quiere y no le tiene miedo a nada, ni a las leyes, ni a las normas. Soy el hijo de mi padre. Me gusta ir a por lo que quiero. Perseguir mis ambiciones.

Quiero que esta chica esté debajo de mí y punto.

Soy Racer Tate y esta chica es mía.

15. Caída

Lana

Traté de ignorarlo en el viaje a Shanghái. Mis hermanos están ojo avizor y me preocupa la resistencia de padre. Es mejor concentrarse en el objetivo que tenemos entre manos.

Viajamos durante casi un día, sin parar. Luego nos fuimos a nuestras habitaciones para recuperarnos antes de montar la carpa en el circuito de Shanghái.

Ahora queremos estar en plena forma después de la mejor sesión de libres hasta la fecha.

—Este tío está como una puta cabra.

Drake se ríe mientras Racer se baja del coche y se quita el casco. Tiene el cabello algo húmedo y revuelto; mientras se abre la cremallera del traje ignífugo y se lo baja hasta la cintura, la camiseta de interior blanca que lleva se le pega al pecho musculoso como una segunda piel.

Cuando trato de llevarle algo para beber, cargada con todo tipo de botellas, me caigo de boca. ¡Joder! Dios mío. Las botellas de agua salen rodando por todos lados.

—Dios, Lainie —vocifera Clay mientras le da una patada a una botella para que rueda lentamente hacia donde estoy tumbada.

Estoy rezando para que no lo haya visto cuando siento que se acerca y se agacha ante mí.

Empiezo a extender el brazo para agarrar las bebidas.

Racer me coge de la cara y me obliga a mirarlo; el centro de mi universo, de repente, es completamente azul.

—Puedo coger las bebidas yo solito —suelta con un gruñido.

Está empapado de sudor, huele a jabón, a sal y a hombre. Algo se me mueve en el pecho cuando me agarra del codo, se levanta suavemente y tira de mí.

Estoy acostumbrada a que mis hermanos se metan conmigo, a pelearnos más que a que sean tiernos conmigo. La inesperada preocupación de Racer por mí me hace sentir vulnerable y débil, y no me gusta. Libero el brazo y tomo las botellas de agua.

—Vale, entonces no lo haré —digo, mientras recojo la botella de Gatorade y el agua de coco, las que están más cerca de mí, antes de salir corriendo.

Mis hermanos están levantando el coche de *boxes* para llevarlo a las carpas, pero sé que no se han perdido ni una pizca de lo que ha pasado. Los tres tienen un profundo ceño fruncido, hecho que Racer ignora cuando se pone de pie, abre una botella de agua de coco y se la bebe mientras me observa con esos agudos ojos azules cuando me dirijo a la autocaravana (en realidad, me atraviesa con la mirada por detrás como si de un láser se tratara).

Estoy jadeando cuando entro, me siento, horriblemente avergonzada.

Me froto la cara y suspiro mientras una oleada de calor me recorre de la cabeza a los pies. Entonces, me dirijo al baño, me echo agua en la cara y me miro en el espejo.

—Solo porque parece hacerlo todo bien no significa que no la cague a veces. Eres humana, te has caído, estás bien.

Me he recuperado un poco de la humillación cuando salgo del baño y casi me estrello contra su pecho.

Chillo por la sorpresa y veo que su brazo sale disparado y me agarra por la muñeca para evitar que tropiece de nuevo.

—Dios. Deja de hacerme esto —refunfuño, apartando la muñeca mientras lo miro. Se ríe y suena desconcertado.

—¿Qué cojones estoy haciendo?

—Lo que estás haciendo. Ponerme de los nervios. Nunca me he caído así en el circuito. Además, para tu información, ¡llevar las bebidas al equipo es

parte de mi trabajo! —Lo digo casi gritando—. Si estoy un poco demasiado preocupada es porque quiero que este año sea perfecto. Quiero que esta escudería sea perfecta.

Dejo de hablar, pero hay algo en su mirada que me insta a seguir, como si supiese que hay más

—Mi padre no está bien. Y quiero que no se estrese, que todo salga bien por una vez en toda nuestra trayectoria.

Sus ojos se detienen de forma pensativa en los míos por un instante y, de repente, me entran ganas de taparme la cara con algo para esconderme.

—Quiero decir, está bien, pero... me gusta cuidar de mis seres queridos —divago, y me siento en uno de los sofás mientras empiezo a quitarme de la camiseta una pelusa invisible.

Se sienta frente a mí y se inclina hacia adelante.

—¿Tu padre está enfermo?

—Yo... Eso es lo que dicen —contesto.

Sigue observándome y empieza a fruncir el ceño.

—¿Quién lo dice?

—Los médicos —admito—. Está enfermo. —Dejo caer la mirada ante mi confesión, con la garganta repentinamente seca. Trato de hablar con voz serena, pero se me quiebra—. No pueden hacer nada. No quiere pasar sus últimos días en un hospital. Así que... —Me muerdo el labio y aparto la mirada.

Silencio.

—Lo siento.

Suena tan sincero que lo vuelvo a mirar, aunque le veo la cara un poco borrosa a través de las lágrimas que me anegan los ojos.

Hay algo en la forma en que me mira que me desconcierta. Es como si supiera lo mucho que me duele, como si me conociera más que yo misma, o tal vez que cualquiera en este planeta.

—Es mi padre, ya sabes. —Parpadeo para deshacerme de las lágrimas, trago saliva y me froto el labio inferior con el pulgar—. Mi madre llama una vez al año. Supongo que no es emocionalmente accesible. Nunca estaba satisfecha con lo que él hacía, siempre quería más; nunca mostró ni una pizca de gratitud por todo lo que trató de hacer para complacerla. Supongo que

estoy molesta con ella por eso. Por hacerle daño a mi padre.

—Y a ti.

—¿Eh?

—Por hacerte daño a ti —dice, mirándome fijamente.

—Ah, sí, tal vez. —Me encojo de hombros, sorprendida de que piense eso enseguida. De que su preocupación inmediata sea yo—. No sé por qué siempre pienso que el hecho de que haya hecho daño a mis hermanos y a mi padre es peor. Puedo soportar que me hiriera a mí. —Niego con la cabeza. Miro por la ventana—. Pero mi padre lo es todo para mí.

Silencio.

Levanto la cabeza.

—Tal vez pienses que soy infantil, pero...

—No creo que seas infantil.

—Oh. —Lo miro.

—Te preocupas por tu familia —dice, y me pasa el pulgar por la frente.

—Lo siento, es solo que... a veces soy demasiado complaciente. Y contigo es peor. —Pongo los ojos como platos cuando me doy cuenta de lo que he dicho—. Es solo que, por alguna razón, me preocupa lo que pienses de mí.

Sonríe desconcertado y yo también, agacho la cabeza para esconder que me he ruborizado y luego le frunzo el ceño porque siento que me está volviendo loca.

Racer se ríe y, después, suavemente y con cierta admiración, dice:

—Ven aquí, temeraria.

Me acerco hasta él y me rodea con los brazos.

—Me han abrazado mucho, siempre he recibido muchos mimos —le informo, pero incluso entonces, por alguna razón, le dejo que me envuelva entre sus brazos.

Dios.

Parece el paraíso.

De repente, me estrecha por completo. Es probablemente el mejor abrazo de mi vida.

La camiseta y la piel huelen a jabón.

—¿Cómo lo estoy haciendo? —me gruñe al oído.

—Mal. Un poco más fuerte —digo con avidez.

Obedece, me aparta el pelo y me mira a la cara.

—¿Así? ¿Eh?

Me sostiene un poco más fuerte que mi padre y mi hermano, de una forma más posesiva. Lo miro, cierro los ojos e inspiro el aroma de su cuello. Simplemente nos quedamos abrazados, con su barbilla apoyada en mi cabeza y su mano enterrada en mi cabello.

Drake entra y yo retrocedo sorprendida, tan rápido que Racer baja los brazos lentamente, perplejo.

—Hola —dice Drake, mirándome.

Racer lo observa y mantiene la compostura.

—Hola —responde, y lo mira fijamente. Casi de forma desafiante. Yo permanezco en silencio.

Drake se limita a observar y yo me levanto.

—Ya ha pasado la hora del almuerzo. La comida debería estar aquí pronto —les digo a ambos, como si no me acabaran de pillar acurrucada con nuestro piloto.

Salgo deprisa y me paso las manos por los brazos, donde siento el hormiguelo que los brazos de Racer me han dejado al rodearme de una manera tan posesiva.

16. La guerra acaba de empezar

Racer

—Y dime, ¿a tu padre, Remington Tate, le alegra que compitas? —me pregunta el padre de Lana mientras estamos sentados alrededor de varias mesas cerca de las carpas, almorzando unos rollitos de pollo con espinacas que Lana ha pedido a un restaurante de Shanghái con servicio a domicilio.

Le doy un sorbo a mi Gatorade después de haberme comido dos rollitos mientras el resto todavía está con el primero.

—A mi madre no le gustan los riesgos que asumo. Mi padre siempre ha querido que sea un luchador como él —explico. No les cuento que mi padre no confía en mí al volante porque tengo un trastorno bipolar tipo 1. Que le preocupa que pierda el control o no tome las decisiones más sabias.

No entiende que los coches me hacen sentir mejor. Que me ayudan a mantener la mente centrada.

—Competía con *karts* cuando era joven —dice el señor Heyworth con una expresión evocadora en el rostro—. Lo dejé cuando me casé. Mi mujer... —Esboza una sonrisa de arrepentimiento—... digamos que no quería que centrara mi atención en otra cosa que no fuera ella. Dejé mis sueños a un lado. Ella se marchó y yo decidí que era hora de perseguir mis sueños antes de que fuera demasiado tarde. —Levanta la botella de agua en un brindis—. Tienes lo que hay que tener, chico.

Alzo el Gatorade.

—Gracias, señor.

Le suena el teléfono, aparta el rollito y veo que Lana lo sigue a la silla y siento una presión en el pecho y frunzo el ceño. No me dijo lo que tenía, pero parecía completamente destrozada por ello.

—Tate. Miras a mi hermana mucho más de lo que me hace sentir cómodo. —Drake arrastra las palabras.

—Pues aparta la vista. —Le clavo la mirada y sonrío.

—Las manos quietas, ¿me escuchas?

Le sostengo la mirada con determinación y luego me doy cuenta de que esto tiene que resolverse a la antigua.

—Te reto a un duelo por ella. —Empiezo a arremangarme la camiseta blanca interior.

—¿Eh?

—Ya me has oído. Te reto a un duelo por Lana.

—Dios, estás loco. Aparta las manos de mi hermana, colega.

—No es tan fácil, Drake. No puedo.

—¿Por qué cojones no puedes, Tate?

—Me voy a casar con tu hermana. —Lo miro con determinación y él entrecierra los ojos.

—Estás loco. —Se ríe y luego entorna los ojos—. Ya le han hecho daño antes. No quiere pasar por eso otra vez.

—¡Chicos! ¡Tenemos patrocinador! —Lana se acerca, ruborizada y emocionada, con todo el cuerpo temblando.

—Eso es fantástico, peque Lainie —contesta Clay, divertido, mientras nos mira a Drake y a mí.

Ella me mira y, entonces, su sonrisa vacila y se ruboriza todavía más.

—Les encantas —me dice y veo a su padre caminar detrás de ella, radiante, mientras ella continúa—: Ahora tendremos más presupuesto. Mejores neumáticos.

Asiento con la cabeza; una extraña sensación se apodera de mi pecho destrozado al verla tan feliz.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto.

—Sigue así. Y ponte esto, ¡han enviado un paquete!

Me coloca una gorra con un logo de una empresa deportiva en la cabeza, la agarro por las caderas e inclino la cabeza mientras ella examina cómo me

queda.

—Sí. Tendrás que llevarla —dice—. Con el hoyuelo te queda hasta mejor.

Se ríe y siento que el hoyuelo se intensifica mientras nos miramos.

Su sonrisa vacila mientras me clava la mirada y me obligo a mí mismo a liberarle las caderas cuando lo que en realidad quiero hacer es agarrarle el trasero y acercarla más a mí. Me pone muchísimo y no creo que tenga ni la más remota idea de ello. Verla feliz me vuelve loco. Quiero tenerla más cerca, abrirle la boca con la mía y saborear su sonrisa lenta y suavemente.

No puedo.

Me obligo a dejar los brazos a los lados con la mandíbula tensa mientras trato de suprimir la testosterona de mi cuerpo. Me pongo como una moto cuando está cerca.

—Solo llevaré la gorra si tú también la llevas —digo, para hacerme el difícil.

—¿Qué? ¿Por qué? —Frunce el ceño mientras me quito la gorra y se la pruebo.

—Te queda muy bien.

Se sonroja, saca otra gorra de una bolsa y me la pone.

—Vale. Pero es a ti a quien quieren, campeón. Llévala en nuestro próximo podio, ¿vale?

—Cuando quedemos primeros —digo con voz ronca.

Su sonrisa se ensancha aún más y un destello de esperanza le recorre los ojos.

—Sí.

Muevo la gorra y hago como si fuera a besarla, pero en vez de eso, susurro:

—Ven esta noche a mi habitación.

Abre mucho los ojos y, antes de que pueda siquiera pensar en ello, sonrío un poco más, se pasa la lengua por los labios con nerviosismo y me asiente con la cabeza. Mi polla da un respingo y casi no puedo mantenerla en los pantalones.

Esa tarde, mientras nos marchamos del circuito, sus hermanos me dan una palmadita en la espalda.

—Chico, lo has hecho genial. Casi me da un ataque al corazón —dice el padre.

—¡No! —exclama Lana con los ojos de hito en hito—. Papá, no.

Ella parece darse cuenta de su propia reacción y me mira. Luego, agacha la cabeza y se limita a sonreír, respirando rápido por la emoción.

Tenso las manos a los lados y me dirijo hacia la pasarela que hay junto a la pista.

—Un piloto de carreras callejeras ilegales. ¿En serio, Lainie? —grita Clark mientras sale de su carpa.

Paso a su lado y le golpeo el hombro con fuerza.

—Oye —suelta.

—Hijo de puta —le gruño.

Le dedico una sonrisa con la que lo mando a tomar por culo y sigo caminando mientras noto su furia detrás de mí.

La guerra acaba de empezar.

17. Su habitación

Lana

Me dirijo a su habitación.

Es algo importante, pero me digo a mí misma que no lo es.

Le quito hierro al asunto.

Porque no me atrevo a admitir que quiero lo que quiero.

Ya no estoy en Florida.

Mi familia está en este hotel, como lo estaba la suya.

Podríamos encontrarnos a alguien.

Pero papá se ha ido a dormir después de cenar y mis hermanos acaban de marcharse a su habitación. Están demasiado excitados por la victoria como para pensar en otra cosa.

Igual que yo.

Estoy más que excitada.

Creo que Racer Tate también.

El aire que nos rodea crepita y arde mientras nos dirigimos a nuestra planta. Me digo a mí misma que solo lo voy a besar unos cinco minutos. Un beso de buenas noches solo porque estoy en una nube y necesito bajar de allí. Pero cuando estoy con él son incapaz de bajar.

Sino todo lo contrario.

Y, sin embargo, aquí estoy, como una yonqui que no puede salvarse de sí misma, pase lo que pase. Todo porque dijo que quería estar a solas conmigo

esta noche... y porque yo también lo deseo.

Lo he deseado desde San Petersburgo...

Me recorre un escalofrío de expectación cuando desliza la llave por la ranura y abre la puerta. Sé que en realidad no debería estar aquí, pero al mismo tiempo, no puedo echarme atrás. Algo pasó y sigue ocurriendo, con cada mirada y respiración que compartimos.

Entro a la habitación.

Entorna los ojos y me mira. Se coloca frente a mí, con el cabello ligeramente despeinado por la brisa de la pista y se pasa la mano por la cabeza mientras lo observo de manera inquisitiva.

—Te deseo. No voy a mentir. Te quiero en esa cama conmigo esta noche.

Trago saliva mientras me río y niego con la cabeza.

Él también se ríe y extiende el brazo para acercarme a él.

—¿No vas a pasar la noche conmigo, Lana?

—No —susurro mientras me apoyo contra la puerta cerrada—. Solo quería pasar algo de tiempo contigo.

Se le oscurecen los ojos y emite un sonido de frustración.

—Ven conmigo a dar una vuelta en coche.

—¿Dónde?

Me acaricia la mejilla y mi reacción es tan visceral, tan fuerte, que me arqueo y gimo suavemente. Me acerco mientras suspiro su nombre.

Y en ese nombre está la verdadera razón por la que estoy aquí.

En ese nombre están todos los sentimientos reprimidos que he tratado de olvidar desde esa noche en San Petersburgo en la que me lo llevé al hotel conmigo.

Y entonces Racer me pasa el pulgar por el labio como si quisiera destruirlo. Me recorre la boca con el pulgar, de lado a lado, inclina la cabeza de cabellos oscuros y me besa como si fuera el pétalo de una rosa que cualquier brizna de viento puede romper.

Pierdo todo atisbo de control y razón. No sé qué está pasando; lo único que sé es que, de repente, le estoy rodeando el cuello con las manos y que me tiembla todo el cuerpo bajo el sensual, seductor y casi imperceptible roce de sus labios.

Se echa hacia atrás para mirarme con esos ojos tan azules de apariencia

soñolienta bordeados de oscuras pestañas.

Y entonces vuelve a agachar la cabeza y saca la lengua. Toca la mía con la punta, la frota hacia adelante y hacia atrás y su sabor me invade. Sabe a chicle de canela y a hombre.

Me besa lenta y apasionadamente. Movemos los labios y nos acariciamos y saboreamos con la lengua. Me hunde los dedos en la cintura mientras murmura que me desea.

Su voz suena espesa mientras me acaricia los costados y me desabrocha los botones, apoya la frente en la mía y observa mi reacción.

—Toda mi vida he evitado las adicciones. Conducir era mi única adicción. No he fumado nunca, no bebo excepto en algún acto social y me alimento bien, pero ahora estás tú, Lana. Tú eres una adicción a la que no puedo decir que no. No quiero decir que no. Si no te tengo debajo de mí ahora mismo, voy a implosionar.

Le subo la camiseta hasta el cuello y le recorro los aterciopelados pectorales con los dedos. Están duros y suaves. Acercó la boca para chuparle el pezón. Emite un sonido gutural muy parecido a un gruñido que retumba contra mi pelo.

El aire a nuestro alrededor arde. Me quita la camiseta de la escudería y me deja en sujetador y vaqueros. Le paso las uñas por la espalda mientras su hambrienta boca me recorre todo el cuerpo. Los pechos, el vientre, el cuello, la boca... Me retuerzo y me acerco más a él; necesito más, pero me da miedo expresarlo.

Dibuja círculos con la lengua por la punta de mis pezones y los succiona suavemente. Oh, guau. Siempre tengo los pezones muy sensibles cuando está cerca, pero cuando siento su cálida boca, me debilito. Los tirones de su boca provocan que jadee y que todo mi cuerpo se encoja de placer. Estoy tan húmeda que lo huelo y cuando veo que se le dilatan las fosas nasales, siento que me sonrojo porque sé que Racer probablemente también lo huele.

Me agarra por la cintura, baja la cremallera de los vaqueros y mete la mano dentro de las braguitas. Entonces juega con mi carne húmeda y me sacudo. Muevo las caderas; lo deseo, lo deseo a él.

Mete un dedo en mi interior.

Lo mueve lentamente, hacia dentro y hacia fuera, repitiendo el movimiento y observando mientras me arqueo, luchando por no correrme

demasiado pronto a causa del intenso placer. Sus ojos son como unas luces azules que me inmovilizan, su dedo aumenta tanto mi deseo que no puedo soportarlo un segundo más. Empiezo a tener convulsiones.

Clavo las uñas en su cuero cabelludo, se me escapa un grito y él lo sofoca con la boca, penetrándome con el dedo con mayor intensidad y brusquedad para mantenerme ahí, en el pináculo del placer. Mueve la mano más rápido, más fuerte. Trato de encontrarme con sus envites meneando las caderas de forma impulsiva y de cualquier modo para que siga tocándome eternamente. Cada átomo y célula de mi cuerpo tiembla por él; lo anhela, lo desea, lo necesita.

Mi voz suena ronca cuando le pregunto:

—¿Duermes con las chicas después de...? Bueno, después de...

—No. Normalmente les pido un Uber y las mando a casa.

—No necesito un Uber, así que me iré a mi habitación...

Me atrapa la muñeca.

—Quédate —dice con voz áspera y con una mirada hambrienta y posesiva.

Respiro hondo y vuelvo a su lado.

—Si me quedo, puede que vuelva a perder el control.

—¿Y eso por qué es malo?

—Porque... —Me sonrojo. Lo recorro con la mirada y apenas puedo mantener las manos a los costados. Porque realmente quiero tocarlo, saborearlo. Quiero recorrer su maravilloso pecho con los dedos, observarlo completamente desnudo como no me atreví a hacerlo en la piscina.

—Estoy al límite —contesta con tosquedad y los párpados entrecerrados.

—¿De verdad? —pregunto en voz baja, sorprendida de que me haya leído la mente.

Asiente sombríamente y sus ojos destellan antes de ser engullidos por una oscuridad lujuriosa.

—¿Quieres tocarme, eh? —me dice, alargando un brazo para acercarme a él.

El corazón me da un vuelco en el pecho mientras el resto de mi cuerpo se aferra lascivamente a él cuando me guía a la cama.

—Yo... sí.

Cuando llegamos al borde de la cama, veo como se saca la camiseta de un tirón con la mano y luego se baja la cremallera y se quita los vaqueros.

Observo con los ojos muy abiertos y la boca hecha agua que aparta las sábanas de la cama y luego me acuesta con él. Noto que algo crece cada vez más bajo las sábanas y, antes de darme cuenta, toda la maldita cama parece una tienda de campaña.

Racer sonrío de forma burlona con una mirada de depredador mientras me rodea con un brazo y pega su pecho contra el mío.

Apoya la frente sobre la mía y me dirige la mano a su polla.

—Aquí. —Gruñe cuando arrastra la punta de la nariz por mi frente con un sonido sordo mientras me lleva la mano bajo las sábanas, hasta la parte más dura y cálida de su cuerpo—. Quiere que la toques.

Oh, Dios. La tiene muy grande.

Muy suave.

Y muy dura.

La acaricio con la mano en toda su longitud entre temblores y él suelta el aire bruscamente por las fosas nasales mientras observa mi expresión de asombro.

—Dios, nena, cómo me gusta lo que haces con los dedos.

Me sonrío y siento la garganta seca a causa del deseo mientras me muerdo los labios y comienzo a mover los dedos con más ganas por su grueso y largo miembro.

Es muy grande, tan grueso que palpita bajo mi caricia. Siento las gruesas venas de su polla y la forma en que el prepucio se estira e hincha por completo. No podría rodearla con los dedos aunque lo intentara. Es demasiado gruesa, así que la envuelvo como puedo y muevo la mano por su dura longitud, hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo. Tengo el cuerpo tenso por el deseo cuando empiezan a brotar de la punta de su polla unas gotitas provocadas por la excitación.

La expresión de su rostro es salvaje y refleja la necesidad. Tiene la frente todavía sobre la mía mientras me escudriña el rostro y me aparta el cabello.

—Me estás volviendo loco —dice con voz áspera, levantando las caderas hacia mi mano mientras el líquido preseminal me moja las yemas de los dedos y yo lo extiendo por la punta de su miembro.

Respiro con dificultad, y él también. Me agarra de la cara para sostenerme cuando empieza a besarme como un loco; me mete la lengua en la boca, la mueve de lado a lado para saborear cada rincón y grieta, me acaricia con ella para despertar en mí una reacción fiera y desesperada.

Muevo los dedos más rápido, adicta a sus besos hambrientos, a su imperioso movimiento de caderas contra mi mano, a cómo su lengua se encuentra con la mía y a cómo le palpita la polla en mi mano; es evidente que desea que continúe acariciándola.

Extiende el brazo para agarrarme la mano, la aprieta alrededor de su polla y murmura:

—¿También quieres probarme? ¿Eh? ¿Quieres saborearme?

Cuando empiezo a susurrar que sí, coge una gota de semen de la punta de su polla y desliza el pulgar por mi boca, para que lo pruebe.

Es la primera vez que hago algo así; su sabor tiene algo que hace que el coño se me haga agua.

—Te gusta —dice con voz ronca, deslizando las manos por mi cabello para besarme apasionadamente, con su sabor en mi boca, mientras sigo moviendo los dedos por su polla.

—Quiero sentirte cuando te corras —admito sin aliento mientras sigo moviendo la mano, ansiando verlo; ver que reacciona a mí, que le encanta que lo acaricie igual que a mí me vuelve loca que él lo haga.

Llega al clímax casi al instante y la explosión es tan fuerte que el semen me llega a la barbilla y a la mandíbula. Sigue corriéndose mientras trato de apretar y mover los dedos por su polla, que convulsiona con fuerza y explota otras ocho veces.

Jadeo. Él gime y me pasa la lengua por la boca, limpiándome el semen de la mandíbula con el pulgar para metérmelo luego en la boca. Gruño y empiezo a mover las caderas, con la necesidad de volver a correrme.

Y ahí es cuando siento que alcanza mis vaqueros semiabiertos y mete la mano por la ropa interior para frotar los pliegues de mi sexo con los dedos, todavía cubiertos de semen. Cuando siento un sinfín de espasmos, sorprendida por mi extremadamente rápida reacción, comienzo a gritar.

Me quedo tumbada y aturdida mientras Racer va a limpiarse; me abruma ver la R y la T que lleva tatuadas en sus firmes nalgas. Cuando regresa y me rodea con sus fuertes brazos, yo lo imito.

Cierro los ojos y siento que me observa.

Está completamente desnudo en la cama.

Y yo estoy completamente cargada de hormonas.

Y me duelen los ovarios de lo guapo y masculino que es.

Es juvenil y, al mismo tiempo, todo un hombre.

Presiona el pulgar contra la palma de mi mano con una sonrisa. Tengo el corazón acelerado y una mezcla de anhelo y temor por lo que siento. Me estoy enamorando. Parece que las costillas acaban de colapsar en mi pecho y me aplastan pulmones.

—¿Estás bien?

—No puedo dormir. —Me mira.

—Racer... No estoy preparada para nada.

Sonríe y me acaricia la mejilla con la mano.

—Lo sé. Yo también me sentía así.

—¿Y qué pasó?

—Que chocaste contra mi coche.

Sonríe de forma burlona. Siento un hormigueo en el vientre que va desde dentro hacia fuera, abro la boca, levanto la cabeza para besarlo y él no necesita que se lo pida dos veces. Agacha la cabeza y empieza a besarme de una forma que no imaginaba que un ser humano de esta tierra podría hacer; un beso que acaricia cada parte de mi ser: los labios, el cuerpo, la mente, el corazón y hasta el alma.

—Tendré paciencia contigo —añade.

—Por favor —suplico.

Él se mueve para acostarse a mi lado; el hombre más guapo y atractivo que podría haber imaginado está en la cama conmigo, besándome como si fuera la única chica que ha deseado en toda su vida.

18. Inquieto

Racer

Estoy inquieto de cojones. Observo a Lana al otro lado del circuito del Gran Premio de Baréin.

Acabamos de llegar. Hoy ha salido al circuito recién duchada, con la cara lavada con esas bonitas pecas y esa suave sombra rosa pálido causada por la excesiva exposición solar.

Me gusta sin maquillar. Lleva un pequeño suéter, tiene los brazos cruzados sobre los pezones, que se le marcan, y apenas puedo mantener las manos alejadas. Cuando tenga frío, quiero ser el único que la caliente. Siento que me pertenece y yo quiero pertenecerle a ella. Pero sigo observándola y me pregunto cómo demonios podré merecerme a esta chica.

Tengo esta maldición que me persigue, heredada de mi padre. Él encontró a alguien a quien le gusta esa parte de él, que lo entiende. Me pregunto si ella será la chica que me ame y que entienda cada parte de mi ser.

Se me acelera el pulso tan solo de pensarlo. Ahora me masturbo varias veces al día, no me controlo cuando estoy cerca de ella. Quiero penetrarla, lentamente. Quiero respirar en su cuello, susurrarle al oído, hacerle recordar lo que siente al tenerme en su interior cuando no está conmigo. Quiero que se mueva debajo de mí, que grite mi nombre, que me deje saborear su boca, probar y ver el color de cada maldito gemido.

Deseo devorarla a besos poco a poco, mecarme contra ella despacio, dejar que cubra mi largo miembro. Recorrerle el cuello con la nariz para que mi

aliento deje un sendero en su piel y mi lengua lo siga. Quiero memorizar todos sus aromas: el de su cabello, su cuello, su oreja, su piel, su vientre, su sudor y su dulce y húmedo coño.

Joder.

Quiero que le enseñe a mi boca lo que tiene que hacer con ella, lo que le gusta, recorrer todo su puto cuerpo.

Pero le prometí que iría despacio, así que aquí estoy, en la parte trasera de la autocaravana, cerrando la puerta del dormitorio, bajándome el mono hasta la cintura y metiéndome la mano en los calzoncillos.

Me saco la polla, dura, y comienzo a mover la mano, cada vez más fuerte. La puerta de fuera se abre de golpe. Mierda. Me corro y un chorro de semen sale disparado. Llaman a la puerta.

Me subo el traje de carreras hasta la cintura y me levanto cuando la puerta de la habitación se abre. La miro.

—¿Va todo bien?

—Sí.

Entra y se detiene.

Me echa un vistazo. Cierro los puños a los costados con el deseo de follármela sin miramientos.

Ve la parte delantera de los calzoncillos y la gran mancha de semen.

—¿Preparándote antes de la carrera? —Sonríe.

—Desestresándome un poco.

Su mirada parece pesada, tanto como la mía.

Se aproxima lentamente y me coloca la mano sobre la polla. Acabo de tener un orgasmo, pero pasa de semidura a dura en cuanto la toca.

—Parece que te lo estás pasando bien tú solito —contesta en voz baja, mirándome con sus hermosos ojos verdes, cargados de lujuria.

Le meto el pulgar en la boca para que chupe el semen que todavía tengo en los dedos tras el orgasmo y envuelve mi pene con las manos, provocando que me incline para tomarle la boca y besarla ferozmente.

—Quiero estar a solas contigo esta noche durante un rato después de la carrera —digo con voz áspera mientras le agarro la cara.

—Vale —susurra, y el corazón me da un vuelco en el pecho cuando, de repente, se arrodilla y me da un suave y cálido beso en la polla antes de

levantarse de nuevo—. Vale —dice otra vez, con una amplia sonrisa y una mirada tan lujuriosa por mí que siento que he muerto y que nunca había sido tan feliz por ello.

—Ganaré la carrera —añado con un gruñido, le doy un beso en los labios y la saboreo un poco con la lengua mientras ella murmura: sí.

19. Trofeo

Lana

Fuera, junto a *boxes*, Racer me lanza una mirada antes de bajarse la visera y subirse al automóvil. Una vez los coches se dirigen a la pista, Clayton me pasa los cascos.

—Te quiere a ti.

No sé qué tienen esas palabras que provocan algo en mí: confusión e irritación, y hacen que me ponga en marcha para agarrar los cascos. Me los pongo en la cabeza.

—Te estás pasando, Tate.

Silencio.

Aprieto los labios y me concentro mientras los coches se preparan para comenzar.

Y entonces... salen. En vez de mantener la cuarta posición (su posición de salida), Racer enseguida gana un puesto con un comienzo impresionantemente rápido.

—Ahora eres tercero y le estás ganando terreno al segundo —digo—. Clark está a 0,2 segundos por delante de ti.

—Entendido —contesta.

Siento escalofríos al escuchar su voz por la radio y trato de aislar mi reacción y mantener la concentración en la carrera.

—Louis Day, el segundo piloto de Clark, se acerca por detrás.

—¿Cómo de cerca está?

—Demasiado cerca. —Compruebo las estadísticas—. A 0,07 segundos.

—Va a morder el polvo en un momento —contesta con un gruñido.

Aguanto la respiración ante la determinación de su voz cuando alcanza la segunda posición y va ganando terreno al primero.

—Eres segundo y te acercas al primero —comento, tratando de mantener la voz firme incluso mientras la emoción amenaza con inundarme.

Dos vueltas más tarde, observo a Racer Tate alcanzar el primer puesto con la maniobra más arriesgada en la curva más peligrosa del circuito.

Escucho a mis hermanos gritar como locos detrás de mí, a la multitud chillar y al comentarista decir incluso más alto: «¡Y el nuevo líder de la carrera es el novato estadounidense, Racer Tate! ¡Con un adelantamiento casi imposible de controlar! Qué gran sorpresa nos hemos llevado este año con este joven piloto. Tiene un talento increíble...».

Suspiro sin creérmelo y susurro por la radio:

—Primer puesto.

Racer no responde.

—¡Primer puesto! —grito emocionada, solo para escucharme decirlo—. Primer puesto... Clark te sigue de cerca, a una distancia de dos coches.

Compruebo cuántas vueltas quedan.

—Sigue así durante quince vueltas, campeón, y serás el hombre más alto del podio esta noche.

Permanezco en la radio y lo observo trazar una línea limpia.

—Ahora mismo estás haciendo la vuelta más rápida del circuito —comento, todavía sin creérmelo, mientras Racer aguanta y lleva a Kelsey a otra vuelta perfecta. Entonces, tras una recta, pasa a toda velocidad por delante de la bandera que ondea a cuadros.

La primera bandera a cuadros que la escudería HW Racing ha visto en un Gran Premio de Fórmula 1.

«¡Qué adelantamiento tan espectacular ha realizado el piloto novato estadounidense Racer Tate! Tate, que ha salido de la cuarta posición y ha liderado casi toda la carrera...», dice el comentarista.

—Santo cielo —susurro con los ojos de par en par mientras me quito los cascos y me giro para ver a mi padre.

Siento que mi padre me aprieta la mano y ¿su sonrisa? Podría iluminar todo el cielo. Es como el sol.

Permanecemos en silencio, sonriéndonos el uno al otro, antes de lanzarme a sus brazos y reírnos al unísono.

—¡Primer puesto! —grita Drake, que se acerca para alzar a mi padre en el aire.

—¡Con cuidado, Drake! —grito con precaución, pero a mi padre no le podría importar menos. Tiene la cara rosa de la emoción.

Oh, Dios.

¿De verdad es esta la misma escudería que luchaba por sobrevivir hace nada?

Y cuando el coche entra en *boxes*, parece que llevo una eternidad aguantando la respiración porque me duelen los pulmones en el momento en que Racer salta del coche y se pone en pie con el puño en el aire con el orgullo del mismísimo diablo.

Hago un montón de fotos mientras sube al podio para inmortalizar su logro.

—Y la sorpresa de este año, el novato estadounidense Racer Tate, con su primer trofeo en primera posición aquí, en el Gran Premio...

La multitud aplaude y el hoyuelo aparece en todo su esplendor. No puedo dejar de hacer fotos. Pulso el botón del móvil una y otra vez con el deseo de tener una cámara profesional, pero sé que hay fotógrafos profesionales tomando fotos y las conseguiré por la red, ya que seguro que etiquetarán a la escudería.

—Espero que disfrutes del primer puesto, ya que a partir de ahora va a ser mío. —Escucho decir a Clark mientras se coloca a su lado.

Racer se burla:

—No si te empotro contra un muro. —Una sonrisa se dibuja en su cara, tan afilada como una hoja de afeitar.

Siento que unos escalofríos me suben por los brazos porque Racer suena silenciosamente decidido y no creo haber escuchado a nadie enfrentarse a los Clark antes. Por aquí son una leyenda y normalmente todo el mundo les lame

el culo con la esperanza de tener algún día parte del apoyo que ellos tienen. Bueno, Racer Tate no parece saber con quién tiene que llevarse bien aquí, o tal vez le da igual.

—Señor —dice cuando agarra el gran trofeo plateado.

Papá sonríe de oreja a oreja mientras Racer le pasa el trofeo.

—No puedo creerme que ya tengamos dos podios y un primer puesto — comenta Adrian, dándole la enhorabuena.

Racer y Adrian forman un gran equipo. Racer parece saber exactamente lo que quiere que haga el coche y a Adrian se le da bien dárselo.

También me levanto para felicitarlo y me estremezco. Tiemblo por completo a causa de la expectación. Y cuando sus brazos fuertes y musculosos me abrazan mientras le rodeo con los brazos su amplio cuerpo, los temblores se multiplican por diez.

—Enhorabuena —le felicito con voz trémula. Siento que todo el contenido de un volcán se ha vertido en mis músculos y mis venas.

Racer me mira con sus magnéticos ojos azules, masculinos y satisfechos. Tengo el hoyuelo tan cerca que podría ponerme de puntillas, inclinarme unos centímetros hacia delante y lamerlo.

En cuanto podemos recogerlo todo, nos dirigimos al hotel.

Racer y yo nos encontramos en el ascensor, de pie, muy cerca el uno del otro, mientras mi padre abraza el trofeo y mis hermanos siguen haciendo planes para las próximas carreras. Siento el cálido aliento de Racer en la cabeza, ya que está de pie detrás de mí. Todos estamos un poco apiñados. El corazón me golpea en el pecho cuando alguien más entra y doy un paso atrás, casi tropezando con sus pies.

—Lo siento —digo en voz baja, y cuando vuelvo la cabeza un poco me encuentro con su mirada.

Me observa con una expresión muy intensa en el rostro.

Inspiro profundamente y vuelvo a girarme otra vez, consciente de que tiene la mano en mi cadera. Me gustaría cerrar los ojos, girarme y atraerlo más hacia mí para que presione su cuerpo contra el mío. Quiero mis labios en

los suyos y compartir todo lo que sé y soy con él, y quiero que él también comparta conmigo todo lo suyo.

Es una locura, ni siquiera conozco a este chico, pero me mira como si me conociese desde hace mucho tiempo. Tal vez, incluso, como si me hubiera estado esperando durante mucho, mucho tiempo.

Mi familia sale del ascensor.

—Lainie, ¿te bajas? —pregunta Clayton.

—Voy a asegurarme de que este chico coma algo —contesto, porque todos tenemos la habitación en la misma planta, excepto Racer.

Todos asienten con la cabeza (Drake parece un poco suspicaz), las puertas del ascensor se cierran y nos quedamos solos.

Sonríe ligeramente mientras me giro hacia él y le ofrezco también una sonrisa.

—Vas a evitar problemas. ¿No? —pregunto.

—Depende. —Aparece el hoyuelo.

—¿De qué?

Salimos y nos dirigimos a su habitación.

—De si el problema quiere entrar en la habitación conmigo.

Abre la puerta, la empuja y me mira.

Trago saliva porque nunca he visto una mirada tan *sexy* e incitadora en los ojos de nadie.

Dije que lo vería esta noche, pero no puedo evitar evadirme por un momento.

—Has ganado —digo.

—Ajá.

—Y crees que te mereces echar un polvo si ganas. Esto no es una carrera callejera.

—No te tocaré si no quieres que lo haga.

Espera, me observa con una hermosa sonrisa en los labios y, luego, entro y le dejo que me lleve a la cama. Nos tumbamos el uno junto al otro y permito que me mueva de tal modo que le hago la cucharita de lado, con una de las piernas sobre la suya, mientras lo miro con el corazón tan acelerado que pienso que me voy a quedar sorda por el ruido que hace.

Me lanza una sonrisa perezosa.

—¿CÓmoda?

—Sí.

—Entonces, acércate más. —Tira de mi un poco más, sin dejar de observar mi expresión.

Su sonrisa es engreída y juvenil, pero la mirada nunca es juguetona, jamás. Siempre es intensa, luminosa, y me quedo impresionada al darme cuenta de que casi siempre que lo miro, me está observando.

Me recorre el puente de la nariz con la yema del dedo.

—¿Siempre has tenido estas pecas?

—No, no siempre. Me salieron más cuando empezamos con las carreras.

Lo miro a la cara.

—¿Tienes alguna marca de nacimiento?

—En la piel no —dice.

—¿Fuiste un niño tranquilo?

—Inquieto. ¿Y tú?

—Yo también. Mi padre dice que o lo resuelves cuando eres joven o cuando eres mayor.

—Yo todavía no lo he resuelto, desde luego —contesta con una sonrisa.

Me río y luego susurro:

—Tuve un novio. Se llamaba David. Murió.

Sus ojos se posan en mi cuerpo mientras tiemblo al recordarlo. Parece que quiere extender el brazo para acercarme más a él, pero no lo hace. No me aprieta más fuerte contra él, sino que me da la oportunidad de alejarme.

—Lo siento —dice.

—Era mi mejor amigo desde que éramos pequeños. Murió. Fue... en una carrera del instituto. Se cayó de la parte trasera de la camioneta y se abrió la cabeza.

Permanece en silencio.

—¿Alguna vez has amado a alguien? —pregunto.

No responde, solo me mira atentamente.

—Lo quería mucho —continúa—. He estado centrada en las carreras porque simplemente no creo que un rayo pueda caer dos veces en el mismo sitio. Mi familia es mi mundo. Mis hermanos y mi padre... —Se me quiebra la voz—. Debería irme a mi habitación.

Se levanta de la cama cuando me alejo de él y me dirijo a la puerta.

—Te deseaba en San Petersburgo porque parecía que necesitaba un buen polvo sin compromisos. Pero lo que hay entre nosotros es completamente diferente, Racer. Y esto también.

—Sí, lo es —gruñe.

Sonrío débilmente antes de volver sobre mis pasos, para colocar las manos en su mejilla y darle un beso en el hoyuelo, aunque ahora esté escondido.

—Gracias por darle el trofeo a mi padre. Nunca lo he visto tan feliz.

Abro la puerta para salir.

—Lana... —Su gruñido me alcanza.

Me giro y noto que sus ojos brillan oscuros y nítidos.

—David ya no está aquí, pero yo sí.

Racer

Verla marcharse nunca fue el parte del plan. Joder, tampoco lo era la expresión de sus ojos; la mirada de alguien que ha perdido a una persona que le importaba.

Se ha ido hace una hora. Todavía estoy luchando contra el impulso de ir a su habitación, tocar en su puerta y abrazarla.

Estoy cediendo al impulso y vistiéndome para hacer eso mismo cuando me llega un mensaje de un amigo boxeador de mi padre, que dice que ha ido a visitar a mis padres con su mujer y quiere hacer una videoconferencia por Skype. Enciendo el iPad y acepto la llamada. Veo a Maverick con mi padre detrás de él; ambos observan la pantalla.

—Racer. Hola, colega, felicidades —dice—. Se me ha ocurrido que tenía que hablar con el campeón para darle un consejo: no folles antes de una carrera. Mantén la testosterona a tope. Eso es lo que hago cuando peleo y funciona.

Mi padre se ríe a su espalda.

—Eso es una completa gilipollez —gruñe—. Yo siempre follo antes de

luchar. Cuando luchaba.

—Demasiada información, papá. —Me río y le lanzo una mirada con el ceño fruncido.

Él me hace una peineta. Yo le hago dos. Mamá entra, observa la pantalla y paro.

—Guau. Cuánto amor hay en esta casa —comenta de forma sarcástica. Me río y dice—: Echo de menos tu cara, cariño.

—Y yo la tuya, mamá.

Me lanza un beso y me dice que los llame pronto, que están viendo todas las carreras y que están orgullosos de mí. Luego vuelvo con mi padre y Maverick.

—En serio, Maverick, puedes follar cuando quieras, pero deja de decirme cuándo te tiras a Reese —le digo al tío.

—¿Por qué? ¿Estás celoso?

—Sí, es mi chica —respondo, tomándole el pelo. Siempre he sospechado que está celoso de mí porque Reese me cambió los pañales y me limpió la polla antes que a él. Reese es la primera chica a la que amé aparte de mi madre. Fue mi niñera cuando tenía tres años y fue muy pero que muy dulce para aguantar a un diablillo como yo.

—Lástima que se haya casado conmigo. Y es demasiado mayor para ti —dice Maverick con su habitual mirada posesiva en el rostro cuando habla de su mujer.

Escucho la risa de Reese, que me observa desde detrás de Maverick mientras mi padre le ofrece espacio.

—Racer, Iris nos ha dicho que una chica te ha llamado la atención —dice.

—Sí. En realidad, más que la atención.

—Guau. Te gusta esa chica —dice Reese.

—Voy a casarme con ella.

—Guau. —Parece aturdida de verdad—. Un día, esa chica estaba viviendo su vida de forma habitual y lo siguiente que sabe es que ha conocido a uno de los hombres más increíbles que he conocido en mi vida. —Sonríe y toca la pantalla donde se supone que está mi frente—. Demuéstrale que puedes poner su mundo patas arriba, chico.

—Reese... —empiezo a decir, y ella se detiene antes de marcharse—.

Debería decírselo, ¿no?

Vacila.

—Estoy mintiéndole. A todo el equipo.

—No se lo digas hasta que sientas que está preparada. A veces puede ser demasiado.

Me quedo en silencio, inquieto.

—Es algo reciente para ti —dice Reese—. Aprenderás a controlarlo, averigua qué es lo que lo desencadena. Te las arreglarás, como tu padre. Lo aceptarás, y si esa chica es la mitad de digna de lo que parece, estará preparada en algún momento.

—Quiero que esté preparada ya —contesto con un gruñido, y ella simplemente se ríe y colgamos.

Camino por la habitación, mirando la hora, y me doy cuenta de que ya es tarde y estará dormida. Me la imagino durmiendo en la cama dulce y cálida, y quiero que se acostumbre a dormir conmigo a su lado.

Respiro hondo, nervioso. Agarro las deportivas, el teléfono y los auriculares y salgo a correr, pues quiero darle espacio incluso cuando cada átomo y célula de mi cuerpo grita para que la haga mía de una vez por todas.

Paciencia, escucho decir a mi padre. Roma no se construyó en un día... y nadie dijo que fuera fácil enamorarse de un Tate.

20. Viaje

Lana

Nos pasamos los siguientes dos días viajando, pero antes de volar a España, organizo el transporte del equipo y los coches. Me siento entre papá y Racer. Están hablando de coches.

Trato de pasar por alto su olor o el número de veces que me roza el codo con el suyo en el reposabrazos. Parece que sabe que estoy al límite porque pego un brinco cada vez que nos tocamos.

Me sonrío de tal forma que me derrito. Veo que saca los auriculares, los conecta al teléfono y luego lo desbloquea y me lo pasa.

No sé por qué, pero siento que estoy observando su alma mientras echo un vistazo la lista de reproducción y veo canciones como *Walk*, de Kwabs, y *True Hardstyler*, de DJ Zealot.

Parece algo íntimo, especialmente cuando veo que sigue hablando con mi padre, pero gira el teléfono para echarle un vistazo a lo que estoy escuchando: *Battle Scars*, de Lupe Fiasco y Guy Sebastian.

Cuando llegamos al hotel, nos registramos. Me digo a mí misma que puedo actuar con madurez con respecto a lo que ocurrió. Es el chico más *sexy* que he visto y las chicas jadean por él a diestro y siniestro, pero tiene que estar acostumbrado. No hay de qué preocuparse.

En cualquier caso, en cuanto mis hermanos tiran la pila de ropa para lavar en mi habitación, me baño, me cambio y decido ir a tocar en la puerta de Racer para preguntarle si tiene ropa para lavar o necesita algo.

—No —dice con el ceño fruncido, pensativo.

Él también se ha bañado y cambiado de ropa. Lleva unos vaqueros rotos cómodos y una camiseta gris que parece suave y se le pega al cuerpo a la perfección.

—Alguien debería cuidarte a ti, para variar —gruñe de repente.

Empiezo a decir:

—No, es... es mi trabajo.

Alguien debería cuidarte a ti, para variar.

Nadie me ha dicho eso nunca. Suspiro, trato de centrarme en mi trabajo y me mantengo a la espera para ver si necesita algo.

Racer simplemente frunce el ceño.

—¿Dónde vas con eso?

Me paso las manos por el vestido.

—A ningún sitio. Aquí. —Mierda. ¿Ponerme un vestido antes de venir aquí ha sido demasiado?

—No. Aquí no —contesta curvando los labios mientras me escudriña con la mirada. Se aparta del marco de la puerta y se adentra en la habitación—. Vamos a algún sitio.

—¿Por qué?

Se detiene en mitad de la habitación para lanzarme una mirada seria.

—Porque estás preciosa y quiero contemplarte.

Me derrito un poco, pero luego me recompongo.

—No, te lo dije. Se supone que tengo que asegurarme de que te comportas como es debido.

Coge las llaves y la cartera y vuelve caminando de la forma más *sexy* que he visto nunca: confiado, elegante y ágil.

—Puedo comportarme en una discoteca.

—No lo creo.

Me agarra de la mano, cierra la puerta y me arrastra por el pasillo.

—Racer —refunfuño—. Dijiste que te comportarías.

—Dije que podía hacerlo, no que lo haría. Y tú, ¿puedes?

Me tira de la barbilla, con una chispa diabólica en la mirada.

—No sé —respondo.

Se ríe y luego, mientras pulsa el interruptor del ascensor, dice:

—Vamos. Yo conduzco.

Libero la mano de un tirón, pero permanezco de pie a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho para esconder los pezones, que, de repente, se me han puesto erectos y me hormiguean.

—Qué decepción. Quería ir yo al volante...

—Sé buena chica y quizá te dé una clase —dice guiñándome un ojo, que me levanta los pies del suelo.

Siento los pezones cada vez más duros.

—No necesito clases, conduzco muy bien.

Me lanza una mirada y yo se la devuelvo mientras salimos y nos dirigimos al coche que tiene alquilado.

Debería haber sabido que sería un coche deportivo muy chulo.

El tío ha alquilado un Porsche azul con asientos color crema y, para colmo, descapotable. Sé que el salario que le hemos ofrecido no es muy elevado y eso me hace preguntarme cuánto dinero ha ganado en las carreras.

Mis hermanos rara vez me llevan a dar una vuelta, pero parece que Racer no tiene ningún reparo en hacerlo. Acabamos en una de las discotecas más populares de la ciudad, de dos plantas, con música pop en un piso y rap en el otro. También cuenta con una bonita terraza en la parte superior que todavía tenemos que descubrir.

Accedemos a un reservado en el fondo, donde podemos escuchar música, beber y hablar y, aunque el reservado es para cinco personas, Racer se sienta muy cerca de mí, con el brazo estirado a lo largo del respaldo de mi asiento mientras sorbe un zumo de tomate (hay un vaso de *whisky*, que el camarero trajo por error, junto a este, sin tocar), y estoy demasiado absorta hablando con él como para recordar que un chupito de tequila me espera también en la mesa.

—Entonces, ¿tu padre es boxeador?

Asiente con la cabeza y sonrío un poco mientras me observa. Las luces intermitentes y estroboscópicas de la discoteca danzan por sus rasgos. ¿Es justo que un hombre de este mundo sea tan *sexy* y perfecto?

No.

No lo creo.

Además, su hoyuelo está en pleno apogeo. Es difícil no caer rendida a sus pies.

—¿Por qué sonríes así? —Frunzo el ceño como si no tuviera efecto en mí.

Me recorre el puente de la nariz con el pulgar.

—Porque eres bonita.

—No me trates con condescendencia. —Me río, retorciéndome mientras baja la mano por el reposabrazos—. ¿Por qué no te hiciste boxeador?

—No me gusta lo suficiente. No como a él. —Niega con la cabeza y me mira—. Solo es un *hobby* para mí. Una forma de liberar tensiones.

—¿Tus padres están juntos?

—Llevan casi treinta años juntos. Mi padre tiene cincuenta y pocos. Nunca ha mirado a ninguna mujer después de conocer a mi madre.

Se nota que le importa su familia, y eso me hace ansiar que mis padres estuvieran todavía juntos, tener un hogar... con una madre, un padre y amor por todos lados.

—¿Qué hay de ti, Lana?

Baja el brazo y se mueve hacia delante, con expresión de concentración.

—Mi madre nos abandonó hace unos... cinco años. Fue el peor año de mi vida. Unos meses después de irse, David... —Respiro hondo y niego con la cabeza—. Mi padre estuvo muy triste durante un tiempo. Cuando decidió mudarse a Europa y crear una escudería de Fórmula 1, creo que mis hermanos y yo ni siquiera nos lo pensamos dos veces. Personalmente, no me quedaba nada en Ohio.

—Lo siento —contesta.

—Y yo. —Le echo un vistazo a mi chupito y, de repente, siento la necesidad de bebérmelo de un trago.

—¿Crees que tendrás algo así? —pregunto cuando me lo tomo—. ¿Un matrimonio como el de tus padres?

—Antes no creía que eso fuera posible. —Un camarero me trae otro chupito de tequila y Racer espera a que se marche antes de continuar, mientras me acaricia la mandíbula con los nudillos—. Ahora solo me preocupa si a la chica con la que me case le pasará lo mismo que a mi madre.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre ama a mi padre. De hecho, está loca por él. Lo entiende todo sobre él. Hasta lo que nadie más entendería o amaría de él. Eso es muy raro.

—¿No crees que alguien pueda sentir lo mismo por ti?

—Antes pensaba que eso no me iba a ocurrir ni de coña. Entonces, ¿para qué intentarlo? —Sonríe y levanta la copa como si fuera a hacer un brindis. Luego bebe un trago largo, me mira y vuelve a colocar el vaso en su sitio—. Ahora sé que cuando sientes que es la persona correcta, es mejor asegurarse de que ella vea que eres el hombre correcto para ella.

—¿Por qué piensas que nadie podría sentir eso por ti?

Me siento casi ofendida ante la mera idea.

—¿Porque amarme es una maldición?

—¿Qué? ¿Por qué sería una maldición?

Se queda en silencio y me mira con una sonrisa maliciosa dibujada en el rostro.

—Tú eres la que debería estar más preocupada, temeraria. Créeme. Es mejor mantenerse lejos de mí. —Niega con la cabeza con ese brillo malicioso todavía en la mirada—. Nadie puede romperte el corazón tanto como yo. Probablemente nadie podría arruinarte la vida como yo. —Lo dice en tono de advertencia, pero también hay ternura en su voz, casi diversión, como si hasta cuando hace una advertencia, supiera que no lo voy a escuchar.

—No. Es mejor tenerte cerca —le contradigo.

Le brillan los ojos cuando escucha la convicción en mi voz. Luego me agarra la cara y se inclina, con una mirada ardiente.

—Eres adorable. Quiero meterte en el bolsillo para llevarte a todos lados y que nada pueda hacerte daño. —Me sujeta la nuca con la mano y me sonrío mientras presiona su frente contra la mía.

—Eso sería un grave error —lo digo medio riéndome, medio gruñendo.

—Yo nunca me equivoco, Lana. Nunca. —Niega con la cabeza de forma juguetona—. En nada, ni en ti.

Me río, me siento mareada y, probablemente, otro chupito de tequila junto con una ración de Racer es suficiente para llevarme a la estratosfera, pero alcanzo la bebida y me la tomo.

Me gustaría levantar la cabeza y besarlo. Quiero que me bese. Lo único que deseo en este mundo ahora mismo es eso. Pero parece increíblemente

agitado. Ferozmente intenso.

Su proteccionismo, su posesividad flagrante... tiene algo que me excita.

Me coge un mechón de pelo, me lo coloca por detrás de la oreja y se inclina hacia delante. Me ofrece el vaso de *whisky* y lo agarro. Le doy un buen trago. Se ríe cuando lo hago, luego frunce el ceño y lo aparta.

—Ten cuidado —advierete.

Me paso la lengua por los labios mientras él aparta su copa. Entonces, me inclino y le doy un beso.

—Racer —gruño.

Contengo la respiración al tiempo que me echo hacia atrás. Él me sostiene la mirada.

Se le ensanchan las fosas nasales y me observa con los ojos brillantes.

Me rodea con un brazo para acercarme a él. Extiende la mano, lo que me provoca una descarga eléctrica tan fuerte que me recorre de arriba abajo y casi me arqueo contra él. Sonríe y lleva las manos a mi cintura. Son tan grandes y anchas que me siento un poco más pequeña, como si el mundo se redujera a una persona. Él.

Me paso la lengua por los labios, incapaz de apartar la mirada de él mientras comienza a moverme, a moverse conmigo. Agacha la cabeza y me acaricia la oreja con la nariz. Empiezo a sentir un temblor desde ese lugar tan sensible donde están sus labios, por el cuello, la espalda, las piernas y hasta los dedos de los pies.

Retrocede con una sonrisa maliciosa y observo el descarado calor en sus ojos. Como si quisiera que lo supiera. Que él es un hombre, que está hambriento y que no le importa nada desearme de esta forma a... mí.

Puede que antes estuviese hablando... de mí.

Todo mi interior vibra.

Me trago cualquier protesta porque, en realidad, me gusta. Le sostengo la mirada cuando me estampo contra él y dejo caer la boca sobre su hoyuelo.

Gime y gira la cabeza para darme un beso en los labios. Luego saca la lengua para lamerme la comisura de la boca.

Me estremezco y lo imito.

—¿No bebes nada de alcohol? —pregunto en voz baja.

—Tengo otros vicios. Como los coches y tú.

Empiezo a jadear un poco más fuerte, algo que pensaba que sería imposible. Me mira a la cara y parece que ve algo en ella. ¿Lujuria? ¿Deseo? ¿Necesidad? ¿Desesperación?

Me observa con los ojos ensombrecidos, como si estuviera marcando territorio con una simple mirada y, de repente, me pone contra la pared mientras se sitúa entre mis piernas y coloca las manos sobre el vestido con vuelo. Balanceo las caderas y gimo cuando presiona su cuerpo contra el mío.

Hay un destello en sus ojos, como si notase lo que me pasa.

Me atrapa con un brazo y se inclina hacia delante, colocándose entre mis piernas y aliviando la erección entre mis muslos.

No puedo formular ni un pensamiento, ni siquiera puedo respirar correctamente. Racer está por todas partes; su rostro y sus ojos están tan cerca que siento que me ahogo en un mar de algún sitio de Tahití. Desliza el brazo en el espacio existente entre nuestros cuerpos y extiende el dedo hasta mi coño húmedo, bajo el vestido corto que me he puesto solo para que me viera con otra cosa que no fueran vaqueros y una camiseta. Me tiembla todo el cuerpo por el deseo.

Tomo aire y deslizo el brazo desde su mano hasta llegar a la nuca, mientras Racer me observa a través de esas densas pestañas, murmurando y moviendo la cabeza, como si no se creyese lo que está viendo.

—Eres preciosa, Lana.

Me estremezco tanto que deseo levantar las murallas, ya que sé que, probablemente, lo mejor sea volver al hotel e irme a la cama. Pero, en vez de eso, aquí estoy, sentada, enferma y cansada de tener cuidado y estar siempre a la defensiva con los hombres para que no me hagan daño. Para que mis hermanos y mi padre no se sientan decepcionados por mí. Para poder mantenerme centrada en las carreras y ya está.

De repente, simplemente quiero sentir. Solo eso. Solo sentir.

Sentirlo a él.

Baja el otro brazo del respaldo y lo coloca sobre mis caderas. A continuación, me acerca más a él con una sonrisa maliciosa en los labios que contiene una promesa.

Siento que un fuego arde en mi interior.

Soy consciente de que hay gente que nos mira. Racer me acerca más a él. Y ahí, en su mirada, también arde el fuego, como en la mía.

Inclino la cabeza y paso la nariz por su camiseta. Inhalo su aroma.

Él utiliza la nariz para levantarme la cabeza y luego usa la boca.

Esa boca.

Esa boca que encuentra, presiona y abre la mía. Y cada centímetro de mí se despierta cuando desliza la lengua en mi interior, me agarra por los muslos y me coloca en su regazo mientras me besa con delicadeza y pereza, y al mismo tiempo con tanta avidez y pasión que ya me siento poseída y ni siquiera estamos desnudos.

Gruño.

Se echa para atrás, inquieto, como si le preocupara estar besándome con demasiada brusquedad.

Este chico me pone tan cachonda que casi no puedo abrir los ojos.

Me contempla. Y la expresión de su cara, en lugar de indiferencia o arrogancia, revela la crudeza de su necesidad mientras me vuelve a acariciar por encima de las braguitas.

Ver que me desea así provoca algo en mí.

Desliza la mano por el borde de mi ropa interior, luego mete el dedo para acariciar los pliegues y me penetra con el mismo hasta que siento que lo agarro tan fuerte que el placer casi me destroza.

—Dime que quieres sentir mi lengua ahí abajo —dice con voz ronca contra mi mejilla mientras acaricia con el dedo mi apertura.

Me lo imagino desnudo, moviéndose sobre mí, y coloco las manos en su nuca mientras le doy un beso en la mandíbula, respondiéndole sin palabras.

Desliza los nudillos por mi mandíbula con la voz cargada de emoción.

—Haces bien en tenerme miedo.

Me desliza la mano desde la cadera hasta el rostro, donde me coloca el pulgar en la mejilla mientras que con el dedo de la otra mano me penetra y me obliga a mirarlo a sus tormentosos ojos azules.

—A veces puedo ser difícil de manejar, pero ¿sabes lo mucho que te deseo, Lana? ¿Lo bien que quiero hacerte sentir? ¿La frecuencia con la que pienso en ti?

Me mira a la cara con esos ojos azules y brillantes mientras desliza un dedo en mi interior y hunde el pulgar en mi boca. No logro recordar haber experimentado esta sensación tan excitante antes, es como si estuviera en una

pista a 1600 km/h y a punto de pasar la línea de meta marcada con un muro en llamas.

Me ruborizo ante mis propios pensamientos y lo rápido que esto ha subido de tono.

Él inclina la cabeza para besarme con fuerza. Con una de sus grandes manos me sujeta el rostro, con el pulgar a un lado y los cuatro dedos al otro, mientras me penetra con la lengua con tanta fuerza y de forma tan erótica que, cuando me acaricia por debajo de las braguitas, experimento un orgasmo cósmico y jadeo contra su boca. Me sacudo contra él en el reservado, completamente desecha por sus caricias.

Gruñe suavemente mientras se echa hacia atrás, me vuelve a colocar las braguitas de un tirón y me ayuda a enderezarme, sin dejar de mirarme.

—Yo... —Me aparto un mechón sudoroso de pelo y me siento incómoda ahora que todo ha acabado—. Me he vuelto a dejar llevar...

Su mirada tiene un brillo salvaje.

—No pongas excusas. Dime que deseas esto. Que lo sientes.

Me mira con intensidad, con una mirada azul realmente penetrante. Trago saliva y no sé si tengo el coraje de admitirlo, porque ¿en qué me beneficiará?

—Lo necesitaba, gracias —digo con una leve sonrisa de agradecimiento, pues es lo máximo que puedo admitir.

Racer también sonrío y, luego, extiende el brazo para tirar de mi vestido hacia abajo.

—Pasa la noche conmigo, Lana —pide con voz áspera, acariciándome la cara con la nariz.

—No creo que ninguno de los dos vaya a descansar y tú necesitas hacerlo.

—Eso no es lo que necesito.

Sonríe de forma burlona mientras se echa hacia atrás.

Qué ganas tengo de besarle de nuevo, de besar la sonrisa de esa preciosa cara, de agarrarle el rostro y besarlo durante toda la noche. De estar en su cama con sus brazos a mi alrededor, sin ropa que nos separe. Sentir su erección contra mí... sin vaqueros, sin ropa interior, sin nada excepto su sexo y el mío.

Me ruborizo y pienso en cómo sería pasar toda la noche con él, en sus

brazos, haciendo lo que quiera con él... dejando que me haga el amor sensual y apasionadamente.

—Será mejor que nos vayamos —comento en voz baja, poniéndome de pie y observando como él hace lo propio lentamente y deja un par de billetes en la mesa.

Me abre la puerta del coche y, mientras me coloca el cinturón de seguridad, nos sostenemos la mirada. Veo en sus ojos un brillo y una intención, como si supiera lo que realmente quiero y no estoy expresando.

—Quiero hacerlo, pero... está la escudería. Mis hermanos y mi padre, y... —Ni siquiera sé cómo explicarlo.

—¿Siempre te sacrificas por la escudería? —pregunta. Suena paciente pero decidido mientras rodea el coche, se coloca tras el volante y arranca el motor.

—¿Eh?

Se incorpora al tráfico, extiende el brazo y me acerca a él, por encima del compartimento central, y me doy cuenta de que me está sosteniendo contra su pecho al mismo tiempo que ha deslizado la mano por mi espalda y tiene los dedos peligrosamente cerca del trasero. El corazón me empieza a latir con fuerza y parece que no puedo pensar con claridad, porque sus ojos están muy muy cerca y son muy muy azules, y muy pero que muy hipnotizadores, hasta cuando mira enojado hacia delante.

—Yo... no sucumbo a todos mis caprichos, si eso es lo que estás preguntando —me defiendo a mí misma.

Se limita a lanzarme una mirada e, inmediatamente después, dirige la atención a la carretera. Conduce con una mano y mantiene la otra sobre mi piel.

—En este momento podría estar pensando en hacer cosas que deseo hacer, que siento el impulso de hacer, pero como sé que voy a arrepentirme, no las hago.

—¿Qué cosas? —pregunta, mientras me examina deliberadamente la boca.

—Bueno... Eh...

Todavía respira con dificultad y tiene las fosas nasales dilatadas cuando disecciona visualmente mis rasgos. Estoy medio a horcajadas, medio tumbada en su pecho, con su regazo debajo de mí y una erección tan

prominente que duele mirarla porque el resto de mi cuerpo se pone celoso de mis ojos.

Me libero de su abrazo para observar su expresión.

—Quiero hacerte el amor y quiero que me hagas el amor —admito, y vuelvo a sentarme en mi asiento. Racer simplemente me lanza una mirada ardiente.

Me cubro la boca.

—Dios mío. Estoy... creo que estoy borracha.

Sonríe y se ríe, pero sus ojos todavía denotan excitación.

—Te tomo la palabra —contesta con voz áspera. Una promesa en voz baja. Extiende el brazo, me mira con fiereza y me acaricia la mandíbula con el pulgar—. Necesito salir a correr, relajarme, porque me enciendes, chica. Pero sin duda voy a tomarte la palabra cuando estés sobria y me mires de la forma en que me estás mirando ahora.

Cierro los ojos y me estremezco, asintiendo con la cabeza. Nos quedamos en silencio hasta que llegamos al hotel. Me lleva a mi habitación y, luego, cuando abro la puerta, entra conmigo.

Empieza a desvestirme y me besa la nuca mientras me abre la cremallera de la espalda del vestido. Me sorprende ver la experiencia que tiene. Me quita el vestido, me desabrocha el sujetador y me deja solo en braguitas mientras me levanta y me coloca en la cama.

Parece agitado y un poco excitado mientras me desabrocha los zapatos y besa cada parte de mi cuerpo que tiene cerca; el muslo y la parte interior del tobillo. Luego, me quita los tacones de tiras y me acaricia la pierna y la corva mientras gruñe suavemente y me aprieta el muslo con una gran mano callosa. A continuación, se inclina hacia delante y besa mi sexo, cubierto por la ropa interior.

—Te deseo muchísimo —dice, lamiéndome ese lugar húmedo, antes de cambiar la lengua por el pulgar y mirarme—. Nunca voy a saciarme de ti —me promete antes de taparme hasta el pecho con la sábana. Después, se inclina y me besa en los labios. Sabe a mí, a mi coño.

Apoya la frente contra la mía y me atrapa la mirada con la suya.

—Cuando te ponga las manos encima, te haré el amor como nunca te lo han hecho. —Me agarra la cara, la aprieta y me da el beso más salvaje en los labios que me ha dado nunca—. Gemirás tanto que todo el hotel y la ciudad

te oirán.

Tras ese comentario, se marcha, y me deja más excitada que nunca en toda mi maldita vida y lista para gritar por el deseo insatisfecho. No lo oigo entrar en su habitación y me paso la noche preguntándome dónde ha ido.

Doy vueltas y más vueltas desnuda, o casi desnuda, en la cama (¡nunca he dormido así!), con nada más que un par de braguitas húmedas por mi propia excitación y su delicioso beso.

Parece que no puedo dormir. Estoy preocupada por mi padre, por la relación de mis hermanos con Racer y por su actitud y su imprudencia... y sus besos desgarradores que me abrasan el alma y la forma en que me mira. No sé por qué me está pasando esto ahora. Cuando nos marchamos de Estados Unidos, no se me ocurrió quejarme ni una sola vez sobre lo que había perdido. Mis amigos estaban allí, estudiando en una universidad normal en vez de a distancia desde una habitación de hotel. No pensé en mí ni una sola vez, porque los sueños de mi padre y mis hermanos se convirtieron en los míos. Porque David se había marchado, mi madre no me quería y, en lo que a mí respecta, no me quedaba nada que no pudiera permitirme perder. Y ahora aparece Racer, el único que tiene el talento y las agallas suficientes para ayudarnos a lograr aquello por lo que hemos trabajado tan duro. Y me siento egoísta porque lo deseo para mí tanto como deseo ganar este campeonato. Me siento tentada a abandonar la prudencia y permitirme enamorarme de él, a pesar de que me asusta pensar que no tengo escapatoria.

21. Cagada

Lana

Estamos en Rusia, desayunando en el hotel, cuando los pilotos de Clark entran. Clark tiene que mirar dos veces cuando nos ven.

—¿Qué? ¿Es tu novia?

—Lo será.

Racer sonrío de forma petulante y me guiña un ojo. Yo le frunzo el ceño y me tenso mientras sigo comiéndome la tortilla.

—Lainie... en serio, puedes conseguir algo mucho mejor.

Racer empuja la silla hacia atrás de una patada y se levanta, observándolo.

—Vete a paseo, Clark.

Una sonrisa ensimismada se dibuja en su rostro y, luego, me sonrío a mí.

—Convéncete de algo. Nadie quiere salir con un perdedor. Especialmente cuando puede tener a un campeón.

En un momento todo marcha bien y, al siguiente, empujan a Clark... con fuerza.

—He dicho que te largues. —Clark da un traspié para mantener el equilibrio cuando Racer le lanza una mirada con la que podría despellejarle hasta los huesos.

Racer se vuelve a sentar y me observa mientras Clark sale de la cafetería con su hermano sin comprar nada.

—Vamos a pedir el postre —dice Racer mientras llama al camarero con calma y seguridad, como si nada hubiera pasado.

Parpadeo, todavía aturdida por lo que acaba de suceder.

—No me gustan los chicos violentos —susurro, ruborizada porque nunca antes un hombre se ha peleado por mí—. Demasiada testosterona para mi gusto.

—No soy violento. —Sonríe, pero su mirada es un poco oscura y refleja enfado y algo de lujuria mientras observa como me termino la tortilla—. Si lo fuera, le habría partido el cráneo a ese capullo —gruñe.

Nos va bien en los libres, pero en la clasificación, Clark se interpone en el camino y parece que no somos capaces de alcanzar su vuelta más rápida.

—Tate me ha dicho que el coche no tiene bastante par motor —me informa Drake—. Parece que no está cómodo en el coche. Lleva unos días raro.

Veo que Kelsey se acerca mucho al coche que tiene enfrente. De repente, el morro de Kelsey roza el automóvil de delante y da una vuelta de campana. Racer sale volando.

Está en el aire, joder.

Me pongo de pie y grito:

—¡¡No!!

Me cubro la boca mientras el coche da tres vueltas antes de aterrizar e impactar contra el muro. Caen restos del coche por todos lados y hay piezas dispersas por toda la pista. El morro. Dos ruedas. Partes rotas de la cola. Solo veo el habitáculo y la nube oscura de vapor que sale del motor contra el muro.

Todo mi cuerpo colapsa y siento que mi padre me agarra.

—Peque Lainie —dice papá, preocupado.

Empiezo a hiperventilar y me traen una bolsita para respirar con ella.

—¿Está bien? —Ruego a mis hermanos que me informen mientras respiro en la bolsa y trato desesperadamente de ver algún movimiento procedente del interior de la cabina.

Atisbo una mano que sale para abrir la visera y casi me desmayo del alivio que me inunda los huesos, tan fríos como el hielo.

—Está haciendo una señal desde el coche, creo que está bien —me asegura Clayton.

Tardamos una eternidad en traer de vuelta el coche, totalmente siniestrado.

Y Racer tiene que venir caminando desde la pista. Entra en *boxes* como alma que lleva el diablo, colérico. Me lanza una mirada acalorada cuando se quita el casco, con el cabello de punta de aquí para allá; sus ojos azules parecen rayos láser. Tensa la mandíbula y se dirige a la carpa, donde tira el casco.

—¿Qué cojones...? —le dice Clayton.

—No estaba concentrado. —Se pasa la mano por la nuca y cierra el puño en el costado.

—Has...

—No estaba concentrado.

—Es nuestro mejor coche —dice Clayton.

—Lo era —lo corrige Drake.

Racer se marcha corriendo, más furioso que mis tres hermanos juntos.

Se hace un silencio sepulcral mientras regresamos al hotel en la furgoneta alquilada de mi familia.

Finalmente, Drake lo rompe.

—Mira, no sé lo que sucede en tu vida personal, pero no puedes cagarla así. ¿Lo pillas?

—Lo pillo —contesta Racer con un gruñido y frustrado mientras mira por la ventana con el ceño fruncido.

Casi estamos en el hotel y la tensión después del accidente de Racer no ha disminuido.

Me retuerzo las manos ante el recuerdo de la sensación de sus caricias tan íntimas, el orgasmo tan fuerte que tuve y la mirada en sus ojos de completa lujuria.

Ay, Dios.

Drake le lanza una mirada ceñuda.

—No podemos permitirnos esta mierda de nuevo.

—Lo pagaré —masculla.

Drake se ríe suavemente y niega con la cabeza.

—No te quedará nada de lo que te estamos pagando.

Se estrecha la nuca con la mano, con los dientes muy apretados.

—He cometido un error. No volverá a suceder.

Me mira y se me hace un nudo en el estómago.

Silencio. Mi padre se limita a observar a Racer, extiende el brazo y le da una palmada en la espalda.

—Eres humano, no pasa nada. No volverá a suceder —le dice a Racer mientras nos bajamos del vehículo.

Se me cierra la garganta al ver el cansancio en los ojos de mi padre y cuando todos salen y se dirigen a su habitación, siento que Racer me agarra del brazo.

—Oye...

Me vuelvo al oír su brusco tono y le sostengo la mirada.

Tensa la mandíbula y luego me libera el codo y mete las manos en los bolsillos.

No sé si quería que no me fuera o si quería decirme algo, pero se queda quieto, sin mediar palabra, por un instante...

Entonces, se da la vuelta y yo hago lo mismo; los dos estamos demasiado frustrados como para hablar.

Racer

La decepción en su mirada... Sí, eso es lo que más me mata.

Echo de menos su sonrisa, quiero que la recupere.

La has cagado y ha desaparecido, Tate.

He perdido la cabeza. Estaba distraído. Casi no había dormido y hoy

estaba demasiado obsesionado con ella como para pensar con claridad.

Me dirijo a mi habitación, pero estoy demasiado inquieto y enfadado conmigo mismo por cagarla y necesito relajarme. Así que hago lo que nunca hago: me dirijo al bar porque o me bebo una copa de algo fuerte o me tomo las pastillas de litio. Y en realidad, no quiero tomármelas, a menos que tenga la intención de perder el Gran Premio.

El litio hace que me mueva más lento que una tortuga, y si la escudería HW Racing hubiera querido a alguien lento, le habría dado el número 38 a un abuelo.

22. Frustraciones

Lana

Trato de calmarme durante unos minutos. Estoy sola en mi habitación, intentando poner en orden mis pensamientos, pero todavía siento una presión en el pecho y el corazón acelerado. Me tiemblan las manos y hasta las piernas por el susto. Saco el teléfono y le mando un mensaje a Racer.

Solo quiero saber que está bien. Que es consciente de su error y que tendrá más cuidado.

Pero lo que realmente quiero es que me prometa que nunca en la vida volveré a verlo dando vueltas en el aire de nuevo.

¿Podemos hablar?

R.T.: Abajo, en el bar

Tú no bebes...

Escribo, con el ceño fruncido.

Me envía una foto de un chupito de tequila vacío.

Frunzo el ceño con más fuerza y me dirijo abajo, tratando de calmar el acelerado corazón, pero creo que quizá me iría bien un poco de glucosa para el miedo. Mi cerebro sigue reproduciendo la escena de Kelsey dando vueltas en el aire y lo único en lo que podía pensar era en Racer.

En su hoyuelo.

En sus juguetones ojos azules.

Y me quiero morir.

Lo veo en el bar, bebiéndose la copa tranquilo, y se me hace un nudo en el estómago. Creo que nunca he estado tan asustada en el circuito. Ver un accidente siempre es algo aterrador... pero hoy, el que ha estado a punto de tener un accidente era...

Él.

Me tiemblan las rodillas cuando me siento a su lado.

El calor de su cuerpo me envuelve. Parece tan fuerte como una roca, como si nadie pudiese hacerle daño. Y de repente no puedo soportar pensar qué haría si lo hirieran.

Se pasa la mano por la mandíbula mientras niega con la cabeza con frustración y me mira.

—No me encuentro bien ahora mismo, Lana. Y no quiero decir ninguna gilipollez que pueda hacerte daño. Estoy enfadado conmigo mismo. —Tiene los ojos de un azul oscuro tormentoso que me corta la respiración—. No quiero que me odies. Joder, ¿lo entiendes? —Vuelve a tener ese inquieto tic muscular en la mandíbula—. Así que vete, ahora.

—No quiero —contesto con voz ronca—. ¿Qué te pasa?

No extiendo la mano para tocarle; siento la energía hirviendo a fuego lento, justo bajo la superficie de su ropa. Pero me quedo ahí sentada, junto a él, y noto que mi propio cuerpo está un poco inquieto porque él lo está. Porque es él.

—¿Qué me escondes? —le pregunto—. Tu reconocimiento físico fue genial. Estás en plena forma. Eres un atleta serio. Te alimentas correctamente, prestas atención a lo que te metes en el cuerpo, eres disciplinado. Nunca he tenido a un piloto tan preocupado por la salud.

—No se puede medir todo en las pruebas... no todo es estático. Las situaciones cambian. En un abrir y cerrar de ojos, cambian.

—¿Qué ha cambiado?

Aprieta la mandíbula y niega con la cabeza.

—Nada. Pero no quiero que lo haga. La he cagado. Lo siento mucho. —Aprieta la mandíbula con muchísima fuerza—. No sé por qué... quise empotrar a Clark en el muro. Nunca he estado celoso antes.

—¿Celoso por qué?

—Por ti.

Todavía estoy temblando por el susto que me ha dado.

—Clark es un gilipollas.

—¡Quiere lo que es mío! —gruñe.

—Yo no soy... Racer. ¡Maldita sea! ¿Qué coño...? ¿Estabas concentrado? El coche salió dando vueltas y podrías haber muerto. ¿En qué estabas pensando?

—En tu coño. —Sus ojos emiten un brillo oscuro—. Tu dulce y húmedo coño ansiándome a mí y solo a mí, tomándome a mí y solo a mí. —Tiene un aspecto un poco salvaje cuando me agarra del codo, me acerca hasta que apoya la frente en la mía y nos miramos fijamente a los ojos—. Dime que me deseas, que quieres todo de mí.

Se me cierra la garganta mientras levanta la mirada desde mi boca hasta los ojos, una mirada oscura y tortuosa.

—Me he asustado, imbécil. —Le doy un puñetazo en el brazo, un poco más fuerte de lo que esperaba, aunque no tiene ningún efecto en absoluto—. No lo vuelvas a hacer, ¡me he asustado mucho!

Abre los ojos, sorprendido, y me doy cuenta de que mi voz suena quebrada y de que no estoy estable. Tiene razón; debería marcharme, así que me pongo de pie y empiezo a dirigirme hacia el ascensor.

Entonces, se levanta y me sigue como un nubarrón negro.

—¿Qué cojones...? ¿Crees que quería cagarla? —pregunta mientras me sujeta por los hombros y me obliga a darle la vuelta.

Aprieto los labios, con los ojos anegados en lágrimas.

—¡No quiero preocuparme por ti! Ya estoy perdiendo a mi padre, día a día. Ya he perdido al único chico que he amado y no quiero perderte a *ti*. ¡Gilipollas de mierda! —Le doy un puñetazo y me agarra de la muñeca para detenerme.

—No voy a ir a ningún sitio —dice con la voz áspera y los ojos cargados de emoción.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y, cuando las puertas se abren, muevo la muñeca para liberarme y corro hacia mi habitación, temerosa de ponerme a llorar.

Me rodea con un brazo, me atrapa contra la puerta y me susurra al oído:

—Date la vuelta y mírame. No voy a ir a ningún sitio. Recuerda que soy

el mejor piloto del mundo.

—No, no lo eres.

Trago saliva y abro la puerta, entro a la habitación y evito girarme para mirarlo, pero él entra detrás de mí y le da una patada a la puerta para cerrarla.

—Sí, lo soy. Y también el que mejor besa.

Me coge en brazos, me gira, me levanta y, de repente, todo lo que siento se desata en el beso que me da y que yo le devuelvo. Me folla la lengua casi como si nuestras vidas dependieran de ello y me aprieta el culo mientras ataco su lengua con la mía y le clavo las uñas en el cuero cabelludo, devorándonos.

Me empuja contra la puerta.

Le clavo las uñas en los brazos y le tiro de la camiseta, pues, de repente, siento la necesidad de quitársela, de que no haya nada entre ambos, nada que me impida saborearlo, sentirlo.

Ya tengo media camiseta por encima de su oscura cabeza cuando me ayuda levantándosela con una mano. Se le pone el cabello de punta mientras la aparta, vuelve a sumergirse en mi boca y me mete las manos por debajo de la camiseta. Me estremezco cuando sus dedos me acarician la piel y emito un suave sonido contra su boca, como un gemido.

—¿Te gusta esto? —pregunta con voz ronca contra mi boca, y se echa hacia atrás para mirarme. Tiene el pecho desnudo, el cabello despeinado y el hoyuelo solitario en la cara.

Asiento con la cabeza con tanta fuerza que casi se me desencaja.

—¿Qué más te gusta, eh? —añade, acercándose más a él y deslizando las cálidas manos por mi cintura, en dirección a la espalda, para desabrocharme el sujetador mientras me roza la mandíbula con la boca y juguetea con mis labios—. ¿Qué más te gusta, Lana?

—Me gusta que me llames Lana.

—Te gusta, ¿eh?

—Sí. Me hace sentir como una mujer, y me gusta sentirme como una mujer cuando estoy contigo.

—¿De qué otras formas te gusta sentirte, eh? —contesta con voz ronca mientras me pasa la camiseta por la cabeza y contempla mi figura.

Voy vestida solo con los vaqueros y el sujetador.

—¿Sabes qué? —Me escudriña con la mirada de la cabeza a los pies y desliza la mano por debajo de los vaqueros para agarrarme y masajearme el culo—. Quiero lamerte de arriba abajo hasta que haya saboreado cada centímetro de ti y, luego, quiero hacerlo otra vez.

Agacha la cabeza, acerca la boca a mi oreja y empieza a lamermme el lóbulo y la parte de atrás. Siento un hormiguelo en todo el cuerpo, sobre todo en ese lugar húmedo, en los pezones y en el pecho.

—Racer...

Lo rodeo con los brazos y recorro los músculos de su espalda con los dedos. Me arqueo contra él, moviéndome con la necesidad dolorosa y acuciante de estar más cerca de él. De sentir su calidez, sentir que me desea.

Racer presiona su erección cubierta por los vaqueros contra mí y no hay duda de ello. Siento en el vientre lo duro que está mientras me agarra por las axilas y me levanta para darme la vuelta y sentarme encima del sofá.

—No voy a ir a ninguna parte, cariño —me asegura mientras me acaricia la mejilla y pasa el pulgar por mi labio inferior, con una mirada brillante y ardiente—. Quiero hacerte sentir tanto placer hasta que grites, que mañana creas que estás flotando. Pero ahora mismo, voy a embestirte tan fuerte que pensarás que te estás rompiendo. Porque juro por Dios que cada vez que te veo mirarme con deseo, me partes en dos.

Me baja los vaqueros y luego las braguitas. Me siento completamente expuesta cuando me separa las piernas y contempla mi sexo con avidez.

—Joder, es perfecto —dice con voz áspera, y me recorre los pliegues con su ávida mirada.

Se saca la polla y juguetea con mi sexo con la punta de su grueso miembro. Eso me hace sentir tanto placer que casi llego al clímax.

—Tómame —gruñe.

Prácticamente me hago pedazos por la satisfacción.

Me envuelve el pecho con la mano. Tengo el pezón arrugado y sensible, y cada vez que lo frota con la yema del pulgar, estoy a punto de tener espasmos. Nunca en mi vida me he sentido tan plena como en el momento en el que me penetra.

—Tómame —vuelve a decir, mientras desliza su pene en mi interior.

Lo tomo con un gemido, arqueándome y clavando las uñas en su cuero

cabelludo y los dientes en su mandíbula.

—¡Joder! ¡Joder! —gime, al tiempo que sale de mí.

Lo veo forcejear para encontrar algo en los vaqueros. Luego saca el condón y se lo pone.

Casi le digo que lo deje.

Creo que se da cuenta de mi desesperación cuando me mira. Porque algo en él parece romperse. Algo en mí parece romperse. De repente, estamos desgarrándonos la misma piel cuando me levanta en brazos.

Me lleva a la cama y se deja caer encima de mí.

—Oh, Dios —suplico, y le agarro la mandíbula mientras nos besamos en una lucha salvaje.

Me sujeta la cara y presiona su boca con más fuerza sobre la mía, gruñendo cuando la abro sin oponer resistencia.

—Dios, me moría de ganas de probar esta dulce boca, este dulce cuerpo que tienes.

Todavía me sostiene mientras gira la cabeza hacia un lado y hacia el otro, haciéndole cosas a mi boca que deberían estar prohibidas, penetrándome por un lado y luego por el otro, saboreando con la lengua y tomándolo todo, al mismo tiempo que me mantiene inmóvil con las manos; sin aliento, con los dedos retorcidos y un hormigueo generalizado. Se mueve y me toma con la lengua. Me toma. Y no se detiene.

Y le dejo porque todo mi cuerpo es una llama viva, porque cada vez que me toma quiero darle más, porque cada vez que me toma experimento las sensaciones más maravillosas, perversas y placenteras que he sentido en mi vida. Sus besos casi me provocan un infarto. Mis pulmones trabajan a un ritmo frenético y tengo la piel tensa y los músculos contraídos y expectantes.

—¿Estás de acuerdo con esto, eh? —masculla mientras se echa hacia atrás para mirarme, jadeando con fuerza.

Está extendido sobre mí. Los músculos de los hombros se le mueven mientras coloca los brazos uno a cada lado de mi cuerpo y me enmarca el rostro con las manos cuando asiento con la cabeza.

Asiento una y otra vez, frenéticamente, y lo miro a los ojos. Observo algo muy profundo y salvaje en sus oscuros ojos azules.

—Fóllame, chica —sisea para él mismo mientras me tapa la boca con la

suya, esa boca húmeda y apasionada. Me acaricia la frente con la mano derecha y me aprieta el pecho como si necesitara que lo liberasen.

Restriega la polla por mis pliegues, de un lado a otro y de forma juguetona.

Cierro los ojos y me oigo gemir suavemente. Juro que jamás me he oído a mí misma emitir ese tipo de sonido.

Racer respira con dificultad en la oscuridad.

Su respiración se mezcla con la mía y con el sonido de sus manos, que me acarician la piel.

Es una sensación sumamente placentera. Estoy temblando de forma incontrolable. Tiene el cuerpo caliente mientras se coloca encima de mí, con uno de sus muslos apretujado entre los míos y el pecho cerca del mío, de modo que cada respiración hace que mis pezones casi rocen los suyos.

Tiene las palmas realmente duras, las palmas de un chico que agarra un volante durante horas, luchando contra él, incluso cuando quiere retroceder. Sentir sus grandes y fuertes manos envolviendo mis pechos me hace sentir como si fuera físicamente frágil cuando, ahora mismo, me siento emocionalmente inestable.

En este momento, su húmeda boca busca la punta del otro pezón, la encuentra, la limpia y la chupa. Su aliento es cálido y sale en ráfagas rápidas. Serpentea con la lengua para saborear y torturar el pezón que se endurece por completo.

—Eres hermosa, Lana. No puedo olvidar lo húmedo y estrecho que era tu coño te he penetrado sin condón —dice con voz áspera mientras sigue dándome besos húmedos en un pezón, luego en el otro y después en mi boca. Se aprieta contra mí suavemente pero con firmeza.

Me atraviesa un escalofrío cuando asiento con la cabeza y deslizo las manos por su nuca mientras le beso la mandíbula de forma impulsiva. Nunca en la vida había estado tan ávida de algo. De un chico. De este chico.

—¿Bien?

Se balancea contra mí y agacha la cabeza para saborear y succionarme el pezón mientras, con la mano, me aprieta la carne, tirando de la punta hacia su boca ardiente y hambrienta.

—Muy bien —mascullo. Le acaricio los brazos hasta llegar al cabello y memorizo mediante el tacto la forma de su cráneo.

—¿Cuánto deseas esto? ¿Cuánto deseas esto? ¿Lo deseas así? —Su voz es espesa y áspera cuando habla, y se mueve con más fuerza contra mí, agarrando la polla y presionándola contra la entrada de mi sexo una vez más.

Me retorció de dolor por sentir esto.

Me moría de ganas.

—Sí —suelto.

—No dejes de mirarme, eh. Quiero ahogarme en esos ojazos que tienes.

No puedo creer que esté presionándome mi sexo con el pene. No puedo creer que esté sintiendo su prepucio abriéndome y luego... hundiéndose en mí. No puedo creer todo esto mientras le devuelvo la mirada a sus ojos azules.

—Yo me estoy ahogando en los tuyos y en ti —digo en voz baja.

Sigue agarrándose la base de la polla mientras me la ofrece, centímetro a centímetro, sin apartar la mirada de mi rostro ni una sola vez. Entonces, me abre por completo. Se me corta la respiración cuando siento que me estira y me deja sin respiración.

—Oh, Dios.

Lo acerco más y levanto las caderas mientras le doy un beso en la mandíbula.

—Racer —suplico contra su dura mandíbula con los ojos cerrados.

Busco a tientas su boca. Gira la cabeza y me la ofrece, suave pero con firmeza, penetrándome hasta el fondo.

Gemimos al mismo tiempo. Me estrecha con fuerza entre sus los brazos antes de liberar uno para apoyarse como si quisiera evitar aplastarme. Empieza a moverse. Las sombras danzan por su preciosa cara y sus rasgos reflejan placer. Ambos nos miramos hasta cuando nuestros cuerpos se esfuerzan por acercarse más, por tomar más el uno del otro, y movemos las caderas al unísono.

—Mírame, Lana. —Sus embestidas se vuelven más rápidas y profundas —. Deja que te mire. Deja que mi polla lo sienta, cada reacción, cada apretón.

La ternura que expresa su rostro podría destrozarme. El brillo de sus ojos azules, la forma en que me mira como si fuera tan buena que no podría haber imaginado nada mejor.

Pero ver en su rostro que se da por vencido... Nada me ha preparado para

lo cachonda que me pone, me excita muchísimo. Le clavo las uñas en el culo, aprieto el tatuaje RT de su trasero y acepto a Racer Tate en mi interior, entero, más profundo, más duro y más rápido.

—Racer...

Me agarra del pelo con un puño y empieza a besarme de forma voraz. Me cubre la boca, empujándome con embestidas rápidas, casi demasiado rápidas, de caderas y lengua.

—*Jodeer* —gime.

Tiene un orgasmo intenso. Siento los espasmos de su polla dentro de mí antes de sacarla y, con la mano todavía en el miembro, se quita el condón y lo acaricia a lo largo mientras salen chorros de semen por el aire. Todavía masturbándose, extiende el semen por mi vientre. Tiene los ojos más brillantes que nunca y una expresión de placer, excitación y posesividad en la cara mientras me embadurna.

—Oh, Dios —gimo mientras utiliza la otra mano para acariciar mi punto sensible con el dedo. Tiene una mano en la polla y la otra en mi coño. Su coño.

Me corro.

Jadeamos mientras nos recuperamos.

—Ha sido increíble —digo en voz baja.

Racer está de rodillas entre mis piernas y yo, acostada en la cama, jadeo mientras su pecho sube y baja sin aliento.

Le sostengo la mirada, extendiendo el brazo para tocar el semen que tengo en el vientre y restriego un dedo contra la humedad. Luego me lo llevo a la boca, lo chupo y él levanta las cejas y curva la comisura de los labios.

—¿Te gusta? —pregunta.

Asiento con la cabeza en silencio y él restriega el dedo contra mi vientre y me lo mete en la boca. Lo chupo y la mirada completamente salvaje de sus preciosos ojos me vuelve a excitar; tengo ganas de más.

—¿Te gusta esto? —pregunto al darme cuenta de que parece que lo excita.

Sonríe.

—No te puedes hacer una idea —contesta antes de mostrarme lo muy excitado que está.

23. Radio

Lana

Este fin de semana, Racer pilota a Dolly mientras arreglan a Kelsey y vuelve a pedir que me ponga yo en la radio. Sale el último, ya que, al tener el accidente durante la clasificación, perdió la posición.

Ha ido adelantando en cada maldita curva, desde el 16.º, hasta el 14.º y el 13.º puesto.

—Te quiere a ti —vuelve a decir Clay.

Vacilo y noto que Clay ya no parece irritado.

—Se concentra mejor. ¿No lo has notado? Ha hecho los mejores tiempos cuando estabas en la radio con él.

Abro los ojos como platos y siento que me tiembla la mano ligeramente cuando doy un paso hacia adelante, agarro los auriculares y me los pongo.

—Estás alcanzando al décimo. Tu tiempo de vuelta se acerca mucho al del primero, sigue así...

Lo observo pasar.

—¡Décimo! —exclamo—. Acercándote al noveno... —Entonces, compruebo el tiempo—. Acabas de hacer la vuelta rápida de la carrera.

—Cena, Lana.

De repente, oigo su voz baja, ligeramente deshidratada y demasiado *sexy*, retumbando igual que el motor de fondo.

—¿Qué?

—Ven a cenar conmigo.

—¿Por eso querías que me pusiera los cascos? ¿Me estás invitando a cenar durante una carrera?

—Sí, y voy a ganar de nuevo.

Sonrío.

—Lana —dice.

Silencio.

—Temeraria... —me advierte con un tono un poco arrogante—. Ven conmigo a cenar y nunca volverás a mirar atrás. Te lo prometo, nena.

—Vale —contesto en voz baja—. De acuerdo, iré a cenar contigo —respondo.

24. Sincero

Racer

Lana se quedó en mi habitación. Joder, no pude pegar ojo; me dediqué a contar las malditas pecas de su cara.

Le acaricié la espalda y noté cada vértebra de la columna. Saboreé su olor como un loco. Y, cuando se mueve contra mí, me siento más que listo para el próximo asalto.

Se despierta. La sábana está enredada con nuestros pies y estamos desnudos, algo que mi polla me recuerda rápidamente. Empieza a levantarse y parece entrar en pánico mientras echa un vistazo a la habitación.

—¿Qué hora es?

—Hoy tenemos el día libre —digo con voz áspera, observándole el pelo enredado y los labios, hinchados por los besos, con puro orgullo masculino.

—Tendría que pedirle a mi padre algo de desayunar —dice, y rueda hasta el borde de la cama para marcar al número de la habitación de su padre.

—¡Papá! —contesta cuando lo coge—. Buenos días. ¿Has desayunado?

Me dirijo al baño a mear y cepillarme los dientes cuando escucho que le dice que va a descansar un rato. Mientras me cepillo los dientes, observo por el reflejo del espejo que se sienta en la cama, con las sábanas por la cintura y los pezones erectos, y me mira el culo, admirando el tatuaje de mis iniciales con pura lujuria femenina porque piensa que no la estoy viendo.

Abre los ojos de par en par cuando se da cuenta de que la observo a través del espejo, y sonrío levemente mientras lavo el cepillo de dientes, escupo el

resto de la pasta y regreso a la habitación hambriento, con una maldita sensación de posesividad en lo que respecta a ella.

Después de todo, es la chica con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Además, debo decir que es la chica más preciosa que he visto jamás.

Se estremece en la cama, como si ya sintiera mi fuego interno y se sube la sábana hasta los pechos.

Me recorre con la mirada el torso, los pectorales y los abdominales, hasta llegar a la dura polla.

Se pasa la lengua por los labios.

—¿Tenemos más condones?

Le falta el aliento cuando habla y está ruborizada de la cabeza a los pies, como si mi boca no le hubiera chupado esos preciosos y pequeños pezones durante toda la noche.

—En la mesita de noche. O tal vez en la bolsa de lona.

Me inclino para mirar en la mesita de noche mientras Lana se envuelve con la sábana y se levanta para buscar en la bolsa de lona.

—¿Para qué son? —pregunta un segundo después.

Echo un vistazo hacia atrás mientras cierro el cajón. Levanto las cejas y observo el bote naranja que tiene en la mano.

Mis malditas pastillas de litio.

Por un instante, me limito a mirarla y sigo hablando con voz ronca y baja:

—Para emergencias.

—¿Qué tipo de emergencias?

Silencio.

Las tomo y las tiro a la bolsa de lona de nuevo.

—Venga, dime. ¿Para qué son? No salió nada en las pruebas físicas —dice.

Me frunce el ceño mientras vuelve a la cama y se sujeta la sábana contra el pecho.

Me siento a un lado de la cama, me paso una mano por la nuca y me muevo para mirarla.

—¡Racer! —exclama.

No, no tenía planeado soltárselo así.

—Soy maníaco depresivo —digo con voz ronca.

Se queda inmóvil durante una fracción de segundo.

Siento que tarda un momento en unir todas las piezas. Me observa perpleja y, por un instante, temo que le cambie la mirada.

Pero no lo hace.

Brilla con preocupación. Estoy acostumbrado a la lujuria, pero ¿preocupación por parte de una chica que no es mi madre ni mi hermana? No.

—Maníaco depresivo es...

—Bipolar —digo, suavemente.

—Pero las pruebas físicas...

—Ahora mismo no está activo. —Niego con la cabeza u cierro los puños con fuerza a los costados por la frustración. Definitivamente, no planeaba hacer esto así. Mierda.

—¿Cuándo se activa?

—No lo sé. Ocurre de repente. Todavía no he averiguado qué lo desencadena. —Observo cómo me mira con esos preciosos ojos que muestran todas las emociones en su rostro. Preocupación, perplejidad e inquietud.

—Entonces, ¿cómo es? ¿Cómo te sientes cuando...? —Se detiene, mirándome.

—A veces me siento en la cima del mundo. Otras veces, hundido en la miseria, tanto que me cuesta levantarme —admito.

Mierda, sus ojos me están matando.

La preocupación, la impresión genuina y la emoción que reflejan. Le acaricio la cabeza.

—Estoy bien —digo con voz ronca.

—¿Seguro?

—Joder, sí. —Sonrío.

Pero empiezan a saltarle las lágrimas. Agacha la cabeza y traga saliva.

Maldigo suavemente y extendiendo el brazo para acercarla a mí.

—¿Por qué no me lo has dicho? —pregunta.

El dolor de su voz casi me abre en canal. Me paso las manos por el pelo, negando con la cabeza mientras una tonelada de frustración me golpea y me causa dolor.

—Vamos, Lana. ¿Por qué crees?

Aparta la mirada y no puedo soportarlo. Maldigo en voz baja y le agarro

por los hombros.

—Lana —añado en voz baja pero firme—. Mírame.

Cierra los ojos y apoya la mejilla en mi mano, como si necesitara mi tacto para mantener el equilibrio. Pero eso hace que yo lo pierda. Nunca he sentido lástima por mí. Tengo demasiadas cosas buenas en mi vida. Eso lo dejo para cuando entro en crisis y todo se me viene encima. Pero ver el dolor que le provoco me hiere profundamente y, por un segundo, me pregunto si soy un puto egoísta por desearla.

Si estaría mejor sin mí.

No, no lo estaría, porque yo caminaría sobre el agua, dividiría océanos, me volvería verde y triplicaría mi tamaño por esta chica.

Le beso los párpados.

—Estoy de puta madre. ¿Vale?

Levanta la mirada y se muerde el labio. Todavía tiene el ceño fruncido por la confusión.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

Contemplo sus rasgos y le recorro la línea de la mandíbula suavemente con el pulgar.

—Después de ganar el Gran Premio. —Le sostengo la mirada para que sepa lo mucho que significa para mí—. No quería contártelo así.

—¿Cómo ibas a hacerlo?

Sonrío y casi me echo a reír por cómo la he cagado.

—Joder, no lo sé. Con un vino, una cena y cuando estuvieras cómoda. Y mojada. —Sonrío al oír mis propias palabras, pero ella no, así que dejo de hacerlo.

—Te hablé de David, Racer —contesta, todavía decepcionada y, joder, sé que se abrió.

Sé que quiere que confíe en ella, pero esto no es algo que le cuentas a una chica así como así. No si quieres que se enamore de ti.

—Esto es diferente, Lana.

—¿Por qué?

—Porque es mi puta vida —gruño, agarrándole el rostro con una mano y observando sus ojos verdes desconcertados—. Y quiero que seas parte de ella.

Parece que parpadea ante mis palabras.

—No quería asustarte —le comento, y coloco la cabeza sobre la suya mientras tomo aire y suelto el resto—. Sí, soy bipolar. Puedo hacerte daño, Lana. Pero nunca he querido nada tanto en mi vida. —Le agarro el cabello en un puño y la insto a sostenerme la mirada—. Te quiero de verdad y sé que tú también me quieres. Está todo ahí, Lana. En tus ojos. Lo veo. No pasará nada. Voy a luchar para que no pase nada. Soy el hijo de uno de los mejores boxeadores del mundo, sé cómo hacerlo y nunca dejaré de luchar.

Un escalofrío le recorre el cuerpo y, cuando respira hondo, yo también lo hago.

Se muerde el labio y me mira.

—Háblame de ello.

Joder, no me gusta entrar en detalles. Después de todo, es mi talón de Aquiles. No me gusta recordar que está ahí y vivo mi vida como si no lo estuviera.

Pero quiere saber más. Y yo quiero contárselo. Quiero ser tan sincero como sea posible con ella.

—A veces, en mi cabeza se apaga un interruptor y, ese día, o me siento inmortal o quiero morirme.

—Racer —susurra. Siento el deseo de golpearme a mí mismo por admitirlo de forma tan descarada.

Evito que aparte la cara.

—Oye —contesto mirándola a los ojos—. Sí, tengo este problema, y cuando me pasa, estar conmigo puede no ser fácil, pero nunca he querido algo tanto en mi vida de la forma en que te quiero a ti, temeraria. —Le agarro del pelo y la obligo a mirarme—. Te quiero como nada en toda mi puta vida y me mataría antes de hacerte daño de forma deliberada. ¿Entiendes?

Asiente con la cabeza, con los ojos todavía brillantes por la emoción.

—¿Cómo lo averiguaste? —pregunta, y se tumba de lado en la cama.

La imito y la miro mientras le acaricio el brazo desnudo con una mano.

Nos acariciamos durante un par de minutos. Sus caricias tienen algo que me relaja. Dejo de preocuparme por que no se lo tome bien.

—A mis padres siempre les preocupó que Iris o yo lo hubiésemos heredado de mi padre. Pero yo estaba bien. Hasta los diecinueve años no

tenía nada. Entonces, a los veinte, pasó algo. No podía dormir, no podía concentrarme ni escuchar. Me sentía muy excitado, como si le diera a los Red Bulls. A la siguiente semana, no salí de mi habitación durante días, no me importaba nada. Nada parecía relevante. Ni siquiera lo que amaba. Ni la música, ni la comida. Cuando me siento así, me da por odiarlo todo. A los veintiuno, me lo diagnosticaron y me recetaron litio.

Todavía sigue tocándome el hombro con el mismo brazo que le estoy acariciando y prestando atención a cada palabra que digo.

Tenso la mandíbula y miro al techo mientras ruedo para ponerme bocarriba y me obligo a continuar.

—Mi padre... para mí fue duro lidiar con ello. Mirarlo.

—¿Por qué? Tu padre te quiere —dice confundida mientras se sienta para mirarme a los ojos.

—Sí, pero no era lo que quería para mí. Él también lo tiene. —Me siento y retuerzo la boca al recordar el día en que mi padre se enteró. El peor día de mi puta vida; me haría muy feliz no rememorarlos de nuevo—. Eso le desencadenó un episodio. Me costaba afrontar que era una gran decepción para mi padre. Que su hijo perfecto resultó tener lo único que no quería que tuviera.

Lana traga saliva y yo alejo el recuerdo.

—Es difícil hacer realidad el mayor miedo de tu padre. Estuve algún tiempo medicado para estabilizarme. Para mirarlo a los ojos y decirle que no quería ser así, pero que lo asumiría. —Le sonrío, le pellizco la nariz y añado bruscamente—: Lo voy a dominar y me va a comer el rabo.

Se ríe.

—¡Racer!

Yo también me río, le agarro la cabeza y la acerco.

—Oye. No te preocupes nunca por mí. Lo tengo controlado.

—¿Y cuando no lo controles?

—Y cuando no lo controle..., tengo las pastillas. Para eso están las medicinas —le digo, y le acaricio la mejilla.

—¿Hay alguna forma de que sepa que estás sufriendo... un episodio?

—Te lo diré —le aseguro.

—¿Me lo prometes?

La miro a los ojos y veo mi peor miedo reflejado en ellos. Que un día, alguien que amo no lo entienda, no pueda vivir con ello, no pueda soportarlo y me deje.

—No será agradable —mascullo.

Niega con la cabeza y me guiña un ojo.

—Estoy acostumbrada a que no seas agradable... ¿Has visto esa cara tan fea que tienes, señor Tate?

Sonrío. Entonces, tenso la mandíbula y le cubro la mejilla con la mano sin apartar los ojos de ella.

—Si digo o hago algo que te haga daño, Lana... —añado con los ojos entrecerrados.

—No lo harás.

Eso espero. Joder, ojalá que sea así. No, haré que sea así.

—Nunca sientas pena por mí.

—Jamás.

Le doy un beso en los labios y la recompensó con la lengua.

—Ven aquí —insto en voz baja.

Deja caer la sábana y se desliza por debajo, con la piel desnuda y sonrojada contra la mía. Me pone muy cachondo.

—¿Cómo se lo tomó tu madre cuando averiguó lo de tu padre? —pregunta.

—Ya estaba enamorada de él como para importarle —contesto.

—Puedo entenderlo —murmura.

Me besa el pezón de forma ausente mientras habla y me mira de forma inocente como si no se hubiera dado cuenta de lo que acababa de hacer o decir.

Joder, me está matando.

Me duelen las pelotas. Tengo la polla aún más hinchada si es que eso es posible y siento que el pecho ha doblado su tamaño.

Observo sus rasgos mientras espera mi respuesta; nunca sabrá cuánto deseo eso. Que nunca habría pensado que lo desearía hasta que se chocó contra mi maldito Mustang de color cereza.

Pensaba que sería mejor ser un solitario, no entregarle el corazón a nadie, vivir una vida de soltero, sin condenar a nadie a la maldición de amarme.

Entonces apareció Lana y ahora solo puedo pensar en ella y en lo mucho que deseo cuidarla.

Joder, esta chica, mi chica... Cuida de todo el mundo, y quiero ser el único que cuide de ella para variar.

Le doy un beso, le abro la boca con la mía y bajo las manos por su cuerpo con suavidad. Mi polla sigue excitándose ávidamente mientras ella gime suavemente por mis besos.

La beso de forma salvaje y fiera porque me siento completamente desnudo, en cuerpo y alma.

Nunca he sido tan sincero con una chica.

Esta es la primera vez en mi vida. Me he desnudado como un bebé ante la chica a la que quiero. Con el deseo de que me quiera. Le he permitido ver todo mi ser.

Lana me devuelve el beso, con el cuerpo pegado el mío, y a continuación, de todos los lugares, elige besarme el hoyuelo, y de una forma muy *sexy*.

—Eres maravilloso, Racer Tate —dice mientras desliza las manos por mi cuello y me acerca a ella como si me necesitara como el aire que respira.

Como si me necesitara como yo a ella, y ahora yo necesito estar en su interior.

—Lo sé —mascullo, tomándole el pelo. Aunque probablemente estoy mintiendo, porque nunca me he sentido tan maravilloso (ni siquiera en mi mejor momento) como con esta chica de ojos verdes, que me acepta tal y como soy y desea cada vez más de mí.

25. No es perfecto

Lana

—Vamos a cambiar esto ahora mismo.

Observo a Racer en la carpa, con el mono por la cintura y el pelo de punta después de una sesión de libres. Se cierne sobre Adrian mientras señala el motor y le da algunas instrucciones.

—¿Qué cojones quieres sacar? ¿Por qué diantres vas a cambiar esta mierda una hora antes de la clasificación?

Racer se ríe y le da unas palmaditas en la espalda con confianza.

—Hazlo.

—Tate —lo llama mientras Racer se acerca para agarrar una botella de agua de la nevera.

—Quiero batir otro récord —dice Racer de forma tranquila, y regresa a su lado después de beberse media botella de agua. Observa el motor mientras Adrian y los mecánicos trabajan en los cambios que quiere.

Yo también tengo algo de sed.

Pero no de agua.

Creo que, cuando mis hermanos me ordenaron que lo mantuviera alejado de los problemas, la idea no era entretener a Racer Tate con mi cuerpo. Pero parece que a mi cuerpo le entretiene mucho el suyo.

La sensación de sus manos sobre mí, su forma de mirarme como nadie más lo ha hecho...

Crecí con cuatro hermanos y mi madre ni siquiera me permitía salir en pijama a desayunar. Siempre he sido muy pudorosa en ese sentido.

Mientras ellos iban sin camiseta y en calzoncillos, yo nunca me he quedado en ropa interior delante de ningún chico. Pero los ojos de Racer, la forma en que el azul se vuelve un poco más eléctrico cuando me observa, me enciende. La idea de que esos ojos me miren hace que me sienta tímida y excitada al mismo tiempo.

¿Qué sé realmente sobre la bipolaridad? ¿Qué sé sobre esa enfermedad mental excepto que siega vidas, que es duro para todos, para las familias y para los que sufren? Da miedo y provoca que la chica asustada que hay en mí, la que perdió a la persona a la que amaba y tiene miedo de perder a otra cada día, desee alejarse... Esa es la verdad. Soy una simple humana y nadie que vea un incendio se dirige directamente a él, excepto las polillas, que no saben lo que hacen. Yo no soy una polilla, soy una chica, y él no es solo bipolar; también es piloto. Y, sin embargo, por mucho que le dé vueltas al asunto, la verdad es que no tengo elección porque ya estoy enamorada de él.

Estoy irremediable y completamente atrapada en el irresistible incendio de Racer Tate.

Quiero tener más citas con él como la que tuvimos la noche antes de que encontrara el bote de pastillas. Cuando hablamos y comimos en una pequeña cafetería de la zona, acariciándonos a escondidas solo porque yo estaba demasiado preocupada por que mis hermanos pasaran por allí.

Quiero averiguar todos sus secretos, descubrir lo que lo caracteriza.

Quiero escribir una biblia sobre su cuerpo, una enciclopedia sobre sus músculos y huesos. Registrar, examinar y guardar cada detalle para mi disfrute personal y revivirlo una y otra vez.

Quiero hacer lo que hicimos anoche una y otra vez.

El problema es que parece que mis hermanos empiezan a darse cuenta de que pasa algo entre nosotros y están comportándose... joder, como los hermanos que son.

—Lana era una niña muy delicada —le cuenta Clayton a Racer mientras comemos en una gran mesa de la carpa—. Hasta mamá decía que lo tenía todo. Reflujo, cólicos... ¿verdad, Drake? —dice Clayton.

—Sí. Nunca queríamos dormir cerca de ella porque no dejaba a nadie pegar ojo.

Racer se limita a mirarme con una ceja arqueada de forma elegante a modo de pregunta. Yo les frunzo el ceño a mis tres hermanos, incluso a Adrian, que no ha abierto la boca. Todavía.

—Deja de contarle a Racer cosas malas sobre mí —susurro con un siseo a Clayton, y le doy una patada a Drake por debajo de la mesa.

—Venga. —Clayton se ríe, y añade sin molestarse en susurrar—: Agradéceme que no le hablemos de tu carácter esos días del mes. Se vuelve malhumorada y gruñona y le echa rapapolvos a todos.

Racer coge su bebida, se aleja y les lanza a mis hermanos una severa mirada.

—Una buena manera de impresionarle. —Frunzo el ceño y observo que se dirige a la autocaravana.

—Ahí está la cosa, Lane. ¿Por qué no le haces el vacío como haces con todos los demás? —pregunta Clayton.

—¡Es parte del equipo! Y es... —Dejo de hablar.

Mis hermanos me observan. Creo que sospechan algo. Parecen cabreados y están en modo protector. ¿Intentan asustarlo?

Comienzo a irritarme.

—Callaos, Clay y Drake, y tú también —le digo a Adrian.

Este levanta las manos como para defenderse.

—Yo no he dicho una mierda.

—¡Intentáis asustarlo! —Me quito el zapato, lo arrojo a la mesa y tiro la comida—. ¡Sois unos imbéciles de mierda! —Lanzo el otro y mis hermanas se ríen mientras me dirijo a la autocaravana.

Racer está cogiendo el teléfono y los auriculares. Parece cabreado.

—Hola —lo saludo.

Tensa la mandíbula y aparta los auriculares y el teléfono.

—Hazme un favor —contesto con un gruñido y con el ceño fruncido. Camina un poco, se cruje los nudillos y da unas cuantas vueltas. Me agarra por la muñeca y me aprieta, penetrándome con la mirada hasta lo más profundo de mi alma—. Nunca dejes que te traten así.

—Son mis hermanos, es lo que hacen.

—Nunca dejes que hablen así de ti.

Abro la boca y luego la cierro.

—Intentaban asustarte —respondo en voz baja.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Además, ¿por qué te importa tanto?

—Porque eres mía.

—¿Qué?

—Eso mismo —masculla, todavía enojado.

—Racer... —Empiezo a reírme y él me mira la boca, así que dejo de hacerlo porque yo también deseo besarlo con tanta pasión como para dejarle brillo de labios por toda esa boca tan *sexy* que tiene.

—Estaban diciendo todo eso porque obviamente creen que tú... que yo... que estoy obsesionada contigo. Con tus preciosos ojos, tu *sexy* cuerpo, tu personalidad y simplemente... con quien eres.

Sonríe levemente, estudiándome con una intensa mirada.

—Sal conmigo otra vez. Vamos a dar una vuelta en coche. Solos tú y yo. Algo de música. La brisa. Cero preocupaciones. —Sonríe de forma traviesa y yo hago lo mismo.—¿O tendrás calambres o cólicos?

—No, ni calambres ni cólicos. Acabo de terminar con la regla, así que no ovularé hasta, bueno, la próxima semana más o menos... —Mi voz se va apagando.

—Tengo una hermana, lo sé todo sobre la menstruación. Mi madre y ella hablan de esos temas en la mesa del comedor.

Me río y me imagino a su padre y a él lidiando con ello.

—¿Os lleváis bien?

—Supongo. Soy protector con ella. Es más joven que yo.

—¿La tratas como a una niña, como mis hermanos hacen conmigo?

—Tal vez. No es mi intención. —Me mira con una intensidad íntima—.

¿Tienes una menstruación muy regular?

Asiento con la cabeza.

—¿Por... por qué lo preguntas?

Su mirada es muy oscura.

—No estarás pensando en hacerlo conmigo sin... eh...

—Quiero correrme dentro de ti.

Creo que mis ovarios se acaban de estremecer.

—Quiero poner mi sello en tus paredes.

Sonríe y empiezo a sudar.

—Ya... veremos.

Me siento en su regazo y empiezo a darme cuenta de que algo muy duro crece debajo de mi trasero. Aumenta de tamaño cada vez más. Oigo (de verdad que lo hago) el sonido que hago cuando me quedo son respiración y le lanzo una mirada.

Me mira con los ojos ligeramente entrecerrados.

—No puedo evitarlo. —La sonrisa le llega a la mirada y deseo besarle los labios y también los ojos.

En vez de eso, trago saliva con nerviosismo y extendiendo el brazo para colocar la mano en la curva cuadrada de su hombro, sosteniéndole la mirada.

Su sonrisa vacila y sus ojos se ensombrecen como la medianoche.

Observo cómo se le mueve la nuez mientras él también traga saliva, deja caer la mirada y la fija en mis labios.

Tira de mí y casi me roza la nariz con la suya.

—Hoy empiezo desde el segundo puesto. El segundo se merece más que un beso.

—Creo que eres la persona con más autoestima que he conocido en mi vida.

—También puedo ser muy cabezota —gruñe con un brillo travieso en los ojos.

Me guiña un ojo.

Me levanta la mano, la gira y me besa con delicadeza en el centro de la palma. Me sorprende tanto que oigo como se me abre la boca al jadear, pero parece que mi garganta no libera el sonido, sino que se queda atrapado en algún sitio intermedio cuando saca la lengua para lamerme.

Lentamente, observo su cabeza inclinada —una cabeza de cabello negro alborotado—, el perfil cincelado y los ojos cerrados mientras saborea mi palma como si fuera el bocado más delicioso del planeta.

—Racer... —empiezo a decir.

Traza círculos con la lengua por el centro y luego la arrastra hasta la piel sensible del interior de la muñeca, donde presiona los labios y la lengua, húmeda y caliente, en el lugar donde se siente el pulso. Nunca me ha seducido un chico, ni he querido que lo hicieran tanto como quiero que lo

haga este en particular.

No puedo moverme, estoy paralizada por el placer. Me limito a observarlo, aguantando las ganas de agachar la cabeza y acariciarle la suya con la nariz y empujarle la cara para que en lugar de chuparme la muñeca, me chupe el interior, el interior de la boca.

Se me hace agua por este chico y estoy tan tensa que, de repente, hago exactamente eso: sigo el impulso y dejo caer la cabeza, le empujo suavemente la cara y, cuando se gira, me raspa la mejilla con su dura mandíbula y luego... luego siento su suave boca sobre la mía y le devuelvo el beso con la misma fuerza.

Tiemblo tanto que mi cuerpo se sacude ligeramente, pero le rodeo los anchos hombros con los brazos y me acerco más, siento que es lo único que puede centrarme ahora mismo, lo único que me ofrece algo parecido al equilibrio.

Movemos la boca de forma simultánea, aunque la suya es más amplia y la mueve más despacio que yo.

Su pecho es un muro contra mis duros pezones y su fuerza es como una manta que me rodea, que nos rodea.

—A las ocho, esta noche, nena —dice, y me da un beso final.

—Vale, nene —le susurro devolviéndole el beso.

Su expresión cambia y, en vez de mostrar indiferencia o arrogancia, revela la crudeza de su necesidad.

Ver que me desea así provoca algo en mí.

Parece que pierde el control y me acerca más a él, a sus brazos.

—Me excitas como nada en esta vida, Lana —añade en un murmullo.

—¿Ni siquiera Kelsey?

Sonríe de forma burlona con los ojos brillantes.

—Kelsey te sigue de cerca, pero no. Ni Dolly ni Kelsey me excitan tanto como tú.

Su sonrisa contagiosa me hace sonreír y me libero, sudando de la cabeza a los pies, con los dedos de los pies encogidos, mientras salgo de la autocaravana y veo que mis hermanos me observan mientras me alejo. Les hago un corte de manga y veo que entonces dejan de sonreír. Abusones.

26. Vuelta en coche

Racer

Recorremos en coche las calles de Londres antes de aparcar en un acantilado con vistas al Támesis. El viento le sacude el pelo.

—Vale, ven aquí, Lana.

Salta del descapotable y camina hacia delante mientras yo saco algo de comida y una nevera del maletero.

Los coloco en el suelo y tiro de ella hacia mí. Observa con curiosidad que abro una botella de vino, del tamaño perfecto para una persona, y me regala una sonrisa preciosa cuando se la paso.

—Es hora de que alguien cuide de ti, para variar —gruño y le doy un beso en los labios.

Toqueteo el móvil para configurar la reproducción de música vía Bluetooth. Me desplazo por la lista de reproducción en busca de uno de los temas que sé que le gustan. Elijo *Favorite Record* y subo el volumen del coche.

Se le iluminan los ojos cuando empieza a sonar y parece impresionada.

—Te acuerdas.

—Presto atención.

Se sonroja.

—Este es un lugar muy bonito.

Mira alrededor, al río y las luces de la ciudad de Londres.

—Te dije que cuando vinieras a dar una vuelta en coche conmigo nunca volverías a ser la misma.

—Ja.

Pone los ojos en blanco; yo me río y extendiendo el brazo para apartarle el pelo de la cara.

—Me gustas, chica —digo con voz áspera mientras me muevo para mirarle a los ojos.

—¿Sí? —pregunta en voz baja.

—Lo sabes —afirmo. Me agacho para besarla, pero antes de hacerlo, me obligo a contenerme para tomarle el pelo—. Y como está claro que te estás enamorando de mí, he pensado que es justo advertirte de algunos de mis rasgos más desagradables.

—Oh, guau, gracias. Qué considerado.

Empiezo a contar con los dedos.

—Tengo el sueño muy ligero y me gusta que la habitación esté tan helada que una morgue no pueda competir con ella. También soy cabezota como yo solo y siempre me salgo con la mía.

—¿Te vas a salir con la tuya en el campeonato? —dice con actitud burlona.

—Mira cómo me salgo con la mía. —Sonrío.

Se ríe con un brillo en los ojos cargados de alegría y las mejillas tan sonrosadas que noto el rubor en la oscuridad.

—Nos está yendo bien en el campeonato —comenta y coloca la botella a un lado.

—Un segundo puesto no es lo bastante bueno —afirmo con la mirada puesta en el río Támesis—. O consigo el primero o nada.

Me observa con asombro y luego dirige la vista hacia la ciudad mientras flexiona las piernas, apoya la barbilla en las rodillas y toma un sorbo de vino.

—Clark va a jugar sucio.

Me encojo de hombros, le doy un largo trago a mi botella y me reclino, apoyándome en los codos.

—Yo puedo jugar de cualquier forma.

—¿Siempre has querido dedicarte a las carreras?

—Siempre. —Le guiño un ojo—. Desde que era un enano; crecí

obsesionado con los coches. El sonido que hacen me excita, joder.

Gruño y ella se ríe con una mirada intensa.

—Has infringido la ley durante años solo para poder competir.

—No me avergüenzo.

Lana se queda en silencio.

—¿Te ayuda con la bipolaridad?

—Eso creo, sí.

Asiente con la cabeza y sonrío con tristeza.

—Creo que te diagnosticaron el año que David murió.

Nos miramos a los ojos. Mi chica. Es mi chica. Todavía sufre y no puedo hacer desaparecer su dolor.

—Lo siento —contesto, enderezándome.

Tal vez fuera cosa del destino que él la amara durante un tiempo, pero yo la voy a querer siempre.

Cambio de brazo y la acerco, subo el volumen del móvil y el del coche también lo hace.

La acerco a mi pecho y ella deja la botella a un lado y se acurruca contra mí. Gruño contra su cabello.

Mis sentidos se intensifican con su adictivo aroma, su tacto y su aspecto. Simplemente quiero más. Sé que cuando estás en una situación de vida o muerte, se te agudizan los sentidos, se te aclaran las ideas como nunca y todos los detalles se almacenan en tu mente porque uno de ellos puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Eso me ocurre cuando participo en una carrera.

También me pasa cuando la tengo cerca. Porque cada detalle suyo, cada puta palabra, cada cosa de ella, es mi puta vida.

—Quiero saborearte —le digo con voz ronca al oído.

Abre los ojos de par en par.

—Quiero que tu coño se derrita debajo de mi boca, así como el resto de tu cuerpo.

Le levanto la falda hasta la cintura y le veo las braguitas de encaje de color violeta.

—Racer.

Está temblando.

—¿Te gustaría eso, Lana?

—Eso creo.

—Entonces, toma mi mano, nena. Vamos. Agárrala y muéstrame tus lugares favoritos, enséñaselos a mis dedos. —Me obedece. Guía los dedos hasta sus pezones. Gruño y los pellizco—. Ahora la boca.

Me agarra la cabeza y la guía hasta su ombligo.

Le doy un beso ahí y lo recorro con la lengua.

Jadea, me lleva la cabeza hacia abajo y abre las piernas. Me relajo, le sonrío y aparto las braguitas a un lado con el pulgar.

Se estremece mientras me observa descender hasta sus suaves y dulces rizos.

La lamo.

Una larga lamida.

Jadea y se mueve debajo de mí, se me acerca más y me pongo de rodillas ante ella; la agarro por las caderas, le abro las piernas y me deslizo hacia abajo. Vuelvo a hundir la boca en ese sexo tan dulce como un melocotón en almíbar.

Esta vez no levanto la cabeza para tomar aire; no quiero.

Arrastro la lengua de arriba abajo. Tiene un sabor adictivo, perfecto. Es una puta droga. Huele a chica cachonda —es mi chica cachonda— y su sabor es más agradable que la lluvia fresca.

Entierro la lengua en su interior, de forma más profunda y fuerte, ya que el hambre que siento aumenta cada vez que la saboreo.

Empieza a empujar las caderas hacia arriba. Lana me besa la cabeza y respira rápido y con dificultad mientras mi propia respiración comienza a acelerarse.

Se retuerce y trata de cerrar las piernas, jadeando y meneando la cabeza sobre el césped, fuera de control. Le abro las piernas más y muevo la cabeza, lamiéndola y chupándola, sintiendo que empieza a correrse cuando me tiendo sobre ella, coloco la polla, todavía con los vaqueros puestos, sobre su sexo y la beso. Nos restregamos el uno contra el otro sobre el suelo y está tan excitada que no puede resistir el orgasmo y explota debajo de mí.

Yo me corro con ella.

Lana jadea mientras se recupera. Toma aliento, se recoloca las braguitas y

la ayudo a enderezarse. Todo eso mientras la observo.

Está sonrojada y tiene la mirada perdida. Le quito las briznas de hierba del cabello con una sonrisa y ella me devuelve la sonrisa de forma tímida.

—Guau —dice.

Se sienta, con una expresión tierna tras el orgasmo y la mirada todavía perdida y asombrada.

—Dios, qué ojos —comento, y tomo su rostro entre las manos.

—Solo son verdes —contesta con una risa suave, acurrucando la mejilla en mi palma.

—Lo son todo. Expresan tantísimo que ni siquiera tienes que decirme nada para saber exactamente cómo te sientes.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Cómo me siento ahora?

—Te lo estás pasando bien.

—¿Qué más?

—Todavía estás cachonda, da igual cuántas veces te haga correrte.

—Oh, vaya, qué sincero.

Se ríe y pone los ojos en blanco.

—Te estás enamorando de mí, Lana.

Su sonrisa se desvanece.

—No sé si debería advertirte de nuevo que te alejes, pero ¿para qué? Te perseguiría. —Le sonrío y niego con la cabeza a modo de advertencia—. No te voy a dejar marchar.

—¿Qué? —Frunce el ceño.

Racer, en serio, tu autoestima no conoce límites.

—Sé lo que sé.

—No sabes una mierda. —Frunce el ceño y cambia de postura. Se tumba en el suelo y frunce el ceño con la cara mirando al cielo. A pesar del ceño fruncido, una sonrisa empieza a dibujarse en sus labios.

—Te voy a contar un secreto, Lana.

Picada por la curiosidad, me mira y vuelve a sentarse. Le brillan los ojos, aunque trata de ocultármelos.

—Me voy a casar contigo —añado.

—¿Ah, sí?

—Sin ninguna duda —contesto—, y te va a encantar ser mi esposa.

—¿Seguro?

—Tan seguro como que la tierra gira, nena.

Se inclina hacia delante hasta que siento su aliento en la boca.

—Voy a decirte algo, Racer —responde en un susurro mientras me mira la boca y, luego, los ojos—. Sigue apuntando a la luna y, tal vez, algún día atrapes una estrella.

—Nena —digo al tiempo que llevo las manos a su nuca y coloco los ojos al mismo nivel que los suyos—. Mi objetivo es atrapar a la peor conductora del mundo.

—¡Racer!

Me río y ella toma aire mientras se recuesta.

—Yo todavía estoy buscando al mejor piloto del mundo.

Levanto las cejas marcando mucho la expresión, chasqueo la lengua y niego con la cabeza para hacerle ver que ya debería saberlo: lo tiene ante ella. Luego, apoyo los brazos a cada uno de sus lados y me inclino sobre ella, con la nariz a la altura de la suya.

—Mírame a los ojos y lo encontrarás —digo con voz ronca.

Noto que el pecho le empieza a subir y bajar.

—Ya lo has tenido en tu interior... —Coloco las manos en su lugar más cálido—. Lo has tenido aquí. —Le doy un leve apretón y luego deslizo la mano hacia arriba, sobre el vestido, y coloco la mano en el pecho izquierdo—. Y aquí.

Tiene los ojos muy abiertos y reflejan un ligero temor. En este momento, estoy tan caliente que creo que tengo fiebre y parece que, en vez de corazón, un frenético tambor resuena en el pecho.

—Me amas, Lana —digo.

Le empiezan a brillar los ojos y comienza a llorar.

Estoy confundido. Me siento un instante y observo como le caen las lágrimas mientras trata de limpiárselas.

—Oye, te quiero. —Extiendo el brazo para agarrarle la muñeca y evitar que se seque las lágrimas. Sin embargo, utilizo la mano libre para hacerlo yo mismo y le miro a la cara—. Nunca he amado algo tanto en mi vida.

—Solo le he dicho que le quiero a mi familia y a David. —Siguen cayéndome lágrimas en los pulgares.

—No tienes que decirlo ahora. Lo sé. —Aprieto la mandíbula y sigo enmarcándole el rostro con las manos—. Lo sé.

Agacha la cabeza y empieza a recoger la basura.

—Llévame al hotel.

La detengo.

—No voy a hacerte daño.

Levanta la cabeza.

—¿Puedes prometérmelo con sinceridad?

La miro y siento una presión en el pecho. Hablo con voz áspera, a la defensiva.

—Lana, ¿temes que te haga daño o pasarlo mal porque soy bipolar?

Ignora mi pregunta y entra en el coche.

—Llévame a mi habitación, por favor.

Cierro la puerta de un golpe, furioso.

Me siento en el lado del conductor. Lana se pasa el camino de vuelta al hotel mirando por la ventana para evitar mirarme a mí.

Después de llevarla a su habitación, regreso a la mía. Siento que una espiral negra se cierne sobre mí, pero lucho por que no me ser absorba.

Me paso la mano por la cara y miro por la ventana. Soy incapaz de dormir porque mi maldito corazón está al otro lado del pasillo, a unas puertas de distancia, llorando y sufriendo porque Lana me ama.

27. Pista

Lana

Me paso la noche dando vueltas en la cama.

Lo odio.

Lo amo.

Se ha llevado todos los recuerdos de David y los ha reemplazado con los suyos. El amor que sentía por David ahora tiene su rostro, su sello. Cuando pienso en David... me lo imagino con un hoyuelo en las mejillas, sus ojos marrones claros adquieren un tono azul brillante y vívido, su cabello castaño claro se convierte en pelo negro salvaje y de punta.

Le envié un mensaje a medianoche...

Lo siento, solo necesito algo de espacio para pensar.

Lana.

Y me dolió que me respondiera de inmediato con un parco **OK**, porque solo me confirmó que tampoco estaba durmiendo.

A la mañana siguiente, me encuentro un poco cansada y bastante nerviosa cuando lo veo en la carpa, a un lateral de la pista. Parece más fuerte que nunca con el mono. Lleva la bandera de Estados Unidos cosida en el cinturón y los logos del nuevo patrocinador le cubren los musculosos brazos y el pecho. Es todo lo que podría desear y, al mismo tiempo, no se parece en nada a lo que había imaginado para mí. No sé si quiero llevarlo a la autocaravana para decirle que tiene razón, que está en lo cierto y que soy muy cobarde o si, por el contrario, quiero salir corriendo.

Aunque no salgo corriendo.

Me deleito contemplándole mientras se sienta a la mesa con los mecánicos y se ríe de algo que dice Adrian. Luego veo que gira la cabeza para mirarme, flexiona las piernas para sacarlas de debajo de la mesa y se pone de pie mientras coge dos cafés de un lugar cercano y los trae.

Mi corazón late a mil por hora.

—Buenos días. —Su voz suena ronca.

—Buenos días.

Me pasa una taza de café, me río y le paso la suya a él.

—Yo también te he traído una.

—Vamos a seguir trayéndonos café el uno al otro hasta que uno lo acepte.

—Cógelo tú primero.

—No, tú. —Me pellizca la nariz y me guiña un ojo—. No he podido dormir.

—Yo tampoco —contesto sin aliento.

—He participado en varios grandes premios y todavía no has admitido que soy el mejor piloto del mundo. Muy mal. —Niega con la cabeza—. Mi Mustang está en San Petersburgo esperando que lo arreglen.

—Tú lo destrozaste y estoy segura de que ya está arreglado.

—Hicimos un trato —dice—. ¿Te estás echando atrás?

—No. ¿Y tú?

—Nunca me echo atrás en nada —dice mientras me lanza una mirada que expresa que soy suya, que va a ser paciente y que va a esperarme.

Me gustaría hablar con él, pero estamos consiguiendo una puntuación increíble en el campeonato, luchando por el segundo puesto con el segundo piloto de Clark. Y eso ya es más de lo que mi familia y yo hayamos soñado jamás.

No quiero llevar a la pista los asuntos personales, así que me contengo y me esfuerzo lo máximo posible para que todo el mundo esté cómodo y el equipo siga poniendo toda la carne en el asador.

Así que me aclaro la garganta y comento:

—Tienes seis entrevistas después de la clasificación.

—Yo me encargo.

Me mira por un instante, con una expresión reservada, frustrada y resuelta

que me derrite los huesos. Luego lo observo con una punzada de deseo mientras se marcha para prepararse para la clasificación como el demonio de ojos azules que es.

Hace una fantástica sesión de clasificación en la que acaba en tercer puesto; empezará la carrera desde esa posición.

Me dirijo corriendo hasta donde se encuentra frente a la prensa con la gorra de los patrocinadores en la mano.

—¡Te has olvidado de esto! —digo sin aliento mientras extiendo el brazo para colocársela en la cabeza.

Los cámaras parecen encantados al darse cuenta de cómo me ha mirado por una milésima de segundo.

—Parece que te llevas muy bien con los miembros del equipo, Racer. ¿Crees que tiene algo que ver con tu maravilloso rendimiento en lo que va de año?

—Lana es mi amuleto de la suerte —responde.

Yo me pongo como un tomate mientras me alejo y echo un vistazo atrás para verlo continuar con las siguientes entrevistas. Entonces noto que se da golpecitos con los dedos en los costados.

Detengo la mirada en esos dedos largos, fuertes e inquietos por un momento antes de reprenderme a mí misma por obsesionarme con él y con todo lo relacionado con él, y me marchó.

Desde que Racer obtuvo el primer puesto, he notado que todos los pilotos (excepto Clark) lo persiguen para salir con él, ir a tomar unas copas, etc. Juro que es como si todos vieran a Racer como su propio pase para llegar al podio. Como si hacerse amigo de él, de alguna manera, les diera suerte.

La Fórmula 1 es un deporte lleno de superstición. Los amuletos de la suerte y los rituales antes de las carreras están a la orden del día. Porque todos saben que para ganar no solo necesitas un buen coche y una cantidad ingente de talento, sino que el universo te sonría.

Hasta ahora, Racer no solo ha demostrado que tiene un talento increíble, muchas agallas y un coche potente, sino que también es el niño mimado de

los ángeles.

Parece que Racer por fin ha cedido a sus intentos de acercamiento. Lo escuché aceptar una invitación a una fiesta en casa de Jay, uno de los pilotos. Jay compite para una de las tres mejores escuderías y disfruta de un salario de ocho dígitos, tiene un ático en un barrio prestigioso de Londres que incluye una piscina en la planta superior y terraza con vistas a la ciudad... y al parecer habrá DJ, una pista de baile, muchas chicas y alcohol.

Se me revuelve el estómago cuando pienso en Racer yendo allí solo, con lo buenísimo que está, con esos ojos seductores y esa cabeza de cabello oscuro. No puedo soportar la idea de que las chicas se le echen encima y le ofrezcan el mundo y lo que ocultan entre sus piernas.

No. Eso no puede pasar, joder.

Esa noche, me veo casi como si estuviera sufriendo una experiencia extracorporal: me veo a mí misma levantarme de la cama, coger el bolso y salir corriendo de la habitación como una loca, como una bala dirigida directamente a la puerta de Racer Tate.

Solo voy a decirle que ni de coña va a ir sin mí porque necesito asegurarme de que no se meta en problemas y que vuelva a casa sano y salvo.

Una gilipollez como un templo, lo sé.

Pero no me importa. Necesito ir con él.

Llamo a su puerta y la abre con una toalla en las caderas y el pelo de punta, del que cuelgan pequeñas gotas de agua.

Juro que entreabro la boca unos centímetros.

Es una mezcla de hombre y animal, músculo y peligro, sexo y seducción.

—Hola.

Me sonrío. Se toma su tiempo para mirarme de arriba abajo con mis pantalones cortos deportivos y la camiseta de la escudería HW Racing.

—Yo... solo quería preguntarte si querías que llevara el traje de carreras a que lo limpien en seco.

Racer simplemente frunce el ceño.

—¿Sigues trabajando a esta hora?

—Yo... —Me limito a mirarlo.

—Siento que me estoy ahogando aquí. No puedo respirar, no puedo comer, no quiero que discutamos más —suplico.

Se queda en silencio por un instante.

—Yo tampoco —contesto con voz ronca. Apoya un hombro musculoso en el marco de la puerta y me mira en silencio.

—Entonces... —comento en voz baja.

—Entonces... —repite bajando una octava su profunda voz—. ¿Vas a quedarte ahí y hacer que vaya a por ti? ¿O vas a venir aquí? —pregunta.

No sé por qué me da un vuelco el corazón por la excitación, porque tenía la esperanza de que hiciéramos las paces, pero la forma en que me mira, como si todavía estuviera un poco frustrado por lo que sucedió pero estuviera más ansioso por dejarlo atrás, me llega al alma.

Empiezo a caminar hacia él. Siento sus ojos en mí y el corazón cada vez más acelerado.

Antes de llegar a él, extiende las manos y me arrastra hacia su duro cuerpo, me acaricia la oreja con la nariz y gruñe:

—¿Vas a dejar de levantar muros? —pregunta.

Asiento con la cabeza, sin aliento.

Sonríe un poco mirándome la boca mientras me pone la mano en la cintura, me agarra el culo y lo aprieta para acercarme y darme un beso que hace que todos los dedos de mi cuerpo ardan en llamas... así como todo lo que hay entremedio.

—¿Estás enfadado porque no quise hablar de ello? —pregunto.

—Me hiciste daño, chica —dice, y me agarra la barbilla con el pulgar y el índice, mirándome de forma penetrante a los ojos.

—Lo siento —contesto—. Eres mucho más de lo que esperaba.

Levanta los labios muy levemente y casi sonrío cuando me acerca más. Apoyo la cara contra su pecho.

—Tenía pensado ir a por ti a las nueve. Hay una fiesta en la casa de Jay. ¿Por qué no vas a ponerte algo *sexy*? Pasaré a por ti en una hora.

Se gira y se marcha antes de que me dé tiempo para responder algo inteligente y me quedo pensando en qué ponerme.

Vuelvo rápido a mi habitación y abro la maleta en busca de algún modelito para una fiesta elegante. Sé que las chicas con las que los pilotos salen siempre son modelos preciosas, no quiero llevar nada menos que espectacular.

Quiero algo *sexy* pero elegante y con clase. No quiero que ningún piloto se haga ideas raras y siempre me incomoda que me coman con los ojos. Eso me hace sentir que no me toman en serio.

Pero también quiero que Racer me vea. No sé por qué la idea de sentir esos ojos azules puestos en mí me embriaga.

Me detengo ante un vestido de seda de color *nude* y comienzo a sonreír. Es perfecto. Sin espalda, con un escote *halter* atado con un lazo en la nuca, cuyas largas tiras de seda quedan colgando por la espalda, expuesta. Me llega unos centímetros por encima de la rodilla, pero el material se me pega como una segunda piel.

Racer, cariño, vas a morir.

Cojo la plancha del pelo y me rizo las puntas, luego me paso las manos por ellas para darle a mi cabello un aspecto seductor y revuelto que combine con el vestido de seda. No viajo con muchos accesorios, pero me pongo los pendientes de perlas habituales y agradezco haber traído el único par de sandalias de tiras que utilizo en los eventos importantes de las carreras.

Me pongo colorete, máscara de ojos, un poco de delineador en el párpado superior y pintalabios rosa oscuro en los labios. Justo cuando me rocío un poco de perfume en la muñeca, escucho que llaman a la puerta y casi tropiezo cuando voy a abrirla.

Abro y ahí está Racer, con pantalón negro y camisa de botones blanca con los puños remangadas y una cadenita de platino que nunca le había visto brillando en su cuello desnudo. *Aj*, no puedo con este hombre. Cada vez que lo veo quiero treparlo como si fuera un árbol y rodearle con las piernas, como unas vides. No sé si abrazarlo o dejar que me folle, pues la mirada que tiene ahora mismo me dice que está pensando exactamente en eso.

Tiene una expresión primitiva mientras me observa el vientre, los pechos y, luego, las piernas. Acto seguido, levanta la vista de nuevo al rostro. Abre y cierra los puños a ambos lados del cuerpo y se le mueve un músculo de la mandíbula.

—Joder, ¿intentas matarme? —gruñe.

Sonríó y me doy una vuelta, solo para irritarlo. No sé qué me ha ocurrido, pero cuando me he puesto este vestido y lo he visto tan irresistible, he decidido abandonar la prudencia.

Él es lo único que quiero.

Esta noche es mi noche libre. Y también la suya.

Se acerca a mí y me rodea el cuello con la mano mientras me mira intensamente con esos ojos azules antes de dejar caer la mirada a mi pecho. Me da un beso justo en el escote y frota la nariz hacia arriba y hacia abajo antes de lamirme desde el escote hasta el cuello, la mandíbula y los labios.

—Vamos —murmura.

Llegamos al apartamento que Jay tiene en Londres y los pilotos ya están allí, mezclándose y bebiendo con sus citas. Algunas de las mujeres miden más de un metro ochenta y visten a la última moda europea. Algunos de los pilotos vienen solos, pero la mayoría están acompañados de mujeres.

En el momento en el que Jay abre la puerta, oigo a los chicos básicamente clamar para saludar al hombre que está a mi lado.

—Racer, tío, ¡qué guapo! —Le dan una palmadita de bienvenida y Racer me acerca a él agarrándome de la mano.

Los pilotos intentan estrecharle la mano todos al mismo tiempo, así que lo suelto y me doy cuenta de que me frunce el ceño mientras Jay lo dirige al interior, dándole palmaditas en la espalda.

—¿Qué veneno tomas, Tate? ¿Vodka, tequila, *whisky*? Tienes pinta de que te guste el *whisky*, deja que te sirva un poco...

Se detiene y vuelve con dos copas cargadas de líquido ambarino.

—*Nah*, no bebo.

—Oh, mierda, ¿en serio, tío? Bueno, tenemos otras cosas para hacer que esta noche sea especial...

Joder, ¿en serio? ¿Qué van a traerle? ¿Chicas?

Como me siento fuera de lugar porque nunca he pasado tiempo con los pilotos (supongo que las fiestas no son lo mío y nunca me han interesado hasta ahora), empiezo a abrirme camino hasta el baño y me giro para ver a Racer atrapado por algunos de los pilotos que le presentan a sus citas y también lo instan a que beba algo.

Me aparto, llego al baño y cierro al entrar. Apoyo las manos en el lavabo y entierro la cabeza entre ellas.

No sé por qué estar aquí esta noche con Racer hace que me sienta como un manojo de nervios.

Oigo la puerta abrirse a mi lado y me giro para decirle a quien sea que se vaya a la mierda, pero veo a Racer entrar. Dejo de mover la boca y la cierro de golpe.

—Racer, me gustaría un poco de privacidad si no te importa...

Jadeo mientras me acalla con un beso. El beso me vuelve loca hasta que cesan todos los pensamientos y el nerviosismo. Empieza a enrollarse conmigo. Me levanta por el culo hasta colocarme en el borde del lavabo y lo rodeo con las piernas para que se quede ahí encajado. Lo siento, duro como el acero, a través de los pantalones y le gimo al oído mientras lo acerco más a mí, le rodeo el cuello con los brazos y hundo los dedos en el cabello y en la nuca.

Racer me besa la mandíbula y vibro de la cabeza a los pies.

—¿No te parece que somos el epítome de la lujuria adolescente ahora mismo? —murmuro con dificultad para respirar.

—No somos adolescentes y esto no es lujuria, nena —responde en un murmullo, y me clava las manos en el culo para acercarme más a él mientras que me recorre la mandíbula y el cuello con la boca.

Escucho *Redbone* de Childish Gambino de fondo y la melodía se lleva todo mi control con ella. La voz sensual provoca que arquee la espalda mientras me dejo llevar por el momento. Me dejo llevar con él.

Su boca regresa a la mía y empieza a abrirmela lentamente.

Disfruta de cada segundo y hace que cada beso parezca el mejor beso que he recibido en la vida hasta que me vuelve a besar y es mejor que el anterior.

Llaman a la puerta.

—¡Oye! Tengo que mear —dice alguien desde fuera.

Lucho por respirar mientras Racer se echa hacia atrás y me mira con expresión lobuna.

Niega con la cabeza y empieza a subir las manos por mi vestido, acariciándome la parte interna de los muslos con los pulgares.

Joder, me acaba de poner mucho más difícil que quiera salir de aquí...

Abro las piernas un poco más para él y lo beso con más intensidad.

—Anoche no terminamos. Iba a inundar tu interior. —Sonríe con ojos

brillantes.

—Yo... eso me pone un poco nerviosa —y muy *cachonda*—... pero...

Me acaricia la mejilla con el pulgar y siento que actúa con más intensidad de lo normal. Tiene los ojos azules, pero de un tono un poco más oscuro de lo habitual y la sonrisa petulante, territorial y posesiva mientras se inclina para lamirme.

—Aunque tengo muchas ganas de hacerlo —murmura, y me agarra por la nuca para besarme profundamente una y otra vez—. Voy a esperar hasta que tú también quieras para hacerlo.

28. Charla con papá

Lana

Las caricias no cesan.

(Qué suerte tengo).

Racer me mira intensamente y me hace sentir como si fuera suya. Acabamos de llegar a Bélgica. Ha sido implacable en las últimas grandes premios: Londres y Hungría. Nos quedan siete carreras para la final, en Abu Dabi, y vamos segundos en la puntuación del campeonato.

Todas las noches me envía a la habitación tras besarme largo y tendido. Soy una bola de deseo, lujuria y amor; está derribando mis defensas y soy consciente de ello.

—Pareces distinta, Lainie. Llena de... energía.

—Gracias, papá.

—Te brillan los ojos y las mejillas.

Me observa con una sonrisa.

—Papá, venga ya —le digo, y tomo asiento mientras dejo un desayuno saludable de yogur y muesli delante de nosotros.

Me encanta Bélgica. El circuito, Spa-Francorchamps, es el más bonito que he visto nunca. Se encuentra en un lugar rodeado de colinas y árboles verdes. También es el circuito más desafiante, debido a sus curvas retorcidas y las pronunciadas pendientes.

—Estás enamorada —dice. Parece un niño; se ríe.

—Papá —comento con el ceño fruncido mientras abro el yogur. Me arden las mejillas.

—Estás enamorada, Lainie. —Extiende el brazo y me acaricia la mejilla —. Amor verdadero.

—¿Por qué dices eso? —pregunto.

—Tengo un par de ojos. E... intuición de padre.

Me sonrojo, tomo el yogur y me como el muesli mientras escudriño a la gente que hay por la cafetería del hotel para distraerme. Mi padre no deja de mirarme.

—Desde el momento en que ese chico entró en mi habitación del hotel de Australia, sentí la conexión que hay entre vosotros.

—¡Papá! —exclamo, riéndome y frunciendo el ceño mientras le abro el yogur—. Venga, come.

—Él siente lo mismo —continúa, como si me lo estuviera asegurando mientras toma una cucharada.

—¿Intuición de padre? ¿También eres su padre?

Se ríe y lame el yogur de la cuchara. Me señala con una mirada infantil en el rostro.

—Intuición masculina. Muy poderosa. Además, ese chico ni siquiera trata de esconderlo. Demonios, te mira hasta cuando tus hermanos le lanzan llamaradas por los ojos.

Me río y luego simplemente observo a papá, con el anhelo de que me diga más.

—Es un buen chico. Un poco problemático, pero has sobrevivido a tu padre y a tus tres hermanos, así que creo que puedes con ello —dice.

—Tengo miedo —susurro.

—¿De qué?

Silencio. No puedo decir con palabras lo que duele estar separada de él. Cómo ansío y adoro todo de él.

—¿De que te haga daño? —me pregunta, mirándome a la cara.

Asiento con la cabeza.

—No pienses así. Si hubiera temido crear esta escudería por el miedo a perder, estaría en un sofá de algún sitio, muriéndome lentamente.

—Papá, no hables así.

—Es verdad. Estos últimos meses he vivido más que los años que estuve con tu madre.

—Pero, ¿ves, papá...? Te hizo daño. Los dos pensasteis que estaríais juntos toda la vida.

—A todos nos hacen daño. La pregunta es: ¿a quién amas, confías y quieres lo bastante como para darle el poder de hacerte daño?

Mira hacia la calle, en dirección al circuito.

—Cuando compites en una carrera, puedes morir en un instante. Y, sin embargo, los pilotos se arriesgan. Cuando amas lo bastante, vale la pena.

—Era imprescindible hablar en términos de carreras, ¿no? —Suspiro.

Se ríe y le agarro la mano.

—Tienes buen aspecto.

—Estoy bien.

Cierra los ojos como si no quisiera contarme algo y se me hace un pequeño nudo en el estómago. Pero luego sonrío y empieza a comerse el yogur, por lo que me relajo y me como el mío, maravillándome de lo bien que me conoce mi padre...

También me maravillo de poder sentir esta luz, esta felicidad y esta dicha en mi vida. Nunca me canso de Racer, de estar cerca de él, de hablar con él, de tomarle el pelo, de mirarlo, de tocarlo y de besarlo.

Racer aparece y, cuando lo veo con una sudadera con capucha gris y unos pantalones de chándal cómodos mientras se pone en la cola del café, se me cae la baba. Tiene el pelo un poco de punta hoy, húmedo por el reciente baño y negro como la medianoche. Estoy hecha un flan y me tiemblan las piernas cuando me pongo en pie de un salto y me aproximo a él, consciente de que hay un par de chicas sentadas al fondo comiéndoselo con la mirada desde lejos y haciéndole fotos como locas.

—Hola —saludo. Me recorre un calor familiar cuando me dirige la mirada—. Voy a por un café, tú ve a sentarte con mi padre.

Echa un vistazo a mi padre y luego a mí. Da la sensación de que tiene un volcán en su interior y sus ojos parecen charcos de lava.

—Lana. Quiero hablar con tu padre para salir contigo formalmente.

Se me abren los ojos como platos.

La mirada le brilla con una alegría diabólica mientras abro la boca, pero

no logro pronunciar palabra.

Una sensación de vértigo se apodera de mí, pero la aparto mientras obvio el comentario.

—Es probable que diga que no, así que no hagas ninguna reserva para cenar.

Lo digo básicamente para tomarle el pelo, pero Racer me la devuelve, inclinándose hacia delante tanto que noto que las chicas del restaurante me lanzan miradas de envidia.

—Prepara un conjunto *sexy*. Quiero salir contigo, una y otra vez. —Me permite atisbar el hoyuelo antes de dirigirse a por el café y vuelvo con mi padre, frustrada porque no me deja cuidar de él al contrario que los demás hombres de mi vida.

—Buenos días, señor Heyworth —saluda Racer minutos después en voz baja y profunda cuando se une a nosotros en la mesa.

Me meto una cucharada de yogur en la boca para tratar de esconder mi sonrojo.

—Bueno, no se prevén lluvias... —empieza a decir mi padre, porque el tiempo siempre es una parte importante de un fin de semana de carreras—. ¿Estás contento?

—Puedo hacerlo sin problemas, tanto si está húmedo como en seco — responde Racer.

Dios, debo de estar obsesionada con el sexo, pues me atraganto un poco y los dos me miran con preocupación, pero luego la mirada de Racer cambia a medida que se da cuenta de lo que debo de estar pensando. Y aparece esa maldita sonrisa con el hoyuelo cuando, por debajo de la mesa, extiende la mano y me da un leve apretón en el muslo.

Apenas puedo evitar que me dé un vuelco el corazón con cada latido mientras siguen hablando de coches de carreras y yo continuo esperando esa mirada, esa caricia a escondidas, ese hoyuelo, esos ojos y, en definitiva, a este hombre.

Racer

—Entonces tú, Racer Tate, mi número uno, ¿quieres salir con mi hija?

Miro al padre de Lana que se encuentra al otro lado del escritorio de su habitación de hotel mientras reflexiona sobre lo que acabo de preguntarle.

—Sí, señor.

—A mí me parecía que ya estabas saliendo con mi hija.

—Quiero hacerlo con su permiso.

Tamborileo con los dedos en los muslos. Me va la vida en esto. Me suda el puto cuello. Creo que nunca esperaba encontrarme donde estoy ahora mismo, sentado aquí, pidiéndole a un padre que me deje salir con su hija. Es mi jefe, un hombre con el que trabajo y al que respeto. Además, Lana está loca por él. Así que aquí estoy, sentado en esta maldita silla porque cuando esta mañana le comenté que quería hablar con él, me dijo que me sentara si quería charlar, por lo que planté el culo en la silla y aquí voy a quedarme hasta que consiga lo que quiero.

—Tienes mi permiso —afirma su padre observándome de cerca—. Con la condición de que me prometas que no vas a perder la concentración, Tate. Lo que estás haciendo este año... —Se detiene, negando con la cabeza desconcertado mientras me hace un gesto con las dos manos—. Jamás, ni en mis sueños más salvajes, he imaginado que HW Racing llegaría tan lejos. Te lo juro. Nunca he visto a nadie conducir como lo haces tú. Ni siquiera a los antiguos campeones.

—Gracias, señor. Les debo esta oportunidad a usted y a Lana. —Asiento con la cabeza, todavía tamborileando con los dedos.

Heyworth me mira las manos. Me levanto con las piernas separadas firmemente y cruzo los brazos, tratando de anclarme al suelo. Le sostengo la mirada y digo con voz firme:

—Me preocupo por su hija tanto como lo hago por el campeonato y no le fallaré con ninguno de los dos.

—Bien.

Él se levanta también y se pasea por el escritorio para mirarme.

—Mi hija... —Suaviza la expresión y su voz cambia—. Si alguna vez me entero de que le haces daño, Tate, me encargaré de que nunca vuelvas a verla. Aunque para ello tenga que sacrificar la escudería —advierte.

—Lo entiendo, señor.

—Nunca la he visto tan feliz. Jamás. Ni antes de que aparecieras —añade, y me da una palmada en la espalda.

Tengo el pecho henchido, como si acabara de inspirar todo el aire del planeta.

Joder.

La hago feliz.

—Gracias, señor.

Asiento con la cabeza. Heyworth coge la llave de la habitación y la gorra de los patrocinadores.

—Vale. Ahora volvamos a los negocios. Tenemos una carrera entre manos. Echémonos a la carretera.

No tiene que decírmelo dos veces.

Cruzamos el vestíbulo del hotel. Lana nos espera junto al coche, hablando por teléfono; tal vez está haciendo reservas de hoteles o de vuelos, o pidiendo el almuerzo.

Empiezo a soñar despierto.

Está en mitad del aparcamiento. Viste los pantalones más cortos que he visto a una chica. Le veo los pechos bajo la camiseta y esos pantalones le moldean el culo a la perfección, dejan expuestas sus preciosas piernas tonificadas. Lleva el cabello recogido en una coleta. Habla por teléfono y mueve los labios, pero los ojos (preciosos) están puestos en mí.

Sigo caminando con el maldito corazón golpeándome las costillas cada vez más rápido y fuerte. Aprieto las manos mientras sigo con la ensoñación.

Una ensoñación que me lleva lejos de aquí.

Me la imagino en mi casa de San Petersburgo. La veo con mis hijos, nuestros hijos. La veo en la cama todas las mañanas, durmiendo entre mis brazos, cada maldita noche. La veo conduciendo mi coche, riéndose porque no puedo dejar de darle instrucciones sobre cómo cambiar correctamente de marchas. La veo y no puedo dejar de hacerlo. La veo sonreír, reír y pronunciar mi nombre mientras la penetro bocarriba, bocabajo y de costado.

Suspiro y me meto las manos en los vaqueros mientras nos aproximamos a ella. Joder, trato de recolocarme la maldita polla, que ha respondido al verla y que no sabe una mierda de modales teniendo en cuenta que tengo al padre a mi lado.

—¡Buenos días, chicos! —nos saluda.

—Buenos días. —Heyworth le devuelve el saludo con una sonrisa y le besa la mejilla.

A continuación, me echa un vistazo con una sonrisa en el rostro incluso más extraordinaria que la última. Se me tensan todos los músculos del cuerpo. Todas las fibras de mi cuerpo y la sinapsis de mi cerebro se disparan cuando está cerca.

Asiento con la cabeza a modo de saludo, me dirijo a abrirle la puerta del coche y agarro las llaves que me extiende el padre mientras toma asiento en el lado del pasajero.

Ella entra en el coche rozándome la mano con la suya. Me pican tanto las manos por el deseo de tocarla que cierro la puerta y aprieto los puños mientras doy la vuelta para ponerme al volante y dirigirme al circuito.

Cuando llegamos, los chicos están trabajando en los coches y observo a Lana desaparecer en la autocaravana, lanzándome una mirada. La sigo.

Lana

—¿Qué ha dicho mi padre? —le pregunto al hombre que se ha adueñado de todos mis pensamientos cuando lo oigo aproximarse por detrás.

—Eres mía —susurra, apretándose contra mí por detrás, con las manos por todo mi cuerpo.

Las vibraciones procedentes de sus gruñidos masculinos y graves me penetran a través de su cálida boca. Hacen que me estremezca de la cabeza a los pies. Sus dedos empiezan a jugar con el dobladillo de los pantalones cortos y siento su erección a través del traje de carreras. Casi me echo a reír contra su boca porque esos trajes están hechos de material grueso. Pero, al parecer, él está hecho de un material aún más grueso...

Inclino la cabeza hacia atrás y pongo los ojos en blanco mientras él empieza a chuparme de forma perezosa un lado del cuello.

—Será mejor que no me hagas un chupetón —murmuro. Como si alguna vez escuchara...

—*Mmm*, ¿en serio? Ahora tengo más ganas de hacerte uno —murmura con picardía.

Es tan arrogante, tan territorial. Está tan... excitado por mí.

Siento sus manos en los pantalones y, con los dedos, empieza a frotarme los labios contra mi ropa interior. Se me corta la respiración. Siento la ropa interior mojada e intuyo por el gemido masculino de satisfacción que emite que le gusta la reacción de mi cuerpo ante sus caricias. Extiende el brazo para pasarme la camiseta por la cabeza y quitarme los pantalones cortos, por lo que me quedo desnuda delante de él, excepto por el tanga. Del cual se encarga inmediatamente: rasga la tela y la aparta a un lado mientras me abre las piernas.

—Racer —susurro. Entierro la cara en su cuello y me siento expuesta.

Me da un beso en la cabeza y se inclina hacia atrás ligeramente, levantándose en brazos para llevarme a la pequeña oficina de la parte trasera de la autocaravana.

—Chist, nena, déjame ver —canturrea mientras me coloca encima del escritorio y cierra la puerta.

Estoy tan húmeda que creo que voy a dejar una marca en el escritorio. Se lo digo a Racer y él maldice:

—Joder, eso me excita, nena.

Estamos en la autocaravana, en el circuito.

Y lo curioso es que parece que Racer piensa que esta es su casa en el circuito.

Inmediatamente, aparta el ordenador de la escudería a un lado del escritorio y lo deja vacío, salvo por una lamparita y yo.

Baja las persianas unos centímetros más de lo que ya estaban, por lo que la luz del sol atraviesa las lamas y se refleja en su hermosa cara.

—Racer, puede venir alguien, y estoy desnuda —advierto.

Chasquea la lengua. Sé que ha cerrado la puerta, pero aun así...

—Quiquiera que decida venir aquí es un hombre muy pero que muy estúpido y con muy poca suerte.

Me río por lo protector que ha sonado y arqueo la espalda contra su mano, que ahora me acaricia el interior del muslo a una distancia peligrosamente cerca de mi sexo y, al mismo tiempo, muy lejos.

Está muy *sexy* con la camiseta interior negra pegada y el traje de carreras con las mangas atadas en las caderas, tanto que debería estar prohibido. Su mirada azul ardiente me mantiene pegada al escritorio y su boca sensual me ruega que la bese.

Se inclina hacia mí y me besa intensamente, acariciándome el interior de la boca con la lengua.

—Eres muy hermosa —me dice justo antes de sentir que me penetra con un dedo.

Gimo bastante fuerte contra su boca y él se lo toma como una invitación para continuar con la tarea. Me levanta las piernas para que ponga los pies en el borde del escritorio de modo que queden abiertas y él pueda colocarse en medio. Mete y saca el dedo de mi interior y siento que me toca el lugar más dulce.

Lo toca con cada embestida.

En ese momento, no puedo controlar los jadeos mientras muevo las caderas contra su mano. Saca los dedos de mi interior y levanto la vista para ver como se mete los dedos índice y corazón cubiertos de mi esencia, en la boca, los chupa y me mira de forma posesiva.

Oigo vagamente cómo dice «Delicioso» antes de volver a introducirlos en mi cuerpo, esta vez más rápido y fuerte. Justo cuando estoy a punto de correrme, se detiene y da un paso atrás.

—Racer, ¿en serio? —protesto a medias.

Sonríe y me besa el interior del muslo.

—Déjame hacer lo que quiera. Te prometo que te encantará.

Se quita la ropa hasta quedarse completamente desnudo, a excepción de los calzoncillos blancos apretados, que están a punto de explotarle por la erección.

Se me detiene el corazón cuando lo contemplo: todo músculo, piel bronceada y con un rostro tan sorprendentemente hermoso que cualquier ángel quedaría prendado y cualquier demonio caería en la tentación.

Esta vez, cuando vuelve a mí, se pone de rodillas y me rodea los muslos con los brazos.

Se me corta la respiración y se me detiene el corazón cuando me doy cuenta de lo que está a punto de hacer y solo puedo pensar: «Me cago en la

puta».

Algo me dice que este hombre puede complacer a una mujer como nadie y ni siquiera sé si estoy preparada para lo que quiere ofrecerme.

—Esto... Racer, ¿estás seguro de que quieres... ahora? Es decir, estamos...

Levanta la mirada; sus hermosos y peligrosos ojos azules ahora mismo parecen arder por la necesidad y están adquiriendo un tono azul oscuro profundo y hambriento.

—He deseado hacer esto desde que te vi entrar en el ascensor con esa faldita rosa y la gorrita de carreras. Entonces supe que te quería abierta frente a mí, como ahora, y que quería enterrar la cabeza entre tus piernas mientras gritas mi nombre.

Se detiene, extiende una mano para apretarme la cintura, me planta un beso en el ombligo, restriega la nariz hacia arriba y hacia abajo contra la piel y luego gruñe:

—Por favor, déjame que lo haga.

Si antes estaba húmeda, ahora estoy chorreando y nunca he deseado algo en mi vida tanto como que me haga esto.

Asiento con la cabeza y abro las piernas más. Él me ofrece una leve sonrisa y me deleita con el hoyuelo mientras hunde la cabeza.

Espero que vaya al grano, pero en vez de eso, gira la cabeza y me lame la ingle, justo donde queda el borde de la ropa interior.

El cuerpo me estalla en pedazos al sentir su cálida y húmeda lengua en esa zona tan sensible. Gimo un poco y me agarro al borde del escritorio.

Besa y succiona la piel y lo oigo murmurar en un tono áspero y diabólico:

—Creo que aquí es donde te haré un chupetón...

No puedo ni reírme porque la sensación es tan placentera que lo único que puedo hacer es sentir.

Con la lengua en mi piel, me agarra por las caderas y siento su pelo rozándome el vientre. Toco la madera de caoba que hay debajo de mí con la espalda, el pelo me cae por el borde del escritorio y tengo los pezones duros por el aire fresco.

Cambia de pierna y empieza a lamer y a chuparme la cadera y la parte interna del muslo. Está tan cerca del clítoris que quiero gritar de la

frustración, pero tampoco deseo que se detenga.

Justo cuando creo que no puedo soportarlo más, se acerca adonde quiero que se dirija y empieza a lamer los labios exteriores, deteniéndose de forma ocasional para dar un leve chupetón cuando encuentra un lugar que le gusta.

A estas alturas siento que me muero y ni siquiera me ha hecho nada de forma directa.

Desliza un dedo en mi interior y hago justo lo que él quiere. Pronuncio su nombre. Muy alto.

Empieza a lamermme desde donde se encuentra su dedo hasta el clítoris y arquea la espalda, perdiendo todo control debido a las sensaciones.

Agacho la mirada para observar como me agarra una de las caderas con su mano varonil, con la cabeza y el cabello oscuros inclinados sobre mí, acurrucado entre mis piernas abiertas, rodeándome y succionando con la boca; me libera, me besa, me lame y, luego, repite todo lo anterior. Nunca he visto algo tan excitante en mi vida.

Parece que está comiéndose un pastel de chocolate.

Me abre aún más las piernas y sigue follándome lentamente con el dedo y haciendo lo propio con la boca en el clítoris.

Le gusta tanto como a mí y eso me pone incluso más cachonda al mismo tiempo que me siento cada vez más cerca del abismo. Contraigo los músculos y los relajo contra sus dedos. Jadeo y me sacudo. Me siento vulnerable y, como si pudiera leerme la mente, me aparta suavemente los dedos del borde del escritorio para darme la mano.

Mientras tanto, tiene la cara enterrada entre mis piernas, lo que hace que me aumente el pulso y se me acelere el corazón.

No lo soporto más; arquea la espalda mientras me corro con un grito. Me tiemblan las piernas y se me contraen los músculos.

Él se queda ahí, besándome suavemente antes de levantarse para mirarme con sus profundos ojos azules y la barbilla mojada con mi jugo. La visión hace que me derrita.

No entiendo quién ha podido dar vida a un ser tan endiabladamente *sexy*.

De repente, deseo tenerlo más cerca. Necesito que me bese, así que le rodeo las caderas con las piernas y lo atraigo hacia mí. Abro los brazos como un niño, haciéndole saber que lo necesito aquí.

Se inclina y me abraza, envolviéndome en su calidez. Me besa el cuello y traza un camino de besos por la clavícula, la línea de la mandíbula y la boca.

—Fóllame, por favor —ruego.

Ya he llegado al orgasmo, pero lo necesito en mi interior. Ahora. Más que nunca.

Rápidamente, se quita los bóxeres y me penetra despacio, estirándome y llenándome tanto que siento que se me va a salir por la boca.

Jadeo porque la sensación es muy placentera. Me rodea con los brazos y me levanta un poco antes de empezar a embestirme una y otra vez. Cuando me roza ese preciso lugar, la sensación es tan exquisita que básicamente vuelvo a correrme. Entra y sale de mí a empellones y echo la cabeza hacia atrás, incapaz de controlar los gemidos.

Me acuesta sobre el escritorio, tirando de las caderas hasta el borde del mismo. Luego le rodeo los hombros con las piernas y se inclina hacia delante un poco, flexionándose las piernas contra el pecho para penetrarme más profundamente. Vuelvo a gritar su nombre porque lo noto tan dentro de mí que ni siquiera sé si puedo soportarlo.

Aprieta la mandíbula mientras continúa embistiéndome y observo que tiene en la clavícula unas gotitas de sudor brillantes.

Jadeo.

—Dios, Racer, estoy a punto de correrme...

Comienza a dar embestidas más rápidas y exploto, apretándome a su alrededor. Siento espasmos por todo el cuerpo después de la liberación. Racer me levanta en brazos y se sienta en una silla de cuero junto a la ventana, envolviéndome completamente en su calidez y susurrándome dulces palabras al oído. Que está loco por mí, que nada le excita más que yo...

Entonces me doy cuenta de que su erección todavía está latiendo con fiereza contra mi culo y lo miro, confundida.

—Tate... ¿No te has corrido? ¿Por qué no lo has hecho? —pregunto, confundida y jadeante.

Antes de tener tiempo de pensar alguna locura, como que he hecho algo terriblemente mal, él se limita a sonreír, iluminándome con ese *sexy* hoyuelo, y dice:

—Me lo he prohibido hasta que termine la carrera. Quiero estar lleno de

energía y cargado de adrenalina, excitado para enfrentarme a los Clark.

Entonces me planta un cálido beso en el pecho.

—Y nada me altera más que tú. —Me guiña un ojo.

Guau. Me quedo con la boca abierta. Sencillamente no puedo creer que este hombre tenga la fuerza de voluntad para follarme como un loco, regalarme múltiples orgasmos y luego no permitirse correrse, solo para poder usar toda esa energía contenida en el circuito.

—¿Eres real? —Me río.

—Eres mi droga y estoy colocado. No me creo la suerte que tengo. — Sale de mí; tiene la polla tan gruesa, larga y dura que veo las abultadas venas que recorren toda su longitud. Se la acomoda en los bóxeres y se cierra el mono. Luego se cruje el cuello moviéndolo de un lado a otro—. Nunca se me va a bajar este colocón.

—¿En serio? —pregunto, riéndome mientras lo observo.

—Así es —me asegura, y me ofrece una sonrisa lobuna.

Me río, mareada.

Con un suspiro, yo también me relajo, me siento y me arreglo.

Comienza a acercarse, me agarra por la nuca y me murmura al oído:

—Estás tan buena que te comería —dice con voz áspera. Entonces, desliza la mano por mi mejilla y me presiona los labios sonrientes contra la mandíbula. Me mordisquea.

—Racer... Racer 2.0... —Me río y gimo. Últimamente parece que Racer Tate esté metiéndose esteroides. Es como una versión de él con el doble de intensidad, si es que eso es posible... Racer 2.0.

—Sí —canturrea, y empieza a besarme. Su beso es tan *sexy* que noto que me necesita, que anhela muchísimo correrse dentro de mí.

Tengo los labios muy hinchados. Muchísimo. Y también el corazón. Algo en mi pecho se estremece y crece, pero en lo más profundo de mis entrañas, siento que algo no va bien. Ahora mismo tiene un aspecto ligeramente atractivo, temerario y enloquecido, más territorial y más exigente e incansable. Se supone que no debería gustarme así, pero la verdad es que me gusta. Debería estar preocupada, asegurarme de que está bien, pero está tan *sexy* y encantador... y feliz. Me encanta verlo tan feliz, es imposible no engancharse a esto... a él.

Me hace anhelarlo más, desear tenerlo y protegerlo, estar ahí para él cuando me necesite, porque parece que yo siempre lo necesito a él.

Lo abrazo, le beso el hoyuelo y susurro:

—¿Estás bien, Racer? —Observo su preciosa cara.

Dios, es guapísimo. Tiene la sonrisa más bonita del mundo, con ese hoyuelo.

Me da un beso en los labios mientras me ayuda a ponerme de pie, con la mirada puesta en mí de una forma realmente *sexy* y territorial. Me recorro el interior del muslo con los dedos, tocándome el *sexy* chupetón que me ha dejado mientras dice:

—Sí. —Me sostiene la mirada con esos ojos azules y brillantes durante un largo rato.

Lo observo finalmente salir como si estuviera hasta arriba de esteroides y dejo caer la mano de la marca. Es una marca pequeña comparada con los trozos que sigue mordiéndole a mi corazón.

29. Morro contra difusor

Racer

Bullo de energía y tengo la polla dura como una roca después de evitar explotar dentro de mi cálida y húmeda Lana. Estoy listo para demostrarles a los Heyworth y a ella lo que soy. Son 22 gilipollas contra mí, todos con vehículos rápidos como un cohete.

Es difícil adelantar en este circuito, ya que tiene muchos giros y curvas, como una montaña rusa. En el momento en el que aparece la bandera verde, el circuito me acelera el corazón y los pulmones van a toda pastilla. Todos los músculos se me contraen mientras giro y doy vueltas, acelerando y frenando.

El segundo piloto de Clark trata de sacarme de la pista cuando intento adelantarlo. Giro y necesito unos segundos para recuperar el control. Retrocedo en el circuito y pierdo la posición. Mi enojo aumenta y, de repente, cambio de marchas y vuelvo a cargar contra él.

—¿El coche está bien? —pregunta Clay.

—Sí, eso creo, pero en la recta la caga.

—Mierda, usa tu talento.

—Eso hago, joder.

Trato de recuperar mi posición y tardo una vuelta completa en colocarme detrás del segundo.

Estoy esperando mi momento, subiendo de marcha a medida que me acerco y apuntando con el morro a la caja de cambios del segundo piloto de los Clark.

Nadie me jode y se sale con la suya.

Entrecierro los ojos con el latido del corazón lento y constante.

El coche ruge por la recta, el volante tiembla en mis manos y el asiento vibra por la potencia. Mantengo el rumbo. Si el morro golpea una parte que se mueve, como una rueda, saldré volando y estaré jodido. Y ese no es el objetivo.

Si las ruedas de ambos coches quedan enganchadas, empezaremos a dar vueltas y chocaremos. Tal vez incluso saldremos por los aires.

Ese tampoco es el objetivo.

Con los ojos entrecerrados, apunto al difusor, lo embisto, le rozo la caja de cambios con el morro y lo saco. Observo la nube de polvo que deja detrás de mí y como sale dando vueltas del circuito. *Arrivederci, cabronazo.*

Subo de marcha, me impulso hacia delante y observo a través del espejo retrovisor que trata de alcanzarme y adelantarme, pero falla. Me toca las ruedas del coche con el morro y lo hago saltar por los aires. El coche se da la vuelta y sale volando por el circuito.

—Joder —dice Clay por la radio—. ¿Estás bien?

—De puta madre.

Sonrío y me aproximo a una curva de fuerte frenado; voy a por el primero.

El coche tiene mucho par motor; el par motor es la potencia de aceleración y los caballos son la velocidad. Cuando ambos trabajan para ti, vuelas.

—Hay bandera amarilla de peligro. Restos en la pista.

—Entendido.

Una luz amarilla parpadea en el volante. Todos tenemos que reducir la velocidad; no podemos adelantar hasta que volvamos a tener bandera verde.

Seguimos conduciendo y, a las dos vueltas, la luz verde parpadea.

Me salto la bandera verde, piso a fondo el acelerador y me salto la salida sin que sea demasiado obvio para que no me penalicen con un *drive-through*.

Espero a ver si puedo salirme con la mía y creo que lo hago. Cambio de marcha y me oigo a mí mismo gruñir. Entrecierro los ojos con la vista puesta en Clark, que está delante de mí.

Oh, sí, voy a por ti.

30. Movimientos

Lana

—Joder, qué movimiento. Me empalmo solo de pensarlo. —Clay se ríe.

—Clayton —le reprendo.

Drake se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Épico, peque Lainie. ¡Ha mando a Clark a tomar por culo!

—Ha sido arriesgado —digo, y frunzo el ceño a Racer.

Se encoge de hombros mientras se bebe un café solo después de cenar junto a la autocaravana en el circuito.

—¿Qué pasa contigo y con Clark? —pregunta Clay.

—Somos contrincantes —dice Drake—, ya lo sabes.

Espero un momento y, al final, Racer gruñe:

—Quiere lo que es mío.

Mis hermanos levantan las cejas al mismo tiempo y espero que digan algo, pero curiosamente nadie dice ni una palabra. Ni siquiera Drake.

Justo entonces, Clark entra en la carpa.

—Lainie, ¿me has pillado una para mí?

Extiende el brazo para sisarme por la cara la botella de agua que me estaba bebiendo.

Antes de que mis hermanos puedan parpadear y a una velocidad asombrosa, rápido cual rayo, como nunca había visto a un chico antes, Racer se pone de pie, le arrebató la botella y se coloca entre Clark y yo.

—Si vuelves a tocarla a ella o cualquier cosa que le pertenezca, te romperé la mano —le advierte con una voz tan fría que siento escalofríos mientras pasa el brazo por detrás para colocar la botella en la mesa delante de mí.

Miro por encima de su hombro y veo que Clark se pone rojo de la cabeza a los pies mientras Racer lo observa.

—Trata de conducir con una mano rota. Tu carrera se habrá acabado. Estarás más que acabado —añade Racer en tono frío y amenazador. Sé que va en serio y una oleada de escalofríos me inunda al oír la advertencia.

Noto que mis hermanos tienen los ojos muy abiertos con una mezcla de respeto, impresión y admiración, pero yo, por otro lado, siento que me fallan las rodillas. Hay algo en la postura de Racer mientras estudia a Clark, en la forma en la que parece que el aire arde a su alrededor, que me hace reaccionar.

Nunca nadie ha intercedido por mí como lo acaba de hacer él, y por una parte me gustaría extender la mano y besarlo a modo de agradecimiento, pero, por otra parte, deseo calmar el volcán antes de que entre en erupción.

Alargo el brazo y apoyo la mano sobre la suya. Racer relaja los hombros levemente, todavía con las fosas nasales dilatadas, mientras me agarra la mano con firmeza y me lleva al circuito.

—¿Qué haces? ¡Si hubiera pasado un poco antes, los medios lo habrían grabado! —grito, mirando su hermoso y ceñudo perfil con incredulidad—. ¿Qué? ¿Vas a pelearte con todos los idiotas que se me acerquen?

—Ese es el plan.

—No, ese no es el plan. El plan es que los ignores. No montamos un espectáculo. —Sonrío al ver el brillo posesivo y primitivo de su mirada, pero mi sonrisa se convierte en preocupación—. ¿Estás bien?

Nota mi inquietud y relaja los hombros aún más cuando contesta:

—Sí.

Sonríe, inclina la cabeza hacia mí y me da un beso en los labios. Ansío tanto el beso que casi me parto en dos cuando mi cuerpo se arquea con ganas de más.

—Racer —digo en voz baja. Te quiero, te necesito, me excitas.

Abro la boca y él desliza la lengua en mi boca como si supiera lo que

necesito.

—¿Estás húmeda, Lana?

—Sí —susurro.

—Húmeda por mí.

Arrastra los labios contra los míos, respirando con dificultad, con el cuerpo tenso y duro contra el mío mientras sigue arrastrando la boca por la mía de forma seductora. Tenemos los labios abiertos, nuestra respiración se mezcla y todo mi cuerpo se tambalea; estoy a punto de perder el control.

—Sí —afirmo en un susurro—. Tócame, por favor, Racer.

—Entra en el coche.

Me contempla, abro la boca para seguir con la diatriba, pero al mirarlo a los ojos reconozco el reflejo de unos celos salvajes.

Me coloco en el asiento del pasajero y él se sienta detrás del volante. Ha alquilado otro descapotable. Baja la capota y el viento me agita el cabello. Tengo que cerrar los ojos cuando el viento me azota mientras él pone la canción *Animal*, de Def Leppard, en la radio.

Apoya la mano en mi muslo y me cuesta horrores no levantársela para colocarla entre mis piernas y pedirle que me toque ahí.

—Tienes que agradecerle a mi padre mi increíble gusto musical —dice.

—Oh. Gracias, padre de Racer —sonrío.

Me devuelve la sonrisa.

Todavía parece nervioso e inquieto, pero está muy pero que muy *sexy*.

Las ruedas chirrían con cada giro y dejan marcas a nuestra espalda. Parece que estoy en una montaña rusa hasta que aparcamos en un lugar solitario rodeado de árboles. Él se baja del coche rápido, me abre la puerta y me lleva al claro. Me tiendo en un lugar llano sobre el césped y tiemblo por dentro cuando se coloca sobre mí. Estoy famélica y jadeante. Racer me agarra la cara y presiona su boca contra la mía, gruñendo cuando la abro.

Me besa y me acaricia el rostro con los dedos, mientras que, con la lengua, me saborea y se apodera de todo lo que encuentra. Con las manos, simplemente me inmoviliza la cara (tengo el cuerpo laxo y sin aliento, los dedos de los pies tensos y siento un hormigueo en todos los poros de la piel) para seguir moviendo y tomando con la lengua una y otra vez.

—Un día de estos, te follaré a pelo y no habrá nada que se interponga

entre nuestros cuerpos nunca más —afirma con un ruido sordo, mientras se quita la camiseta y se desabotona y baja la cremallera de los vaqueros—. Tócame, Lana.

Planta mis manos en su pecho y recorro sus músculos marcados con los dedos.

—Racer.

—Por debajo de los vaqueros —ordena, y mete una de mis manos por debajo de los bóxeres. Un lugar caliente como el infierno y duro como el acero. Deslizo los dedos por su dura polla, él gruñe y me acaricia la nariz con la suya, respirando con fuerza—. ¿Estás jugando conmigo, Alana? —me pregunta en voz baja, echándose hacia atrás para mirarme.

Es tan hermoso que al verlo con el pelo despeinado, el pecho desnudo y los ojos azules puestos en mí se me hace la boca agua.

—No —admito sin aliento.

—Intento ser sincero contigo. Haz lo mismo, Lana —gruñe mientras me agarra por los brazos para que lo rodee por la nuca.

—Tengo miedo, ¿vale?

Le cojo la cabeza y tiro de ella para que me bese. Al mismo tiempo, le ayudo a bajarse los vaqueros y los bóxeres hasta las caderas; luego se los quito.

Su erección queda a la vista. Las llamas me consumen y aprieto mi cuerpo contra el suyo.

—¿Crees que nunca podré importarte?

Me observa con curiosidad, con una mirada masculina e íntima, mientras se pone un condón.

—¡No! Es...

—Deja que te ame. —Apoya la frente contra la mía y su ronco susurro me apretuja el corazón—. Ámame, nena. —Coloca una mano en mi cara y pronuncia esas palabras de forma reverencial, como si lo estuviera pidiendo aunque no lo mereciera. Luego lo rodeo con las piernas y Racer me embiste sin dudarle ni un momento.

Me llena y estira las paredes de mi vagina tanto que siento que voy a explotar. Jadeo y gimo, dejando que me penetre más hondo cuando vuelve a hacerlo.

Nos fundimos en un beso y, de repente, no podemos dejar de acariciarnos y saborearnos el uno al otro. Nos movemos al unísono sobre el césped con unos movimientos seguros y expertos, también posesivos. Curvo el cuerpo como un arco, pidiendo más en silencio. Le arañó la espalda; ansío tenerlo más cerca, tenerlo todo de él.

No me canso de él ni de sus besos, su lengua o sus cálidas manos.

Especialmente de sus ojos. Esos ojos que se empapan de mí como si nunca tuvieran suficiente.

Me sobrecoge la pasión, la lujuria, la forma en que se mueve en mi interior, como si conociera mi cuerpo de otra vida. Oh, Dios...

Y se mueve tan bien...

Es tan rápido... duro... y salvaje...

Noto su boca y sus manos en todas partes... Siento a este maldito chico por todos lados...

Me agarra por las caderas mientras llegamos juntos al orgasmo, mirándonos a los ojos.

Después me quedo contemplándolo boquiabierto. A este maníaco sexual.
¿Siempre será así?

Estoy aturdida y sonrío alegremente mientras tomo aire. Racer también sonrío cuando contempla mi cuerpo deshecho con satisfacción. Recorre con la mirada mis rasgos y me da un beso en la nariz.

—¿Por qué te gusta tenerme a mí en la radio? —pregunto en voz baja mientras permanece en mi interior, observándome como si quisiera hacerlo otra vez.

—Siento que estás ahí conmigo. —Me mira con los ojos un poco oscurecidos y una vívida intensidad—. Me gustan las carreras porque es un deporte muy independiente, solo estás tú y el coche en la competición. Me gusta la sensación de estar solo. —Su intensa mirada azul parece clavarse en mí mientras su polla empieza a ponerse dura de nuevo—. Nunca quise compartir ese momento con nadie hasta que te conocí. No quiero volver a estar solo.

Me sonrío y comienza a moverse en mi interior, a besarme y a excitarme de nuevo. Es irresistible; su sonrisa, él mismo, todo.

31. Péndulo

Racer

Una vez mi padre me dijo que podría saber cuándo se avecinaba una crisis cuando sintiera que me balanceaba, como un péndulo, de un lado a otro.

Ahora mismo soy la maldita encarnación de un péndulo.

Volamos a Italia; durante el vuelo me acomodé y me puse música, tratando de centrarme de nuevo.

Sigo experimentando una sucesión imparable de pensamientos que me impiden dormir y tener paz mental. Han pasado dos horas desde que la dejé en su habitación y estoy hundido en la miseria.

Se ha estado acumulando todo. Primero los cambios de humor: el subidón de energía y fuerza y el puto subidón de reclamarla como mi chica.

Y ahora se avecina el maldito bajón.

Los monstruos me dicen que soy un gilipollas. Que ella ya tiene bastantes preocupaciones con su padre y bastante dolor por la pérdida del chico al que amó como para que yo le haga más daño.

Y, sin embargo, no puedo mantenerme alejado.

Esos malditos ojos me llaman como cantos de sirena, cada centímetro de su cuerpo me atrae como un imán.

La necesito como el aire que respiro.

He estado acumulando puntos en el campeonato. Ahora estoy en segunda posición entre los dos pilotos Clark, y necesito quedar de nuevo en primer

lugar para arrebatarle el primer puesto a mi mayor contrincante. No me puedo dejar llevar por la oscuridad ahora.

Respiro hondo, saco la cuerda y salto, algo que mi padre hace para calmarse cuando está «acelerado», como dice mi madre.

Saltar a la comba no me ayuda. Estoy cambiando mi comportamiento maniaco por uno depresivo, reemplazando la antigua urgencia de ir a su habitación y despertarla, sacarla al maldito amanecer, llevarla a la iglesia y casarme con ella por la urgencia de desear desaparecer de su vida y así salvarla de mí.

Joder.

Rebusco en la bolsa, miro las pastillas y me pregunto si debería tomarlas. Me hacen más lento. Me hacen pensar más lento. Me hacen sentir como si estuviera muerto.

Y sé a ciencia cierta que ahora no me ayudarán las pastillas. Ya estoy inmerso en esta pura vorágine, para estabilizarme necesito que me metan algo en vena.

Dile que tienes problemas...

No. Joder, eso no es lo que quiero.

Ya le han hecho daño antes. Y una parte de mí sigue molestándome, diciéndome que soy un imbécil por desearla para mí cuando no soy lo bastante bueno para ella.

Pero en el fondo, sé que lo soy.

Sé que es mía.

Sé que está hecha para mí, que es la mujer de mi vida.

Joder, soy lo bastante bueno.

Pero cuando sufro un episodio, me cuesta creer que lo soy.

Agarro las cosas de la bolsa y las meto dentro. Luego me detengo, apretando las manos.

Doy un puñetazo en la mesa.

—¡Joder!

Tenso la mandíbula; me duele el orgullo por tener que pedir ayuda, aunque sea a mi padre. Soy un chico al que no le gusta necesitar a nadie. Me gusta hacer las cosas por mi cuenta, sentirme bien. Sufrir este bajón y sentirme tan despreciable no es propio de mí. Así que, después de toda una

noche así, sé que estoy jodido.

Me siento como un animal.

Me paso la mano por el cabello y marco el único número al que llamo en situaciones como esta.

—Papá.

Sé que sabe lo que pasa. Hay un silencio y luego dice:

—Prepararé el vuelo. Estaré ahí esta noche. Italia, ¿no?

—Sí.

—¿Hijo?

Me mantengo al teléfono.

—No hagas nada estúpido hasta que llegue.

Me limito a colgar, calculando la distancia a la que está la masa de agua más cercana y tratando de evitar pensar lo mucho que deseo atarme un ancla a los pies y hundirme en ella.

Es como si se apagara un interruptor y la muerte pareciese una opción mejor, un descanso. La muerte es paz; la vida, miseria.

Gruño, agarro las llaves, me dirijo al coche alquilado y conduzco hasta el hospital mientras el móvil no deja de sonar.

Son los Heyworth.

No quiero decir ni hacer nada incorrecto. Apago el teléfono, sigo conduciendo y pongo música. Fall Out Boy tiene otra buena, se llama *Jet Pack Blues*, en la que la chica de la carretera lo tienta a volver a casa.

32. Agujero negro

Lana

Ámame...

Me ducho temprano por la mañana para los libres del Gran Premio de Italia y luego me enfundo los vaqueros y la camiseta de la escudería. Quiero hacerme algo bonito en el pelo, así que me lo seco y me lo dejo suelto. Luego me pinto los labios y me vuelvo a mirar.

—Díselo —me digo a mí misma.

Dile lo que sientes, pienso, y estoy tan decidida a contárselo que incluso sonrío de satisfacción mientras me dirijo al circuito.

—¿Dónde está Tate? —pregunta Drake cuando llego y escudriño ansiosamente la carpa en busca de la figura familiar de Racer con el traje ignífugo.

—No sé —contestó a decir en tono de sorpresa—. ¿No está aquí?

—Ni aquí ni en su habitación —dice Clay; es obvio que está perplejo y preocupado.

—¿Qué? —pregunto al tiempo que agarro el móvil y marco su número..., pero me salta el buzón de voz.

—Ya le hemos dejado un montón de mensajes, ni te molestes —comenta Clay, que suspira y se deja caer en una silla.

Aun así, vuelvo a marcar. Otra vez el buzón de voz.

—Hola, soy Lana. Eh, Alana. —Trato de restarle importancia—.

Llámame.

Una hora después, el corazón se me sale por la boca. Tres horas más tarde, siento un agujero negro en mi vida allí donde antes estaba Racer. Lo único que sé es que se ha ido y que tengo un nudo en el estómago porque siento en lo más profundo de mi alma que me necesita. Que es orgulloso, que le costará un mundo pedirme ayuda. Lo único que sé es que estoy perdida sin él y que la última vez que me sentí así fue el día en que me dijeron que mi padre tenía cáncer y que se negaba a recibir tratamiento.

33. Italia

Racer

Lo escucho llegar en algún momento a primera hora de la mañana.

Ya he ingresado y me están metiendo algo en vena. El doctor que me está tratando ha llamado a mi médico de San Petersburgo y ahora me están dando el mismo tratamiento de la última vez para tratar de estabilizarme.

Cuando me diagnosticaron el trastorno, lo peor fue lidiar con la frustración y la culpa de mi padre. Yo, por otra parte, luchaba con la mísera sensación de ser una completa decepción. Mi padre se puso negro. Así nos referimos a los momentos en los que sufre un episodio porque sus ojos, azules como los míos, le cambian de color. Es raro, lo sé, pero es posible. Él es una prueba de ello.

Mi madre se preocupó, pero mi padre se recuperó rápido. Decía una y otra vez: «No lo tienes. Maldita sea, no lo tienes, ¿entendido?».

Yo no quise decir: «¿Es que estás sordo? Los médicos lo acaban de confirmar».

«Está en estado de negación, ya entrará en razón, Racer», dijo Iris cuando vino a visitarme.

No le respondí.

«¿Crees que algún día yo también lo tendré?», me preguntó, preocupada.

«No», gruñí inmediatamente, estrechándola contra mi pecho. Entonces le prometí: «Yo lo tengo por los dos, ¿vale? Nunca pienses eso. Eres perfecta».

Ahora mi padre entra en la habitación, en silencio, como siempre.

Nos miramos y tensa la mandíbula.

No cruzamos palabra.

Coloca una silla junto a la cama.

Me acuesto en ella, luchando en una batalla que probablemente tendré que afrontar cientos de veces en mi vida.

—Es tu teléfono. ¿Quieres que lo coja?

—No. No la quiero aquí.

Mi voz es baja y áspera, y mi padre digiere mi comentario por un instante.

—Yo tenía un equipo que cuidaba de mí cuando no me tomaba el tratamiento. Tú estás aquí solo y no deberías. No tienes que pasar por esto solo. Para eso están ahí. No dejes la medicación, Racer. —Me regaña con frustración y con voz firme—. No te permitas subir tan alto y, con suerte, evitarás que la caída no sea tan dura. Sabes arreglártelas, hijo. Sé que lo haces. Eres demasiado terco y orgulloso, y muy especial. Tienes mucho que dar y me muero de ganas de verte hacerlo, joder.

Me quedo en silencio por un momento.

—Que te jodan —digo—. Que te jodan por pasarme esta mierda.

Mi padre simplemente me mira mientras pronuncio las palabras que siempre he querido decir en voz alta.

Se inclina hacia delante, con la mirada a la misma altura que la mía.

—Te di la puta vida. Depende de ti conseguir el resto. Dime, ¿qué quieres, Racer? ¿Quieres este campeonato? ¿Quieres a la chica? ¿Quieres ponerte mejor? ¿Quieres sobreponerte a esto? ¿John?

—Deja de llamarme John.

—Deja de querer ser otro tío, Racer. Un simple tío. Cualquiera menos tú. Reconoce tu propio nombre. Ve a por él, Racer Tate. Mi hijo. ¿Eh? ¿O acaso te llamas John? —Me da una bofetada en la mejilla medio suave, medio fuerte—. ¿Eres John?

—Soy Racer Tate, papá.

—Bien. Reconócelo. Tú puedes.

Golpea la silla con el puño, luego me mira y respira hondo cuando no reacciono.

—No sé qué más decir.

—No digas nada.

—Tienes razón, no se me dan bien las palabras. Pero te ayudaré a mejorar. Sé lo que necesitas.

34. Nota

Lana

No ha aparecido en el circuito, ya es de noche y estoy en la habitación del hotel. Me siento incapaz de comer, dormir o hacer cualquier cosa.

Estoy sentada junto al teléfono, esperando una llamada, dando un salto cada vez que vibra mientras mis hermanos siguen preguntando si hay noticias de él en el grupo de la familia.

Leo un tercer mensaje, de Adrian, y niego con la cabeza con vehemencia. «No», escribo cuando siento que alguien llama a la puerta.

Me pongo de pie, me dirijo hacia la puerta, echo un vistazo por la mirilla y el corazón me da un vuelco cuando veo un par de ojos azules familiares.

Abro la puerta casi jadeando el nombre de Racer cuando me encuentro a mí misma mirando los ojos de su padre en vez de los suyos.

—Lana.

El padre de Racer está en mi puerta. ¿Qué está haciendo en Italia? *Oh, Dios.*

Se me cae el alma a los pies.

—¿Está bien?

—Está bien. Tirando.

Me pongo a temblar y nos miramos el uno al otro.

—Quiero verlo —digo.

—Bien. —Me mira por un momento—. Te necesita.

Nunca me he movido tan rápido.

—Deje que vaya a por la llave de la habitación.

Conduce en silencio hacia el hospital y ese silencio me pone de los nervios hasta que, de repente, dice:

—Va a intentar alejarte. Te lo advierto. —Me lanza una mirada cautelosa.

—No me importa. Quiero verlo —respondo, obstinada.

Pero quiero más que eso. Quiero estar ahí para él. Él es mi chico y me necesita, y no me importa que sea demasiado orgulloso como para decirlo. Estaré a su lado para él de todas formas.

—Es un mecanismo de supervivencia. —Su padre me mira—. Hemos pasado por esto antes.

—Ya me lo advirtió —admito en voz baja, mirando por la ventana, aunque solo veo a Racer. A Racer en su Mustang, a Racer en Kelsey, en Dolly, en mí. Racer está por todas partes. En este mundo, en mi mente, en mi maldito corazón.

—Oh, y no sabe que estás aquí —añade el padre mientras nos adentramos en el blanco y austero hospital y nos metemos en el ascensor.

Cuando salimos, lo sigo por el pasillo con el corazón acelerado como si estuviera a punto de salirse del pecho.

O simplemente de romperse... en el pecho.

Abre la puerta y me hace avanzar. Echo un vistazo a través del umbral. La habitación está completamente a oscuras. Suena un monitor. Racer está en la cama y, por un momento, me quedo congelada al ver su cabello oscuro y revuelto.

Oigo el interruptor de la luz, que ilumina la oscura habitación.

Está acostado bocabajo, con el brazo metido debajo de la almohada junto con la vía intravenosa. Y aun así, se ve tan masculino que hace que la cama parezca pequeña y muy blanca en comparación con ese cabello sensual tan oscuro que tiene, esos músculos *sexys* y esa piel bronceada.

—Racer —dice su padre sin rodeos.

Parece que Racer está exasperado cuando gira la cabeza hacia la puerta

muy lentamente, como si no quisiera hacerlo. Me ve y se queda de piedra.

Fija los ojos en su padre y comenta con una voz desgastada y oscura.

—Te dije que no la quería aquí.

—Me importa una mierda lo que quieras.

Oigo que su padre sale y trago saliva.

Racer tensa la mandíbula y deja caer la cara en la almohada. Veo que el pecho se le ensancha con una profunda inspiración. El usual halo que le rodea ya no es tan grande. No sé por qué me afecta tanto. Estoy acostumbrada a verlo a cargo de la situación, seguro y fuerte, muy decidido; es el hombre más decidido que conozco.

Levanto la sábana y me meto en la cama con él.

Noto que trata de mantener la distancia mientras se da la vuelta como para hacerme hueco, pero me rodea con el brazo instintivamente.

Contengo la respiración y espero a que diga algo cuando me acurruco a su lado.

No lo hace.

No me mira a los ojos.

Le acaricio la cara. Inspira profundamente, sin mirarme. Le recorro los brazos con los dedos y están tan pero tan duros como el resto de su cuerpo. Los pilotos tienen los brazos, el cuello, el pecho y los abdominales muy bien desarrollados, pero los brazos y el cuello los tienen especialmente fuertes. Los de Racer son los más fuertes que he visto en mi vida, están más marcados que los de cualquiera que conozca.

Lloro en silencio cuando lo siento rígido a mi lado. No debería estar aquí. Este chico merece estar en lo alto de un podio, delante del volante de un coche, en la cama de una mujer, en cualquier fantasía, pero no aquí.

—No me apartes de ti —le ruego.

Le acaricio la mandíbula en silencio y Racer cierra los ojos. Se limita a cerrarlos. Tiene la mandíbula tan tensa que se le mueve un músculo de forma salvaje. No puedo evitarlo, pero deseo tocarlo más, anhelo besarlo y contarle lo que quiero decirle desde hace tiempo. Lo que he tenido miedo de admitir.

Pero parece que está luchando contra algo en silencio, como si no supiera si quiere o no que esté.

—Deja que cuide de ti —susurro.

—No necesito que me cuides.

Tensa la mandíbula, cierra los ojos y los mantiene así.

Las palabras me hieren, pero su padre ya me advirtió que me diría cosas feas para hacerme daño, y hasta esto, el peor momento que he compartido con él, es mejor que no estar con él. Sigue con la mandíbula tensa y rodeándome con el brazo. Le doy un beso en la mandíbula. Aprieta la mano y cierra los ojos más.

Le recorro la mandíbula con los dedos.

Silencio.

El teléfono me vibra como si estuviera loco. Miro el mensaje; es de Drake.

Vamos a empezar a buscar algún piloto de repuesto, ¿qué cojones pasa?

Lo miro y me doy cuenta de que él es más importante que mi sueño, que el sueño de mi padre y que el sueño de mis hermanos. Es más importante que cualquier cosa.

Le contesto:

Empezad a buscar un sustituto.

Y apago el teléfono.

Veo que ha abierto los ojos y que observa mi perfil.

Le devuelvo la mirada.

—Pronto estarás bien y podrás volver a conducir. Nos iremos a algún sitio, tú y yo. Pondrás algo de música en la radio... Podemos poner algo ahora.

Se limita a mirarme en silencio y busco una canción.

—¿Has escuchado esta?

Le muestro *Favorite Record* y sonrío burlonamente.

Se empapa de mí durante un segundo, largo y dolorosamente salvaje, y le sonrío de oreja a oreja, pero la sonrisa me tiembla en la cara al ver que no dice nada.

Nada de nada.

Me observa en silencio con una expresión intensa y fiera en la cara mientras le coloco un auricular en la oreja y reproduzco la música. No sé por qué selecciono esta canción, pero quiero que recuerde los buenos momentos, quiero que lo lleve a un lugar lejos de aquí. Lejos, donde solo sea... él. Está

sonando *Fall Out Boy* y, a pesar de la canción optimista, la idea de estar en otro lugar con él que no sea aquí me oprime el pecho. Solo deseo con todo mi ser que regrese mi chico.

Racer

Estoy en el puto infierno.

Intenta animarme, con dulzura e inocencia. Me sonrío y se esfuerza por sacarme de la oscuridad. Tiene un aspecto increíble, joder. Como un sueño húmedo. Lo único que merece la pena mirar en esta habitación de mierda. La luz de la luna le acaricia la piel y parece un maldito ángel, un ángel enviado para mí.

Una ola de desesperación me golpea en las entrañas cuando pienso en que se quedó ahí parada, observándome en esta maldita cama. Indefenso y jodido. Mierda.

Apenas podía mirarla a los ojos.

Tenía demasiado miedo de ver algo que pudiera partirme en dos.

Me miró desde la puerta y estuve a punto de echar un vistazo a mi espalda para ver a quién estaba mirando con esa preocupación en los ojos.

Me estaba mirando a mí.

Mi chica me miraba *a mí*.

Con lo destrozado y lo mal que estoy.

Y Lana Heyworth, la chica a la que amo, me contemplaba directamente con una mirada que ninguna mujer me había lanzado en la vida.

Sí, porque simplemente no me la merezco. No creo que me la merezca en absoluto. ¿Por qué parece como si estuviera hecha para mí si yo soy un completo error para ella? Estoy tan mal hecho que ni siquiera puedo mantener el control.

Quiero arrancarme el maldito corazón porque le hago daño.

Le he dicho que no la necesitaba.

Me ha destrozado decirlo.

Saber que eso la hiera profundamente y que he sido yo el causante porque soy demasiado orgulloso como para admitir que la necesito.

Porque soy demasiado orgulloso para querer que me vea así.

No he dicho nada más por miedo.

Ahora la miro, en mis brazos, con los ojos cerrados ahora que la música ha dejado de sonar; solo se oye su respiración y el sonido del monitor de la vía intravenosa.

Aflojo el abrazo para que pueda marcharse. Para que pueda irse tan rápido y lejos de mí como sea posible.

Suspira en sueños y se acurruca más cerca de mi pecho, inhalándome y murmurando una palabra soñolienta con todo el afecto que puede expresar una voz femenina, la voz de tu mujer. Como si la palabra significara algo para ella. Murmura: *Racer*.

35. Medicina

Lana

Me despierto con la sensación de que está observándome. Me desperezco y, cuando me doy cuenta de dónde estamos, me incorporo en la cama.

Racer permanece en silencio mientras me mira. Me sorprende ver a las enfermeras entrar y salir de la habitación.

Me levanto y susurro:

—Tengo que ir al baño.

Y cuando me ofrece una levísima sonrisa y abre la sábana para que me salga, le sonrío de forma nerviosa y corro hacia el baño. Entonces veo que estoy hecha un desastre y me desespero. Trato de arreglarme el pelo, utilizo un poco de pasta de dientes que hay sobre el lavabo para cepillarme los dientes con el dedo, me la froto por toda la boca y la lengua y, luego, me enjuago y me lavo la cara. Por último, me peino el cabello hacia atrás para adecentarme lo máximo posible.

Salgo del baño y me encuentro a Racer de pie junto a la ventana.

A través de la ranura de la bata, atisbo su precioso trasero con el tatuaje. Cuando se da la vuelta y me vuelve a mirar sin mediar palabra, me estremezco.

Me gustaría echar a correr hacia sus brazos y rogarle que me asegure que va a estar bien. Si lo hace, lo creeré porque es mi héroe, lo admiro y confío en él, además de que también lo quiero y estoy enamorada y loca por sus huesos.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras permanezco allí, temblando.

Me muerdo el labio inferior y asiento con la cabeza.

—Sí.

Que me pregunte que si estoy bien casi me destroza.

—Quiero comer algo —gruñe.

—Te traeré algo de fuera —afirmo.

Salgo de la habitación y le informo a su padre de que voy a por algo de comer. Está fuera, en la sala de espera: simplemente asiente con la cabeza y se dirige a la habitación mientras yo me marchó.

Cuando vuelvo, Racer está dando vueltas por la habitación.

—... ella no regresa, voy a arrancar este maldito techo...

Deja de gruñirle al padre cuando me ve, con los ojos abiertos como platos.

Su padre sonríe mientras lo observa.

—Me voy al hotel a darme una ducha. Volveré a ver cómo estás más tarde —dice, sonriente, mientras le da una palmada en la espalda.

Dirijo la mirada a los ojos azules de Racer y noto que tiene el cabello de punta más despeinado que antes, como si hubiera estado pasándose los dedos por él.

—¿Qué pasa? ¿Pensabas que iba a marcharme? —pregunto, confundida.

Tiene los dedos de las manos flexionados y ese tic de la mandíbula de nuevo.

—Voy a pasar la noche aquí —digo y, cuando me doy cuenta de que estoy invadiendo su espacio desde anoche, me ruborizo—. Pero quiero que estés cómodo. Dormiré en la silla —explico mientras me dirijo a ella.

Cruzo la habitación con la sensación de su mirada azul puesta en mí.

—Lana.

Al oír la áspera palabra, se me hace un nudo en el estómago y me da un vuelco el corazón. Me giro y levanto la cabeza. Tiene la voz ronca y densa.

—Vuelve aquí. —Hace un gesto hacia la cama.

—Quiero que estés cómodo.

Aprieta los dientes de frustración y luego se arranca la vía. Abro mucho los ojos mientras empieza a golpear con los dedos la máquina que pita con la intención de acallarla. Frunce el ceño. Al final, la máquina deja de sonar y se dirige hacia donde me encuentro de pie y con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué estás haciendo?

—Puedes venir o puedo llevarte yo —contesta claramente.

Tira de mí hacia delante y se me corta la respiración porque no entiendo por qué ese gesto me desarma tanto. No entiendo por qué tengo ganas de llorar, pero temo que no vaya a acostarse conmigo aquí mientras me guía con una cálida y firme mano a la cama y tiro de él para que se tumbe conmigo.

Parece que Racer no tenía intención de dejarme sola. Levanta la sábana y desliza sus largas, bronceadas y musculosas piernas en su interior.

Me rodea con el brazo y me siento tan desesperada por tocarlo, por saber que es real, que no ha sido producto de mi imaginación que un chico me haya querido más que a nada, que me haya enseñado cómo volver a interesarme por un hombre, que me acerco a él.

De repente, Racer desliza la mano por debajo de la sábana y me susurra al oído:

—Quítate eso. Quiero sentirte.

Sus ojos brillan en la oscura habitación y no necesito que me lo diga dos veces. Extiendo el brazo por debajo de la sábana y abro el botón de los vaqueros. Antes de poder sacármelos, Racer aparta la sábana y me los quita. Me los quita y los tira, lo que permite que nos acariciemos con las piernas desnudas bajo la sábana.

Me estremezco y exhalo cuando me recorre la piel con las manos.

—¿Esa camiseta es lo bastante larga como para cubrirte cuando entre alguien? —Su profunda voz hace que se me erice la piel cuando me susurra esa pregunta posesiva al oído.

Me estoy derritiendo y me duele todo el cuerpo.

—Sí.

Me mira con esos ojos azules que me hacen vibrar y desliza las manos sobre mí; simplemente me mira en la oscuridad de forma fiera e intensa. Coloca la mano en mi vientre e inclina la cabeza para olerme. Le acaricio el pelo cuando me rodea con el brazo y coloca el rostro entre mis pechos, gruñendo suavemente antes de dejarla ahí apoyada. Cierra los ojos y me besa la barriga.

—Oh, Dios, esta cama no está hecha para dos personas.

Doy un respingo cuando oigo la voz de una enfermera de mediana edad.

—Creo que tenemos que darle espacio al paciente —añade la enfermera a modo de reproche.

Al instante me muevo para salir de la cama, pero él me agarra por la muñeca para detenerme.

—La necesito aquí.

La enfermera estaba ocupada reponiendo las medicinas, pero se detiene al escuchar eso y mira a Racer tras escuchar su áspero susurro.

Bruscamente, repite:

—La necesito aquí. Ella es mi medicina.

Sonríe.

—Amor de juventud —susurra mientras arregla la máquina y le vuelve a colocar la vía—. Disfrútalo mientras sea joven —dice entre risas.

Ahora estamos los dos sentados en la cama. Me giro para encontrarme con su intensa mirada mientras vuelve a acostarse y, lentamente, extiende el brazo para colocarme sobre su pecho.

Si cuando vine ayer no me miraba ni por casualidad, ahora es como si no pudiera dejar de hacerlo. Me contempla en silencio con su mirada azul, y yo lo contemplo a él mientras todo mi cuerpo se aferra con ansia a este chico.

—No tienes ni idea de lo duro que es para mí que me veas así. Es lo último que deseo en la vida —gruñe.

Vuelve a tener ese tic en la mandíbula y tiene una expresión oscura y atormentada cuando me mira.

—No me escondas las cosas. Ni las buenas ni las malas —suplico.

Sus ojos azules parecen tristes, como si no le quedara fuerza vital.

—No quería enseñarte lo malo.

—Yo sí. Quiero todo de ti —dejo escapar.

Al escuchar ese comentario, levanta sus oscuras y elegantes cejas y, luego, le empiezan a brillar los ojos, como si la frase hubiera encendido su fuego.

—Esto no me da tanto miedo como lo que me haces sentir, Racer —susurro dolorosamente—. Me da miedo lo que siento al estar contigo. Todo es tan intenso y enérgico que creo que no soportaría ni un día de mi vida sin ti. Cuando David murió, me dolió muchísimo y no quería volver a pasar por ello nunca más, pero jamás pensé que podría sentir de nuevo, y de una

manera mucho más intensa, hasta que llegaste tú. Los chicos ni siquiera me llamaban la atención hasta que te conocí. Es como si estuviera destinada a ti, Racer.

Me detengo para tomar aliento.

—El día que me dijiste que... te quería..., me puse a llorar porque nunca había sentido algo tan intenso por nadie. Y no sé si yo puedo ser lo que necesitas. —Recupero el aliento en un arrebato de emoción—. Te quiero, todo lo que eres, por completo. Hasta esto.

Cierra los ojos y apoya la frente contra la mía, estrechándome entre sus brazos, duros como el acero, mientras toma aire.

Empieza a gruñir mientras me aprieta más y me susurra al oído:

—No tienes ni idea de lo que estás pidiendo.

—Sí. Sí lo sé y, aun así, lo quiero. Te quiero.

Le agarro la mandíbula y lo abrazo con desesperación para que sepa que lo digo en serio. Lo huelo. Dejo que mi cuerpo le diga lo que no le he dicho con palabras, que lo amo, tanto, tantísimo, que me quedaría aquí con él para siempre si esa fuera la única manera de poder estar a su lado.

Envuelvo con las manos su fuerte mandíbula y lo miro a esos ojos azules torturados.

—¿Estás bien? ¿En qué piensas?

—Lo que estoy pensando se queda en mi cabeza —dice frunciendo el ceño con determinación—. Estoy atrapado en este maldito torbellino y tengo que recordarme a mí mismo que es solo una percepción. Que solo está en mi cabeza. Que tú eres real. Esto es real.

Me coloca las manos en la cabeza y me estrecha contra su pecho. Oigo los latidos de su corazón, fuertes y estables. Tiene los músculos laxos, los ojos azules ensombrecidos y la energía apagada, pero sus brazos siguen siendo sus brazos. Él sigue siendo él. Y yo me siento incluso más débil contra él, decidida a ser fuerte por él y, al mismo tiempo, completamente vulnerable a él.

—Te amo. —Me enjugo las lágrimas cuando empiezo a llorar.

Su cuerpo, fuerte y grande, parece temblar y tensarse ante la declaración y me abraza con más intensidad mientras deja caer la cabeza y gruñe en mi cuello:

—Dios. No digas eso. No me digas esto ahora.

—No finjas que no querías escucharlo.

Me libera y me acaricia el rostro con dedos temblorosos.

—No lo hagas, temeraria. No lo hagas. Puedes aspirar a alguien mucho mejor que yo.

—Tú eres el mejor.

—Yo no soy bueno —sisea—. No soy nada bueno para ti. Estoy hecho mierda... Mira a tu alrededor, Lana. ¿En serio es esto lo que quieres?

Lo miro directamente a la cara. No he estado más segura en mi vida.

—Te amo, Racer Tate. A ti.

Le brillan los ojos y las fosas nasales se le ensanchan como si estuviera luchando por mantener el control mientras me mira a la cara como si no fuera real. Como si fuera producto de su imaginación.

Extiende un brazo y me recorre la mandíbula con el pulgar, con la voz dolorosamente tierna y afligida. Niega con la cabeza a modo de advertencia.

—No digas eso si no es cierto, porque no podría soportarlo. No podría soportar que me dejaras, que te cansaras de mí, que dejaras de amarme. No me des esperanzas si vas a quitármelas algún día, porque eso me llevará al límite y me volverá loco.

—Nunca te las arrebataré, son tuyas. Yo soy tuya.

Gruñe y vuelve a tirar de mí hasta estrecharme sobre su pecho, con la cabeza apoyada contra él mismo mientras inclina la suya para darme un beso.

—Nena. Mi dulce chica —susurra, y sisea, cerrando los ojos mientras me acaricia la cara con la nariz, lleno de ternura.

—Mi fuerte y rápido chico —susurro al tiempo que siento que me limpia otra lágrima del raballo de ojo.

Le aparto otra lágrima a él y todo mi cuerpo se estremece.

Gruñe suavemente mientras inclina la cabeza y me da un beso en los labios. Solo uno. Un suave inicio. Contengo la respiración. Se echa hacia atrás y me vuelve a mirar. Vuelve a inclinarse hacia delante. Entonces, me besa de nuevo, esta vez en la comisura de los labios. Vibro de la cabeza a los pies. Gira la cabeza y me da otro beso en la otra comisura. Gimo suavemente y alza la vista con los ojos pesados y fijos en los míos, como si nada más existiera, excepto esto. Los cierra de nuevo mientras me abre la boca y,

cuando desliza la lengua en ella, siento que voy a explotar de amor y hambre. Una sensación con la que ahora estoy muy familiarizada gracias a que este chico, Racer; mi chico me la ha mostrado.

Empiezo a besarlo con toda el alma. Poco después, Racer transforma mi beso en uno más excitante, más salvaje y más largo.

Entierra las manos en mi cabello y deslizo los dedos por sus hombros hasta agarrarlo por la nuca. Siento que su cuerpo vuelve a vibrar, que esa implacable e inflexible fuerza interior de Racer Tate cobra vida.

Me coloca bocarriba, me coloca sobre la cama y me besa en la boca como si quisiera follarme de la misma manera que me folla la boca con la lengua. Siento la forma en que su fuerza y su hambre siguen reactivándose, como si su fuego estuviera volviendo a crepitar lentamente. Un fuego que promete regresar pronto al infierno de Racer Tate.

36. Por la mañana

Lana

—**H**ola, temeraria. —Siento que alguien me acaricia el cabello de una manera tan deliciosa que sonrío en sueños y me muevo en la cama. Maldita sea, esta cama es muy incómoda. ¿Dónde estoy...? *Mmm*, huele muy bien. La almohada huele a Racer—. Vamos —dice una voz masculina y *sexy*.

—¿Quééé...?

Niego con la cabeza y me despierto por completo mientras echo un vistazo la habitación de hospital. Entonces, lo veo a un lado de la cama.

—Vamos. Tenemos que ir a la clasificación.

—¡No! —Jadeo—. Tú eres más importante...

—Esto es importante para mí. Para ambos. Vamos.

Parpadeo y veo que quien me observa totalmente vestido y afeitado es...

Racer.

Racer Tate.

No Racer 2.0, ni Racer 3.0, ni Racer... 1. Simplemente, Racer.

Mi Racer.

Con los ojos azules claros y perspicaces y lleno de energía.

Creo que me pueden funcionar las rodillas (o no) mientras me ayuda a levantarme. Me detengo al lado del baño del hospital para asearme antes de salir y verlo guiñar un ojo a modo de despedida a la enfermera de mediana edad mientras esta menciona una llamada de seguimiento con su médico de

San Petersburgo y le pasa copias de los documentos del alta y la receta.

Se las guarda en el bolsillo trasero y lo sigo al exterior para despedirnos de su padre.

Le choca la mano.

—Gracias por venir —le dice Racer mientras se estrechan la mano y, cuando lo hacen, baja la voz—. Papá, lo...

—No. —Lo interrumpe el padre—. Lo pillo. No me debes nada.

Se sostienen la mirada por un instante. Son casi idénticas. Los dos se parecen tanto que casi me mareo.

—Gracias por venir —añade finalmente Racer, en humilde tono de agradecimiento.

Su padre le da un abrazo.

—Te quiero —dice—. Cuídate.

—Yo también te quiero. Cuídate, papá.

Me estoy apartando un poco para darles un momento de intimidad cuando Racer me toma de la mano y me lleva a su lado para que yo también pueda despedirme de su padre. Va a regresar a Seattle y promete quedar con nosotros en Estados Unidos para la próxima etapa norteamericana del campeonato.

Me subo al coche de Racer, que enciende el motor y sale del aparcamiento con una mano colocada sobre mi muslo. Nos dirigimos al hotel a por su equipo. Suspiro y cierro los ojos mientras el viento me azota el pelo bajo el amanecer. Le aprieto la mano y le froto la dura palma con los pulgares, acariciándolo. Abro los ojos y veo que me contempla como un hombre famélico.

—Gracias... —Tiene la voz áspera por la emoción—. Por estar aquí.

—Siempre estaré aquí —susurro.

La repentina e inesperada visión de su hoyuelo travieso y pecaminoso hace que me flaquee las rodillas y, cuando pone la música, me siento la mujer más feliz del planeta.

—¿Crees que les parecerá bien que vuelva? ¿A tu familia?

Me recorre inquisitivamente con la mirada, con un brillo de determinación familiar chispeando en sus ojos.

Sonrío, esperanzada.

—Pronto lo averiguaremos.

—No sé si voy a poder hacer un buen tiempo, temeraria, las medicinas me ralentizan. —Cambia de marchas con la mandíbula tensa sin apartar la vista de la carretera—. Por eso no me estaba tomando las pastillas.

—Estoy segura de que el mejor piloto del mundo podría solucionarlo, y lo último que escuché es que estabas luchando por el título —lo animo.

Sonríe y se le ilumina toda la cara, como si mis palabras acabaran de encender un fuego en su ávida alma, decidida y *sexy*, y solo quisiera demostrarme que, sin duda, tiene lo que hay que tener y más.

Envío un mensaje a mi familia para informarles de que vamos de camino y concertar una reunión con ellos para cuando lleguemos al circuito.

Me alivia ver que no han contratado a ningún piloto.

Sé que eso no es lo que querían.

Sé que el piloto que quieren, el piloto que necesitan, el único piloto que existe para nosotros, camina a mi lado.

Al entrar, le doy la mano y no la libero.

—¿Dónde cojones estabais? —vocifera Drake—. Maldita sea, voy a matarte, irresponsable hijo de pu...

—Estaba en el hospital —lo interrumpo—. Ahora, vosotros tres, imbéciles, vais a sentaros y escucharme un segundo.

Mis hermanos me fulminan con la mirada.

—¡Ahora! —grito, y llevo las manos a las caderas.

Veo que no están contentos por ello y no se sientan, pero se calman.

—Sé que siempre os ha preocupado la fama de imprudente de Racer y que temíais que un día nos dejase por una escudería mejor. Sé que os preocupaba que él y yo... Bueno, ahora eso no os incumbe, porque estamos saliendo. Y a papá le parece bien, así que vosotros tres, idiotas, no tenéis nada que decir al respecto. En cuanto a lo otro... Mirad. Este año hemos hecho cosas que ni siquiera habríamos soñado. Todos estamos en esto juntos. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí —dice Adrian.

—Sí —añade Clay.

Drake finalmente asiente con la cabeza y contesta:

—Sí.

—Bueno, entonces ahora que sabemos que somos un equipo... Familia, Racer es...

—Soy bipolar.

Hay un momento en el que calan las palabras pronunciadas por su profunda voz.

Racer mira a mis hermanos a los ojos y luego fija la mirada en mi padre.

—Estoy aprendiendo a controlarlo. No voy a engañarme pensando que esto no me va a pasar más, pero espero que pueda darme cuenta a tiempo y ponerle remedio. No soy perfecto, pero nunca encontraréis a un piloto con tantas ganas de éxito como yo. Ni a nadie más devoto con esta escudería.

Abro mucho los ojos; creo que el corazón me acaba de implosionar.

—Sabiendo esto —comento, mientras observo a mis hermanos y a mi padre digerirlo—, quiero que todos estéis ahí para él cuando nos necesite.

Drake es el primero en moverse.

—Oye, eres como de la familia. Aquí estamos para lo que necesites.

Extiende la mano y suelto la de Racer para que pueda estrechársela.

—Gracias, estoy bien —contesta con un gruñido Racer, que estrecha las manos de todos y luego deja que mi padre le dé un abrazo en silencio.

—Un hombre es más que las batallas que este libra —escucho a mi padre susurrarle en privado.

—Lamento haber desaparecido por un tiempo. No volverá a suceder, señor —le dice a mi padre. Sé que al orgulloso Racer le cuesta mucho pedir o aceptar ayuda.

—Ahora vamos al circuito a darles a todos una paliza —añade Clay mientras le pasa a Racer la bolsa de lona del suelo.

Miro hacia atrás para observar a Racer. Le brillan los ojos azules de pura y vívida expectación y siento que nunca le he visto la mandíbula tan cuadrada ni decidida.

¿Puedes amar tanto a alguien que eres capaz de sentirlo con cada parte de tu ser?

«Sí», susurra mi corazón.

37. Bueno

Racer

Me deslizo en el asiento y me pongo el cinturón, echándole un vistazo al coche.

—Tú también estás de vuelta, Kelsey. —Sonrío y golpeo el salpicadero—. Joder, yo también. Espero que estés a punto.

Arranco el motor y salgo de *boxes*, preparado para la clasificación.

Todavía tengo su sabor en la boca.

El sabor de sus suaves lágrimas y sus preciosos ojos.

Tengo las venas cargadas de putas medicinas y debería sentirme más lento.

Pero no.

Me siento más poderoso que nunca.

Porque he permitido que me vea tal y como soy y ha reaccionado tal y como yo había pedido en mis oraciones.

Me entiende.

Y joder si la entiendo yo a ella.

—Vale, Kelsey —digo una vez que estoy en la posición para la clasificación—. Vamos a demostrarle al mundo quiénes somos.

38. Mío

Lana

— ¡Hostia puta, ha quedado primero!

— ¡Joder, es increíble! ¡Acaba de salir del hospital y ha quedado en primera posición!

Estoy a punto de explotar de la emoción y, mientras mis hermanos se gritan el uno al otro con incredulidad, Racer salta del coche.

Racer.

Mi Racer.

«Todo mío», pienso con avidez. Deseo todo de él, todo para mí.

La euforia bulle en mi interior mientras extiende el brazo hacia mí, me da un gran beso y me levanta sin que dejemos de besarnos.

Cuando me suelta, mis hermanos se abalanzan sobre él. Les brillan los ojos y sonríen ampliamente mientras lo mantean.

Mi padre tiene los ojos vidriosos.

Cualquiera que nos viera pensaría que acabamos de ganar el campeonato.

No saben que por un momento pensábamos que habíamos perdido a nuestro piloto número uno y que este es otro tipo de victoria que no aparecerá en ningún libro excepto en el nuestro.

La subida en el ascensor hasta su planta se me hace una eternidad. Solo vamos Racer y yo. Mi padre y mis hermanos se han quedado con el resto del equipo, asegurándose de que Kelsey siga en las mejores condiciones para la competición y descargándose los datos de la carrera para revisarlos. Nunca jamás he sido el tipo de chica que se obsesiona con un tío. Los chicos siempre han estado en segundo lugar en mi vida después de David. Sin duda, no era algo en lo que no pudiera dejar de pensar.

¿Pero este chico...?

Nunca creí que un hombre podría derretirme con una mirada o hacerme volar con una sonrisa.

El calor de su cuerpo se filtra a través de mi ropa. Me agarra por la cintura y me pega junto a él mientras subimos.

Me acerco un poco más y él me abraza con más fuerza, murmurándome al oído:

—¿Estás contenta con la clasificación?

Levanto la mirada con una sonrisa.

—Dímelo tú.

Sonríe porque lo sabe.

Niego con la cabeza, pues lo que siento va más allá de la felicidad: no se puede describir con palabras.

—Sabía que podrías hacerlo, pero ahí fuera te has enfrentado a mucho más que a una clasificación, al contrario que los demás —digo.

Le brillan los ojos de forma traviesa mientras me mira y desliza una mano por mi costado como si estuviera saboreando mi alegría.

—Eres una buena medicina —contesta con una sonrisa lobuna, y me da un beso en la cabeza.

Gimo y todo mi cuerpo se tensa por él.

Me acerca más a él y oigo la canción *Maps*, de Maroon 5, que está sonando en el ascensor antes de que este avise de que estamos llegando a la planta seleccionada.

Me empuja levemente con los dedos en la cintura cuando se detiene el ascensor y salgo, siguiéndolo a la habitación.

—Has estado increíble —afirmo en voz baja.

Sonríe lo bastante como para que aparezca el hoyuelo y le brillan los ojos.

—Pilotabas con todo tu ser, como si hubieras sacado toda la energía acumulada de los últimos días —continúo.

Le brillan los ojos de forma diabólica mientras abre la puerta y me guía al interior.

—No sabías si podrías hacerlo medicado y ¡mira lo que has hecho! —exclamo mientras cierra la puerta tras nosotros, se inclina y me estrecha entre sus brazos—. Has ganado, Racer Tate, y podemos hacerlo otra vez. Siempre que lo necesitemos.

Sonríe suavemente. Tiene un aspecto muy juvenil y hermoso mientras se echa hacia atrás y me mira a la cara.

—Me ha gustado volver a conducir ese coche. Me ha gustado pilotar. —Me acaricia las pecas del puente de la nariz con el dedo índice y mis pulmones empiezan a luchar por respirar—. Es agradable que tus hermanos sepan lo nuestro. Y lo mío. —Me recorre el cuello con el pulgar y avanza hacia abajo, hacia el inicio de la camiseta—. Y nada es más agradable que tú, Lana.

Los ojos de Racer arden y se me corta la respiración. Me arrincona contra la pared y tira del dobladillo de la cintura de la camiseta.

Siento que el corazón no me cabe en el pecho, porque descubrir que amas a un hombre tan complejo, excitante, exigente y absorbente... bueno, es complicado. No es que no me guste lo que conlleva, ni cómo el corazón me martillea el pecho, la sangre hierve con su cercanía o cómo se me endurecen descaradamente hasta los estúpidos pezones para saludarlo cuando está cerca.

Me encuentro en su habitación, temblando y ansiosa por sentirlo. Racer me come con los ojos mientras tira de la tela del top hacia abajo para dejarme en sujetador. Entonces, me lo baja y saca un pezón.

—Eres muy bonita. Lo sabes, ¿no?

Me sostiene la mirada mientras abre la boca y saca la lengua para trazar círculos alrededor de un pezón.

Contengo la respiración, muriendo por dentro mientras me ahogo en esos ojos azules, y tiemblo bajo la cálida lengua que me acaricia el pezón.

Trago saliva y ruego en un jadeo:

—No me tortures...

Me cubre el pezón con la boca, cierra los ojos como si no pudiera

soportarlo más y desliza la mano entre mis muslos. La coloca en mi sexo mientras me chupa el pezón y gimo mientras me toca por encima de las braguitas.

—Dámelo todo de ti —dice en un suave gruñido autoritario mientras me acaricia por encima de las braguitas con el dedo índice.

Sacudo y muevo las caderas hacia sus dedos. Sé que estoy fuera de control, pero, Dios mío, nunca había deseado tanto las caricias de alguien, los besos de alguien. Sencillamente, nunca había deseado tanto a alguien.

Su cuerpo vibra como si se estuviera conteniendo de hacerme otras cosas igual de perversas y placenteras. No quiero que se contenga. Me muevo contra sus manos y le recorro los brazos con los dedos mientras le beso la mandíbula.

—Racer —gimo, suplicante.

Él también lo hace. Entonces, desliza el dedo por debajo de las braguitas mientras me lame la oreja.

—Dios, nena, quieres correrte aquí mismo para mí, ¿no? Quieres abrirte para mí, nena —ronronea.

Asiento con la cabeza.

Sus ojos azules adquieren de repente una expresión de posesividad.

—Dime que eres mía —dice, instándome a tumbarme en la cama mientras empieza a abrirme los botones.

Estoy temblando.

—Racer... —digo.

—Di que eres mía, Lana.

Me mira y me ordena en silencio que lo diga. Tiene una mirada salvaje y sincera, tan perceptiva que sé que sabe que es verdad.

Trago saliva.

—De nadie más. Ya no eres de David. Dime que eres toda mía —repite, y tensa la mandíbula con necesidad y excitación—. Me dijiste algo en el hospital y quiero que me lo digas ahora que estoy bien, Lana.

Se mueve con los ojos brillantes mientras me acaricia el labio inferior con la yema del pulgar de tal manera que lo siento hasta en los dedos de los pies. Se inclina y me huele el cuello, luego me da un beso en los labios, con delicadeza, como solo él sabe hacer, antes de lamerme la comisura y echarse

hacia atrás para contemplar mis rasgos una vez más. Su voz suena ronca, áspera y masculina.

—Dime a quién deseas. Quién te mantiene despierta por la noche. En quién piensas cada segundo del día.

Apoya su frente en la mía y me sostiene la mirada. Su voz es profunda y grave cuando me envuelve el rostro con las manos al ver que se me saltan las lágrimas.

—Soy yo, nena —canturrea con ternura. Entonces, me acaricia la nariz con la suya y aparta la lagrima de la mejilla mientras me da un beso en ese preciso lugar. Luego vuelve a mirarme—. ¿Vas a pronunciar mi nombre?

Inclino la cabeza hacia su boca e intento dejar de temblar.

—Racer, bésame...

Coloca el pulgar sobre mis labios para silenciarme.

—Dímelo —ordena, mirándome—. Dímelo ahora.

Desliza la mano por mi nuca y me besa con firmeza y ternura, dándome un minuto antes de dejar la delicadeza a un lado para pasar a ser implacable.

—Para mí, tú eres —me susurra al oído— la única que me mantiene despierto por la noche, la protagonista de todos mis pensamientos.

Desliza una mano entre mis piernas, por debajo de la falda, mientras me captura la boca y me da un beso que me quita el temor, el dolor y el miedo de lo que sea que está pasando entre nosotros. Hasta que solo queda un sentimiento enorme y vibrante, que noto por todo mi cuerpo. Un fuego que me atraviesa, bajo la piel, en la piel, en las venas, en el vientre, en los pezones y en el cálido lugar que se encuentra entre mis piernas, que, de repente, está tan hinchado que me incomoda.

Me acaricia los tirabuzones.

Gimo.

—Mírame. Mírame, temeraria.

Lo hago.

Me besa, me enjuga las lágrimas y con el rostro salvaje me penetra.

—Qué sensación tan agradable. Quiero quedarme aquí. Quiero abrir un camino hasta tu maldito corazón.

—No pares. —Lo aprieto contra mí y susurro—: Racer, en el momento en que escribiste tu nombre en mi lista, te llevaste mi corazón.

—Dilo otra vez —contesta, embistiéndome.

—Racer Tate.

—Otra vez, Lana. Joder, quiero que me mires cuando lo digas.

—¡Tú! ¡Tú, Racer Tate! —susurro sosteniéndole la mirada. Nadie en la vida me ha mirado con tanto amor ni tanta pasión, ni me ha hecho experimentar las mismas emociones. Continúo—: Soy tuya, Racer. Tuya y tú eres mío.

39. Libertad

Lana

Pasamos la mayor parte del tiempo libre juntos en Malasia, Singapur y Japón.

Racer y yo visitamos todos los museos del automóvil de todas las ciudades donde estuvimos durante el mes y medio pasado. Le encanta decirme las características específicas de cada coche y siempre le digo en broma que esa es la razón por la que nunca ha tenido novia.

No creo que ninguna chica se hubiera excitado al oír hablar de tubos de escape y carburadores, pero tiene suerte de que yo lo considere una charla lasciva.

Aunque no por las palabras, sino por el tono de voz que emplea cuando habla de ello y cómo se emociona con los coches y la velocidad.

No es sorprendente, ya que es un maldito piloto de Fórmula 1.

Tampoco me sorprende que dar una vuelta en coche por cada ciudad se haya convertido en una costumbre.

Nos gusta pasear en coche, ver los lugares de interés en nuestros días libres y escuchar música que nos gusta mientras callejamos con la sensación de libertad.

Nos detenemos en todos los lugares que nos llaman la atención. Por regla general, siempre damos una vuelta en coche, al menos una vez a la semana, sin destino en mente. Una vez, Racer se detuvo junto a una enorme mansión de tres plantas junto al mar y aparcamos justo enfrente simplemente para

observarla mientras hablábamos durante horas de nuestra vida.

Le hablé de mi madre y de que jamás querría formar una familia para abandonarla más tarde. Racer me contó que, a pesar de su carrera, esperaba poder echar raíces con su familia como hicieron sus padres cuando era un niño.

Incluso conduje un par de veces. Me está dando «clases», aunque casi siempre me frunce el ceño cuando cambio de marcha demasiado pronto y hago chirriar el coche.

—Nena, estás matando al vehículo —dijo entre risas, con el ceño fruncido.

—¡Lo estoy intentando! —contesté sin dejar de reír.

Me sorprendió que me dejara conducir. Simplemente me pasó las llaves y dijo:

—Conduce.

—¿A dónde? —pregunté, emocionada.

—A donde nos lleve el viento.

Sonreí, encantada de explorar el mundo con él.

Nos detenemos a almorzar en cualquier lugar que nos llama la atención. Racer come mucho, pero muy sano, y estoy tratando de hacer lo mismo por mi bienestar y darle a mi padre algunos consejos de comida saludable. Trato de hacer más ejercicio simplemente porque salir con un chico que está tan en forma que se le tensa la piel sobre los músculos hasta el punto de que apenas puedes pellizcar un milímetro de esta solo hace que te des cuenta de lo flácido que es tu propio cuerpo.

Racer dice que le gusta así, por lo que no me preocupo tanto cuando va al gimnasio y yo me quedo en el hotel para organizar los vuelos y las futuras reservas del equipo.

Normalmente anoto las confirmaciones de las reservas en un montón de pósits y blocs del hotel, pero últimamente me he dado cuenta de que escribe su nombre en todas las hojas solo para molestarme.

Por las noches negociamos el tipo de películas que vamos a ver. A él le gustan las series y a mí las películas con argumento rápido, así que normalmente alternamos un episodio de una serie con una película. Veo *Sense 8* con él y él, *La proposición*.

—Estoy aprendiendo a apreciar las ventajas de ver estas películas contigo, nena —me confió una vez después de que acabara una película y tuviéramos un momento de revolcón total.

—¿Por qué? —pregunté, sin aliento.

—Te pones muy tierna y romántica. Suave y ansiosa por mí —contestó con una sonrisa.

Yo gruñí y le golpeé el pecho.

—¡Eres tan tío!

—Eso es bueno, teniendo en cuenta que te gustan los tíos.

—Me gustas tú —le susurré, incapaz de decir nada más porque su boca me distrajo demasiado.

He vuelto a vivir la vida completamente. Con él, cada momento es importante, hasta los ridículos y absurdos, como cuando nos apresuramos a vestirnos por la mañana.

Ahora, lo observo montarse en el coche, preparado para la carrera de Japón, y me limito a esperar la mirada que siempre me lanza antes de arrancar. Es solo un vistazo, pues sus ojos son lo único que veo a través del casco. Solo sus ojos, conectados con los míos antes de cerrar la visera y, a continuación, oigo el fuerte estruendo del motor del coche antes de chirriar en la pista.

40. Gran Premio de Estados Unidos

Lana

Después de darles una paliza a nuestros contrincantes en Singapur, Malasia y Japón con dos podios —en segundo y primer lugar—, llegamos a suelo estadounidense.

Siempre me ha gustado viajar de circuito en circuito, pero tengo debilidad por el Gran Premio de Estados Unidos simplemente porque me siento como en casa, aunque ya llevemos viviendo en el extranjero varios años.

Estamos cerca del final de la temporada, listos para el Gran Premio de Estados Unidos en el Circuito de las Américas, en Austin, Texas.

Paseo por las gradas con Racer antes de la carrera y él me señala a su gente mientras lo saludan con la mano o están demasiado ocupados buscando asiento.

—Esos son Melanie y Grey, una pareja de amigos de mis padres.

Señala a una rubia bonita y a un hombre de cabello oscuro y aspecto distinguido con un traje negro.

—Y esos son otros amigos.

Señala a una mujer de cabello negro con un chico que lleva un pendiente con un diamante.

—Pandora y Mackenna. Y esa es su hija Eve.

Señala a una chica de cabello oscuro que parece tener cerca de treinta años y luego a una joven que está de pie a su lado.

—Y su otra hija, Sophie.

Mueve el dedo por el pasillo en dirección a otra pareja: él parece que tiene unos cuarenta años y ella se ve un poco más joven, con el cabello de color miel claro.

—Ese es Maverick. Es boxeador, como mi padre. Tiene el récord de victorias y todavía está en la cima. Su mujer es Reese. Fue mi niñera.

—¿En serio? —Me río.

—De verdad.

—Es guapísima. ¿Te enamoraste de ella? —pregunto, tratando de evitar que los celos se reflejen en el tono de voz.

—*Nah*. Pero ella se enamoró de mí. —Sonríe y observamos que, de repente, se acercan a saludar. Racer nos presenta.

—Encantada de conocerte, Lana —dice Reese sin dejar de mirarme con esa sonrisa de complicidad que me hace moverme con ligera inquietud.

—Probé tu teoría el otro día —le comenta Racer a Maverick, y este levanta las cejas con un interés instantáneo.

—¿Y? —pregunta Maverick.

—Estaba más que listo para comerme a mis competidores. —Racer retuerce la boca en una sonrisa irónica mientras me lanza una mirada expresiva—. Pero no voy a volver a sacrificar tiempo con mi chica.

—Solo cuando importe. —Maverick se coloca a su lado y baja la voz para que no lo oiga—. Además, la celebración con tu chica después es muy dulce.

—Sí, pero tengo intención de celebrar la victoria de este campeonato llevándola al altar con un puto vestido blanco.

—¡Guau! Míralo —exclama Reese con asombro. Obviamente escucha la conversación, como yo. Me confía en un susurro—: Nunca ha querido casarse.

Eso me sorprende, pero luego noto la mirada azul intensa de Racer fija en mí, como si tuviera curiosidad por lo que yo respondería a eso, así que le dirijo la pregunta a él:

—¿Por qué no?

Una chispa traviesa aparece en sus ojos.

—No quería que nadie tuviera que lidiar con mis mierdas.

—Y ahora, ¿qué ha pasado?

—Te conocí a ti y quise cuidarte.

Me muerdo el labio y veo a Reese tomar la mano de Maverick y alejarlo mientras Racer continúa mirándome como si no estuviéramos en el circuito, como si nadie, excepto nosotros, estuviera aquí.

—Y me conocía lo bastante como para saber que por una vez que necesitara que fueras paciente conmigo, yo sería cien veces paciente contigo. —Tensa la mandíbula cuando la pasión, la lujuria y el amor brillan en sus ojos—. Nunca he amado algo tanto en mi vida de la forma en que te amo a ti. Mi temeraria. Me miraste con ese par de ojos... y no he sido capaz de ver nada más. Brujilla, echaste por tierra mis planes de soltería.

—Racer. —Me río y me recorre con el pulgar el dorso del brazo mientras empieza a guiarme hasta la carpa.

Me estremezco de la cabeza a los pies, de lado a lado. Incluso siento leves y deliciosos escalofríos por todo mi interior.

Su madre le comenta algo a su padre cerca de la carpa y él sonríe y se ríe. Es una versión mayor de Racer, un poco más ancho, con los ojos azules tan oscuros como los de su hijo, dos hoyuelos y algunas canas en las sienas. Se me hace un nudo en el estómago por el anhelo de tener algo así. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que deseo lo que sus padres tienen.

—Tu padre está buenísimo.

Racer explota en risas y luego me lanza una mirada celosa.

—Gracias, pero no necesitaba saber eso.

—Bueno, es cierto.

Sonríe y niega con la cabeza. Me resisto a la urgencia de extender los brazos, cogerle los dedos y tirar de él para besarlo y decirle que eso es lo que quiero con él, la relación que tienen sus padres, y que nunca en la vida lo había deseado de esta forma.

Mientras caminamos, su madre me mira y se aleja de su padre.

Me estudia mientras se aproxima y, en parte, me siento vulnerable, ya que ninguna mujer, ninguna figura materna, me ha escudriñado de esa manera antes. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve noticias de mi madre y ella nunca me miró a los ojos, mis expresivos ojos según Racer, para tratar de averiguar qué me pasaba.

Con la mirada puesta en mí, comenta:

—Remy me dijo que estuviste con Racer en el hospital. Gracias por cuidar de él.

—Oh, Dios, no es necesario que me lo agradezca.

—Sí, bueno. —Sonríe levemente—. Sé que asusta.

Asiento con la cabeza y agacho la mirada.

—Podría decirte que siempre merece la pena, pero a veces es duro, es duro para los dos. Él quiere ponerse mejor y tú quieres que él se ponga mejor, y a veces no hay nada que ninguno de vosotros pueda hacer para surfear la ola. Y esto es una ola que pasa. Y cuando lo hace, el agua vuelve a estar en calma y ves el reflejo de lo que tienes; ahí es cuando vale la pena. Cada ola vale la pena porque una ola no refleja lo que es todo el océano.

Se me saltan las lágrimas y me las enjugo.

Echo un vistazo a Racer y lo veo sentado con su padre. Lleva el traje de carreras, que le cubre los anchos muslos, y las mangas atadas a la cintura.

Quiero ir con él, abrazarlo y decirle que no puedo negarlo, que es mi chico, que no podemos elegir las pruebas que nos va a hacer pasar la vida, que lo único que podemos hacer es tener la esperanza de que las superaremos todas y aferrarnos a quienes nos importan, a quienes amamos y nos aman. Quiero decirle que tal vez no me lo merezca, que no soy tan fuerte como su madre, pero que quiero serlo, que quiero aprender.

—Eres una chica dulce. Más fuerte de lo que piensas —afirma su madre.

—Es solo que las desgracias no vienen solas. Nunca es una única ola, siempre son dos o tres. Mi padre...

Trago saliva y se sienta a mi lado, colocando una mano sobre la mía.

—Puedes hablar conmigo, de verdad.

—Gracias. —Se me vuelven a saltar las lágrimas y vuelvo a limpiarlas.

Nos mantenemos en silencio por un instante mientras Racer se acerca con su padre.

—Señor Tate —saludo, y me pongo en pie.

—Creo que podemos pasar a la parte en la que me llamas Remington. — Me estrecha la mano.

—O papá. —Oigo la ronca voz de Racer.

Siento que se me abre la boca por la sorpresa, tal vez un poco por la excitación, y cuando me mira con un brillo primitivo y oscuro en los ojos, me

ruborizo.

Su padre le da una palmada en la espalda.

—Estás en un lío —le susurra a Racer, guiñándole el ojo.

De repente, Racer me mira de una forma tan posesiva que siento una embestida. Me siento un poco... jodida, en el buen sentido. Se mueve hacia mí y el calor de su cuerpo me envuelve mientras observamos los demás coches del circuito y sus padres se dirigen a su asiento.

—He hablado con tu madre.

—Lo sé.

—Me he puesto en evidencia. Me he puesto muy sensible.

—Qué suerte tiene. —Su voz es baja y ronca, tierna.

Me río.

—Estoy tan enamorada de ti... más que nunca. Estoy obsesionada contigo, Racer. Con todo lo que tiene que ver contigo. Tu cuerpo atractivo, tus preciosos ojos, tu seguridad y lo divertido y bueno que eres —digo sin aliento ante mi confesión—. Y estoy asustada de verdad.

Él maldice por lo bajo y se ríe levemente. Se pasa la mano por su preciosa cara antes de mirarme de reojo, con esos ojos azules brillantes, mientras extiende el brazo y me abraza. Me coloca a su lado y me mira a la cara.

—Lo habría dado todo por escucharte decir eso.

—¿Todo? —pregunto con el ceño fruncido.

—Todo.

—El campeonato no —bromeo.

—Eso no, si no... ¿con qué impresionaría a mi chica?

—No necesitas impresionarme.

Extiende la mano para frotarme el pulgar con el suyo. Levanto el dedo índice y lo toma en el suyo, luego me acerca a él. Entonces me envuelve la mano con la suya, grande.

Su hermana se acerca y Racer hace señas.

—Y esa es mi hermana, Iris, como ya sabes. Un auténtico grano en el culo —dice mientras se acerca y le despeina el cabello. Ella le frunce el ceño, pero su mirada expresa amor.

—No hay nada tan excitante como este hombre, pero es absolutamente desquiciante. No sé cómo lo haces —afirma.

—Yo me hago la misma pregunta y no obtengo respuesta —admito entre risas.

—¡Racer! —le grita a su familia. Los oímos desde las gradas, donde mis padres y yo nos encontramos en la zona de *boxes*, esperando a que Racer se pese y que se anuncien los resultados oficiales.

«El piloto novato estadounidense Racer Tate ha atraído a una multitud hoy en el Gran Premio de Fórmula 1, en el Circuito de las Américas, y con el primer puesto que acaba de conseguir, está sucediendo algo formidable, y es que la escudería ganadora en la mayoría de los campeonatos de Fórmula 1 tiene algo por lo que preocuparse...», dice el comentarista. Sonríe para mis adentros, con el pecho henchido de orgullo mientras finalmente se baja de la báscula, se quita el casco y viene directo a mí.

Ya estoy de puntillas, esperando el rápido beso en los labios que siempre me da antes de dejar que el resto del equipo lo abrace y lo felicite.

Pero esta vez me agarra de la mano y me dirige hacia la multitud.

—Vamos a salir a cenar. Todos. Yo invito.

La cena con su familia transcurre de forma divertida y deliciosa, pero también es un poco frenética. Estamos en un famoso asador de Estados Unidos comiendo proteínas y carbohidratos como si estuviéramos muertos de hambre. Ocupamos casi la mitad del restaurante y mis hermanos y mi padre intentan conocer a sus padres y su hermana, por lo que apenas veo a Racer; ambos estamos demasiado preocupados por nuestros padres como para poder prestarle atención a nada más.

Racer termina dirigiéndose hacia donde están mis hermanos y tengo la oportunidad de hablar con Iris, que me cae bien al instante, no solo porque se parece a él, en versión chica, sino porque de verdad parece dulce y que se preocupa por él.

—Papá nos dijo que ayudaste a mi hermano cuando estuvo en el hospital.

Creo que eso dice mucho de ti —comenta. Todavía parece tratarme con cautela.

—Lo habría matado si no me lo hubiera dicho —admito, frunciendo el ceño ante la mera idea mientras nos comemos el mejor bistec con patatas que he probado en años.

—¿De verdad? —Se ríe—. A la mayoría de las chicas les traerían sin cuidado esas cosas. Conozco a chicas de veintidós años que solo salen de fiesta y a divertirse, no son tan resueltas como él.

—Yo no soy como la mayoría. Además, lo amo —admito, enfatizando lo último.

Después de eso, parece animarse conmigo.

—¿Es intimidante? —Echa un vistazo a su hermano mayor con una mirada cargada de amor, pero parece que quiere sacar más temas de conversación—. Conmigo tiene una actitud intimidatoria, siempre ha asustado a los chicos que se me acercan —se queja—. Incluso le prometí que algún día, cuando le gustara de verdad una chica, yo también la asustaría. Pero no quiero asustarte a ti. —Se detiene y suaviza la voz—. Eres buena para él. Nunca lo había visto tan colgado por una chica. Nunca ha estado con la misma más de una o dos noches.

Su mirada se vuelve melancólica y se me derrite el corazón en el pecho. Luego Iris añade entre risas:

—Pero por el bien de mi orgullo, porque una vez asustó a un chico que realmente me gustaba, tengo que decir que al menos traté de asustarte. Así que, por favor, que sepas que es un mandón. Y está tan seguro de sí mismo que es irritante, porque yo soy bastante rara y todo lo contrario.

Estallo en risas.

—No eres rara, ni lo más mínimo. —Creo que es encantadora y honesta. Me habría encantado tener una hermana como ella para equilibrar a mis tres hermanos, pero ahora cuento con un grupo de matones para mí solita—. ¿Por qué asustó al chico que te gustaba? —pregunto, confundida.

—Porque no era lo bastante bueno para mí. Dijo que si le hubiera importado, habría sido imposible asustarlo.

—*Mmm* —musito, apretando los labios, terriblemente entretenida con las cosas de mi protector Racer—. Bueno, estoy de acuerdo contigo —digo, «y con él», pienso para mí misma, tratando de mantener activa la conversación

—. Es un abusón, presumido y muy mandón —afirmo, y observo que Racer levanta las cejas al otro lado de la sala, por lo que sé que ha escuchado cada palabra de lo que he dicho. Me guiña con orgullo, como si todo eso fuera algo bueno.

—Acaba de escucharlo y me ha guiñado un ojo —le digo a su hermana.

Ella gime, echa un vistazo hacia atrás y Racer también le guiña un ojo. Iris se ríe y se gira hacia mí.

—Sí. Ese es mi hermano. Aunque digas lo peor de él, siempre se enorgullecerá como si estuviera hecho de oro.

Me río y, entonces, le confío:

—Lleva mucho tiempo queriendo que admita que es el mejor piloto del mundo, pero no cedí ni un milímetro hasta hace poco.

—Bien por ti. Ahora prepárate para que haga que te cases con él. Lo ha estado anunciando desde que te conoció.

—Oh, guau, ¿en serio?

—¡Sí! —grita.

Creo que estoy como un tomate porque me están empezando a arder las mejillas, el cuello y toda la cara, al igual que el resto del cuerpo. Es la primera vez en mi vida que siento este revoloteo de mariposas en el estómago solo de pensar en casarme con Racer Tate, de que de verdad me convierta en su mujer y que le diga a todo el mundo que planea hacerlo.

Si su hermana piensa que se saldrá con la suya...

Me haré la dura, pero en el fondo de mi corazón y de mi alma, que está tan profundamente conectada con la suya que es escalofriante, esperaré con desesperación que lo haga.

Tras una noche divertida, regresamos al hotel y noto que mi padre parece agotado.

—Papá, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy disfrutando de cada momento.

Le lanzo una mirada suplicante a Drake.

—Vamos a descansar. Demasiada emoción no ayudará a mantenerte con

fuerzas —le dice mientras salimos del ascensor en nuestra planta.

—Creo que la emoción me está ayudando —bromea papá.

Me río. Y cuando lo llevamos a su habitación, nos despedimos y nos marchamos. Racer me agarra la mano y me da un apretón. Ha notado mi preocupación y mi inquietud.

—¿Cuánto tiempo le queda? —pregunta.

—No sé. No nos lo dijo y les prohibió a los médicos que lo hicieran. Es cáncer, pero no quiere tratamiento. —Niego con la cabeza—. Dice que no quiere sentirse enfermo el tiempo que le queda de vida. Pero los médicos dijeron que tenía muchas probabilidades de curarse si se trataba, simplemente es cabezota.

—Conozco a alguien así —dice con voz tierna.

—¿En serio? Yo también. —Sonrío porque, obviamente, me refiero a él y Racer también sonrío. Esa risa con el hoyuelo y su presencia me hacen sentir mejor.

Drake una vez me dijo que tenía que respetar los deseos de mi padre, que hay que saber dejar marchar a los seres queridos cuando estén preparados y que yo también necesitaba aprender a hacerlo. Pero es como si te estuvieran arrebatando algo que quieres con todo el corazón. La verdad es que los seres humanos se aferran mucho a lo que aman y eso solo duele más.

No importa lo que yo quiera.

En realidad no, no en este tipo de cosas. Así que simplemente me digo a mí misma que yo también disfrutaré de cada momento porque el día que se marche mi padre, mis hermanos y yo e incluso mi inmortal Racer Tate, siempre nos llevaremos esos momentos con nosotros.

Lo sigo a su habitación; parece más práctico que nos quedemos donde tiene todo su equipo de carreras, etc. Además, me gusta estar en sus dominios y sentirme... bueno, segura y bienvenida.

Racer hurga en su bolsa de lona y saca el bote, lo abre para sacar una pastilla y se la toma con medio vaso de agua.

—¿Ahora la tomas todos los días? —pregunto mientras aparta el bote y se quita la camiseta de un tirón. Su perfecto y cincelado pecho masculino queda a la vista.

—Me siento bien, como si fuera de oro. —Se cruje el cuello de lado a

lado, estira los brazos y luego los deja caer cuando se da cuenta de que me lo estoy comiendo con la mirada. Con los ojos brillantes, levanta las cejas—. Especialmente porque te tengo justo aquí.

Empieza a dibujar una sonrisa y extiende el brazo para estrecharme contra su pecho. Me pongo de puntillas con avidez y Racer me levanta más y me besa como solo él sabe hacer.

41. Preparándome

Racer

Estamos en México, solo nos queda Brasil y luego la final en Abu Dabi. Estoy preparado para aguantar una buena lucha por el campeonato y salir temprano por la mañana al circuito con mi chica a mi lado cuando un grupo de fans me ve en el vestíbulo del hotel.

—¡Ay, Dios, es Racer Tate!

—¡Dios mío, Racer!

—¿Puedes darme un autógrafo?

—Sí, claro.

Le cojo el boli y hago lo propio. Luego repito la misma operación con la otra chica.

—Eres mi piloto favorito —dice con entusiasmo.

A mi lado, Lana se pone celosa.

—Qué encanto de chicas —comento mientras salimos.

Ella frunce los labios.

—Parece que creen que soy un buen piloto —señalo.

—Pues cástate con ellas.

Le recorro las mejillas con los nudillos y chasqueo con la lengua mientras niego con la cabeza de forma sombría. Sí, quiero que sepa que es ella con la que voy a casarme y nada va a cambiar eso.

—No puedo hacer eso. En el momento en que nací me comprometieron

con la primera chica que se chocara contra mi Mustang cereza.

Lana se mordisquea el labio y sé que está haciéndolo para evitar sonreír. Amo a esta chica con locura. No me canso de su aroma, de sentirla, de saborearla, de tomarle el pelo, de hacer que abra mucho esos ojos verdes de sorpresa o placer, y especialmente de amor y lujuria por su hombre. Su hombre, es decir, el maldito Racer Tate.

Me estoy preparando para las próximas carreras, hago más ejercicio. Intento dormir mejor, comer bien, mantener a mis demonios a raya y no tener más sorpresas.

Voy en segundo puesto en la clasificación.

Parece que sus hermanos llevan mejor mi relación con Lana.

He llegado a admirarlos, a apreciar a su familia. No quiero decepcionarlos. Joder, no quiero decepcionar a mi propia familia, ni a mí. Y sobre todo... quiero que mi temeraria siempre tenga razones para estar orgullosa de mí.

42. Él

Lana

Dicen que el tiempo vuela cuando te lo pasas bien, pero creo que pasa el doble de rápido cuando estás enamorada.

Sin darnos cuenta ya estamos en Abu Dabi... y han sido unas semanas de locura entre entrevistas, libres, clasificaciones y carreras.

Noches cargadas de besos y lametones y días de combustible y carburadores.

Le dije a mi padre que dejaría de reservar habitaciones para mí porque me estaba quedando en la de Racer... y a él le pareció bien.

Cuando salimos con mi familia cogidos de la mano, noto que Racer, para mostrarle respeto a mi padre, no lo hace delante de él.

Pero también sé que mi padre nos observa con una expresión de alegría en la cara, una expresión de paz casi como si... estuviera feliz por mí.

Como si quisiera esto para mí y nunca lo hubiera sabido.

Tal vez yo tampoco.

Perder a alguien que amas te marca como nunca habrías imaginado hasta que sufres las secuelas, luchando por sanar ese enorme agujero.

Aún recuerdo el día que murió David, demasiado joven; demasiado pronto. Recuerdo que no pude llorar durante el primer par de minutos cuando mis padres me dieron la noticia porque estaba chillando. Estaba sollozando, meciéndome en el suelo, abrazada a mí misma, y no podía dejar de estremecerme, pero las lágrimas no salían. Los sonidos que emitía eran

mucho más desgarradores, expresaban mucho más que tristeza. Sentí que se me rompía el alma y el espíritu. Estaba completamente conmocionada, mi cerebro buscaba frenéticamente una forma de demostrar que la naturaleza se equivocaba. Buscaba una forma de apartarlo todo, de que no fuera cierto. Ese día perdí el sentido de la esperanza y la fe que llevamos en nuestro interior, esa sensación de que todo saldrá bien.

Algunos dicen que esa esperanza y fe es infantil y que perderlas forma parte de madurar. Pero yo creo que todos, hasta los adultos, llevamos en nuestro interior ese sentido de la esperanza y la fe en la vida y en nuestra seguridad. La muerte es uno de esos acontecimientos que nos hace dudar de dicha esperanza. Nos hace abandonar la fe.

Me llevó mucho tiempo recuperar esa fe. Tras unos meses de depresión, me di cuenta de que aceptar lo que hay, lo que ha habido y lo que habrá es lo único que nos da paz.

Aunque recuperé la fe en mi vida, no la recuperé en el amor. En que alguna vez podría amar así de nuevo. Un amor diferente al que sentimos por nuestros amigos y familiares; pasional, profundo, arrollador, erótico... La vulnerabilidad más profunda que cualquiera pueda experimentar.

Las razones por las que el amor nos brinda una paz, satisfacción, realización y alegría increíbles son las mismas razones que hacen que el amor sea tan peligroso y, en última instancia, tan doloroso. El amor requiere aceptación de una parte y de otra, la creación de armonía y equilibrio mediante la admisión de nuestra propia vulnerabilidad.

Cuando perdemos a los seres que amamos, aquellos a los que amamos nos hacen daño o nosotros hacemos daño a los que amamos, sentimos un dolor más profundo que cualquier otro. Porque hiere la expresión de la emoción humana más pura, inocente y poderosa: el amor.

Cerré mi corazón después de aquel día porque necesitaba sanar, y eso hice. Mi confianza en el universo, en la vida y en que todo saliera bien quedó completamente destrozada. Estaba segura de que nunca me permitiría volver a ser vulnerable, dejarme amar y ser amada.

Y así fue.

Hasta que vi los ojos azules más atractivos que he visto en la vida. Hasta que conocí a un hombre que me tocó como si estuviera hecha de cristal. Que me recorrió la piel con sus dedos como si fuera la seda más fina. Que me

miró a los ojos sin juzgarme, sin dudas, ni nada más que aceptación, alegría y amor.

Creía que jamás encontraría algo como esto de nuevo y mucho menos que podría superarlo. Siento que casi me estalla el corazón cuando me tumbo en la cama abrazada a este hombre, que me sostiene contra su pecho, protegiéndome del mundo con su cuerpo. Se extiende sobre mí como si fuera mi escudo.

Siento ternura detrás de cada mirada que me lanza, cada sonrisa, cada caricia y cada beso.

Hasta cuando duermo noto la gran adoración que siente por mí, lo que lucha por mí, lo que me aprecia. Y me entran ganas llorar.

Y así lo hago.

Empiezo a sollozar en silencio debajo de él porque nunca jamás creí que nadie me miraría como lo hace él.

Siento que me tiembla el cuerpo y tengo la mirada borrosa mientras cierro los ojos y me estremezco. Lloro porque estoy muy agradecida y feliz. Me hace muy muy feliz.

Entonces se despierta con el cabello despeinado, hecho un hermoso desastre, y con los ojos de un cálido y suave tono azul de recién levantado.

Me mira e inmediatamente me envuelve el rostro con las manos rostro y me acaricia la húmeda mejilla con la nariz.

Sus enormes manos casi me tapan toda la cara, pero me sostienen con tal ternura que me provoca más dolor en el corazón.

—Oye, oye, estoy aquí, nena... —me dice al oído, tomándome entre sus fuertes brazos y apoyando mi rostro en su cuello.

Rueda sobre su espalda y me sostiene ahí, llorando en silencio sobre él.

No sé qué me está pasando, pero no puedo dejar de llorar.

Lloro por mi madre. Porque dejó nos abandonó a mi familia y a mí.

Lloro por mis hermanos, que desde el día en que nací me han llevado, alimentado y prácticamente criado junto con mi padre.

Lloro por mi padre. Sollozo por mi padre. El único de mis progenitores que me queda. Que me ha amado con todo el alma, de forma feroz y por completo. Lloro por él, lloro porque pronto me quedaré sin él. No le veré el rostro, ni oíré su voz, ni dejaré que me abrace. Lloro porque sé que estoy

perdiendo a mi padre y eso me parte el alma.

Y, por último, lloro por mí. Llora por Lana. Porque después de todo lo que me ha pasado, de todas las experiencias que he tenido el placer de vivir, no cambiaría nada. Porque me ha llevado a este momento, a él.

A Racer.

Entonces, me oigo a mí misma pronunciar las siguientes palabras:

—Racer, te amo.

Levanto la mirada desde donde le he besado, en los firmes labios, y me encuentro con sus ojos azules, vívidos y brillantes. Y, por primera vez, me doy cuenta exactamente de a lo que se refiere este hombre cuando dice que mis ojos son expresivos. Porque justo ahora, los suyos también lo son.

Es como si estuviera mirando a través de un cristal azul brillante con estrellas. Sé que es feliz.

Solo puedo decir que ni en mis mejores sueños he estado tan enamorada.

43. Vale, número 38

Racer y Lana

Racer

Ha llegado la hora de la verdad. Hoy es la carrera de Abu Dabi donde competiré por la victoria del campeonato. Nunca han apostado tanto por mí y nunca he tenido tantas ganas de quedar primero. Joder, me encanta ganar, pero esta carrera no es solo por mí. Es por Lana y su familia.

No duermo, ni siquiera lo intento.

Me siento a gusto en el coche, estoy contento.

Me siento genial con Lana tumbada en la cama, profundamente dormida después de que anoche me dijera que me amaba. Ya lo había dicho antes, en el hospital, pero parece que tiene más importancia cuando lo dice sin más.

Llamo a mi padre una vez Lana se despierta y se mete en la ducha. Echo un vistazo por la ventana. Observo Abu Dabi cuando descuelga.

—Estoy entusiasmado —afirma mi padre.

—¿Vas a ver la carrera?

—Van a venir unos amigos para verla todos juntos. Maverick, Reese, Melanie, Greyson, Pandora y Mackenna.

Sonrío porque sé que todos van a animarme.

—Racer —dice mi padre.

—¿Sí?

—Ten cuidado.

—Sí, lo tendré.

—Y... ¿Racer?

—¿Sí?

Se hace un silencio antes de que mi padre gruña:

—Machácalos.

—He aprendido del mejor —contesto y cuelgo.

Llegamos al circuito. Los fotógrafos siguen haciéndome fotos en todos los lugares a los que voy. Los ignoro y me centro solo en lo que se me viene encima y en Lana.

Está preocupada por mí, lo sé.

Una vez perdió a la persona a la que amaba y, aunque soy consciente de que sabe que no nos habríamos encontrado si no fuera por eso, le duele, y a mí me duele saber que le da miedo perderme.

No me perderá nunca.

—No me va a pasar nada —le digo cuando noto la mirada de preocupación en sus dulces ojos verdes.

Abre la boca como para contradecirme y luego frunce el ceño de la forma más dulce que un ser humano pueda hacer y que estos ojos hayan visto jamás.

La acerco a mí por los hombros, con la voz seria. Hostia, sé que no puede evitar tener miedo, pero yo no puedo evitar querer tranquilizarla.

—Lana, mírame. ¿Crees en mí?

Le doy un apretón con el deseo de que sepa que nunca la dejaría. Que lucharía a muerte por mi temeraria. Que por ella lucharía día a día cada vez con más ímpetu contra mis propios demonios.

—Creo en ti. Lo que me asusta es todo lo que sucede a tu alrededor y que no puedes controlar —contesta, y frunce el ceño más profundamente por la preocupación.

Le sonrío para transmitirle ternura; mi pecho es blando aun cuando mi determinación es puro acero.

Le tiro suavemente de la barbilla y mantengo la voz baja por ella.

—Me dedico a lo que me encanta por la persona a la que más amo. Soy el hijo de puta más afortunado del planeta.

Sonrío y le doy una palmadita en el trasero, hermoso, para recordarle a quién pertenece antes de dirigirme a la reunión de pilotos. En silencio,

concentrado. Todos esos parches que llevan en los trajes son de patrocinadores; mi objetivo es que cuando gane, Lana los clasifique, los examine y elija los que le gusten.

Lana sigue organizando la ropa y el desayuno de todos. Nos cuida a todos. Cuando esto acabe, quiero cuidarla a ella para variar.

Me reúno con Adrian para discutir la estrategia.

—Si tienes algo que aportar, dilo ahora. No te calles —dice Adrian.

—Nunca lo hago.

—Bien.

—Normalmente las escuderías tienen varios pilotos que se ayudan entre ellos, se proporcionan apoyo y opinan sobre el circuito. Nosotros nunca nos hemos podido permitir eso. Toda la información que tenemos sobre el circuito procede de ti y solo de ti...

—Lo pillo.

—Conseguiste la segunda posición. Vigila al cuarto y al tercero en la salida; tratarán de adelantar un puesto.

—Será mejor que el primero me vigile a mí —contesto.

Agarro el casco, las botas y el traje de carreras, consciente de que esta será la última vez del año que me los ponga para una carrera. Esta puta carrera es por mi chica. Esta victoria es por ella y por la familia que creyó lo suficiente en mí.

También es por mí.

Porque, joder, esta mierda me gusta demasiado.

Me cambio en la autocaravana y la encuentro fuera, sentada junto a su padre, mientras bajo los escalones.

Sonríe y se aproxima, algo más nerviosa de lo que estaba hace unos minutos.

—Después de hoy, no podrás decirme que no soy el mejor piloto del mundo.

La miro con seriedad, y ella frunce los labios, emocionada.

—Muéstrale al mundo tu talento, Racer Tate —dice en voz baja con los ojos muy abiertos; reflejan esperanza, nerviosismo y amor.

La agarro por la nuca y la acerco a mí para besarla apasionadamente en los labios.

—Eso está hecho—contesto y sonrío, porque es una promesa.

Lana

Se dirige hacia la pista sin ni siquiera echar un vistazo a su alrededor para observar la competición. Es como si pensara que no vale la pena perder el tiempo en eso, o como si simplemente estuviera muy concentrado en la carrera y lo único que le importara ahora es el coche que tiene delante. Me encanta cómo lo acaricia con una mano, frunciendo el ceño, concentrado mientras les pregunta a mis hermanos lo que han hecho para cambiar la configuración.

En las carreras, el talento te puede llevar lejos, pero no puede compensar lo que un coche es incapaz de hacer. Así que nuestro trabajo consiste en asegurarnos de ofrecerles a nuestros pilotos el vehículo más efectivo con la configuración más adecuada para cada circuito, que cambia teniendo en cuenta el calor, la longitud de los tramos, si ha llovido hace poco o no...

Está tan *sexy* como el mismísimo diablo con el traje de carreras; ese magnífico corte le realza la estrecha cintura, las largas piernas y los anchos hombros.

Los comentaristas de la carrera discuten sobre los competidores del año y pillo algo de lo que dicen sobre HW Racing.

«Lo que esta escudería está haciendo es increíble. Está luchando contra los grandes. Este equipo no tiene tantos recursos como los demás. Es una escudería pequeña que ha contratado al novato adecuado, un piloto de carreras callejeras estadounidense y sin experiencia... ¡Con resultados excepcionales!».

«¿Sabes? Cuando al principio de la temporada anunciaron a Racer Tate, creo que nadie esperaba verle en ningún podio y mucho menos subirse a la mayoría de los podios desde que empezó... Estamos hablando de un joven piloto con muchísimo talento. HW Racing nunca ha configurado los coches *con tanto ahínco como ahora están haciendo con él. Parece que sabe exactamente lo que quiere que el coche haga...*».

Suspiro mientras comenzamos a hacer lo de siempre. Me pongo la gorra, deslizo la cola por la apertura de la parte trasera y compruebo que mi padre se la ha puesto también y que tiene un asiento cómodo mientras mis hermanos y Racer se centran en los coches.

Les echo un vistazo cuando se inclinan sobre Kelsey, que ya está en la mesa, elegante y desnudo para la última revisión.

Acaricio con la mirada el cuerpo de Racer de espaldas. Desde el cabello negro, pasando por el fuerte y grueso cuello y los amplios hombros, hasta la estrecha cintura; todo ello cubierto por ese mono negro tan *sexy*.

Observo a los chicos bajar a Kelsey al suelo y a Racer deslizarse en el interior del coche y colocarse tras el volante, ponerse el cinturón de seguridad y, luego, agarrar el volante con las manos enguantadas mientras empiezan a sacarlo a *boxes*.

No puedo creer que ya esté terminando la temporada. No puedo creer que ahora las carreras signifiquen mucho más para mí que antes, ahora que el hombre al que amo pilota uno de nuestros coches, representa nuestra escudería y persigue todos nuestros sueños.

Hacemos contacto visual y nos sostenemos la mirada durante el instante más breve y hermoso de mi vida antes de que se baje la visera y entre completamente en modo carrera.

Me dirijo a mi puesto al lado a mi padre temblando por la adrenalina. Está de pie para ver mejor. Siento un pinchazo de nervios cuando los coches salen a la pista.

Drake se acerca y vuelve a repetírnoslo todo a papá y a mí.

—Entonces, si Clark no acaba la carrera, ganaremos el campeonato si Tate consigue al menos el segundo puesto. Pero si Clark termina la carrera, necesitamos el primer puesto sí o sí.

Suelto aire y asiento con la cabeza.

Papá también asiente con la cabeza, con una expresión terca y decidida.

—No vamos a escatimar en ruedas ni en ninguna otra cosa que necesite —dice papá a Drake.

—No, señor, no lo haremos —asegura Drake, que le da una palmada en la espalda a mi padre mientras observamos los coches con ilusión.

Los motores cobran vida.

La multitud se inquieta; la emoción se palpa en el aire. Observo el coche de Racer, de color rojo brillante y azul y los logos de los patrocinadores. Se mete en la pista con la visera azul brillante del casco reflejando la luz del sol.

Se me dispara el pulso por la expectación mientras mantengo la mirada en Kelsey. El rojo del coche es fuego puro, el hogar del demonio que hay al volante.

Los Clark van a hacer todas las paradas para asegurarse la victoria, van a usar todos los trucos de la industria como cambiar los neumáticos por unos más nuevos para ajustar la carga aerodinámica y ahorrar combustible para la carrera. Después de todo, Clark sigue liderando el campeonato. Me temo que podría ser una carrera dura con maniobras peligrosas, por eso me comen los nervios.

Tomo posición y me coloco los auriculares que Clay me pasa. Todos hablamos de ello, como debía ser, y aunque insistí en que Clayton debía ser el que estuviera en la radio con Racer, ninguno de los dos opinó.

Racer me quería aquí con él y, aunque no me siento nada preparada y esto no se me da tan bien como a Clayton, cedí porque yo también deseo estar aquí.

—Vamos allá —le susurro a través del micrófono y se me hace un nudo en el estómago cuando dan varias vueltas al circuito, hasta que, finalmente, ondean la bandera verde.

¡Y salen!

Mantengo la mirada clavada en él. Cuando pasa, lo único que veo es un borrón rojo y la estela de polvo que deja a su paso. Compruebo las estadísticas y los tiempos de los pilotos con la intención de mantenerlo tan informado como sea posible.

—Segundo y estable —digo.

No responde, estamos demasiado centrados en ganar, pero casi noto que el coche acelera para alcanzar al primero.

Los vehículos aparecen por la curva. Pasan zumbando por el tramo, uno al lado del otro. Echo un vistazo a las estadísticas y susurro:

—A 0,06 del primero.

—Lo voy a pasar —murmura.

Contengo la respiración. Pasarlo significa frenar después del otro coche para adelantarlo en una curva. Puede salir bien o muy mal.

Racer lo supera. Se escucha un chirrido y salen de la curva...

—¡Primero! —grito con emoción.

Tiene a Clark pegado al alerón trasero. Los dos coches se atacan en la pista y provocan un revuelo en las gradas: los vítores se oyen cada vez con más fuerza.

Racer

Estoy empapado de sudor bajo el traje de carreras; me recorre las sienes, cubiertas por el casco. El calor bulle a fuego lento en mi cuerpo mientras sigo esforzándome por dar lo mejor de mí, todavía a la cabeza de la carrera con mi chica al otro lado de la línea.

Estoy en la octava marcha, meto segunda para la curva 1 y salgo de ella subiendo de marcha. Cuando la marcha cinco falla, sé que no es buena señal.

—¡Mierda! —gruño.

De cuarta tengo que cambiar a sexta, pero pierdo par motor y Clark me alcanza.

Maldita sea, voy a perder par motor cada vez que aumente de marcha porque me voy a saltar una. Me tocará recuperar todo el tiempo que pierdo en cada curva en la recta.

Es muy peligroso perder una marcha. La caja de cambios puede fallar, romperse del todo. No puedo dirigirme a *boxes*, tardarían horas en arreglarlo. Estoy en la vuelta 52 de 70, en primera posición, pero tengo a Clark detrás, pisándome los talones. Y va a alcanzarme en cada puta curva.

Solo espero que la caja de cambios no se rompa del todo y termine en el muro.

Tomo la curva y piso el acelerador en la recta, con Clark a la zaga. Cuando tomo la siguiente curva y también pierdo la tercera marcha, sé que estoy jodido.

—¡Joder, joder, joder! —grito.

—¿Qué pasa? —pregunta Lana.

—Ponme a Clay —digo con voz áspera.

—Racer, ¿qué pasa?

—Ponme a Clay solo un segundo —repito cambiando a la octava en la recta y poniendo a Kelsey al límite más que nunca.

Lana

Clayton le repite la estrategia a Racer y me doy cuenta de que Clark se acerca al trasero de Kelsey en cada curva.

—¿Qué sucede? Sé que algo va mal —le pregunto a Clay.

—Ha perdido la quinta y tercera marcha —contesta. Entonces murmura —: Sí, te la paso. —Y me da los auriculares.

—Hola, nena.

Empiezo a sollozar y me quito los auriculares por un nanosegundo mientras trato de controlar las lágrimas y evitar que me escuche. Respiro hondo y me obligo a ponérmelos de nuevo, enjugándome las lágrimas.

Sé que necesitaba discutir las opciones que tenía cuando me pidió que le pasara a Clay y ahora no entiendo por qué simplemente no lo traen a *boxes* sano y salvo.

—Oye. Oye, nena —añade Racer, más serio—. Cuando salga de este coche quiero que seas la primera persona que esté ahí. Recuerda lo que me gusta hacer cuando me bajo del coche. Tienes que estar ahí para saludarme en el círculo del ganador. Me enfadaré si no estás.

—Racer, por favor, reduce la velocidad. Detente. No me importa que pierdas la carrera.

Me caen las lágrimas de forma frenética y temo que, si lo pierdo, mi interior se convertirá en un pozo negro y oscuro. Sin vida, sin amor, sin nada bueno.

—No te preocupes por mí, nena. Hago esto por tu padre, por ti.

Casi no puedo hablar por el nudo que tengo en la garganta. Me cuesta la misma vida mantener la voz firme.

—Te quiero. No te haces a la idea de cuánto.

—Yo también te quiero así —dice.

Al instante, entro en pánico.

—¡Racer Tate! ¡La gente muere así! ¿Lo sabes? ¡Con esto no se juega! ¡Ya no estás en una carrera callejera! ¡Estás jugando con máquinas peligrosas!

—Yo no. Hoy no. Conozco este coche. Es parte de mí. —El acero de su voz me da fuerza y libero una bocanada de aire mientras ordena en voz baja —: Ahora, guíame. ¿Dónde está Clark?

Me seco las lágrimas y me enderezo, tratando de centrarme mientras fuerzo la mirada e intento guiarlo a casa sano y salvo. *Para que el mejor piloto del mundo vuelva conmigo a salvo.*

Racer

Vamos, Kelsey.

Lucho con la caja de cambios en cada curva, tratando de mantener el coche en la máxima velocidad en la recta.

No puedo decepcionar a mi gente. Joder, no puedo perder la carrera. Maldita sea, yo nunca pierdo.

Soy el mejor piloto del mundo.

¿Que el hijo de puta de Clark tiene un coche mejor? ¿Una maldita caja de cambios de mayor calidad?

Yo tengo más talento y una chica que cortejar.

Lana

En la vuelta 69, todos contenemos la respiración junto a la carpa. Los comentaristas se están volviendo locos especulando sobre el problema que

tiene el coche de Racer, que ha estado actuando con más imprudencia que nunca, dejando marcas de derrape cada vez que hace una maniobra salvaje y peligrosa.

En la vuelta 70 ya no me atrevo a mirar, pero al mismo tiempo, no puedo apartar los ojos de ese coche rojo que pasa por nuestro lado rugiendo como una tormenta...

Esta es la última vuelta.

Clark trata de alcanzar la primera posición en cada curva, intenta adelantar una y otra vez, y Racer lucha por que no lo consiga.

Se dirigen a la curva, casi morro con morro. Clark lo adelanta. La multitud jadea al unísono mientras Clark retoma la primera posición. Cogen la recta y estamos en los últimos segundos cuando Tate coloca a Kelsey justo detrás de Clark, usando el rebufo para impulsarse.

A dos segundos para el final, Racer gira a la derecha y lo adelanta en la recta.

Un segundo para el final... y entonces... ondean la bandera a cuadros mientras el número 38, el coche más bonito del mundo, pilotado por el mejor piloto que existe en la Tierra, pasa zumbando por la línea de meta.

Los comentaristas se están volviendo locos.

«¡Y es Racer Tate, Racer Tate! ¡El mejor piloto novato que hemos visto desde que se constituyó este campeonato! Racer Tate se alza con la victoria en el último segundo de la carrera! Esto es increíble...».

Después de que los dos, el piloto y el coche, se pesen, Racer por fin salta de la báscula, se quita el casco y escudriña rápidamente a la multitud que lo rodea.

Trato de abrirme paso mientras Racer empieza a caminar entre la gente, que comienza a corear:

—¡TATE! ¡TATE! ¡TATE!

Mi padre está llorando como nunca en su vida.

Racer sonrío cuando mis hermanos y los mecánicos lo atrapan y lo mantean, y al aterrizar en el suelo, me observa. Se me agarrotan los pulmones durante una milésima de segundo porque tiene los ojos de un azul más hermoso y más maravilloso que nunca.

Destellan de forma primitiva mientras los entrecierra y acelera el ritmo al

mismo tiempo que se abre paso hacia mí.

Estoy desesperada y sin aliento mientras me dirijo hacia delante, con la única necesidad de alcanzarlo. Sí, es un piloto increíble, pero es mucho más que eso.

Es mi chico.

Es mi chico y este es uno de los momentos más importantes de su vida.

Cuando por fin llego hasta él, me agarra de la cintura y me eleva en el aire como si no pesara nada. Un segundo chilló y al siguiente, me atrapa y siento su cálida boca en la mía. Me besa como si quisiera comerme entera.

Mareada y eufórica mientras me baja, me río y apoyo la cara en su cálida palma y él se mueve para que me acerque más. Deslizo la mejilla por su brazo y contra su pecho mientras él me rodea con los brazos y me acerca más.

Me besa las pecas. Cierro los ojos y suspiro.

—Te quiero —me gruñe al oído, y me da un apretón.

—Te quiero tanto que no me lo creo —admito entre lágrimas y risas, mordiéndome la boca mientras le beso el hoyuelo.

Él gime suavemente y se pone rígido. Levanto la cabeza para darme cuenta de que su mirada es la posesividad personificada... y cuando presiona los labios contra los míos, yo respondo a su presión. De repente lo estoy besando como si mi vida dependiera de ello, y quizás es así, porque ahora mismo lo único que sé es que la cálida, ardiente y firme boca de Racer está sobre la mía, que es mi número uno.

Por desgracia, no puedo besarlo eternamente, ya que pronto estamos atrapados en la emoción de la ceremonia de premios mientras observo con el corazón henchido que Racer coge su premio y se sube a lo más alto del podio del Gran Premio de Fórmula 1. Después de muchos vítores y lágrimas, no solo de mi padre, sino de mis hermanos y los mecánicos, paso el resto del día fuera del circuito, observando desde el banquillo a Racer, que está hasta arriba de entrevistas y sesiones de firma de autógrafos.

44. Primero

Racer

— . . . Gracias por la entrevista, Racer Tate. ¡Y ese era Racer Tate! ¡El campeón de la Fórmula 1 de este año, en directo con nosotros! En el campeonato de Fórmula 1 de Abu Dabi...

Me dirijo a la autocaravana para cambiarme y me doy cuenta de que tengo un millón de llamadas de Seattle. Me ducho, me pongo los vaqueros y una camiseta básica. Luego abro sesión en Skype para hablar con mis padres.

—¡Racer! ¡Mi chico! —Mi madre está prácticamente gritando, con el rostro enrojecido—. ¡Estoy tan orgullosa que no he parado de llorar!

Parece muy emocionada. Se pasa un pañuelo por el rostro y entierra la cara en el pecho de mi padre.

—Hola, mamá —digo en tono divertido.

¿Y qué hace mi padre? Sonríe de oreja a oreja.

Sus ojos reflejan orgullo; mi padre básicamente rezuma orgullo mientras me mira por la pantalla.

—Has logrado que me sienta orgulloso, ¿lo sabes? Me has hecho sentir orgulloso. Aunque no haya hecho nada bien en esta maldita vida, el día que muera, lo haré feliz porque tu madre y yo hicimos algo bien contigo y con tu hermana.

No tengo palabras. Asiento con la cabeza en silencio, un lenguaje que mi padre entiende bien, ya que no es precisamente una persona expresiva.

Siento que se me tensa la mandíbula mientras controlo esta emoción, la

puta felicidad de hacer a tus padres sentirse verdaderamente orgullosos. Terminó prometiéndoles que los veré pronto antes de desconectar y luego me quedo ahí sentado y digiero todo durante el siguiente minuto.

He ganado.

Joder, hemos ganado.

Me imagino a Lana y sus grandes ojos verdes, mirándome con asombro. De repente, quiero que toda su maldita cara sea suave y lasciva, que abra la boca mientras jadea y se retuerce debajo de mí esta noche. Deseo recorrerle las suaves curvas con las manos y luego, con la lengua, saborear y explorar cada maldito centímetro de su cuerpo hasta llenarme de ella y llenarla de mí. Sí, quiero sus dedos en mi cabello o en mi nuca, acariciándome el maldito pecho, la quiero tan excitada por mí esta noche como parecía estarlo con la victoria. La deseo empapada. Tan solo de pensar en lo que me espera esta noche, ya tengo un bulto duro por debajo de los vaqueros, así que me pongo de pie y salgo corriendo de la autocaravana.

Los Heyworth nos llevan a un restaurante de cinco tenedores que hay cerca.

—¿Cómo te sientes, campeón? —pregunta Lana mientras me da la mano y me dirige a la entrada del restaurante—. ¿Tienes calor?

—Mucho.

La recorro con la mirada para hacerle saber exactamente a lo que me refiero.

—Hoy me has dejado pasmada —susurra.

—Lo he hecho por ti y por tu padre.

Le levanto la mano y le beso el dorso.

—Te lo devolvería compitiendo en una carrera por ti.

—¿En *seeerio*? —le canturreo mientras entramos, sin estar seguro de que sea la persona ideal para competir con cualquier cosa que se mueva.

—Así es —contesta con efusividad, asintiendo con la cabeza.

—Entonces será mejor que te dé algunas clases de conducir —murmuro, sonriendo mientras empiezo a trazar un plan en mi mente.

Nos dirigen al fondo, a una gran sala privada con una enorme mesa en el

centro.

—He reservado una sala privada para todo el equipo —explica Lana.

Me pregunto por qué la emoción de su voz sigue creciendo cuando hace señales a un cartel que cuelga de la pared. Tiene el fondo blanco y cubre la pared de lado a lado. Las letras están en negrita y son rojas, el color de Kelsey y de mi Mustang, y se lee:

EL MEJOR PILOTO DEL MUNDO

Estoy, cuanto menos, flipando en colores y me inunda una ola de satisfacción cuando vuelvo a fijar la mirada en sus dilatados y expectantes ojos verdes.

Se me descontrolan las hormonas.

Lana me sonrío y siento que el espacio que nos separa está en llamas, como sus ojos. Como mis malditas venas y mi alma.

—¡Sorpresa! —dice, señalando la sala en general y, especialmente, el cartel.

Le frunzo el ceño y le advierto:

—Vas a tener que decirlo en algún momento.

—Lo sé —contesta con una sonrisa traviesa.

Levanto una ceja mientras le retiro la silla y me agacho junto a ella, recorriéndole con la mirada el modelito tan corto que lleva. Se ha cambiado los vaqueros por un vestido corto rojo que deja a la vista las piernas y su diminuta cintura. No sé cómo se las ingenia siempre para hacer que hasta los atuendos más sencillos parezcan *sexys*. Deseo arrancarle cada una de las prendas que lleva.

Ella me devora descaradamente con la mirada mientras me siento.

—Lo que has hecho en la carrera ha sido una puta locura —comenta Drake mientras los camareros empiezan a llenarnos las copas de champán.

—La manera en que has forzado el coche. —Parece que los ojos de Adrian están a punto de salirse de las órbitas mientras coge la copa—. Eres un puto maníaco y un maldito milagro.

—He pasado miedo —susurra Lana, mirándome con una mezcla de emociones, especialmente preocupación y lujuria. Cuando se pasa su pequeña lengua rosa por el labio inferior de forma nerviosa y mueve la cabeza en señal

de consentimiento, me doy por vencido.

Me inclino y susurro:

—Lo tenía controlado, nena.

La observo con pura alegría mientras el rubor se le extiende por el cuello y las mejillas.

—Aun así... Lo que has hecho ha sido muy arriesgado... Has seguido acelerando cada vez más y yo estaba cada vez más preocupada por que la caja de cambios se rompiera del todo.

Se enfrenta a mí con una expresión de desconcierto en el rostro y aprieto los puños a los costados porque lo único que puedo hacer es estar aquí sentado como un idiota mientras la idea de perderme parece que la está destrozando.

—Todo lo que merece la pena conlleva un riesgo, y es un uno que estoy dispuesto a correr. —Mi voz suena posesiva y protectora porque necesito que sepa que, por ella, lo arriesgaría todo.

Se muerde el labio y extiende el brazo para agarrarme el muslo. Que se preocupe por mí me hace pedazos. Estoy más tenso que la cuerda de un violín por la necesidad de extender el brazo para agarrarla por la cintura, levantarla en el aire e instarla a que se incline para que sus labios aterricen con fuerza sobre los míos.

—Prométeme que no lo volverás a hacer —ruega.

—Lana —gruño cuando me pide eso.

—Prométemelo, Racer.

Extiendo el brazo. El instinto me exige que la apacigüe, que le recuerde que es mi chica, que es mía y que siempre estaremos en esto juntos.

—Joder, te prometo que no lo haré, a menos que tenga que hacerlo.

Le lanzo una mirada que pide que confíe en mí. Que le recuerde que quiero algo más que esos malditos trofeos que adornarán los estantes de mi casa en San Petersburgo.

La quiero como compañera, en todos los sentidos de la palabra. Y la quiero a mi lado, al igual que yo trataré de entender y escuchar sus demandas.

Le sostengo la mirada hasta que la pura alegría se apodera de nosotros y la realidad nos golpea como un latigazo.

—¡Nena, hemos ganado! ¡Joder, lo conseguimos! —gruño, estrechándola

entre mis brazos, tirándola al aire y atrapándola.

Toda la maldita mesa está gritando cuando Clayton chilla:

—¡Por Racer Tate, que ya es parte de los libros de historia!

—¡Tate, Tate, Tate! —corean mientras golpean la mesa marcando el ritmo con las manos.

—No —niego mientras dejo en el suelo a una Lana sonriente, la coloco a mi lado y observo a su padre, sus hermanos y el resto de los mecánicos de la sala—. Por HW Racing —digo—. ¡Por HW Racing y el señor Heyworth! —Brindo por su padre.

Nos tomamos las copas y luego cenamos, hablamos sobre la carrera y contamos lo bueno y lo malo de la temporada. El padre de Lana pronto da por terminada la noche y regresa al hotel con Adrian. Entretanto, mi impaciencia crece. Pasa de fuego lento a ebullición. Después de un último sorbo, dejo la copa en la mesa, Lana me mira mientras bebe. Entonces, agarro su copa también y la pongo en la mesa.

Me inclino hacia ella para explicarle lo más sucintamente que puedo con una sonrisa:

—Es hora de reclamar mi premio.

Podría follarme la mirada desvergonzada que me lanza.

Nos silban mientras nos dirigimos a la puerta y Lana se ruboriza de la cabeza a los pies, pero su padre ha dado por finalizada la noche y yo voy a reclamar a mi chica.

Para cuando llegamos a la habitación del hotel, la cremallera de los vaqueros está a punto de explotar. Tengo la polla tan dura y grande que parece de plomo. Joder, hasta las pelotas lo parecen.

Nos besamos de camino a la cama y, luego, nos detenemos para mirarnos el uno al otro. Disfruto muchísimo mirando a esta chica, mi chica.

Le coloco una mano en la cadera y la sostengo ahí mientras me inclino y le mordisqueo el cuello. Ella se retuerce y me llega el aroma de su coño húmedo. El aroma más dulce que he olido en mi vida procede de ese espacio entre sus piernas, porque me desea tanto como yo a ella.

Estoy en llamas mientras me coloco encima de ella y le acaricio los muslos con la polla. El contacto me produce una corriente eléctrica que me recorre la columna y me hace gruñir e inmovilizarle la espalda para que deje de burlarse de mí, de añadir combustible a un fuego que apenas puedo controlar.

Se me retuercen las entrañas del deseo que siento por ella cuando finalmente alcanzo sus labios y los abro con los míos. No tengo ningún interés en ser un puto Casanova con ella, solo me interesa su sabor, poseer cada maldito centímetro de su boca, hacerla moverse, rogar, retorcerse y suspirar por mí. El beso se vuelve más salvaje cuando sus manos vagan por los músculos de mis brazos y abre la boca bajo la mía.

Alcanzo sus braguitas mojadas y empiezo a tirar de ellas, pero estoy tan impaciente que se las arranco. Lana suelta un jadeo de sorpresa, que inmediatamente acallo con la boca. Vuelvo a besarla de forma dominante, penetrándola con la lengua profundamente mientras le coloco la mano en el coño y dejo que mis dedos vaguen por allí. Desesperado por explorarla y memorizarla.

Encuentro el clítoris y lo acaricio en círculos con el pulgar. Se me tensan las pelotas de lo excitado que estoy cuando sus caderas empiezan a moverse hacia arriba como si tuvieran vida propia, como si estuvieran desesperadas por tener más. Le sonrío, atrapo su mirada sorprendida y enloquecida por la lujuria antes de inclinarme y lamer su jugo. Y durante la hora siguiente, Lana no es consciente de nada excepto de esto. De mí. Del maldito Racer Tate.

45. Haciendo las maletas para volver a casa

Lana

A la mañana siguiente estamos como nuevos y excitados mientras desayunamos con mi familia en el restaurante del hotel, con el equipaje ya preparado arriba para el viaje.

Anoche, entre el sexo de celebración y el sexo perezoso, Racer y yo debatimos sobre si debería volver a Estados Unidos con él o regresar con mi padre y mis hermanos a España, donde normalmente vivimos entre temporadas.

Me dijo que se iría conmigo si decidía quedarme en España y yo le respondí que todo depende de mi padre.

La verdad.

Hoy parece un poco más cansado que los demás, pero hay una paz en su mirada que nunca he visto antes.

—Ganamos, papá —digo mientras me inclino sobre la silla y lo abrazo—. Puedes tachar eso de la lista de deseos. —Le doy la mano y él me sonrío y echa un vistazo por encima de mi hombro a Racer.

—¿Estás enamorado de mi hija, chico?

Mis hermanos dejan de comer y lo miran.

—Como un loco, señor —contesta Racer sin titubear ni por un segundo.

—Me ha alegrado ver que seguís a vuestro corazón, pero quiero dejar claro una vez más que tienes toda mi bendición para salir con mi hija.

Racer lo observa en silencio con un brillo en los ojos de agradecimiento

mientras asiente con la cabeza.

—Gracias, señor.

—Nadie es perfecto. A veces, la cagamos, pero mientras haya amor y lealtad, chico, cualquier cosa puede funcionar, y esto va para los dos.

—Gracias, señor. —Racer vuelve a asentir con la cabeza.

Sonríó de oreja a oreja y le doy un apretón a mi padre en la mano.

—Gracias, papá.

Mis hermanos se limitan a asentir con la cabeza y a reírse entre dientes mientras se mofan el uno del otro.

—Te dije que se atraían en el segundo en el que llegaron juntos —dice Clay, empujando a Drake.

—Sí, sí, sí —contesta Drake.

—¿Vas a seguir en el equipo el próximo año? —le pregunta papá a Racer.

—Sí, señor.

—¿Y tú, Lana?

—Estaré aquí. Lo que quiero decir... —Miro a mis hermanos y a mi padre—... es que tal vez en el futuro... Racer compita en algo más cerca de casa. Estaremos en la Fórmula 1 hasta que la vida nos lleve a otro lugar. Tal vez más cerca de casa. En algún momento, querré un hogar, papá —explico con suavidad.

—Te lo mereces. Tú has sido nuestro hogar todos estos años.

—Tú también, papá. —Se me saltan las lágrimas y rápidamente me las enjugo—. Quiero que estés bien, papá.

—Peque Lainie —dice, mirándome a los ojos mientras explica—: Creí que el tratamiento no serviría de nada. No quería dejarte sola. Pero ahora parece que tienes a alguien que cuidará de ti incluso mejor que yo.

Sonríe de forma traviesa y vuelve a parecer un jovencito.

—Papá, siempre estaré contigo y tú conmigo. No me voy a ir a ningún sitio. Racer y yo hemos estado hablando de irme a Estados Unidos con él durante un tiempo, pero no me voy a ir si tú...

—Lo que quiero decir es... que quiero recibir tratamiento para tratar el cáncer.

—Oh. —Abro mucho los ojos y me da un vuelco el corazón—. Oh, papá, ¿en serio?

—Sí, Lana. No quiero perderme esto por nada del mundo.

Señala a las ventanas, a Abu Dabi, a mis hermanos y a Racer en la mesa, y una lágrima se desliza por mi mejilla.

La seco rápidamente y siento la gran mano callosa de Racer en mi muslo. Todavía tengo la garganta cerrada mientras le aprieto la mano con una de las mías y la de mi padre con la otra.

—Sí. Estamos contigo.

Racer se inclina hacia delante.

—Señor, mis padres tienen una gran casa en Seattle y en Estados Unidos recibirá muy buena atención médica. Es bienvenido a quedarse allí si quiere tratarse en Estados Unidos. Los chicos también están más que invitados a alojarse allí, antes de que empiece la temporada. Lana se puede quedar conmigo.

—Muchas gracias, hijo.

Saca la tarjeta de crédito para pagar la cuenta y una vez que nos levantamos para recoger las cosas, mi padre le da una palmada en la espalda a Racer; este hace lo propio y se sonríen. Y ahí estoy yo, de pie, viviendo uno de esos momentos en los que te das cuenta de que la belleza está hecha de un millar de diminutas partes: algunas dolorosas, algunas agrídulces, otras esperanzadoras y otras encantadoras, y que la consecuencia es que la vida vale la pena vivirla.

Antes de volar a Estados Unidos, ayudo al equipo a guardar la colección de trofeos que hemos acumulado durante la temporada, que viajarán junto con los coches.

Antes de guardar los coches en el tráiler, observo que Racer acaricia a Kelsey con una mano y luego se inclina y le da un beso en el morro. Tira una moneda en su interior y me da la mano para sacarme de allí.

—¿Superstición? —pregunto.

—Simplemente no quiero que se sienta sola. —Sonríe.

Yo también lo hago.

—Tienes suerte de que no sea celosa.

—Sí lo eres.

—¿Qué?

Me acaricia las pecas de la nariz con el dedo índice.

—Si vieses la expresión de tus ojos cuando las chicas se acercan para pedirme un autógrafo...

Me pongo rígida, él se ríe y me mira a la cara antes de darme un beso en los labios de esa manera tan rápida suya que no me deja más remedio que aceptarlo. *Mmm*.

—Me gusta que te pongas celosa por mí. Yo también me pongo celoso por ti; eres mía —dice, y me abre la puerta del coche de alquiler mientras mis hermanos se suben al todoterreno con mi padre.

—Tú también eres mío.

—Lo soy. Compito por ti. Vivo por ti, chica.

Me toma de la mano y me besa el dorso de los nudillos. Arranca el motor y se dirige al aeropuerto para coger el vuelo a España, donde mi familia y yo haremos las maletas para después dirigirnos a Seattle, como acabamos de acordar.

46. La mejor piloto del mundo

Lana

Seguimos de celebración en Seattle. Mi familia, su familia, los mecánicos del equipo y algunos amigos de Racer. Dada la enorme cantidad de dinero del premio que hemos recibido tanto HW Racing como nuestro piloto, hemos derrochado algo en buena comida y mucho en alcohol, para que lo celebren los que beban, y no estamos avergonzados de ello ni lo más mínimo.

Me he mudado con Racer. Para ser exactos, a sus dos apartamentos: el de Seattle y el de San Petersburgo, donde nos hemos quedado de forma intermitente durante el mes pasado.

Sé que estamos yendo rápido, pero a este chico le encanta la velocidad, así que ¿qué puedo decir? Adoro jugar a las casitas con él, colocar mi ropa en el armario con la suya. Me encanta dar una vuelta sin destino fijo los fines de semana solo por el placer de hacerlo y me encanta cuando nos quedamos en casa y negociamos lo que vamos a ver en la tele.

Pone un precio muy alto cuando a veces intento salirme con la mía, pero es emocionante porque normalmente son precios que estoy más que dispuesta a pagar.

Ahora nos encontramos en la sala de estar de la casa de Seattle de sus padres.

Racer ha estado hablando con Henley todo este tiempo, dándole con el puño en la cabeza cuando sugiere que vuelva a las carreras callejeras en su tiempo libre.

—Tengo el coche más rápido de la Tierra, corro a más de 400 km/h y es legal. ¿Por qué iba a arriesgarme por unos cuantos pavos extra?

—Por mí, tío —contesta Henley.

Racer se limita a reírse y, literalmente, siento que el corazón no me cabe en el pecho.

Me sonrío, con la mirada un poco oscurecida, como siempre que nos miramos a los ojos, y cargada de lujuria, ternura y posesividad. Dios, qué afortunada soy, tengo mucha suerte.

—¿En qué piensas? —pregunta mientras se me acerca y me echa el pelo hacia atrás.

—Tú eres el lector de miradas, así que dímelo tú.

—Quiero que me lo digas con tus propias palabras. —Me contempla—. Que eres feliz. Que estás irremediabilmente enamorada de mí.

Empiezo a asentir una y otra vez con la cabeza.

—Has hecho todos mis sueños realidad. Has traído amor a mi vida... —Cierro la boca y trato de dar con más palabras.

Empieza a negar con la cabeza y eso me confunde.

—¿Qué? —pregunto.

—Eso lo has hecho tú —dice en voz baja, acercándose más, y con una mirada intensa—. Siempre quise dedicarme a las carreras de coches y nunca, ni en mis mejores sueños creí que lo conseguiría. Deseaba encontrar a una chica con la que compartir mi vida y nunca, en la vida, pensé que ese momento llegaría y todo eso sucedió el mismo día que chocaste contra mi coche, ese día el universo me envió a mi chica junto con la oportunidad laboral que tanto ansiaba.

Coloco las manos en sus mejillas y le recorro el hoyuelo con el pulgar.

—Eres el mejor hombre del mundo, Racer.

Levanta las cejas, obviamente sorprendido porque he sustituido «piloto» por hombre. Agacha la oscura cabeza y me da un beso en los labios con pericia y una mirada traviesa en los ojos.

—También el que mejor besa.

—*Oooh...* —Niego con la cabeza de forma juguetona y me doy toquecitos en el labio pensativamente—. No estoy segura de eso. Tendrás que seguir trabajando en ello... ya te lo haré saber.

Él solo sonríe de forma pícaro.

—Verás... —decido preguntarle algo que he tenido en mente y no he sido capaz de discutir con él—. Hice un cartel especial para la celebración que decía que eres el mejor piloto del mundo. ¿Eso significa que tengo que arreglarte el coche?

—No. —Parece estar saboreando este momento, tiene el hoyuelo más pronunciado que nunca—. No quiero que me arregles el coche ni a mí. — Hace una pausa con el rostro sereno y se inclina un poco—. Quiero que lo conduzcas.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. —La maléfica expresión de su rostro tiene algo que me acelera el corazón—. Dijiste que competirías por mí. ¿No? ¿También era una mentira, Alana?

Le siguen brillando los ojos y sé que esto le está encantando.

—Yo... bueno lo que quiero decir es que... no. No era mentira. — Pronuncio las palabras de forma atropellada porque apenas logro recordar haber hecho esa promesa. Estaba demasiado emocionada por la puta victoria.

—Entonces, ¿vas a competir con mi coche por mí, como prometiste?

De repente, me observa con una expresión ilegible en esos ojos tan azules, como si me estuviera retando.

—¿Eh? —Sus palabras me confunden.

Racer se ríe suavemente para sí mismo y respira en mi cuello. Cuando me lanza una mirada, le brillan los ojos de forma maliciosa.

—¿Qué tal si te ofrezco el máximo premio si ganas para mí, temeraria?

Me ha estado dando clases de conducción todos los días durante las últimas semanas y ha bromeado diciendo que me va a hacer sudar para conseguir el anillo de compromiso, porque yo le he hecho sudar en cada paso de nuestra relación. Ahora me besa y me agarra del culo mientras Henley se acerca.

Racer me ha organizado una carrera con una anciana. Tiene ochenta años.

¡Y es una carrera de verdad!

—Vale, ¿estás lista, Lana Tate? —pregunta Henley.

—Me... no soy su hermana. —Niego con la cabeza a Henley, confusa de que me llame Tate.

Henley sonríe a Racer y este le devuelve la sonrisa.

—Vale... recordad, chicas —Henley me mira a mí y a la anciana—. El señor Tate aquí presente va a casarse con quien gane la carrera.

—Racer... —digo con nerviosismo, porque no es seguro que vaya a ganar.

Me agarra de los hombros y me lanza una mirada a los ojos que refleja la sed de victoria.

—Escúchame con atención, Lana —contesta sobriamente—. Es muy importante que ganes esta carrera, nena. Todas esas horas que he pasado d ndote clases no van a ser para nada. Tú eres la mujer que voy a llevar al altar, así que hazme sentir orgulloso.

—Pero Racer,  qu  pasa si me pongo demasiado nerviosa...?

—Me voy a casar con la ganadora de la carrera, cariño, será mejor que te pongas las pilas. —Le brillan los ojos y tiene el hoyuelo descaradamente a la vista mientras me conduce al asiento y me pone el cinturón—. Ahora ve y hazle morder el polvo. Espera, bésame primero.

—Oh, Dios.

Lo beso, con lengua y todo.

Entonces me siento en el asiento del Mustang y observo el pestañeo de la anciana, aún con las gafas puestas.

Suspiro y enciendo el motor.

Henley nos da la señal.

Y de repente estoy compitiendo por mi puta vida. Para casarme con mi novia.

—Estoy loca —jadeo mientras piso el pedal y observo que la anciana se queda muy pero que muy atrás. Empiezo a sentir el subidón de la carrera, luego freno y doy la vuelta con cuidado antes de regresar. Paso a la anciana, que literalmente est  a unos tres metros de la línea de salida. Es la mujer más lenta que he visto en mi vida.

No me importa. Tengo subidón porque mi premio es...

Mi piloto.

— Oye! Eres una puta estrella, ven aquí.

Se mete en el coche, me agarra por la cabeza y me da un beso largo y apasionado. Yo gimo cuando aparta su *sexy* y malvada boca de la mía. Estoy tan excitada por él que ahora mismo podría ser la encarnación del fuego.

—Le has pagado por ir lento —lo regaño.

—No. —Niega con la cabeza con los ojos brillantes—. Prefiero gastarme el dinero en ti.

—Solo nos aseguramos de que tuviera el coche hecho una mierda —dice Henley por detrás de él.

—Calla, Hen —gruñe Racer, que se gira orgulloso hacia mí—. Joder, la encontraste —dice.

—¿A quién?

—A la mejor piloto del mundo.

—¿Quién? ¿Te refieres a... mí? Me estás tomando el pelo. —Me río y luego lo miro a los ojos, sin aliento—. ¿Vas a casarte conmigo o qué?

Le brillan los ojos de forma posesiva, como si le encantara que yo también fuera posesiva y avariciosa con él. Se inclina para darme un beso en los labios y me observa con unos ojos azules y tiernos.

—Solo me das problemas —dice con aspereza y orgullo.

Asiento con la cabeza, sin aliento.

—Es el problema el que me sigue a todas partes, el que se siente atraído por mí y afirma que va a casarse conmigo.

—No le hagamos quedar mal entonces, Alana. —Abre la puerta del coche y salgo. Racer se pone de rodillas.

Me quedo petrificada, parpadeo y lo veo a él, a mi chico, a Racer Tate, arrodillado, con el hoyuelo marcado en una mejilla.

Tiene un anillo en la mano y, si no fuera porque me estoy apoyando en la puerta del Mustang, me habrían fallado las rodillas y ahora estaría ahí, con Racer, en el suelo.

—Lana Heyworth. Cásate conmigo. Quédate conmigo. Sé mi chica toda la vida. Ahora, mañana y siempre.

He soñado con este día, en secreto, desde hace algún tiempo. Siempre he tenido la esperanza de formar mi propia familia, aunque estaba segura de que probablemente no lo conseguiría nunca. Deseaba un hogar, una seguridad, y... tal vez, a pesar de mis miedos, amar incluso más profundamente y ser

doblemente correspondida.

Miro al chico con el que voy a pasar el resto de mi vida. Cuyo nombre escribí en una hoja que guardé porque, por alguna razón, parecía importante.

Resulta que la hoja no era lo importante.

Era él.

—Lana... —dice Racer, a modo de advertencia.

—¡Sí! —grito.

Me arrojo a sus brazos y lo estrecho a su vez entre los míos porque nunca he deseado algo con tanta fuerza.

47. ÉL

Lana

Racer quiere que vaya de blanco. Quiere que llegue al altar, donde me esperará, de blanco... y quiere que tenga todo lo que siempre he soñado.

Vamos a tener el paquete completo. Boda por la iglesia y luego un banquete con unos ciento veinte invitados en el salón de baile más grande del mejor hotel de la ciudad.

No fui la típica chica que sueña con la boda cuando es pequeña. Creo que ha pasado mucho tiempo desde la época en que me permitía pensar en ello, esperar que algún día me vestiría de blanco... y que el hombre que amo con todo mi ser estaría esperándome en el altar de la iglesia, preparado para hacerme suya.

Mi madre apareció para la boda. No somos amigas y sé que nunca lo seremos, pero es bonito tenerla aquí en mi gran día. Se aseguró de que tuviera el pelo perfecto, de que el velo cayera por detrás de la cabeza sin arrugas ni pliegues y de que estuviera tan guapa como fuera posible.

—Estás impresionante —me susurró cuando nos miramos a través del espejo. Y vi que quería llorar. Tal vez por el sentimiento de culpa por los años que ha perdido sin vernos crecer a mis hermanos y a mí.

—Gracias, mamá —susurro.

Porque hoy me voy a casar y no es un día para aferrarme al pasado. Voy a dejar el pasado donde pertenece, en el pasado, porque mi futuro me espera y nunca me ha gustado tanto lo que veo como ahora.

Nos dirigimos a la iglesia. Mi padre está muy apuesto con la cabeza afeitada, una hermosa sonrisa y sus preciosos ojos marrones.

—La novia más bonita de todos los tiempos —dice.

Me siento tentada de decirle que ni de coña, pero soy su única hija, su ojito derecho, y sé que para él es cierto. Y sé que para el hombre que me mira ahora desde el altar también es verdad.

Mis hermanos me dan un beso en la mejilla.

—No hagas que te devuelva. Ni devoluciones ni cambios —dice Drake.

—A ti es al único que van a devolver por defectuoso —contesto mientras él se ríe y permite que Clayton y Adrian se acerquen también a besarme.

—Tiene razón. Nada de cambios —dice Clay, que me pasa la mano por detrás de la cabeza para darme un beso húmedo en la mejilla.

—¡Clayton! ¡El velo! —protesto, esperando que Adrian me abrace.

—Sé feliz, Lana —dice Adrian.

Es el más dulce de los tres, pero pronuncia esas palabras como una orden y me hace reír.

—Sí, señor.

Noto que mi madre me arregla el velo. No habla con mis hermanos o, probablemente, sean ellos los que no le hablan, pero sé que están aquí por mí, juntos, y eso me hace valorar a mi familia más.

Deslizo el brazo por el de mi padre y susurro:

—Gracias, papá.

—No es necesario que me des las gracias. Ha sido un placer ser el padre de mi chica.

Se ríe y me besa el dorso de la mano. Luego nos detenemos ante las puertas. El corazón me va a mil por hora y todo mi cuerpo vibra porque lo siento, justo detrás de las puertas de la iglesia. Me está esperando.

La música comienza a sonar, las puertas se abren y parece que la gravedad me impulsa hacia delante. Escudriño la longitud de la alfombra roja en busca de los familiares ojos azules y cuando los encuentro, les sostengo la mirada.

Está tan *sexy* que puede derretir las velas.

Tan joven, tan fuerte, con ese esmoquin oscuro y la camisa blanca almidonada y, sin embargo, tan él...

El hoyuelo se le marca mucho cuando sonrío de oreja a oreja mientras me aproximo, y una parte de mí se pregunta por qué tengo que pronunciar las palabras cuando ya soy suya.

48. Ella

Racer

Tiro de forma inquieta de la pajarita que llevo al cuello y escucho a Henley decir:

—Estás guapo, tío.

—Gracias —gruño, impaciente, con la mirada fija en las puertas de la iglesia.

Vamos a darnos el sí antes de que empiece la próxima temporada, en marzo. No podía esperar y Lana tampoco quería. Pero estos últimos diez minutos esperándola en el altar se me han hecho interminables, como si hubiera estado esperándola toda la maldita vida.

Los bancos están llenos de familiares y amigos, y fuera de la iglesia hasta hemos tenido que eludir a algunos periodistas interesados por mi boda desde que me coroné campeón de Fórmula 1.

Podría haberme llevado a mi chica a las Vegas y terminar con este circo, pero quería que fuera la boda que tanto merecía, excelente y más que memorable. Como ella.

Además, soy egoísta y quería verla llegar al altar, así que aquí estoy. El mejor piloto del mundo, a veces un hijo de puta egoísta y futuro marido y padre, lleno de impaciencia por ver a la novia con la que se va a casar. Sí, definitivamente no estoy acostumbrado a llevar traje y me corroe la necesidad de darle mi nombre y llamarla señora Tate. Así que cada minuto parece una penitencia por los pequeños o grandes pecados que he cometido desde que

era un niño.

Cuando les dijimos a mis padres que le había propuesto matrimonio, papá me apartó a un lado y me dijo:

—Solo voy a preguntártelo una vez porque soy tu padre y me preocupo: ¿estás seguro de esto?

—Completamente seguro.

Me sonrió, me dio unas palmaditas en el hombro y contestó:

—Bien. Sé que ella se merece estar contigo y que tú también te la mereces.

—No me mientas. Todavía no la conoces bien.

—Os vi en el hospital, no necesito ver más.

La música comienza a sonar y, cuando las puertas de la iglesia se abren y veo a Lana del brazo de su padre, parpadeo y vuelvo a abrir los ojos. He fantaseado con esto, con ver a esta chica llegar hasta mí vestida de blanco, gritando con la mirada que me ama.

Pero no puede compararse ni remotamente con la realidad.

Porque, joder, nunca pensé que algo tan perfecto, tan precioso y tan dulce podría ser para mí. Que podría amarme como lo hace, aceptarme tal y como soy, quererme como yo a ella.

Me paso la mano por la parte delantera del esmoquin y le sostengo la mirada. Todo mi interior se agita con el hambre, la lujuria, el amor y todo lo que siento por esta chica. Tiene el velo enganchado en lo alto de la cabeza y le cae por la espalda. Se ha asegurado de no llevarlo sobre la cara; quería verle el rostro mientras caminaba hacia mí. Y ahora que la observo, siento como si me hubieran dado un golpe en las corvas.

La sonrisa de mi futura mujer es luz. La luz del sol más brillante de todas las galaxias. Su mirada expresa todo lo que necesito saber. Siempre ha estado ahí, por muy asustada, reticente o sorprendida que estuviera.

Nuestras familias parecen felices por la boda. Probablemente no se esperasen que en algún momento de nuestra vida nos fuéramos a encontrar. Demonios, tal vez nosotros tampoco. Pero lo hicimos, y ahora no voy a dejar marchar a esta chica.

Quiero ver su dulce y encantador cuerpo hincharse con mis niños. Que caminen hasta ella, que la llamen mamá.

Quiero salir del circuito de carreras, sudado y deshidratado y que ella esté siempre allí para recibir mi beso.

Y en los días libres, quiero meterme en el coche, arrancar el motor y dar una vuelta en la que el viento le despeine el cabello, ponerle la mano encima y escuchar una canción. Con la carretera ante nosotros y nuestro amor tan real como el viento, a veces suave o lento y a veces húmedo y salvaje, pero siempre ahí.

Puede invadir mi espacio tantas veces como quiera.

Sonrío de oreja a oreja como nunca lo he hecho, bajo de la plataforma y extendiendo la mano hacia ella. Cuando su padre me la ofrece, me lanza una mirada de admiración y firmeza.

—La amas mucho, chico, y sé que nunca he visto a mi hija tan feliz como lo es contigo, ni tan enamorada como lo está ahora.

Asiento con la cabeza de forma respetuosa, con la mano todavía abierta mientras los dedos de Lana se deslizan por los míos, y la agarro tan fuerte como puedo sin hacerle daño, tan fuerte como tengo en mente hacerlo durante toda mi maldita vida. Nos sonreímos el uno al otro mientras la coloco a mi lado. Mi esposa.

—Estás loca —le digo con voz áspera al oído, en tono de broma—. Te voy a arruinar la vida.

—Cuento con ello —susurra mientras me acaricia el rostro con alegría y me ira con sus ojos verdes.

No vacila ni una vez cuando pronuncia los votos, pero noto que se le saltan las lágrimas de la emoción cuando digo alto y claro que yo, Racer Tate, la tomo a ella como esposa, para amarla y respetarla, hasta que la muerte nos separe.

Porque lo digo en serio y Lana ya me conoce lo bastante como para saberlo.

Cuando llegamos a mi apartamento de San Petersburgo, ya estamos impacientes por desnudarnos. Son las tres de la madrugada. Bailamos nuestra canción, *Favorite Record* (Lana decidió que era nuestra canción y yo estoy de

acuerdo) y luego nos mezclamos con los invitados. Pero ahora estamos preparados para continuar la fiesta en privado, para celebrar la boda los dos solos.

Mi chica extiende el brazo por su espalda para tratar de bajarse la cremallera del vestido, pero la agarro por los hombros y le doy la vuelta suavemente.

En la mesita de noche que hay detrás de mí hay una caja con las llaves de su nuevo coche. Un regalo de bodas de mi parte, comprado con una pequeña parte de las ganancias en la Fórmula 1. Un Mercedes blanco con el interior *beige* y el salpicadero de fibra de carbono. Las ruedas son una obra de arte. Quiero que siempre tenga lo mejor. Pero no voy a dárselo todavía, más tarde. Mañana. Ahora necesito ponerle las manos y la lengua encima. Impregnarla con mi maldito aroma.

—Permite que tu marido lo haga —digo, disfrutando de llamarme así por primera vez, mientras le bajo con picardía la cremallera y le doy un largo y húmedo beso en la nuca, cuya piel tiene expuesta por el recogido de cabello que todavía lleva.

Cuando el vestido empieza a caer, deslizo las manos por sus brazos desnudos. Ella se estremece y se me retuercen las entrañas por la necesidad y el deseo que me invade.

—Racer, soy muy feliz.

Susurra.

—Lo sé.

Yo también susurro. No sé por qué, ya que estamos solos. Pero este momento parece más que sagrado y las palabras están de más para un instante como este. Giro a Lana para tenerla cara a cara.

Ya empieza a jadear y siento que tiene el corazón acelerado en ese pequeño punto del cuello. La contemplo, lentamente, con el deseo de memorizar este momento durante el resto de mi vida.

Mi mujer lleva un sujetador sin tirantes finísimo y un tanga de encaje blanco aún más fino, un ligero, unas medias que le llegan a la mitad del muslo y unos tacones que se descalza cuando da un paso hacia mí.

Tiene la piel marfil, la nariz pecosa y el cabello todavía recogido con el velo. Se me vuelven a retorcer las entrañas como un muelle.

Deseo a esta chica con locura. No solo con cada átomo, poro y célula de

mi cuerpo. Deseo a esta chica con el alma y el corazón. Observo sus ojos verdes, muy abiertos, cargados de amor por mí, y los miro con atención mientras empiezo a abrirle el precioso sostén de encaje blanco para liberar sus magníficos pechos.

La contemplo y le sostengo la mirada mientras me inclino, saco la lengua y le lamo un pezón erecto. Siento que la me polla palpita sin piedad por debajo de los calzoncillos cuando abre los ojos brillantes de hito en hito y se le dilatan aún más las pupilas.

Giro la cabeza y le torturo el otro pezón, de forma lenta y tranquila, y provoca que se ponga duro y que tiemble cuando le echo el aliento.

—Siempre los tengo así cuando estoy contigo —susurra mientras inclina la cabeza para acariciarme la oreja.

Levanto las cejas y me enderezo. La mirada de mi mujer es traviesa, pero tímida. No sé por qué todavía se muestra tímida conmigo a veces, pero me gusta. Me gusta todo de ella, hasta el punto que aquí me tiene, empalmado, de pie, con el vestido de novia a sus pies y ese puto ligero de encaje tan *sexy* como el infierno en sus esbeltas piernas.

Tiene un alfiler en forma de rosa azul enganchado al ligero y lo toco mientras le recorro el cuerpo con la mirada.

—¿Qué es esto?

—Reese me lo dio. —Como una sirena ávida que no está dispuesta a esperar más, Lana me desata el nudo de la pajarita y me pasa la chaqueta por los hombros—. Algo prestado y algo azul.

Saco los brazos de la chaqueta y la tiro al aire. Luego deslizo los dedos por el interior de su muslo y ella me desabrocha la camisa.

—¿Qué tal algo caliente y mojado para el novio? —murmuro, metiendo los dedos en la ropa interior de encaje blanco.

Gime ante el contacto y, al mismo tiempo, emito un sonido más típico de un animal. Lana me da un beso en el cuello y luego empieza a besarme lentamente la piel del pecho mientras termina de desabrocharme la camisa y la abre.

—Chica, te quiero mucho —digo con voz áspera mientras tomo posesión de su boca. De repente, el beso se torna un poco más brusco y desesperado.

Lana saca la lengua para jugar con la mía y nos abrimos paso hasta el dormitorio de mi apartamento, donde viviremos los meses de verano antes de

volver a marcharnos para la temporada de Fórmula 1 del año que viene.

Se me hace un nudo en las entrañas por la necesidad de tenerla. Me van a estallar los pantalones por la longitud y anchura de la maldita y ávida polla. Cuando Lana la acaricia con su mágica mano, gruño, la hago rodar hasta ponerla bocarriba y el beso adquiere intensidad.

Lleva un tanga tan fino que lo agarro para deslizarlo por sus piernas y, en vez de eso, termino arrancándoselo. Algo que últimamente acostumbro a hacer. Mi mujer jadea de placer. Sonrío y la observo, desnuda para mí, excepto por el ligero.

Me gusta.

Me paso la lengua por los dientes y le recorro el cuerpo con las manos, observando sus jadeos, la forma en la que suben y bajan sus pechos y sus pupilas dilatadas.

—Racer, te necesito —susurra.

Niego con la cabeza y sonrío mientras continúo explorándola muy despacio. Ella se sienta en la cama y, de repente, se sube a horcajadas encima de mí.

No me quejo cuando deja caer el coño sobre mi dura polla y se frota contra ella. Lo único que nos separa son los pantalones del esmoquin que todavía llevo puestos.

Me mira y yo le devuelvo la mirada. Cuando le agarro la cara con una mano y le paso la lengua de nuevo por los labios estoy tan excitado que podría explotar.

—¿Qué quieres, esposa mía? —canturreo, lamiéndola lentamente, de lado a lado. Después, le meto la punta de la lengua.

—Dámela —susurra, y extiende el brazo por el espacio que hay entre ambos para acariciarme la dura polla.

Me pone como una moto cuando se muestra así de hambrienta.

—Te daré todo de mí —gruño, como si esa fuera la única condición de conseguir cada parte de mí: todo o nada, así tal cual. La impaciencia se apodera de mí mientras la bajo de encima de mí y doy un paso atrás para quitarme los pantalones.

Me observa. Me recorre con la mirada el musculoso pecho, los duros abdominales y, luego, sigue hacia abajo, hacia mi polla, totalmente erecta, y

las duras piernas y muslos. Respira con dificultad y me mira como si fuera la perfección en persona cuando lo único perfecto que hay en esta habitación me está mirando.

—Todo de mí —repito mientras me arrastro sobre ella.

Se pasa la lengua por los labios por la expectación y luego levanta la cabeza y me da un beso en la boca. Deja caer la cabeza y me sonrío.

Arqueo las cejas. La mirada que me lanza grita a los cuatro vientos dos cosas: «Ámame y fóllame».

Joder, estoy tan excitado que siento la adrenalina bombeando por las venas y el cuerpo lucha por la liberación que solo puede darme ella.

Mi polla continúa palpitando mientras agarro la base y muevo el prepucio por sus pliegues arriba y abajo. Me inclino hacia delante y le susurro de forma lasciva al oído que voy a llenarla de mi semen. Se ríe, me da un mordisco en la barbilla y mece las caderas hacia mi polla para tentarme.

Casi pierdo el control. Le aplasto la boca con la mía, le sostengo la cara de forma tierna con la mano mientras la saboreo con la otra. Casi no puedo mantener la cabeza derecha mientras le recorro los costados con las manos, ahuecándolas al llegar a sus preciosos pechos, su suave piel y su abdomen.

Le acaricio los costados y le aprieto el culo. Su lengua y la mía se aparean como locos. Roza los pezones con mi pecho, hacia arriba y hacia abajo, porque está muy excitada por lo que le estoy haciendo. Susurra que me ama y eso solo provoca que la polla me palpite más fuerte, tanto que casi no la veo con claridad. La miro a los ojos, que parecen pesados y vigilantes.

Gruñendo suavemente, me abro paso por el cuello hasta la boca, lamiéndola y besándola por todas partes mientras comienzo a penetrarla.

Es como si el mundo se detuviese y no empezara a moverse otra vez hasta que estoy dentro de ella. En el interior de mi mujer.

Por primera vez, lo hacemos sin condón. Nada se interpone entre nosotros. Solo la siento a ella.

Es una sensación tan perfecta que estoy forzando cada músculo de mi cuerpo para que el momento dure.

Me muevo despacio a conciencia.

—Cada parte de mí —le susurro a gritos, moviéndome una y otra vez, con el deseo de inundarla, de llenarla de mí hasta que no quede nada más.

Está tensa, caliente y húmeda para mí y embisto cada vez más fuerte la zona de peligro. Su corazón late al compás del mío. No quiero salir nunca, no quiero salir de aquí, de ella. No quiero dejar de follármela. Coloco las manos en sus mejillas y me echo hacia atrás para echar un vistazo a su vientre.

—Quiero que te crezca el vientre, Lana. Quiero que en tu cuerpo crezca un bebé, nuestro bebé, que vamos a hacer entre los dos ahora mismo.

Le doy un beso para demostrarle lo que quiero decir y me muevo cada vez más rápido.

Lana me araña la espalda y desliza las uñas hacia abajo para agarrarme el culo y clavarlas en el tatuaje.

—¡Racer! —grita.

Mi mujer, tomándome, tomando mi semilla, todo lo que deseo darle y devolviéndomelo todo.

Me corro en su interior con un gruñido áspero y Lana explota cuando los chorros de semen salen disparados dentro de su vagina. Tiembla debajo de mí y pone los ojos en blanco mientras se arquea y me agarra como un salvavidas.

Entierra la cara en mi cuello cuando acabamos y le recorro el cabello con la nariz. La huelo y la beso mientras le susurro que la amo.

—Te amo —dice, agarrándome la mandíbula y mirándome profundamente a los ojos. Las lágrimas le anegan los ojos—. Gracias por entrar en mi vida. Gracias por ser tú. Por enseñarme a amar de nuevo, por mostrarme cómo amar así...

—Temeraria —digo con voz áspera y le acaricio las mejillas con los nudillos—. Tú eres la que me ha enseñado a amar. Y nunca voy a amar nada ni a nadie de la forma que te amo a ti.

Es una promesa. Como las que pronunciamos en la iglesia, pero esta está dicha en un momento de intimidad cuando el dulce y maleable cuerpo de mi mujer está entrelazado con el mío y todavía me acuna en su interior. Tiene las mejillas sonrojadas y le doy un beso en los labios cada pocos minutos mientras nos acariciamos, relajados y enamorados.

Desde Bélgica mi bipolaridad parece estabilizada, algo que agradezco. A veces es como una sombra que me acompaña a todas partes, que está ahí pero no llega a tocarme del todo. Otras veces, parece que puedo superarlo. Estoy aprendiendo a vivir con ello, al igual que ella.

En algún momento de mi vida pensé que estaba jodido por tener bipolaridad.

Lo único que sabía era que en algún lugar, de algún modo, algún gilipollas me había jodido el apartado de la salud. Se había llevado algo crucial para un hombre normal y me había hecho menos de lo que cualquier hombre normal en el mundo era. Luché por ser más. Mejor, más rápido, más inteligente. Solo quería sentirme lo bastante bien. Lo llevé bien gracias al apoyo de mi familia y su aceptación. Pero fue ella la que cambió mi opinión sobre esta mierda.

Es fácil gustarle a la gente cuando estás bien, sano, cuando eres divertido y estás en la cima. Pero cuando estás de bajón y el mundo se te viene encima, solo permanece lo bueno. No mucha gente puede conocerte hasta la médula, solo alguien capaz de mirar en tu interior puede atisbar algo de lo que te ocurre, así como verte a ti y nada más.

Esta bipolaridad solo hace que me dé cuenta de la conexión que tenemos ella y yo. Del puto amor, la confianza, los altibajos e incluso los bajones que tenemos, no aptos para debiluchos. Pero lo que tenemos Lana y yo...

Es amor de verdad.

Canciones de *Racer*

Fast Car, de Jonas Blue con Dakota
Don't You Need Somebody, de RedOne con Enrique Iglesias
Love Drunk, de Boys Like Girls
Sound of Your Heart, de Shawn Hook
Favorite Record, de Fall Out Boy
Believer, de Imagine Dragons
The Other Side, de Jason Derulo
Jet Pack Blues, de Fall Out Boy
Battle Scars, de Lupe Fiasco y Guy Sebastian
Come and Get It, de Selena Gomez
Walk, de Kwabs
Undisclosed Desires, de Muse
Unwell, de Matchbox Twenty
Redbone, de Childish Gambino
Your Guardian Angel, de The Red Jumpsuit Apparatus
Remember When, de Chris Wallace
Maps, de Maroon 5
Let Me Love You, de Ne-Yo
XO, de Beyoncé
The Best, de Tina Turner
Whatever It Takes, de Imagine Dragons

Queridos lectores:

Muchas gracias por elegir *Racer*.

Siempre sentí debilidad por el hijo de Remy y Brooke y, aunque no estaba segura de cuándo o cómo escribir este libro, Racer me lo puso muy fácil. Una mañana, su historia comenzó a fluir en mi imaginación y, desde ese momento, al igual que la de su padre, nunca dejó de hacerlo.

Espero de verdad que os haya gustado la historia de Lana y Racer tanto como a mí me gustó escribirla.

Besos y abrazos,
Katy

Agradecimientos

Aunque escribir es algo personal y a veces una profesión bastante solitaria, la industria editorial es un mundo completamente distinto y no podría haberlo hecho sin la ayuda y el apoyo de mi increíble equipo. Muchas gracias a todos.

A mi familia: ¡Os quiero!

Gracias a Amy y a todos los de Jane Rotrosen Agency.

Gracias a CeCe, Lisa, Anita, Nina, Kim, Angie y Monica.

Gracias a Nina, Jenn y a todos los de Social Butterfly PR...

Gracias, Melissa, Gel, S&S Audio y a mis fabulosos editores extranjeros.

Agradezco especialmente a Sara de Okay Creations por la preciosa portada y a Julie por la maravillosa maquetación, a los blogueros por compartir y apoyar mi trabajo a lo largo de los años y a los lectores; me siento verdaderamente bendecida por contar con ese fantástico y entusiasta grupo de personas con el que compartir mis libros. ¡Sois los mejores, de verdad!

Katy

Sobre la autora



Katy Evans creció entre libros y fantasías hasta que encontró un novio *sexy* de carne y hueso con el que vivir. Está casada y le gusta leer, pasear y cocinar, aunque se entrega por completo a sus personajes hasta que teclea fin. Con los libros de la saga *Real* llegó a las listas de más vendidos de Estados Unidos. *Real*, *Mía*, *Remy* y *Canalla* son las cuatro primeras entregas de esta

serie.

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que
hayas disfrutado de la lectura.**


Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los libreros italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

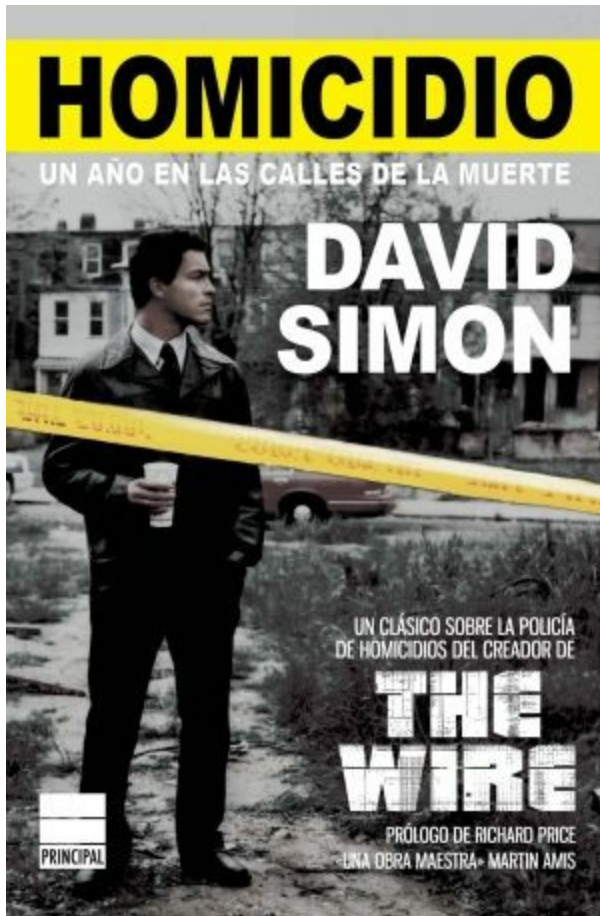
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

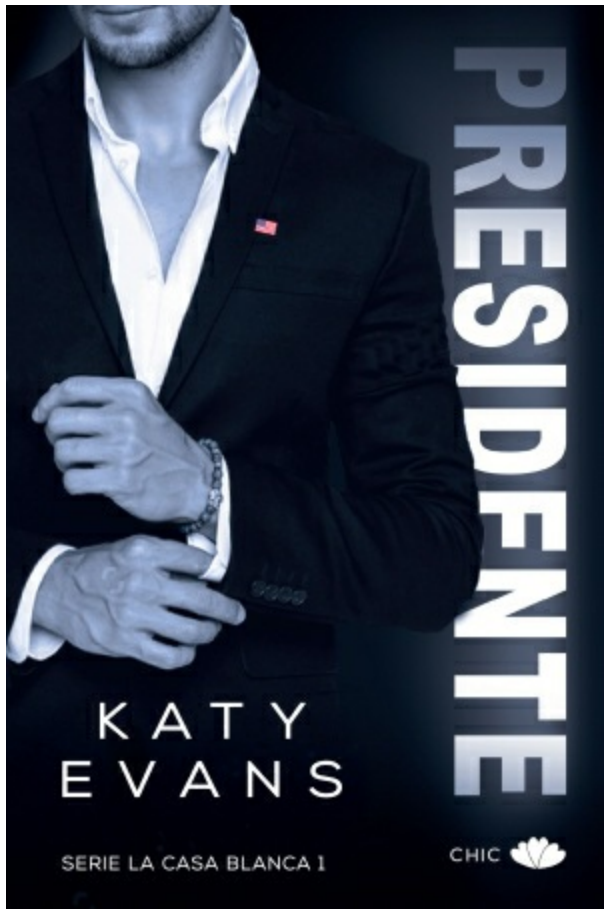
9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



KATY
EVANS

PRESIDENTE

SERIE LA CASA BLANCA 1

CHIC 

Presidente

Evans, Katy

9788416223893

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sube la temperatura en la campaña electoral de Estados Unidos Charlotte conoció a Matt cuando era una niña y se enamoró platónicamente de él. Ahora, diez años después, Matt quiere ser el próximo presidente del país y Charlotte trabaja para él en la campaña. ¿Podrán evitar que su atracción ponga en peligro ganar las elecciones y llegar a la Casa Blanca? "Presidente de Katy Evans me conquistó desde la primera página. Devastadoramente sexy, desgarrador en su honestidad y con una trama magníficamente poética. Totalmente recomendable." AUDREY CARLAN, autora de Calendar Girl "¡Necesitamos más libros como este! Inteligente, intenso, prohibido, caliente y provocador. Katy Evans ha convertido la política en algo sexy y atractivo." PENELOPE DOUGLAS, autora best seller del New York Times y el USA Today "Katy Evans siempre crea personajes que te dejan sin respirar, y se ha superado con Matthew Hamilton." CD REISS, autora best seller del USA Today "¡La química entre Matt y Charlotte es tan explosiva que me pareció que mi Kindle iba a incendiarse en cualquier momento! ¡No podía dejar de leerlo y estoy deseando que llegue la segunda parte!" HARPER SLOAN, autora best seller del New York Times y el USA Today "¡La política nunca había sido tan sexy!" KIM KARR, autora best seller del New York Times y el USA Today "Katy Evans hace subir la temperatura en Washington DC en esta novela de lectura obligada. Atractivo, encantador y oh, muy sexy, ¡Matt

Hamilton puede contar con mi voto!" JENN WATSON, Social Butterfly "No podía dejar de leer. Sexy y con mucho ritmo, Presidente tiene todos los elementos que adoro de Katy Evans." R.S. GREY, autora best seller del USA Today

[Cómpralo y empieza a leer](#)